



Witold Henryk Paryski

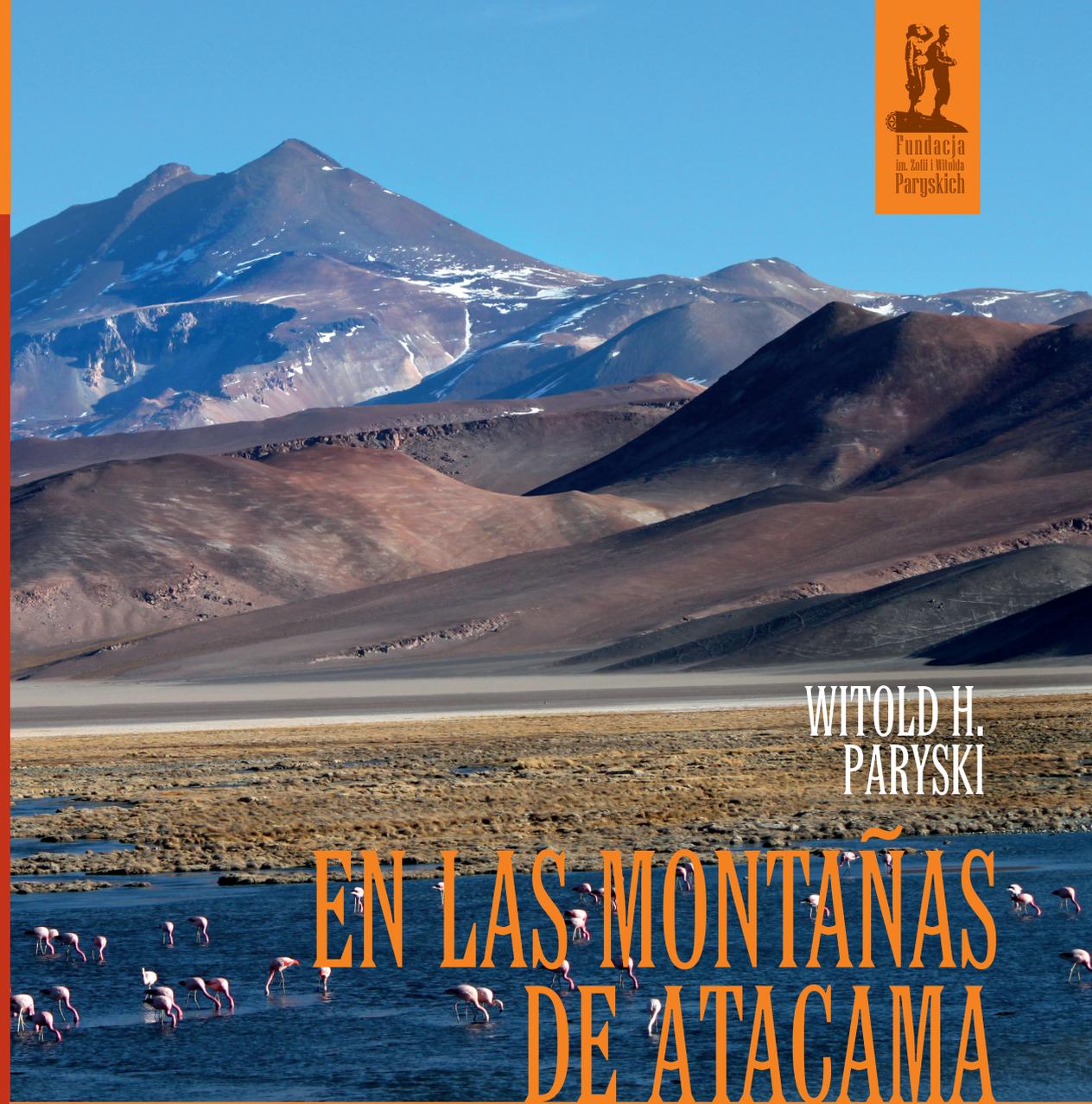
(Pittsburgh, EEUU 10 de septiembre de 1909 – Zakopane, Polonia 16 de diciembre de 2000)

Excursionista, montañista, guía en los Tatras, miembro del cuerpo de socorro, participante de la segunda expedición polaca a los Andes. El autor de la guía "Tatras Altas", varios artículos y documentos sobre el pastoreo, la geografía, la protección del medio ambiente, la historia de la región y la etimología en las Tatras.



Vol.6

Witold H. Paryski



WITOLD H. PARYSKI

EN LAS MONTAÑAS DE ATACAMA

Editors:



Cooperación:



SERIE PUBLICACIONES DE FUNDACIÓN PARYSKI

Vol. 6

SERIA WYDAWNICTW FUNDACJI im. Zofii i Witolda Paryskich

T. 6

ISBN 978-956-7669-59-2



ISBN 978-83-64500-12-1



Memorias de una expedición polaca a los Andes



En las Montañas de Atacama

EN LAS MONTAÑAS DE ATACAMA

MEMORIAS DE UNA EXPEDICIÓN POLACA A LOS ANDES





WITOLD H. PARYSKI

EN LAS MONTAÑAS DE ATACAMA

MEMORIAS DE UNA EXPEDICIÓN POLACA A LOS ANDES

Copiapó
Zakopane
2016



Witold H. Paryski
En Las Montañas de Atacama.
Memorias de una expedición polaca a los Andes
Serie publicaciones de Fundación Paryski Vol. 6

El título de la edición polaca:
„W Górach Atacamy. Wspomnienia z polskiej wyprawy w Andy”,
publicado por la editorial Wydawnictwo Nasza Księgarnia, 1957.

Ilustraciones:
Juliusz Makowski

Serie Editorial:
Zbigniew Mirek (editor), Zbigniew Możdziej, Wiesław A. Wójcik

Volumen Editorial:
Jorge Carabantes Ahumada

Traducción:
Magdalena Antosz

© Corporación Nacional Forestal Atacama, Copiapó 2016
© Fundacja im. Zofii i Witolda Paryskich, Zakopane 2016
© Magdalena Antosz, 2016

Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o transmitida
de cualquier manera sin el permiso escrito del propietario del copyright.

Diseño de la cubierta:
Dariusz Grochal

Las imágenes de las colecciones de Zofia y Witold Paryski
y de Corporación Nacional Forestal

Foto de la portada:
Laguna Santa Rosa y Volcán Copiapó. Foto.: Héctor Olivares Cañete

Edición:
skladliter.pl

Editores:



Corporación Nacional Forestal Atacama
Avda. Juan Martínez 55, Copiapó, Chile
www.conaf.cl

ISBN 978-956-7669-59-2



Fundacja im. Zofii i Witolda
Paryskich
ul. Chałubińskiego 42a,
34-500 Zakopane
www.fundacjaparyskich.pl

ISBN 978-83-64500-12-1

Cooperación:



Embajada
de la República de Polonia
en Santiago de Chile



UNIVERSIDAD
DE ATACAMA



Contenido

Agradecimientos	9
Palabras Embajadora Polonia en Chile	11
Palabras Director Regional Conaf Atacama	13
Palabras Rector Universidad de Atacama	15
Palabras del Director del Consejo de la Fundación de Zofia y Witold Paryscy	17
Prologo	19
En las Montañas de Atacama	
Memorias de una expedición polaca a los Andes	
1. Lo más alto posible	29
2. Preparativos para el viaje	31
Una carta inesperada. La cordillera más larga del mundo. Casas de sal. Manchas blancas en el mapa. Desierto en la montaña. Objetivos de la expedición. Preparativos. ¿Quién va a viajar? La partida.	
3. Viaje al otro hemisferio	37
El viaje por mar. Un descanso activo. Los emigrantes. Dakar. La visita del dueño de los mares. La conferencia del profesor Bujwid. La bahía más linda del mundo. Rio de Janeiro. Mar dulce. La llegada a Buenos Aires.	
4. Los primeros pasos en Argentina	42
La estadía en la capital de Argentina. Una búsqueda en vano. La película polaca sobre los Andes. 48 horas en el tren. Tínogasta.	

5. A los pies de los Andes	46
Un hotel sin ventanas. Las primeras colecciones científicas. Andiella paryskii. La visita en la casa del gobernador. Don Juan González. Nuestros baqueanos. El Puesto. El desierto se está ampliando.	
6. Siguiendo el camindo de los indígenas	54
La salida de la caravana. El primer accidente. La fortaleza de los incas. La quebrada. La Troya. Nuestras mulas. Despacho de la aduana a distancia. Una localidad "de fama mundial". Hospitalidad de los indígenas. Una entrevista infructuosa.	
7. A través de la región de los cóndores y los escorpiones.	63
El camino dorado de los incas. Los extraordinarios postes indicadores. Los cóndores. Hierbas peligrosas. La última casa habitada. Las pircas. El Nacimiento. El bosque subterráneo. Los escorpiones. El tratamiento para las mulas. Sierra Pintada.	
8. La tierra de avestruces y flamencos	75
El Campo Negro. Los penachos de piedra. La tumba de un aventurero. Glaciares y lagunas saladas. El Portillo. La inclinación peligrosa. El río salado. Las aves con alas rosadas. Tres desfiladeros. Puna de Atacama.	
9. La vida en la puna	85
Los tres elementos de supervivencia. 112 km/h. Armandando el campamento base. Un día del trabajo. Un laboratorio en el saco de dormir. El misterio del fantasma nocturno. Primeros reconocimientos. El espejismo. Dos punas. El baño entre las nieves.	
10. El primer seísmil	97
La aclimatación y el deterioro. El Cerro de los Patos. El límite para la adaptación a la altura. Nuevamente la puna. La primera noche en la carpa de ataque. Una noche desesperante. La renuncia a la cumbre. Una táctica útil. En la cumbre. La victoria. Rastros extraños.	
11. El ataque fracasado	104
La quebrada norte. Portezuelo de Tres Quebradas. La pirámide de hielo. Una sorpresa zoológica. Camino durante la noche. El reconocimiento exitoso de los baqueanos. El ataque al Nevado Pissis. El burro salvaje. Campamento en el Valle Ancho. La quebrada engañosa. La retirada a Tres Quebradas.	
12. Reconocimientos	113
Reunión. Cerro de Nacimiento. En las mulas a través de la nieve. La tumba de una aventurera. Los alpinistas con máscaras. Las tres cumbres del volcán logradas. El camino en oscuridad. Una sorpresa desagradable. La caída. La retirada al campamento base.	
13. El nevado pissis alcanzado	127
Las alturas conocidas. Las montañas más altas de la tierra. El segundo ataque al Nevado Pissis. La cumbre alcanzada. Tres días en vez de cuatro horas. Los flamencos. La evaluación de la primera parte de la expedición.	

14. La montaña de los glaciares colgantes	136
El Nevado Tres Cruces. Cambio de planes. Problemas con el agua. La montaña colorida. Un glaciar bajo la arena. Chisporroteos. Un campamento solitario. ¿Fracaso? ¡Victoria! La carrera ganada. El baqueano leal y solvente. Las uvas.	
15. La segunda cumbre más alta de América	156
El misterioso Nevado Ojos del Salado. El récord de las mulas. Un campamento de lujo. La trampa de nieve. A través de las cuatro crestas montañosas. Recuerdo de un pasado lejano. Las montañas más áridas del mundo. El nivel de las nieves perpetúas más alto del mundo. Error de los geógrafos.	
16. Los enigmas de la cordillera Domeyko	168
Liquidación del campamento base. La frontera no vigilada. El campamento amargo a las orillas de un pantano. Los ríos del desierto. La Cordillera Domeyko. El Volcán Copiapó. La travesía arriesgada por un cenagal. Un paisaje lunar. Construcciones misteriosas. Humo sin fuego.	
17. Los últimos días en los Andes	183
La despedida de los flamencos. El encuentro en la Ciénega Redonda. Ollas en vez de ataúdes. Los antiguos caminos inca. El alpinismo indígena. El emperador Moctezuma, investigador de los volcanes. La venganza sangrienta del brujo. La leyenda sobre la casa dorada. Las migraciones masivas de los indígenas. El último reconocimiento.	
18. ¡Adiós, amigos!	191
La fuerza destructora del hombre. La laguna ilusoria. El cementerio abandonado. La despedida de la puna. Las hierbas de cinco metros de altura. El hospitalario Don Justo Juárez. ¡Adiós, amigos! Problemas con los carabineros. Los nietos de Domeyko. Amenaza de la guerra. Los terremotos. Evaluación de la expedición. El vuelo a lo largo de los Andes. El paisaje efímero.	
EPÍLOGO	199
Anexo 1 Biografías de los Montañistas Polacos	203
Anexo 2 A 80 años de la Hazaña.	209
Anexo 3 Fotografías actuales del área altoandina.	213
Anexo 4 Testimonio	219
Anexo 5 Primeras ascensiones al Ojos del Salado	221
La lista de fotografías sin firma	228





Agradecimientos

La presente obra fue posible gracias al apoyo de las siguientes personas e instituciones, a quienes se expresan los más sinceros agradecimientos:

- Héctor Olivares Cañete, funcionario de la Universidad de Atacama, Copiapó y montañista con un vasto conocimiento profesional de la cordillera de Atacama y de sus más recónditos lugares;
- Max Zeller Barros, Ex funcionario de Conaf Atacama y montañista;
- Jorge Carabantes Ahumada, Jefe del Departamento de Áreas Silvestres Protegidas de Conaf Atacama;
- Ricardo Santana Stange, Director Regional de la Corporación Nacional Forestal de la Región de Atacama;
- Aleksandra Piątkowska, Embajadora de Polonia en Chile;
- Anna Kowalczyk, Encargada de Asuntos Culturales y Difusión, Embajada de Polonia en Santiago de Chile;
- Magdalena Antosz, traductora nativa polaco-español;
- Fundación Paryski, apoyo en la reedición del libro;
- Celso Arias Mora, Rector Universidad de Atacama, Copiapó, Chile.





Palabras Embajadora Polonia en Chile



Embajada
de la República de Polonia
en Santiago de Chile

Con la traducción y la publicación del libro de Witold Paryski en Chile se fortalece un vínculo más entre Polonia y Chile: el amor por las montañas. Aunque la majestuosidad de la cordillera de Chile es muy superior a la existente en Polonia (el pico más alto, el Rysy, situado en los montes Tatras, tiene una altura de 2.499 metros), el valor simbólico de la cordillera y la fascinación que causa su geografía y botánica son comunes para los dos países. A los dos lados del océano se hacen esfuerzos para proteger su flora y fauna, conocerlas y conservar su patrimonio.

Witold Paryski es destacado en Polonia por sus estudios de la geografía, botánica, historia y cultura popular de los Tatras, por su activismo medioambiental, como también por su trabajo como guía y en el cuerpo de socorro. Además participó en la expedición a los Andes convirtiéndose en un vínculo más que une a Polonia y Chile, y más específicamente con la Región de Atacama.

Dichos vínculos se dan en varios ámbitos: la colaboración científica, universitaria, deportista, comercial y cultural. Además nos reúnen algunas figuras históricas tales como Ignacio Domeyko (gran científico polaco nacionalizado chileno, profesor, ex-rector de la Universidad de Chile) y contamos con lazos muy fuertes con la Región Metropolitana y la de Coquimbo. En Polonia, por otro lado, se conoce Chile por su vino y sus poetas, pero también por su cordillera, gracias a personas como Witold Paryski quien transmitió a los montañistas polacos la belleza de los Andes.

Estoy muy contenta de que tras tantos años se pudo publicar este libro en Chile y espero que se trate del fortalecimiento de la vinculación entre la Región de Atacama y Polonia.

Aleksandra Piątkowska
Embajadora Polonia en Chile





Palabras Director Regional Conaf Atacama



Las áreas silvestres protegidas son espacios que el Estado ha declarado como patrimonio de todos los chilenos y chilenas y han sido reconocidas gracias a un conjunto de esfuerzos, expresiones y eventos que el ser humano ha ido construyendo en pro del cuidado, la conservación y disfrute de la naturaleza.

Uno de estos episodios, han sido aquellas epopeyas que en alguna medida han marcado profundamente el corazón de cada área protegida, moldeando su propia identidad y sellando su impronta característica.

La historia del Parque Nacional Nevado de Tres Cruces, unidad del Sistema Nacional de Áreas Silvestres Protegidas del Estado ubicada en la región de Atacama, ha estado siempre ligada a las grandes empresas de exploración científica y a la práctica del montañismo por personas venidas de lejanas latitudes, que atraídas por los majestuosos e imponentes hitos altitudinales de esta zona, no han resistido la provocación que los ha motivado venir. Uno de aquellos que se sintieron cautivados por la magia de visitar y desafiar estas montañas, fueron un grupo de intrépidos montañistas polacos que ya hace casi 80 años, conquistaron el techo de América, el volcán más alto del mundo y los seis miles más difíciles de nuestro territorio.

La epopeya polaca, junto con la hazaña cumplida, fue haber sido uno de los primeros reportes descriptivos de la rica flora y fauna silvestre de la puna de Atacama, sus humedales y salares, de sus sitios de mayor concentración de biodiversidad, sitios que el día de hoy el Estado de Chile ha decidido conservar y heredar para las actuales y futuras generaciones a través de la creación del Parque Nacional Nevado de Tres Cruces y la declaración como sitio Ramsar de esta área protegida y sus zonas aledañas.

No fue casualidad entonces, que estos parajes cordilleranos de Atacama fueran objeto para la valoración, para su conservación y para el bienestar humano de la comunidad atacameña, donde el rol que nos compete como Estado, es que estos recursos puedan seguir permaneciendo para las generaciones presentes y futuras generaciones de hombres y mujeres de Chile y el Mundo.

El presente escrito, por sobre todo, es la muestra de la tenacidad y sacrificio de aquellos hombres venidos desde tan lejos, pero también representan un mensaje ... casi oculto, enviado a nosotros desde el pasado, para seguir conociendo, valorando y cuidando estos paisajes tan bellos y su patrimonio natural y cultural tan frágiles de nuestra querida región de Atacama en Chile.

Ricardo Alfonso Santana Stange
Director Regional Conaf Atacama



Palabras Rector Universidad de Atacama



UNIVERSIDAD
DE ATACAMA

Como Universidad de Atacama, nos sentimos orgullosos de ser parte del proyecto y lanzamiento que releva y vincula internacionalmente a nuestra Casa de Estudios y a la región de Atacama, mediante esta traducción del libro que trata sobre las memorias de una expedición polaca a los Andes “W Gorach Atacamy”, redescubierta recientemente y que relata la primera ascensión registrada a los macizos Andinos de Atacama, en 1937.

Para iniciar quiero entregar los agradecimientos a cada uno de los que hicieron posible este libro como la Fundación Parisky; a la profesional de la traducción Magdalena Antosz; A la Embajadora de Polonia en Chile, Aleksandra Piątkowska; Anna Kowalczyk, Encargada de Asuntos Culturales de la Embajada de Polonia en Santiago; a don Jorge Carabantes Ahumada, Jefe del Departamento de Áreas Silvestres Protegidas de Conaf Atacama; a don Ricardo Santana Stange, Director Regional de la Corporación Nacional Forestal de Atacama y sobre todo felicitar a don Héctor Olivares Cañete, funcionario de nuestra casa de estudios. Montañista con gran conocimiento de la zona y quien ha alcanzado la cumbre del Ojos del Salado, en la década del ochenta, más de una vez.

Nosotros como Universidad Estatal regional, de tradición minera, sabemos la importancia de esta traducción. Viene a poner en valor el patrimonio geográfico mediante el registro histórico de estos pioneros en Atacama en la gran montaña que atraviesa América del Sur.

Sin lugar a duda, nos acerca mucho más a quienes dejaron testimonio en la zona durante el siglo XIX, como son los prestigiosos naturalistas; los señores Claudio Gay, Rudolfo Philippi, Charles Darwin, Ignacio Domeyko, entre otros. Este último,

padre del ingeniero don Casimiro Domeyko; quien fuera en 1898 Director de Minas en nuestro antiguo plantel y quien dejó importantes avances y muestras, que reflejan lo que por tradición somos.

Su padre, el científico polaco-chileno Ignacio Domeyko, a quien está dedicado este libro, fue quien revolucionó la enseñanza de la mineralogía en Chile, realizó importantes aportes a los inicios de la Escuela de Minas de Copiapó, en 1857; ya que realizó durante los tres primeros años de vida en nuestro país, excursiones por los Valles de Cuarta Región, el Valle del Huasco, Aconcagua y sobre todo el Valle de Copiapó y sus alrededores, dejando testimonio de los más importantes sucesos históricos ocurridos en las minas de plata de Tres Puntas y Chañarcillo tanto en su labor científica minera, como en el análisis de la vida social de los obreros y los potentados dueños de los minerales de la plata en el 1835 en adelante.

Dejó testimonio de ajusticiamientos en Chañarcillo que incluso desconocíamos en Atacama; de la vida diaria en la Placilla de Juan Godoy; de la comida y condiciones laborales de los pirquineros y de las grandes tendencias políticas, en medio de fiestas de la esfera social más alta de Copiapó, en la década del 40 de ese siglo. Lamentablemente en un incendio en Talca, cerca del 1850, perdió más de la mitad de lo escrito sobre el mineral de Chañarcillo y su gente, según señala en su libro póstumo “Mis Viajes, memoria de un exiliado”, publicado en Editorial Universitaria en 1978.

Ignacio Domeyko, no solo fue un agitador de la educación chilena, formó en poco más de dos años a los primeros ingenieros en minas de la nación y fue quien inició un considerable esquema de instrucción y experimentación de base científica y tecnológica con los conocimientos obtenidos en París en el incipiente Chile minero, que no llevaba ni sesenta años de independencia. Creando cursos de mineralogía, organizando exploraciones geológicas, fundiendo en hornos, construyendo laboratorios, entre otros progresos conocidos en Europa y que hoy son fuentes principales para relacionarse con nuestro pasado y proyectarnos al futuro. Incluso iniciando procesos de legislación minera, de inmigración y legislación indígena.

Hoy su conocimiento, estudios y colecciones sobre este desierto y sus atractivos son parte de la Escuela de Minas de París, la Universidad de Cracovia y de nuestro Museo Mineralógico de la Universidad de Atacama, que se encuentra en un profundo cambio y reparación que favorecerán a toda la comunidad de Atacama y de quienes lo visiten.

La traducción de *W Górach Atacamy*, que como señalara al principio, es el primer registro de ascensión a los Andes atacameños y que hoy tenemos la posibilidad de acceder, pensando en perpetuar ese pasado, que si no fuera por estos aventureros polacos de 1937, no tendríamos el gusto de disfrutar y extender el conocimiento para el mañana a nuestra comunidad universitaria, ciudad, país y el mundo.

Dr. Celso Arias Mora
Rector Universidad de Atacama



Palabras del Director del Consejo de la Fundación de Zofia y Witold Paryscy



Witold Henryk Paryski es conocido por todas personas asociadas con los Tatras; sus manuales formaron varios escaladores mientras que la Gran Enciclopedia de las Tatras, escrita en conjunto con su esposa, es la fuente de información más importante para los amantes de las montañas.

A Paryski le interesaba todo lo relacionado con los Tatras y sus alrededores pero esa no fue su única pasión. Además de los Tatras, tenía una fascinación muy especial por los Andes. Durante su participación en la segunda expedición polaca a los Andes quedó deslumbrado por estas montañas y decidió acercarlas a sus compatriotas. En el año 1957 fue publicado su libro “En las montañas de Atacama” donde describió esta región y la expedición polaca.

Otra de sus publicaciones importantes dedicadas a los Andes fue “Mountain Climbing in Latin America”, escrita en los años 1940. Se trata de un libro de carácter científico dedicado tanto a la historia de la exploración de los Andes como también a su bibliografía. El libro fue destinado a un público amplio, por eso fue escrito en inglés y enviado para su impresión en Schweizerische Stiftung für Alpine Forschungen. Desafortunadamente el proyecto no fue realizado y recién en el año 2016, con el esfuerzo de la Fundación, fue publicado en inglés y polaco.

La Fundación de Zofia y Witold Paryscy fue creada para cuidar el legado dejado por ellos; es por eso que esta institución realiza varias actividades con el fin de difundir el trabajo y logros de ambos. Con gran alegría he aceptado la propuesta

de participar en la preparación de la versión española del libro “En las Montañas de Atacama”. Doy las gracias a los impulsores de este proyecto – a la Corporación Nacional Forestal Atacama, también a las instituciones de apoyo, ya que sin su ayuda finalizar esta idea sería imposible – a la Embajada de Polonia en Santiago de Chile y a la Universidad de Atacama. Estoy feliz de haber podido participar en los trabajos que acercan al pueblo chileno la historia de los montañistas polacos que han explorado las cumbres no conquistadas de los Andes.

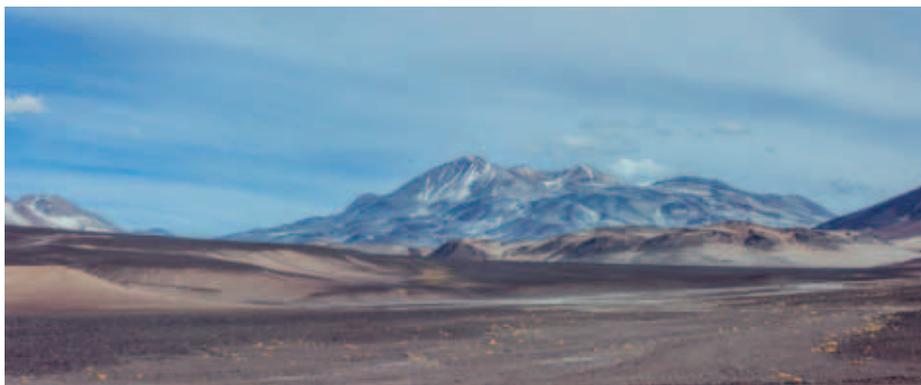
Dr. Ing. Marcin Guzik
Director del Consejo de la Fundación
de Zofia y Witold Paryscy



Prologo

La presente traducción al idioma español del libro *W Górach Atacamy*, comienza a gestarse el 11 de diciembre del año 2010 con motivo de la primera, pero tímida, celebración oficial del Día Internacional de las Montañas realizado en el Parque Nacional Nevado de Tres Cruces, actividad impulsada desde entonces y hasta la fecha, por la Corporación Nacional Forestal de la Región de Atacama y por el Departamento de Áreas Silvestres Protegidas de la institución. Por esas casualidades de la vida, nos encontramos con una de las personas con mayor experiencia en las montañas de la puna atacameña, el señor Héctor Olivares Cañete, nacido en el puerto de Valparaíso, amante del montañismo y del desierto, y con ascensiones al volcán más alto del mundo, el nevado Ojos del Salado, junto a los demás seismiles de esta singular zona. Dueño de un conocimiento supremo (superlativo) de estos paisajes que pocos lo tienen en Chile.

El señor Olivares fue el invitado estelar a esa primigenia celebración, donde pudo realizar una presentación a la audiencia, acerca del devenir histórico del montañismo y la exploración de las montañas atacameñas, uno de los momentos de mayor nostalgia y que conmovió a todos los que oyeron el relato, fue cuando contó la historia de la primera ascensión registrada al volcán Ojos del Salado, realizada por un grupo de intrépidos montañistas polacos, que por los años 1936-1937 lograron tal conquista, los participantes de la hazaña juraron volver a las montañas atacameñas y repetir la aventura, sin embargo esto nunca pudo suceder, dado los acontecimientos trágicos que luego sucederían en las tierras polacas y que enlutarían a este país y a toda Europa: el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Héctor Olivares, terminó tan importante pasaje histórico diciendo, que existía un libro casi



Nevado Ojos del Salado. Foto. Jose Luis Gutierrez Alvarado, CONAF Atacama

perdido (por lo menos para los hispano hablantes), del relato de esta primera ascensión, del cual solo se tenía conocimiento, hasta ese entonces, en el mundo de los mitos urbanos y las historias nunca comprobadas.

Al término de la actividad que nos convocaba aquel entonces, me acerqué al señor Olivares, comentando su presentación y consultándole si tenía más antecedentes de la historia de estos montañistas, quien luego me aportó más referencias de tan conmovedora e impresionante historia. Al final de la conversación concluimos que debíamos buscar la forma de dar con este libro escrito en polaco y rescatar para la posteridad este importante hito.

Algunos años más tarde, estando en mi oficina de la sección de Administración del Departamento de Áreas Silvestres Protegidas de Conaf Atacama, me encontraba en mis quehaceres laborales corrientes, cuando se me avisa que el señor Héctor Olivares se encontraba en secretaría preguntando por mí. Le di la bienvenida como de costumbre y le hice pasar de inmediato a mi oficina. Ya en ella, me comenta, “don Jorge, ¿recuerda la historia de los montañistas polacos y el libro extraviado de la expedición?” “Si por supuesto don Héctor, como no recordarlo”, respondí a lo que Héctor me dice “bueno... ¡lo encontré!”

¿Cómo? -le dije-, ¿en serio? ¿Y cómo dio con él?

Me comentó que en una visita que hizo al puerto de Valparaíso y vitrineando en una tienda de antigüedades, pudo dar de improviso (enigmática o mágicamente, como prefiera el lector) con el libro. En seguida, metió su mano derecha al interior de un bolso negro y lentamente sacó el original del libro con su portada tan colorida y nostálgica a la vez, con su título simple, pero de mucho significado “W Gorach Atacamý (En las Montañas de Atacama)”. Me quede boquiabierto y de inmediato supe que estaba ante todo un descubrimiento y que nadie en nuestra hermosa región (a excepción de don Héctor y yo) habían tenido el privilegio de disfrutar dichoso momento. Cuántos montañistas que estén vivos o que ya han partido de este mundo, hubiesen querido haber estado en mi lugar ante tal hallazgo. Y yo estando lejos

de ser un montañista viví ese momento exacto de gloria, siendo testigo de tal excelso evento. Simplemente son los vericuetos retorcidos tan entrañados de esto que llamamos vida, que de un instante a otro nos sorprende.

De inmediato le dije a don Héctor que pasáramos a compartir esta noticia con el -aquel entonces-, jefe de Áreas Silvestres Protegidas y montañista por naturaleza, Max Zeller Barros, con quien comenzamos a hojear el libro. Reconociendo ciertos lugares existentes en el sector altoandino y principalmente sus montañas, nos fuimos convenciendo que estábamos ante algo innegablemente grande y que era preciso involucrarnos de manera directa como institución, para concluir con el proyecto de dar vida al documento histórico -en ese momento en nuestras manos-, para las personas de habla española.

Así entonces fue y por simple intuición que le dije a don Héctor, “quienes nos pueden ayudar en esto y de seguro les va a interesar en apoyar un proyecto de esta índole, son los de la Embajada de Polonia en Chile. ¿Qué le parece si tomamos contacto con ellos?”. A lo que el señor Olivares respondió, sin dudarlo, afirmativamente. Busqué en la web los datos de contacto de la embajada en Chile y ya con el número telefónico en mi poder, marqué el número de manera directa, respondiendo la siempre típica y ceremoniosa voz de una contestadora que me dio un listado casi interminable de anexos de las diferentes secciones de la entidad diplomática, hasta que -optando por lo más fácil y práctico-, seleccioné solamente el número de la secretaria de la embajada. Me contestó una voz femenina, quien me atendió amablemente y escuchó pacientemente mi relato con respecto al libro encontrado. Luego de escuchar, de inmediato me derivó con la señorita Anna Kowalczyk, encargada de Asuntos Culturales y Difusión de la embajada, la funcionaria comprendió de inmediato la importancia de poder levantar un proyecto conjunto de traducción, edición, impresión y lanzamiento del libro en idioma español. Se procedió entonces a redactar y enviar la carta de rigor dirigida a la embajadora de la república de Polonia en Chile, firmada por el director regional de Conaf, Sr. Ricardo Santana Stange, quien también se involucró y apoyó decididamente el proyecto. No tardó mucho en llegar la respuesta de la embajadora, comprometiendo el respaldo de la embajada en las gestiones para concretar la iniciativa, a través de la postulación a algún fondo polaco de fomento al libro, para esto fue necesario lograr la participación de terceros, una editorial chilena que hiciera la postulación del proyecto, gestión que no tuvo resultados positivos porque ninguna entidad del rubro se mostró motivada en involucrarse en una iniciativa como esta (algo extraño).

Finalmente y ya transcurridos dos años desde el descubrimiento del libro, las gestiones de buscar patrocinadores o auspiciadores estaban en punto casi muerto, hasta que llega el 2015 y con él, la enorme catástrofe del aluvión que azotó casi por completo a la Región de Atacama, golpeando en los más profundo a los corazones atacameños. Durante ese tiempo, iniciativas como esta, quedaron relegadas a un segundo plano, por lo menos durante todo el primer semestre de tal año.

Dadas las circunstancias de aquel entonces, se me nombra como jefe (I) del Departamento de Áreas Silvestres Protegidas de Conaf Atacama donde, luego del periodo más crítico vivido por la catástrofe, se retomaron las conversaciones con la embajada de Polonia y por supuesto con Anna Kowalczyk, quien en una oportunidad le comenté que la Corporación financiaría la traducción completa del libro (acción que se alineaba perfectamente con un indicador y meta de gestión cultural del departamento), para lo cual se procedió a contratar de manera directa, los servicios de la traductora nativa polaca avecindada en Chile, Magdalena Antosz, quien fue la primera persona que develó y conoció los secretos que escondía el texto. Posteriormente Anna Kowalczyk en una ocasión me informó que la impresión del libro sería financiada por la embajada y la edición de este por la Fundación Paryski de Polonia (entidad creada por uno de los montañistas integrantes de la expedición, Wiltold Paryski), incluso cooperarían con las fotografías originales publicadas en el libro, más otro material gráfico inédito que aportarían al proyecto.

Las voluntades ya estaban en la mesa y solo había que comenzar a hacer que las cosas funcionaran para concretar definitivamente el proyecto, obra que finalmente a ti lector y lectora, ponemos en vuestras manos, que creo que al igual que este relator en su momento, tendrás el privilegio de descubrir y desentrañar los secretos guardados hasta ahora.

Les invito a sentir la magia de descubrir lo nuevo, lo nunca contado, lo nunca leído, donde solo debes de pensar que este momento estuvo reservado por largos 80 años, para ti.

Jorge Carabantes Ahumada
Jefe Depto. (I) Áreas Silvestres Protegidas
Conaf Atacama
Copiapó, 2016





Los integrantes de la expedición. Desde la izquierda: Justyn Tymon Wojsznis, Stefan Osiecki, Witold Henryk Paryski, Jan Alfred Szczepański.



WITOLD H. PARYSKI

EN LAS MONTAÑAS DE ATACAMA

MEMORIAS DE UNA EXPEDICIÓN POLACA A LOS ANDES

Nasza Księgarnia – Varsovia 1957



Dedico este libro a la memoria de un gran polaco y un gran chileno **Ignacio Domeyko**, un benemérito científico, explorador de los Andes, así como a los jóvenes turistas y alpinistas polacos. Al mismo tiempo, no solo deseo que mantengan la tradición de las expediciones de investigación de los alpinistas polacos en el mundo, sino también los llamo para que en este campo, con un esfuerzo colectivo, busquen constantemente desafíos y se propongan objetivos cada vez más grandes.

El Autor



1. Lo más alto posible



Desde que nos montamos en las mulas, el sol ya atravesó la mitad del cielo. Aun así, todavía ni estamos pensando en descansar. Después de abandonar el fondo de una quebrada estrecha, nuestras mulas continúan por una empinada ladera de la montaña llamada Cerro de Nacimiento.

Aunque son los primeros días de febrero, estamos en pleno verano. No es de olvidar que nos encontramos en Argentina, en el hemisferio sur. A pesar de ello, sentimos mucho frío, ya que hace un buen tiempo sobrepasamos el límite de las cimas más altas de los Alpes. En este momento, nos encontramos a la altura de la cumbre más alta del Cáucaso.

Dejamos atrás las últimas matas del pasto, las vicuñas asustadizas y los rápidos avestruces. Lo único que está a la vista, son montañas y valles, y detrás de ellos, nuevamente cadenas montañosas, y más allá en el horizonte lejano, cumbres sin nieve. Y sobre nosotros, unas montañas más altas aún, cubiertas de nieve: los nevados.

Nos acompaña el baqueano José Sosa, vestido con un poncho indígena. Lleva un sombrero y una gruesa toalla de colores alrededor del cuello.

Ahora, con más frecuencia nos encontramos con pedazos de nieve, la ladera se vuelve cada vez más inclinada. Las mulas, con tesón se abren paso a través de montones de nieve y ascienden por una senda empinada. Preocupados, cada tanto miramos hacia arriba y hacia abajo. Quisiéramos subir en nuestras mulas lo más alto posible y así ahorrar fuerza para alcanzar la cumbre mañana, pero sabemos que el viejo Sosa y las mulas tienen que volver todavía hoy al campamento en el valle lejano, al lado de la tumba solitaria de una viajera anónima.

Si bien nuestras mulas son muy valientes, nos resulta cada vez más difícil animarlas a que sigan ascendiendo por la vertiente empinada. Esto no nos impide continuar. Sabemos bien que cuando nos toque caminar a nosotros, también vamos a jadear y resoplar por falta del oxígeno.

Subimos por la ladera, aprovechando los escalones formados naturalmente. Empujamos las mulas con espuelas grandes y desafiladas, pero los animales están tan cansados que se paran con mucha frecuencia.

¡Lo más alto posible! Pero ahora solo podemos seguir caminando. Desmontamos las mulas, bajamos las mochilas pesadas y, de inmediato, nos despedimos del viejo Sosa, quien junto a las mulas emprende el camino de vuelta. De todas maneras, alcanzamos a subir en las mulas hasta la altura de 5.700 msnm.

Este día tres horas más continuamos el ascenso por nieve y rocas. El viento es cada vez más frío e insoportable. Estamos pasando frío a pesar de llevar varias capas térmicas.

¡Lo más alto posible antes de que caiga la noche! ¡Pero ya basta! Se pone el sol y el frío penetra al interior del cuerpo. La única salvación es nuestra carpa. La armamos muy rápido, ya que empiezan a entumecerse los dedos, tanto de las manos, como de los pies. Cuánta razón tuvo el aventurero francés Frèzier, quien escribió hace 200 años: “son montañas espantosas, donde la helada puede venir tan repentinamente, que uno se congela y una mueca desfigura su rostro.”

Logramos armar una carpa baja y por fin podemos entrar. Los dedos rígidos nos causan mucha dificultad al quitarnos los zapatos. Masajeamos los pies helados durante unos quince minutos, cuando empezamos a sentir el dolor en los dedos hasta ahora anestesiados. Es una buena señal que nos alivia, porque significa que ya no existe peligro de congelación.

Nos encontramos a 6.000 metros de altura, a miles de kilómetros de nuestras casas, lejos, en las montañas desérticas de Atacama, en el medio de la larga Cordillera de los Andes.

Pero volvamos al principio de la historia.

2. Preparativos para el viaje

Una carta inesperada. La cordillera más larga del mundo.
Casas de sal. Manchas blancas en el mapa.
Desierto en la montaña. Objetivos de la expedición.
Preparativos. ¿Quién va a viajar? La partida.



Un día en la primavera del año 1936, recibí inesperadamente una carta concisa, en la que mi amigo Justyn Wojsznis me propuso participar en una expedición alpinista en América del Sur, organizada por el Club Alpino de Varsovia¹. La fecha de partida sería el otoño siguiente.

La carta no contenía más detalles, pero ¿realmente hacían falta para tomar una decisión? ¡No! En realidad había tomado la decisión antes de terminar de leer la carta. ¡Sin dudas, iré!

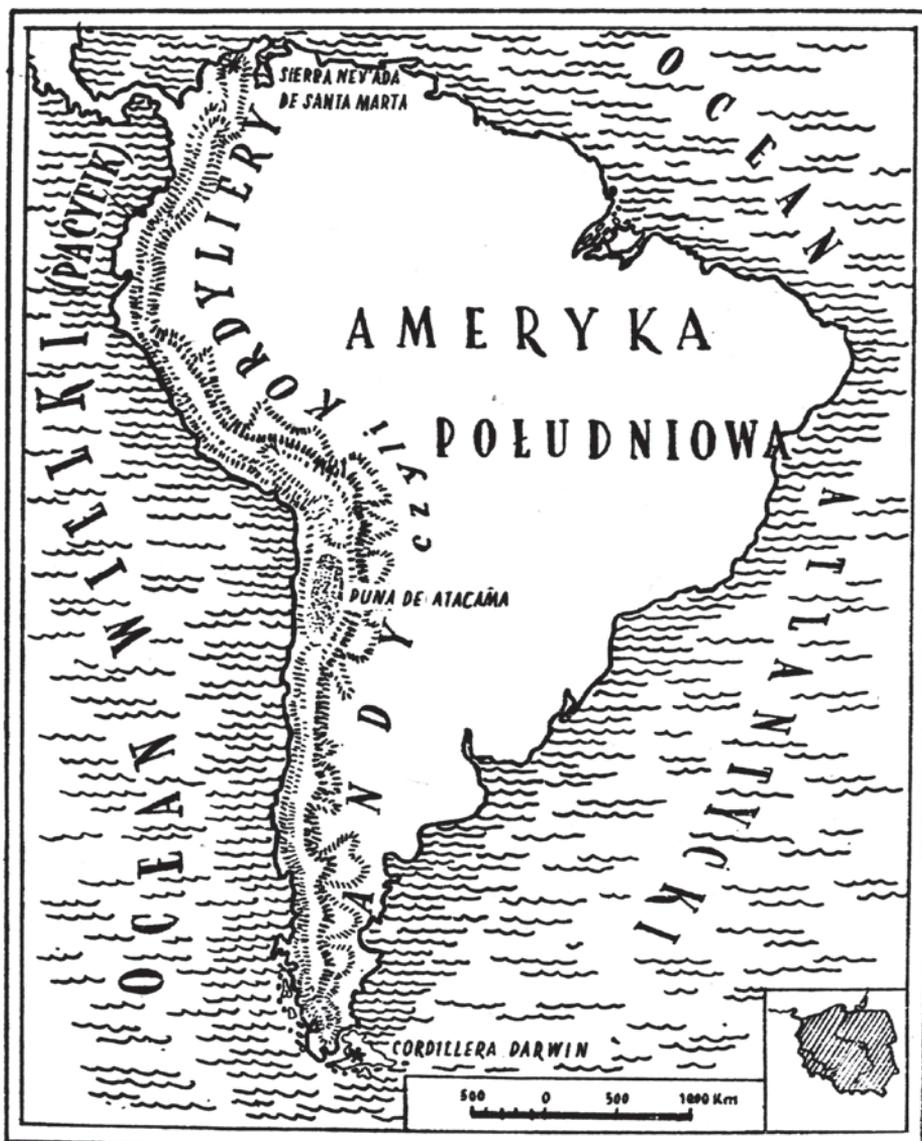
Poco después de haber recibido la carta en cuestión, me junté con Justyn, quien me contó de manera más detallada sobre la expedición planeada. El Club Alpino de Varsovia había decidido organizar una expedición de investigación a las montañas de América del Sur. La primera expedición polaca de ese tipo a los Andes se había realizado en los años 1933-1934. En este momento, es decir, en 1936 se organizaría la segunda expedición en el terreno limítrofe entre Argentina y Chile, encabezada por el mismo Justyn Wojsznis, un conocido taternik² y alpinista que anteriormente ya había participado en expediciones al Alto Atlas y al Cáucaso.

La Cordillera de los Andes atraviesa todo el continente sudamericano desde el norte hasta el sur, contorneando la costa del océano Pacífico. Es la cordillera

¹ Club Alpino de Varsovia – una organización de alpinistas polacos, fundada en el año 1935, unión de tres asociaciones alpinistas existentes anteriormente. El Club contribuyó al desarrollo del alpinismo polaco en los montes Tatras, los Alpes y las cordilleras de otros continentes.

² Taternik – persona que practica el deporte de subir las cumbres en los montes Tatra (una cordillera en la frontera de Polonia y Eslovaquia) [comentario de la traductora].

más larga de la tierra, extendiéndose desde la Sierra Nevada de Santa Marta en Colombia hasta la Cordillera Darwin en la Tierra del Fuego, es decir a lo largo de casi 9.000 km. Es casi la misma distancia que desde Polonia hasta la mitad de China. La cadena tiene un promedio de 500 km de anchura.



La Cordillera de los Andes en América del Sur se extiende desde la Sierra Nevada de Santa Marta en el norte hasta la Cordillera Darwin en el sur.

La Cordillera de los Andes es, fuera de Asia, la cadena de montañas más alta del mundo. El punto más alto de los Andes es el Aconcagua de 6.955 msnm, la montaña más alta del planeta que se puede ver desde el océano Pacífico. La cantidad de los seismiles en los Andes es actualmente desconocida.

La región en la que se extiende la cordillera concentra varias zonas climáticas: desde las selvas subtropicales y desiertos hasta campos de hielo. Además, las montañas tienen muy distintas formas: desde las cumbres en forma de cúpula hasta agudas montañas cónicas.

En el sur de los Andes, los glaciares se deslizan directo al mar y en la zona central, el nivel de las nieves perpetuas se establece en más de 6.000 msnm, es decir más alto que en cualquier otra parte del mundo. En la cordillera patagónica suele llover o nevar casi constantemente, mientras que en Atacama los habitantes construyen casas de sal, porque la lluvia las podría destruir solo una vez durante el tiempo promedio de vida del hombre.

Tuvieron razón los que dijeron que los paisajes andinos eran más diversificados que los del Cáucaso, los Montes Cárpatos, los Alpes, los Montes Apeninos y la cordillera del Atlas en conjunto.

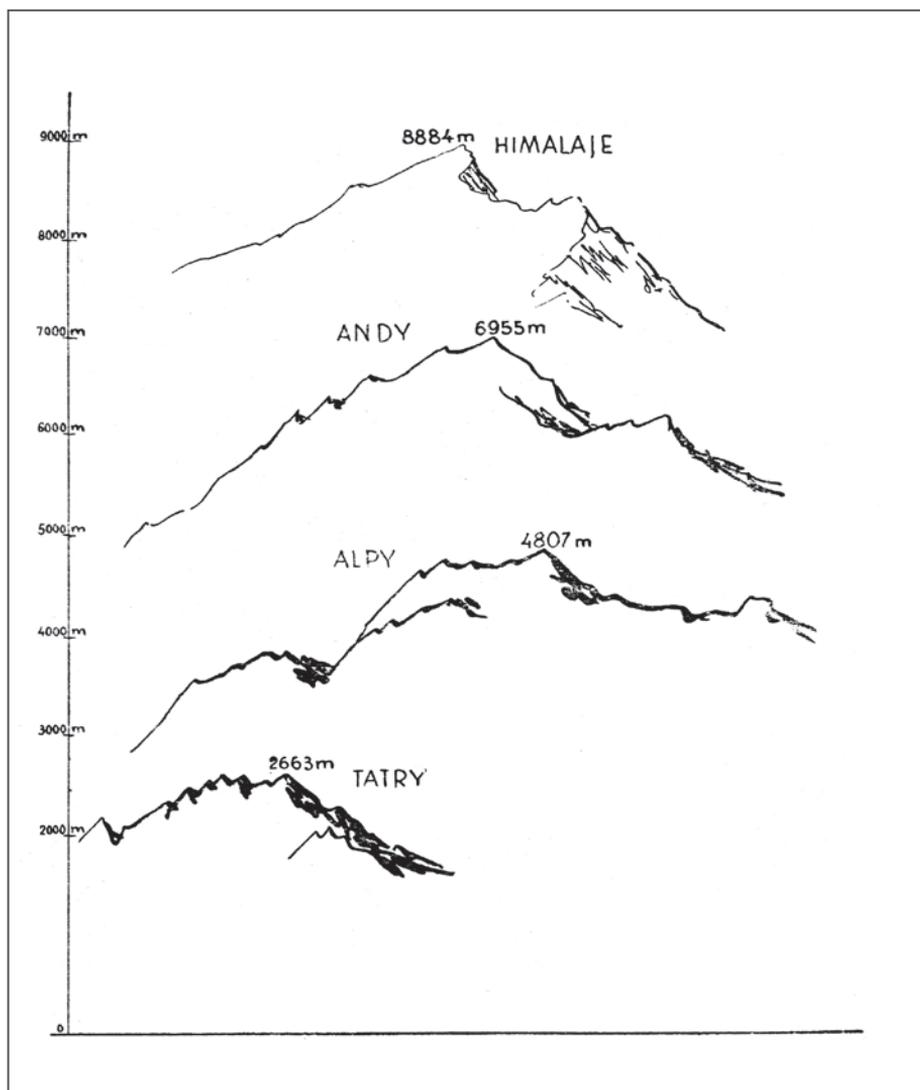
Pero ¿cuánto sabemos de este sistema montañoso extendido en más de 3,5 millones de kilómetros cuadrados?

En los mapas más modernos de los Andes ya no se ven manchas blancas. Los ríos y los lagos están delineados, las cumbres medidas, el recorrido de las cadenas de montañas determinado.

Sin embargo, no ha de ilusionarse de que la cordillera se ha explorado a tal profundidad. Un viajero en los Andes a menudo se dará cuenta que los ríos tienen otro curso y que incluso se encuentran en otro lugar del indicado en el mapa. Los lagos suelen tener otras formas, otra cantidad y otra ubicación. Las cimas suelen ser 1.000 metros más altas o más bajas de lo que dicen los mapas. Las cadenas de montañas tienen un recorrido determinado por la naturaleza y no por lo que ha dictado la imaginación de un cartógrafo, que nunca las ha visto. Por lo general, no hay manchas blancas en los mapas del Nuevo Mundo, ya que se llenaron de los frutos de imaginación de los cartógrafos americanos.

Como terreno de su actividad, la Segunda Expedición Polaca a los Andes eligió la cordillera en la zona limítrofe entre el noroeste de Argentina y el norte de Chile, la zona sur del Desierto de Atacama. Ya antes de emprender el viaje, sabíamos en base a la literatura disponible, que en esa parte de la cordillera se encontraban picos muy altos todavía sin explorar; supuestamente los picos más altos de América, aunque no tuvimos seguridad de que nuestras fuentes fueran fidedignas.

Se han determinado los objetivos de la expedición por cumplir: alcanzar las cumbres más altas de la zona, delinear un mapa más detallado posible de la zona, hacer observaciones e investigaciones científicas (meteorológicas, fisiológicas, etc.) y armar colecciones científicas (zoológicas, petrográficas, etc.). Además, para



Comparación de la altura sobre el nivel del mar de los Montes Tatras, los Alpes, los Andes y el Himalaya.

propagar el nombre polaco en el extranjero, los miembros de la expedición darían charlas sobre las anteriores expediciones polacas a los Andes y exhibirían una película grabada durante la primera expedición.

Comenzó un gran despliegue de preparativos. Teniendo en cuenta los objetivos de la expedición a esa cordillera tan lejana, tuvimos poco tiempo y mucho trabajo para prepararnos realmente bien.

Lo más difícil fue conseguir fondos para cubrir los gastos de la expedición. Los recursos del Club Alpino de Varsovia y de su organización madre, Asociación Polaca de los Tatras (Polskie Towarzystwo Tatrzańskie) no eran suficientes. En aquel tiempo no fue fácil recibir subvenciones de parte del gobierno para ese tipo de expediciones. Poco a poco y con un gran esfuerzo, apoyados por la Asociación Polaca de los Tatras, conseguimos dinero de diversas instituciones estatales y sociales. Sin embargo, los fondos apenas alcanzaron para cubrir el equipamiento básico de la expedición. El resto lo pagaron los participantes de su propio bolsillo. Finalmente, juntamos alrededor de 26 mil del Złoty Polaco de entonces.

El 62% de ese dinero recibimos de parte de las instituciones sociales (mayormente de la Asociación Polaca de los Tatras y el Club Alpino de Varsovia), el 17% lo pusieron de sus bolsillos los mismos participantes de la expedición y solo el 21% se daba a las subvenciones estatales³.

Los demás preparativos ya no eran tan complicados, aunque también requerían mucho trabajo. Sobre todo era necesario recolectar información de todo tipo sobre la zona a la que viajábamos, sobre el viaje al otro hemisferio, el equipaje lo más apropiado posible, el tipo y la cantidad de alimentos, etc. Tuvimos que buscar literatura asociada y mapas, redactar cartas dirigidas a personas tanto en el país, como fuera y consultar otros pendientes con los integrantes de las expediciones anteriores del Club Alpino de Varsovia.

Al mismo tiempo, armamos el equipaje según los listados preparados. Algunas cosas compramos listas, otras tuvimos que solicitar según modelos y planos preparados por nosotros mismos. Además, tuvimos que pensar en cómo empaquetar todo para que fuera cómodo viajar en varios tipos de transporte: en ferrocarril, en barco, en auto y en las espaldas de las mulas.

Hubo miles de tareas que requerían tiempo. En las últimas semanas antes de la partida, Justyn y yo corrimos por toda la ciudad de Varsovia de sol a sol. Mucha gente nos ayudó sin ningún interés, sobre todo los compañeros del club, pero también otros.

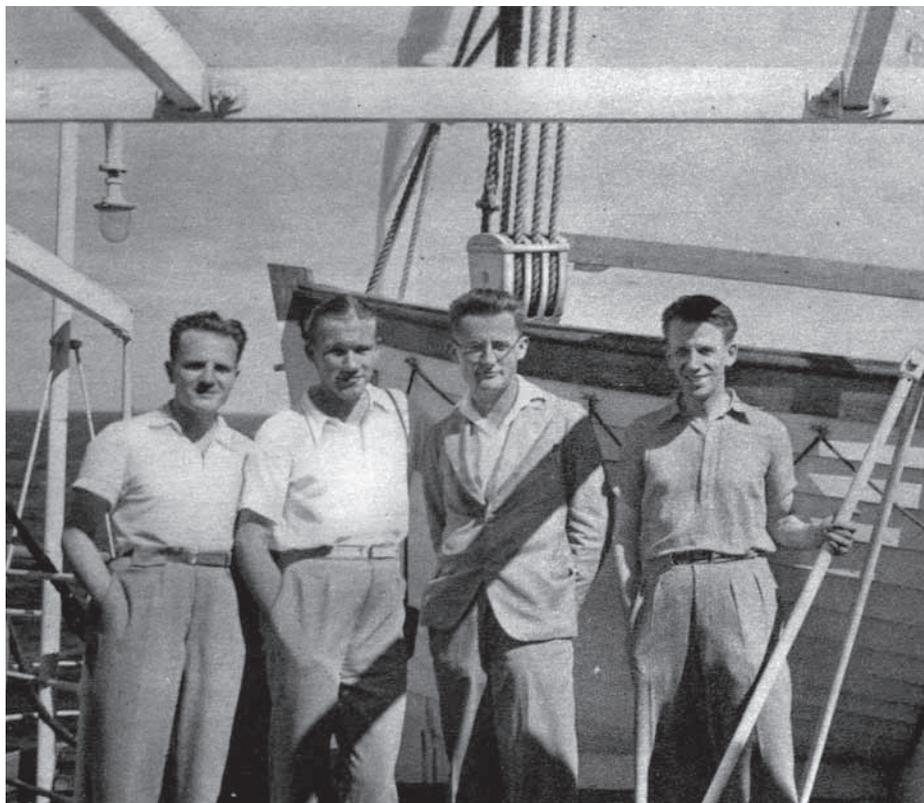
Por otro lado, nos costó mucho elegir a los integrantes de la expedición. Desde el principio estaba claro que viajaría el ingeniero Stefan Osiecki, un participante de la anterior expedición polaca a los Andes. Era un buen alpinista y sabía como funcionaban las cosas en Argentina. Por mucho tiempo, no tuvimos la menor idea de que si viajarían cuatro, cinco o seis personas, ya que fue muy incierta la cantidad del dinero que acumularíamos. Por lo tanto, era necesario esperar con la elección de los demás integrantes.

Finalmente, los fondos limitados solamente permitieron la participación de cuatro personas. Elegimos a Jan Alfred Szczepański, conocido taternik y alpi-

³ Para poder comparar, el año 1947 los costos de la expedición del Club Alpino de Varsovia a los Alpes se cubrió solo en 6% por parte de los participantes. El resto del monto, es decir el 94% provenía de las subvenciones estatales.

nista, integrante de las expediciones polacas a los Alpes y a la cordillera del Atlas y, además, el autor del proyecto de nuestra expedición.

Por fin, el día 19 de octubre todo estuvo preparado – el equipaje listo y enviado. En la tarde salimos de Varsovia y el día siguiente embarcamos en Gdynia. Viajamos en el barco polaco “Kościuszko”.



¡Por fin, de camino al hemisferio sur! Los integrantes de la expedición a bordo del barco polaco “Kościuszko”; desde la izquierda: Jan Alfred Szczepański, Justyn Wojsznis, Witold H. Paryski y Stefan Osiecki.

3. Viaje al otro hemisferio

**El viaje por mar. Un descanso activo. Los emigrantes.
Dakar. La visita del dueño de los mares.
La conferencia del profesor Bujwid.
La bahía más linda del mundo. Rio de Janeiro.
Mar dulce. La llegada a Buenos Aires.**



La ruta de nuestro viaje por mar al principio llevaba hacia el oeste, atravesando el Báltico y el Canal de Kiel en dirección al Mar del Norte y luego hacia el suroeste por el Canal de la Mancha y el Golfo de Vizcaya rumbo al Atlántico abierto. Después de las semanas largas de preparativos, el viaje por mar fue para nosotros un descanso, aunque no nos faltaron actividades.

Casi todos los alimentos para la expedición de varios meses en la cordillera los íbamos a comprar en Buenos Aires, razón por lo cual, durante el viaje en el barco, recalculaba lo que había que comprar. Si no llevásemos la cantidad suficiente de alimentos, podría acabarse en las zonas despobladas; por otro lado, llevar demasiado complicaría el transporte en las mulas y supondría un gasto innecesario. También era importante la calidad de los alimentos, porque tenían que mantenernos en buena condición física durante la expedición difícil. Los alimentos no podían pudrirse ni por el calor excesivo, ni durante las heladas. Además, fue imprescindible embalarlos de tal manera que no se dañaran en el transporte.

Por lo general fue una tarea muy compleja, más aun cuando necesitamos otro tipo de alimentos para el viaje en las mulas, otro en el campamento base y otro para ascender a las cumbres. Por lo tanto, estuvimos calculando y corrigiendo de sol a sol. Para el trayecto en las mulas, los alimentos podían ser más pesados y no importaba tanto que fueran pre preparados. Se podía cocinar haciendo fogatas o en grandes hornillos primus. Para transportarlos en nuestras propias espaldas, los alimentos requerían ser más livianos y de suficiente valor nutritivo. Además, debían ser fáciles de preparar en pequeñas cocinillas o poder consumirse sin previa preparación y, adicionalmente, ser suficientemente sabrosos y variados, ya que a grandes alturas suele perderse el apetito.



La ruta de la segunda Expedición Polaca a los Andes. El terreno de la cordillera explorado se encuentra entre Tinogasta y Copiapó

Al mismo tiempo en el barco estudiábamos español, lo que era imprescindible para poder comunicarnos en Argentina y Chile. Como se sabe, el idioma oficial de casi todos los países de América del Sur es el español.

Stefan fue el único de los integrantes de la expedición que sabía español y era importante que todos pudiéramos comunicarnos de manera independiente.

La mayoría de los pasajeros del barco eran emigrantes que viajaban de Polonia a Brasil o Argentina. En aquellos tiempos entre las guerras, muchos polacos sin tierra tuvieron que emigrar de Polonia en búsqueda de medios para sostenerse. Una gran parte de ellos emigraban a América del Sur, sobre todo a Brasil y Argentina. Las condiciones del trabajo en esos países eran muy duras. Además, el clima muy caliente y las enfermedades tropicales afectaban la salud de los emigrantes. Sin embargo, el gran desempleo en Polonia antes de la guerra obligó a miles de polacos a vagabundear por los lejanos países ultramarinos.

Una vez atravesadas las aguas bravas del Golfo de Vizcaya, el clima mejoró y empezó a hacer más calor. Al lado del barco chapoteaban los delfines, de vez en cuando aparecía un tiburón, el sol ardiente quemaba desde el cielo las tablas en el barco. Dejamos atrás las Canarias, luego el Cabo Verde en la costa realmente verde de África. Para cargar el carbón, el barco hizo una parada en el Puerto de Dakar.

Apenas el barco llegó al puerto, lo rodeó un grupo de muchachos negros que insistían a gritos que los pasajeros les tiraran monedas en el agua. Las monedas nunca llegaban al fondo, ya que siempre había algún nadador excelente que de inmediato se daba un chapuzón y agarraba la moneda.

Bajamos del barco para conocer la ciudad. Dakar, con sus decenas de miles de habitantes, forma parte de la África Occidental Francesa. Es un gran puerto comercial, un importante centro de conexiones aéreas y marítimas, conectando, entre otros, Europa con América del Sur. La ciudad fue fundada por los colonizadores franceses en el año 1857.

Por su ubicación en la península africana más occidental, también fue un importante puerto de guerra.

Nos sorprendió mucho la vestimenta de los negros en Dakar. Muchos de ellos llevaban túnicas largas y holgadas al estilo árabe, salacots en la cabeza y collares gri-gri en forma de amuletos.

El centro de Dakar estaba lleno de edificios esmerados de ladrillo, tiendas, oficinas, restaurantes y bares. A mediodía las calles se despoblaban a causa del calor insoportable. Nos acercamos en el taxi a las zonas suburbanas. Nos encontramos con jardines grandes llenos de palmeras y otras plantas tropicales, así como con hermosas residencias de los franceses. Por consiguiente, llegamos al barrio de los negros pobres. Vivían en miserables y deformadas casetas construidas de varas, pedazos de tablas y viejas latas de bencina.

En la noche abandonamos el puerto. El barco tomó rumbo hacia el suroeste, es decir la ruta más corta por el océano hacia América del Sur que llevaba a la costa de Brasil.

Un día, cuando nos acercábamos a la línea ecuatorial, aparecieron dos mensajeros con vestimenta muy extraña, quienes, supuestamente, venían del fondo del mar. Informaron a la tripulación y los pasajeros que el día siguiente aparecería en el barco el Neptuno, el dueño de los mares y todas las aguas, con su cortejo para bautizar a aquellos que, por primera vez en su vida, cruzarían el ecuador.

Efectivamente, el día siguiente, es decir el 3 de noviembre, en el barco tuvo lugar una gran ceremonia con el motivo de haber cruzado el ecuador. Al bordo apareció el Neptuno con una barba larga y el tridente en la mano. Le acompañaban su mujer y un cortejo de sirenas y otros marítimos personajes mitológicos. Según la tradición respetada en todos los barcos, aquellos, que por primera vez estaban en el ecuador, tenían que dejarse bautizar, una ceremonia durante la cual se les rociaba la cabeza con agua y afeitaba la barba con una navaja grande y de madera. Totalmente empapada, la víctima de los marineros disfrazados recibía un diploma bonito, firmado por el mismísimo Neptuno.

Era un deber presentar ese diploma a la tripulación en el caso de volver a cruzar el ecuador.

Otro acontecimiento que rompió la monotonía del viaje de varios días por el océano extenso, fue una conferencia para los emigrantes. Entre los pasajeros del barco había un profesor de Cracovia, Odo Bujwid, quien viajaba al Congreso Internacional de Esperantistas⁴, que tendría lugar en Rio de Janeiro. El profesor mostró un gran interés por los emigrantes que viajaban en el barco, hablaba con ellos y se dio cuenta de que su destino sería un trabajo duro en condiciones totalmente desconocidas. Dado que fue un bacteriólogo conocido y especialista de vacunas y sueros, el profesor organizó un corto e interesante curso informativo sobre las medidas que tomar en caso de mordeduras por serpientes, escorpiones y otros insectos venenosos, los que habitan América del Sur. Los emigrantes escucharon con mucho interés. Seguramente les sirvió toda esa información durante su experiencia en el continente americano.

Anteriormente he leído que la bahía en la que se ubica la ciudad Rio de Janeiro, la capital de Brasil, es una de las más hermosas del mundo. Lo que vi me confirmó que esa información no era exagerada. Realmente me faltan palabras para describir lo impresionante que me parecía la enorme bahía, llena de islas y con cerros en el fondo pertenecientes a la costa. Al acercarse al puerto que se encuentra dentro de la bahía, lo que más resalta es el Pan de Azúcar, una roca que debe su nombre a su forma. Se encuentra a la altura de 285 m sobre el nivel de las aguas de la bahía.

Acercándonos al puerto, teníamos la sensación de que los rascacielos se encontraban en la misma playa. Podíamos disfrutar de unas cuantas horas para visitar la ciudad. Pero antes nos tocó dar entrevistas sobre nuestra expedición a los periodistas que aparecieron en el barco.

⁴ Esperantista – una persona que habla esperanto; Esperanto – una lengua auxiliar creada al principio del siglo diecinueve (XIX) por el oftalmólogo polaco Ludwig Zamenhof de Varsovia.

Rio de Janeiro no solo está rodeado de montañas, sino también en algunas partes de la ciudad misma se encuentran cerros más pequeños e inclinados, por los que pasan túneles que llevan de un barrio de la ciudad al otro.

Sin embargo, en la llamada Ciudad Maravillosa, no todo es una maravilla. Si bien está llena de casas hermosas, jardines encantadores y ramblas bellísimas, existen también villas miserables, en las que los más pobres viven en casetas que no son mejores que las de los trabajadores negros en Dakar. La única diferencia consiste en que en Rio de Janeiro los más pobres no son solamente negros, sino también indios y mestizos.

Continuando el viaje, el barco volvió a hacer una corta parada en Santos, conocido por el café, y en Rio Grande do Sul, donde se bajó una parte de los pasajeros emigrantes. Desde el barco, a gran distancia vimos la capital de Uruguay, Montevideo, y sus rascacielos enormes.

El barco aún se encontraba en mar abierto, lejos de la costa invisible, cuando de repente me di cuenta que el color de agua estaba oscureciendo. El límite entre las dos aguas de distintos colores era muy claro y evidente. El océano oscuro era el Mar Dulce, nombrado así en el año 1515 por su descubridor Solís. Se trata de las aguas dulces del Rio de la Plata que desembocan en el Atlántico, pero en su gran parte no se mezclan con las aguas saladas del océano y mantienen su color oscuro que se debe al fondo limoso. Un segundo mar dulce cerca de las costas de América del Sur se encuentra en la desembocadura del Amazonas.

El día 13 de noviembre llegamos a nuestro destino Buenos Aires, la capital de Argentina. Salimos de Polonia en otoño. En Argentina, después de veinticuatro días de viaje, nos encontramos con la primavera. Por las noches ya no pudimos encontrar la Osa Mayor en el cielo, pero con menos intensidad brillaba la Cruz del Sur.

4. Los primeros pasos en Argentina

La estadía en la capital de Argentina.
Una búsqueda en vano.
La película polaca sobre los Andes.
48 horas en el tren. Tinogasta.



No era ninguna novedad para nosotros, que en Argentina teníamos mucho que hacer, pero contamos con que en, como mucho, dos semanas estaríamos listos. Estábamos ansiosos de partir cuanto antes a la cordillera. Lamentablemente y a pesar de un gran esfuerzo, nuestra estadía en la capital de Argentina se prolongó dos semanas más, ya que se presentaron varias dificultades en nuestros preparativos.

Fue un tiempo de mucho trabajo. Repartimos las tareas entre todos y dedicamos días enteros a concluirlos. No las voy a mencionar todas, ya que sería muy fastidioso. Al fin y al cabo, conseguimos sacar nuestro equipaje de la aduana, compramos varias cajas de comida, completamos el equipaje, conseguimos descuentos para los viajes en trenes, y recibimos cartas de recomendación dirigidas a distintas personas en Catamarca, región en la que se encontraba una parte de la cordillera de nuestro interés.

Lo que resultó más difícil fue conseguir información detallada sobre esa parte de la cordillera. La gente que nos atendió en instituciones, agencias, museos, bibliotecas, centros científicos, si bien tenía buena voluntad, nadie supo decirnos nada concreto ni recomendar literatura sobre “nuestra” cordillera entre la provincia argentina Catamarca y la provincia chilena Atacama. Algunos habían escuchado que en esa provincia se encontraban cumbres muy altas, pero no conocían su altura ni los nombres. Una señora mayor, miembro de alguna comisión, nos comentó que había escuchado que en esa parte de la cordillera se encontraba la cumbre más alta de todo América, más alta todavía que el Aconcagua.

Las mayores esperanzas ciframos en el Instituto Geográfico Militar de Argentina y, efectivamente, allí fue donde recibimos más información que en ninguna

otra parte, pero aun así el resultado no fue satisfactorio. En los informes de las comisiones fronterizas de Chile y Argentina encontramos unos esbozos con nombres y alturas de algunas cumbres, pero los datos eran escasos y contradictorios. Sin embargo, en ese mismo instituto nos entregaron un mapa de la región, asegurándonos de que era el mapa más reciente y más detallado de todos los existentes. A pesar de esto, el mapa no nos daba suficiente confianza, y efectivamente pudimos comprobar que en gran medida se basaba en la imaginación del dibujante.

Sin embargo, la escasez de la información nos agradó, porque fue una confirmación de que la región de nuestro destino realmente no estaba muy explorada, y, por aquello, merecía la pena hacer una expedición desde el hemisferio norte.

A última hora tuvimos la suerte de conseguir dos mapas más: un chileno y un americano. El mapa chileno estaba lleno de manchas blancas, por lo que nos parecía más fiable. Suponíamos que los detalles marcados correspondían a la realidad. Sin embargo, resultó que estaba lleno de errores. El mapa americano, diseñado en los EEUU, a primera vista parecía muy profesional y mucho más detallado que los dos anteriores. No obstante, una mirada más minuciosa nos demostró que el mapa era solo un conjunto de detalles recopilados de otros mapas y pegados de manera descuidada. Además, en gran medida fue un producto de la imaginación de los que lo realizaron. Las alturas marcadas no correspondían a las curvas de nivel y errores asociados con las alturas a menudo rondaban alrededor de mil metros.

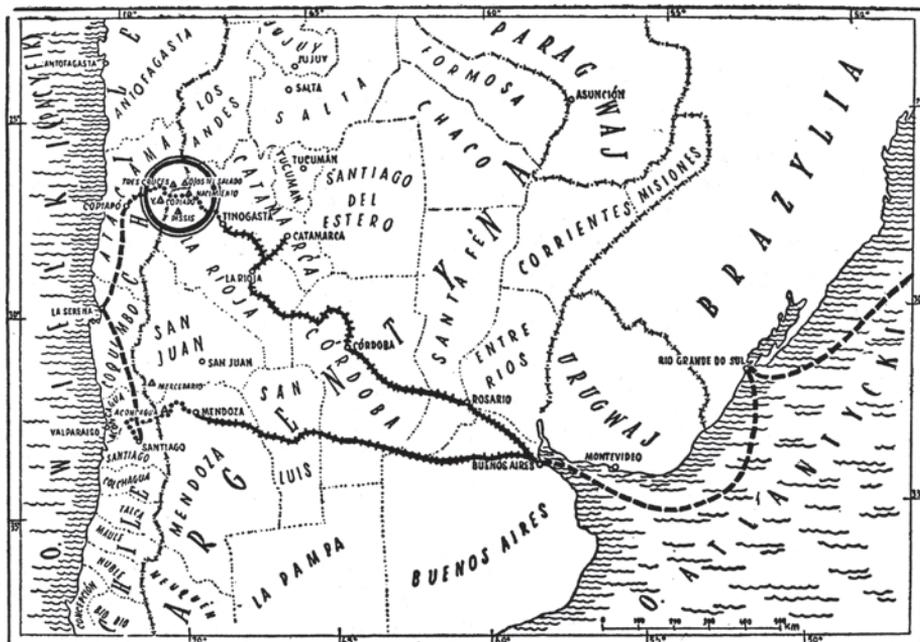
Desde Polonia llevamos una película polaca, grabada por la anterior expedición polaca a los Andes en los años 1933-1934. En uno de los mejores cines-teatros en Buenos Aires organizamos una exhibición de aquella película con el discurso preliminar en español dado por Stefan Osiecki. La película fue muy bien acogida por el público.

Finalmente, gracias a nuestro gran esfuerzo y la ayuda invaluable por parte de muchas personas e instituciones, pudimos terminar los preparativos. El 10 de diciembre por la noche abandonamos Buenos Aires con rumbo hacia la cordillera.

Primero viajamos en el tren hacia el noroeste y al día siguiente hicimos el transbordo a un ferrocarril de vía angosta.

La línea férrea más rentable, Buenos Aires – Córdoba, estaba en manos del capital inglés. De la misma manera que en otros países, los capitalistas ingleses invertían únicamente si tenían la seguridad de poder contar con grandes ganancias a corto plazo. La línea férrea Córdoba – Catamarca atravesaba terrenos poco fértiles y con población escasa que eran muy poco rentables, por lo que la tuvo que construir el gobierno argentino. El tren pasaba solo dos veces a la semana.

El territorio que atravesábamos, por lo general, estaba muy vacío y la tierra estéril. Aun así, de vez en cuando nos encontrábamos con bonitos paisajes montañosos e incluso con lagos. Si bien el calor era insoportable, las ventanas de los vagones tenían que permanecer cerradas a causa de las nubes de polvo generadas por el paso del tren. A pesar de las ventanas cerradas, el polvo se colaba al interior de los vagones y se asentaba en todas las partes formando una capa gruesa.



La parte central de Argentina y Chile con la ruta del viaje de la Segunda Expedición Polaca a los Andes.

La línea discontinua significa la ruta del viaje en barco y en avión (en Chile); la línea continua muestra la ruta de viaje en auto y en las mulas, la parte restante – el viaje en tren. El círculo doble corresponde al terreno de la actividad de la expedición a los Andes. Los triángulos significan las cumbres más importantes. Las líneas punteadas marcan los límites de las regiones en Argentina y Chile. El terreno dentro del circuito doble está presentado de manera más detallada en el mapa al final del libro.

El viaje duró un día y una noche hasta la madrugada del día siguiente. A las 6 de la mañana Janek y yo bajamos del tren en Cebollar, una estación de empalme, mientras que nuestros dos compañeros continuaron su viaje en el mismo tren hasta la ciudad Catamarca, la capital de la provincia con el mismo nombre. Janek y yo tomaríamos otro ferrocarril, también de vía angosta, hasta la ciudad Tinogasta, situada a los pies de la cordillera, donde esperaríamos a nuestros compañeros.

En Cebollar esperamos tres horas. La única atracción en la estación pequeña eran dos afiches. Uno de ellos advertía de la langosta, que suponía un peligro para la agricultura argentina, el otro animaba a visitar los terrenos de esquí en Nahuel Huapi en el sur lejano. El edificio de la estación estaba rodeado de un desierto quemado por el sol, mientras que en el oeste se extendía una cadena montañosa sin nieve, la Sierra de Velasco.

Nuestro tren llegó lleno de pasajeros. Sin embargo, animados por el mozo viajamos en el coche restaurante que estaba casi vacío.

Los terrenos que atravesamos en ese tramo estaban aún más desérticos y despoblados que anteriormente. En ambos lados de la línea férrea se habían formado dunas de arena, en las que de vez en cuando aparecía algún cactus o arbusto marchito. Casi no había pasto.

Todas las estaciones por las que pasamos eran muy pequeñas y la gente por lo general parecía muy pobre. Muchos de ellos eran indígenas con vestimenta de gente blanca. Además, había mulas y burros ensillados, a veces pasaba un auto.

Con ansiedad esperábamos ver la cordillera que estaba cada vez más cerca. Paulatinamente, en el horizonte al oeste aparecían montañas, pero no estaban cubiertas de nieve.

Si bien nos encontrábamos a unos 1.000 metros de altura, no se notaba ningún cambio de la temperatura. El día era muy caluroso y el polvo se colaba al interior del vagón a pesar de las ventanas cerradas. El mozo cada tanto pasaba el plumero, lo que no servía de mucho.

Más adelante la línea férrea serpenteaba por colinas inclinadas hasta llegar a una amplia llanura. A lo largo de la vía del tren aparecieron campos fértiles y viñas. Diez para las siete de la tarde llegamos a la última estación, Tinogasta, ubicada a 1.198 metros sobre el nivel del mar y a 1.550 kilómetros de distancia de Buenos Aires.

5. A los pies de los Andes

Un hotel sin ventanas. Las primeras colecciones científicas. Andiella paryskii. La visita en la casa del gobernador. Don Juan González. Nuestros baqueanos. El Puesto. El desierto se está ampliando.



El tren llegaba a Tinogasta solamente dos veces a la semana, lo que suponía un gran acontecimiento en la vida de la ciudad. En la estación se encontraban más habitantes de Tinogasta que pasajeros. Un taxi nos llevó desde la estación al Hotel Imperial, el mejor hotel en la ciudad.

A pesar de su nombre pomposo, el hotel era bien humilde. Todas las habitaciones de visitantes, es decir unas pocas, daban a un pequeño patio empedrado. Unas cuantas tenían otra puerta con salida directa a la calle. Algunas habitaciones tenían suelos de ladrillo, ninguna tenía ventanas; durante el día, la luz entraba por cristales de las puertas, o bien por las puertas mismas abiertas de par en par. La puerta que daba al patio no contaba con ningún tipo de cerradura. Sin embargo, las habitaciones estaban abastecidas con luz eléctrica y había un baño en común. Además, no faltaban enjambres de moscas y cucarachas. No obstante, no encontramos insectos más fastidiosos.

A pesar de todo esto, el hotel resultó bastante satisfactorio. Las camas y las habitaciones estaban limpias, el servicio muy bueno y el dueño, un catalán, muy simpático y dispuesto a ayudar. La falta de ventanas se daba a la necesidad de adaptar el edificio al clima y otro tipo de condiciones. Gracias a su ausencia, el sol no calentaba tanto las habitaciones. Además, en la oscuridad se tranquilizaban los enjambres de moscas durante la siesta. De lo contrario no hubiese sido posible dormir. Un plato imprescindible de cada comida era el puchero argentino de carne, papas y varios tipos de verdura. Además, siempre había un plato de fondo que contenía carne. Tanto en los almuerzos, como en las cenas siempre había varios platos y un vino local bastante bueno. Recuerdo que me encantó la mermelada de higos frescos. A pesar de tanto calor se suele comer mucho en esa región.



Una de las principales calles de la ciudad Argentina Tinogasta. En la esquina a la izquierda: el Hotel Imperial, en el que se alojaron los integrantes de la expedición. En el fondo: la pre-cordillera de los Andes. Las calles están despobladas, ya que alrededor de mediodía el calor es tan insoportable, que los habitantes se retiran a sus casas para protegerse y dormir una siesta.

El clima se mantuvo bueno durante toda nuestra estadía en Tinogasta. Hacía mucho calor, lo que daba una sed terrible. Al principio tomamos mucha soda y bebidas no muy sabrosas

o cerveza. Más tarde nos dimos cuenta que las bebidas calientes saciaban más la sed que las frías. En consecuencia, empezamos a tomar té caliente con limón.

Nuestros compañeros tardaron más de lo previsto en llegar desde la capital de la provincia. En ese tiempo, Janek y yo a veces juntos, otras cada uno por su cuenta, recorríamos la ciudad y sus alrededores.

Empecé a coleccionar ejemplares de especies zoológicas para las instituciones científicas de Polonia. Las colecciones de las lejanas y muy poco exploradas partes del mundo siempre tienen mucho valor científico, por lo que todavía antes del viaje habíamos decidido contribuir en ese aspecto. Dado que esa tarea se me asignó a mí, todavía en Polonia empecé a prepararme para realizarla de la manera más valiosa posible.

Entre otras cosas, en Cracovia participé en una corta formación realizada por nuestro compañero del club y zoólogo, Dr. Roman Wojtusiak. Me enseñó la manera de recolectar los ejemplares de especies zoológicas, de describir y conservarlos. Considerando las posibles dificultades en relación al transporte, decidimos que me limitara

Donde el desierto se encuentra con el oasis. Una casa y un cobertizo para el ganado en Tinogasta.





El desierto alrededor de Tinogasta. A la derecha: una de las múltiples especies de cactus. En el fondo: uno de los cordones de la pre-cordillera de los andes.

a coleccionar las especies más pequeñas, pero no menos interesantes para la ciencia, sobre todo insectos.

El nombre de la ciudad de Tinogasta es de origen indígena. Tinogasta con sus viñas, campos labrados y prados, realmente es un oasis en el desierto. Su superficie es irrigada de manera artificial desde los canales que conducen las aguas del río Abaucan. La ciudad está rodeada de un desierto arenoso, donde crecen cactus. El límite entre los campos labrados y el desierto es muy evidente: por un lado del alambre de púas se encuentran viñas, por el otro, arenas quemadas por el sol.

El clima es, obviamente, muy caluroso. A las horas de más calor las calles están despobladas, ya que el sol es insoportable. Sin embargo, el aire es muy seco y, por tanto, el calor menos desagradable que p.ej. en la capital de la provincia, donde la humedad es más alta. Tinogasta se encuentra a unos 1.200 metros de altura. Yace en el medio de una amplia llanura rodeada de montañas desnudas. El río que atraviesa la llanura se abre paso hacia ella por un desfiladero y sale por otro. Este tipo de llanuras rodeadas de montañas llevan el nombre *bolsón*. Por el bolsón a veces pasa un río, otras el bolsón es una cuenca endorreica.

Durante nuestra estadía en Tinogasta no llovió ni una sola vez. La primera noche después de nuestra llegada nevó un poco en la alta montaña, pero la nieve se derritió de inmediato. En el bolsón todo el tiempo hacía mucho calor.

Tinogasta está ubicada en un distrito con el mismo nombre y tiene alrededor de 5.000 habitantes. En la ciudad hay negocios, una oficina de correos con un telégrafo, pero sin teléfono, un hospital pequeño y una iglesia. Solamente el centro está densamente construido. Sin embargo, los edificios son mayormente de solo una planta y están contruidos de adobe. Delante de la iglesia había un pequeño parque con árboles, el único lugar en la ciudad, además de los edificios, que daba sombra.

En ese parque encontré un pequeño insecto sin alas, que resultó desconocido para la ciencia. Cuando volví a Polonia, el profesor Jan Stach de Cracovia le dio el nombre *Andiella paryskii*.

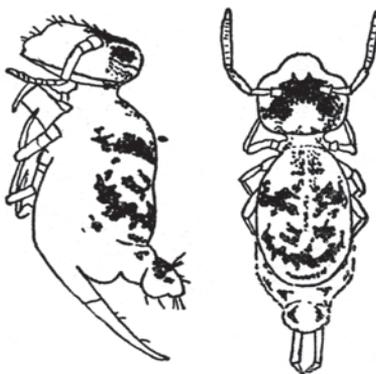
Las calles estaban llenas de polvo. Como en todas las partes de América Latina, también acá molestaban los limpiabotas de diez años de edad o incluso más jóvenes, que deberían estar en el colegio o jugar al aire libre en vez de aspirar el polvo de las botas sucias. Que los niños tengan que ganar dinero de esta manera, es un indicador de pobreza y falta de interés de parte del gobierno.

Originalmente, Tinogasta estaba poblada por grupos indígenas, también hoy en día la mayoría de su población es autóctona. Sin embargo, todo el mundo habla español y se viste de manera europea. Aquí se cultiva sobre todo trigo, alfalfa, cebas y maíz. Abundan aceitunas e higos. Antes, la gente se dedicaba en gran medida a la cría del ganado, un negocio que decayó al desaparecer la necesidad de transportarlo a las minas en Chile. La minería en esa región está muy mal, por lo general la economía va decayendo. La población muy pobre, sin recibir ayuda de ninguna parte, poco a poco va emigrando a otras partes del país.

El 16 de diciembre llegaron Justyn y Stefan. Al mismo tiempo recibimos nuestro equipaje más pesado desde Córdoba. Tuvimos mucha curiosidad por la información que nos traían nuestros compañeros desde la capital de la provincia.

Sobre todo, se reunieron con el gobernador, al que presentaron las cartas de recomendación que trajimos desde Buenos Aires. Don Juan Cerezo, preocupado de que se tratara de una posible necesidad de ayuda económica, por si acaso les dijo que podíamos contar con todo su apoyo moral. Ni su ministro ni él mismo eran capaces de proporcionarnos información más detallada sobre los picos más altos de la provincia. Incluso no daban fe de que en esa región hubiera cumbres más altas de 5.000 msnm.

En Catamarca nuestros compañeros conocieron al experto más grande de esa región en términos de historia y geografía, Don Domingo Iturralde. Les proporcionó mucha información interesante y valiosa sobre la provincia y la población,



Andiella paryskii (ampliada).
Vista de arriba y lateral.

pero ni él pudo ayudarles en lo referido al terreno montañoso que íbamos a explorar. Sin embargo, les regaló una copia de un mapa aún no editado, que correspondía al territorio de nuestro interés. Se suponía que ese mapa, esbozado por dos extranjeros, fuera mejor y más detallado que ninguno existente hasta el momento. Si bien realmente fue muy distinto a todos los mapas que habíamos conseguido, la cordillera y los alrededores resultaron una obra maestra de la imaginación. Según lo entendido, los autores, en vez de crear el mapa en el terreno, lo hicieron acompañados de una botella de vino. En pocas palabras: cuanto más cerca de la cordillera, menos información sobre ella.

Durante su estadía en Catamarca, nuestros compañeros conocieron a una persona muy valiosa para nosotros. En Buenos Aires habíamos recibido una carta de recomendación dirigida a don Juan González. Nuestros compañeros lo encontraron en Catamarca. Don Juan González les prometió organizarnos una caravana de mulas, así llamada tropa, imprescindible para viajar a los Andes. Juan González llegó a Tinagosta en compañía de Justyn y Stefan y, de inmediato puso manos a la obra. Había mucho trabajo. Le estamos inmensamente agradecidos a don Juan por toda su ayuda.

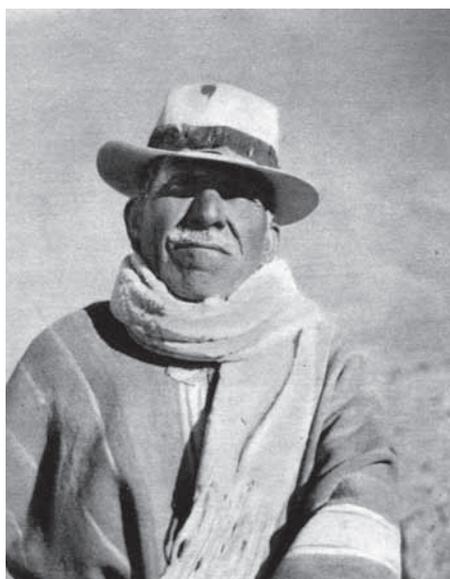
Dado que la población de esa región estaba muy pobre, no fue una tarea fácil encontrar mulas. Nosotros tuvimos más de media tonelada de equipaje que cargar. Aun siendo una persona mayor, Don Juan González recorrió los alrededores en búsqueda de animales. Durante dos semanas arrendó veinticinco mulas a dieciséis dueños, de los que varios vivían bastante lejos de Tinagosta. Con cada uno de ellos tuvimos que firmar un contrato de alquiler y una eventual indemnización en caso de muerte del animal en la cordillera. También arrendamos sillas, pero las alforjas fueron hechas por encargo, ya que no hubo manera de encontrarlas en cantidad requerida.

Además, Don Juan González escogió a los cuatro baqueanos que nos acompañarían, habitantes de las localidades cercanas Santa Rosa y El Puesto: Antonio Barrera, Lorenzo Bordón, y los hermanos José Ignacio Sosa y Juan S. Sosa. Nos cayeron muy bien y resultaron buenos trabajadores. Tenían mucha disposición, sentido de humor y eran muy honestos. El éxito de nuestra expedición, en su gran medida fue el mérito de nuestros cuatro baqueanos.

Mientras Don Juan organizaba la caravana, nosotros y los cuatro baqueanos nos ocupábamos de concluir los últimos preparativos para nuestra expedición que iba a durar varios meses.

Faltaban por comprar algunos alimentos y el equipaje para los baqueanos, cuerdas, herraduras de recambio y otras pequeñeces. Teníamos que organizar el equipaje entero y colocarlo en cajas y bultos aptos para transportarlos en lomos de las mulas. Quedaba por revisar si no faltaba nada.

Al mismo tiempo intentamos averiguar entre los lugareños sobre los caminos que nos llevarían hasta los pies de las cumbres. Tanto los baqueanos, como los lugareños apenas conocían tres rutas en la cordillera por las que se pudiera llegar



¡Esta no es una persona cualquiera!
José Ignacio Sosa, el mayor de nuestros
baqueanos y el que tenía más experiencia.



Éste es su hermano. Juan Sosa, quien tenía
muy buena mano con las mulas.



Un hombre muy vasto. Antonio Barrera,
además de ser baqueano, era muy buen
veterinario y excelente cocinero.



Este baqueano fue el más alegre. Lorenzo
Bordón, el baqueano más joven, fotografiado
en un momento muy extraño: en el que justo
no se reía.

a Chile. Sin embargo, desconocían por completo los terrenos fuera de dichas rutas. Nos informaron únicamente, que la carretera que llevaba a Chile a través de Portezuelo de San Francisco, si bien estaba marcada en mapas, era solamente un proyecto.

Me apresté unas cuantas veces más afuera de Tinogasta para conseguir más especies de insectos.

Durante uno de esos paseos por el desierto, donde únicamente crecían cactus y arbustos marchitos, me encontré con muy grandes insectos de color café que volaban rápido de tal manera, que no pudiera percibir su forma. En vano me esforcé por capturar un insecto volador en una red, aunque a menudo pasaban al lado de mi cabeza. Más tarde me enteré de libros, que no habían sido insectos, sino, probablemente, los más minúsculos de los pájaros existentes – colibríes (picaflores).

Finalmente, nos informaron que nuestra caravana nos esperaba lista en la localidad El Puesto, 12 km al norte de Tinogasta, donde se encontraba la casa de Don Juan González. El 26 de diciembre cargamos un camión con todo nuestro equipaje – alrededor de 1.800 kilos; nos sentamos encima de las cajas y los bultos y partimos por un camino arenoso hasta Fiambalá, una ciudad conocida por sus calientes aguas termales. El camión destartado saltaba en los baches y balanceaba de un lado al otro, hundiéndose en la arena. Durante el viaje en el excesivo ardor del sol argentino, soñábamos con los casi desconocidos gigantes de Atacama, entre los cuales supuestamente se encontraban las cumbres más altas de América, aún no exploradas.

Por un desfiladero angosto entre las montañas desnudas, nos abrimos paso hacia el siguiente bolsón. Poco después llegamos a la casa de Don Juan González y su hijo Ernesto. Nos recibieron de manera muy hospitalaria.

En contra de nuestras intenciones tuvimos que quedarnos allí durante dos días, ya que algunos dueños de las mulas tardaron mucho en entregarlas. Además, todavía no se nos había entregado las alforjas por encargo.

El Puesto es una pequeña localidad, en la que se encuentra la última oficina de correos en nuestra ruta. La población es un oasis en el desierto rodeado de montañas secas. El cultivo solo tiene lugar a las orillas del río gracias a la irrigación artificial.

Esta región es muy seca y se va secando de un año al otro. Sin embargo, los daños más grandes para los agricultores se ven provocados no por la constante falta de agua, sino por su exceso, aun siendo solo en ocasiones. Esto se debe a las lluvias repentinas y abundantes en las montañas, que causan el crecimiento repentino del nivel de agua en el río, el cual, a su vez, desborda y cubre de arena y gravilla los labrados y las viñas, además de dejar tapados los canales de irrigación. De esta manera hace unos cuantos años se vieron afectadas las viñas de Don Juan González en El Puesto.

La única salvación y garantía de bienestar de los habitantes de esa región serían proyectos de riego a gran escala, la construcción de grandes presas y la re-



En El Puesto nos hospedamos en la casa de don Juan González (en el medio). En el patio de su casa construida de adobe.



La lucha entre dos elementos de la naturaleza. En El Puesto la arena invade el oasis y destruye su vida.

forestación. Gracias a agua suministrada a través de los canales, habría la posibilidad de cultivar plantas en un terreno más grande. A su vez, las presas y los bosques servirían de protección contra arena y grava, que tapan los canales durante la inundación.

Sin embargo, con el actual modelo de gobierno en el país, no hay mucha esperanza de que se tomen medidas a gran escala al respecto, mientras que las pequeñas inversiones que se llevan a cabo no son suficientes. De esta manera, tanto esta región como una gran parte del noroeste de Argentina parecen estar marchitando bajo la presión del desierto que se va ampliando. El crecimiento del territorio del desierto no se debe a causas humanas sino naturales. Sin embargo, en la historia desde la Edad Antigua hay múltiples casos de impedimento de este tipo de procesos naturales, cuando el desierto se convertía en campos labrados. Esto se podría conseguir también hoy en día, basta con fijarse en los trabajos en URSS para transformar la naturaleza. Además, tanto el suelo, como el clima de la región de El Puesto son favorables para el desarrollo de la agricultura.

6. Siguiendo el camino de los Indígenas

La salida de la caravana. El primer accidente.
La fortaleza de los incas. La quebrada. La Troya.
Nuestras mulas. Despacho de la aduana a distancia.
Una localidad “de fama mundial”.
Hospitalidad de los indígenas.
Una entrevista infructuosa.

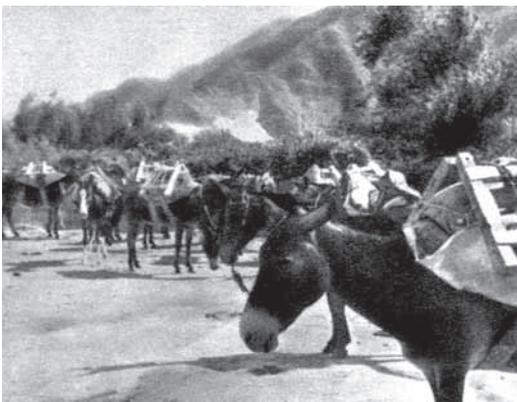


El 28 de diciembre en la madrugada, dos meses después de haber salido de Polonia, en el patio de la casa de Don Juan González nos juntamos todos y todo lo que iba a formar parte de la caravana: los cuatro alpinistas, los cuatro baqueanos, veintidós mulas, dos caballos y 1.800 kilos de equipaje, el resultado de varios meses de preparación en Varsovia, Buenos Aires y Tinogasta. Ahora nos tocaba pasar la prueba como alpinistas, organizadores, viajeros y exploradores de una región desconocida. No quedaba tiempo para seguir analizando y reflexionando. Llegó el momento de la acción.

Por lo general, cargar la caravana por primera vez toma mucho tiempo. Así fue también en nuestro caso, pero finalmente todo el equipaje se encontraba en los lomos de las mulas. *Carga*, es decir aquella parte de la caravana que lleva todo el equipaje, partió primera, acompañada por tres baqueanos. Ya que el primer tramo sería corto, el resto de la caravana, acompañado por el viejo Sosa, partiría solo después del almuerzo. Sin embargo, dado que Sosa andaba arreglando algún asunto, salimos más tarde de lo planeado, es decir, a las cuatro y media de la tarde.

Subí a mi enorme mula muy preocupado, ya que era la primera vez que montaba y había leído bastante en la literatura sobre las mulas andinas: maliciosas, tercas y peligrosas. Nos despedimos de Don Ernesto y abandonamos El Puesto. En ese momento teníamos un plan armado solo para los primeros días del viaje. Don Juan González decidió acompañarnos en su hermoso caballo en los primeros kilómetros del viaje.

Mis preocupaciones acerca de mis habilidades de equitación no fueron infundadas. Antes de que pasáramos las últimas casas de El Puesto, mi mula empezó a co-



Estamos listos para partir. Las mulas esperando a ser cargadas. Alforjas de madera sobre sacos rellenos de paja.



Mula enlazada y con los ojos vendados. La mula está domada y tiene los ojos vendados con el fin de que se quede quieta durante la carga de las alforjas y las cajas.

cear violentamente y, después de unos cuantos saltos, me caí. Mi pie se encontraba enredado en el estribo, pero por suerte la mula se tranquilizó y me pude liberar.

Cuando volví a montarla, nuevamente empezó a cocear, por lo que Sosa y yo intercambiamos nuestros animales. Desde ese momento, no volví a tener ese tipo de problemas.

Durante un tiempo seguimos un camino rumbo al norte hacia la ciudad Fiambalá, después giramos hacia el noroeste. El camino que estaba en mal estado se convirtió en una senda que nos llevó entre altos arbustos hacia una amplia llanura. Allí nos despedimos cordialmente de nuestro amigo Don Juan González.

En la llanura pedregosa, la senda era casi invisible; solo de vez en cuando estaba marcada por un montecillo de piedras. Lejos a la izquierda se veía un muro alpino, cuyos colores iban cambiando según bajaba el sol. Atravesando la llanura, nos dirigimos hacia la parte norte del muro para cruzarlo y llegar a la Quebrada de la Troya. A lo largo de la quebrada atravesaríamos la pre-cordillera.

Según el mapa, en la entrada a la Quebrada de la Troya se encuentra la localidad Batungasta. Hoy en día Batungasta es solamente un nombre en el mapa y unas ruinas que demuestran la presencia en el pasado de una civilización originaria. En ese lugar se encontraba la fortaleza inca, protegiendo la ruta a los Andes, tan importante en aquel tiempo. Hoy en día, los únicos testigos de su existencia son las murallas desmoronadas, una torre redonda y los restos de ollas de barro enterrados en la arena. A lo largo del borde oeste de aquella llanura llamada Bolsón de Fiambalá se encuentran muchas más ruinas de este tipo.

Una vez que atravesamos Batungasta, entramos en una gran sombra de la Quebrada de la Troya. Continuamos rápido para aprovechar los últimos rayos del sol.



Antes, aquí estaba la fortaleza de los indígenas. Los restos de la localidad Batungasta en la entrada a la quebrada de La Troya.

Cada tanto la quebrada se ensanchaba y una parte de su ladera se volvía menos inclinada. Sin embargo, por lo general estaba limitada por las altas y muy empinadas paredes alpinas. Allá en el fondo de la quebrada pasaba un arroyo que tuvimos que cruzar una y otra vez.

Ya había anochecido, pero nosotros seguíamos recorriendo la quebrada oscura. Una parte del cielo todavía estaba bastante clara, cuando apareció la luna e iluminó las paredes de la quebrada, creando formaciones maravillosas.

El viejo Sosa nos aseguró que quedaba muy poco para llegar al campamento, pero caminamos y caminamos y no se veía el fin de la quebrada. Después de las nueve de la noche se escuchó el eco de los relinches de las mulas. Nuestra *carga* aún estaba de camino. Desde allí continuamos todos juntos. En las partes más angostas de la quebrada teníamos que andar con mucha precaución, ya que las mulas cargadas con cajas y bultos podían aplastar al jinete contra la pared con tan solo un movimiento repentino.

Estuve muy cansado y tieso. Mi primera “lección” de montar duró ocho horas, con un pequeño reposo de unos cuantos minutos en Batungasta. Me dolía la cabeza y sentía que tenía fiebre, consecuencia de una insolación sufrida durante la captura de insectos en El Puesto.

Finalmente, la quebrada se amplió y se convirtió en un valle ancho y arenoso. Adelanté la caravana y bajé de la mula para descansar un momento en la arena. Ya que me costó volver a montarla, decidí caminar un rato, lo que también era muy agotador, pero aliviaba los músculos más cansados. Apoyé mi mano en la montadura

y me arrastraba así bajo la luz de la luna, siendo el último en la cola. Me acompañaba Justyn que andaba sentado en su mula. Contaba los pasos - decidí dar veinticinco más, pero cada vez que llegaba a los veinticinco, empezaba a contar de cero.

No llegamos al campamento hasta la medianoche. No fue el lugar que habíamos elegido, es decir, la Ciénega Redonda, sino uno más cercano llamado Carrizalillo, situado a unos 2.000 metros de altura. Tuve fiebre y el pulso acelerado. De esa manera aprendí que no era prudente desdeñar el sol en esas latitudes.

La noche fue muy dura, ya que dormimos en la tierra bajo el cielo abierto y el viento soplaba fuerte y nos llenaba la cara de arena. Nos despertamos a las seis y cuarto de la madrugada, pero partimos recién a las diez y media. Tardamos mucho en desayunar y cargar las mulas que, después del primer día, aún estaban un poco rebeldes. Nuestros baqueanos combinaban de manera rigurosa el ceremonial de desayunar y cargar la caravana. Empezaban el día tomando mate y a veces comían algo pequeño, tras lo cual hacían correr a las mulas a un lugar, donde les cargaban las alforjas, que consistían en marcos de madera colocados sobre sacos rellenos de paja. Para poder hacerlo, era necesario enlazar y domar las mulas.

Un baqueano se acercaba al animal y lo enlazaba desde una distancia pequeña. La mula intentaba evitar que la enlazaran, pero en cuanto sentía la cuerda en el cuello se tranquilizaba, incluso si el lazo no acertaba.

Recién cargado todo, los baqueanos dejaban a las mulas libres y se ponían a desayunar. El desayuno era la comida más abundante e importante del día, ya que tenía que alcanzar hasta la cena. Después del desayuno cargábamos los animales. Durante esa tarea teníamos que vendar los ojos de las mulas para calmarlas. Les solíamos colocar un poncho en la cabeza. Solo así, las mulas permitían ser cargadas. Al final, quitando el poncho de la cabeza del animal, el baqueano intentaba alejarse de inmediato, ya que la mula cargada a veces demostraba su insatisfacción coceando o galopando.

Nuestros animales estuvieron, generalmente, bastante tranquilos, lo que demostraba el buen trato de parte de los baqueanos.

Desde Carrizalillo seguimos nuestro viaje, atravesando el mismo valle que el día anterior. El valle era muy ancho y rodeado de colinas bajas. El terreno alrededor estaba muy seco y quemado por el sol, pero en el mismo valle crecían muchos arbustos e incluso árboles, y de vez en cuando se podían encontrar pasto o flores. Cerca de los árboles los jinetes tuvieron que actuar con especial cuidado. Era necesario evitar que las mulas pasaran bajo las ramas que podían rasgar al jinete o incluso tirarlo del lomo del animal. Las mulas se acercaban a los árboles en búsqueda de la sombra.

Poco después de la partida, nos cruzamos con un jinete que galopaba con prisa por el valle hacia abajo. A gritos desde lo lejos preguntó quiénes éramos, pero no se paró. Fue la única persona que trabajaba en el puesto fronterizo argentino en la cercana Ciénega Redonda. Evidentemente, tenía asuntos más importantes que ocuparse de ocho jinetes y una gran caravana, dirigiéndose hacia el paso



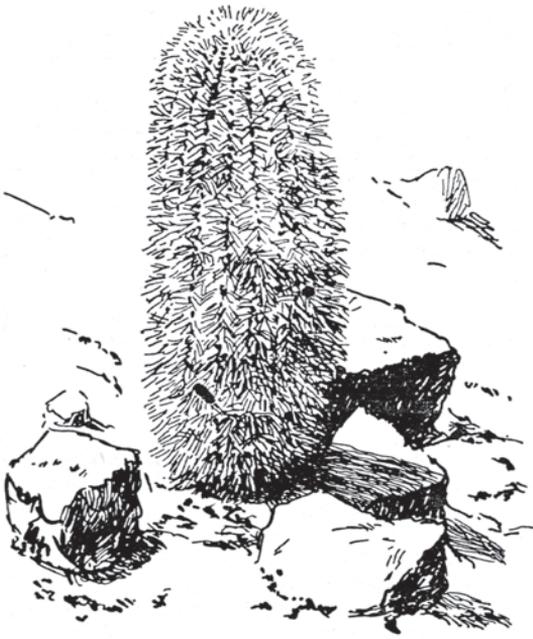
Retomamos la marcha. Partida del campamento en Carrizalillo.

fronterizo con Chile. Además, con toda la seguridad esperaba que fuéramos a pasar por allí, pero no era un burócrata como para sellar nuestros pasaportes sin necesidad.

El viejo Sosa y yo adelantamos la caravana y a un cuarto para el mediodía llegamos al puesto fronterizo en Ciénega Redonda (2.170 msnm). El lugar era pantanoso, a la orilla de un arroyo crecían hierbas altas, muchos arbustos y algunos árboles. En la pared del pequeño puesto construido de barro se encontraba el escudo del país, otra pared parecía estar por derrumbarse aun estando apoyada por una gran vara. Desde el puesto fronterizo hasta la frontera quedaban todavía 150 kilómetros en línea recta y seis días de viaje en las mulas, transitando por una cordillera más alta que los Alpes.

Caminamos por el valle arrastrando los pies bajo los rayos calurosos del sol. Ya casi llegamos a la altura de las cumbres más altas de los Montes Tatras. Una gran parte del valle era muy seco y carecía casi totalmente de vegetación, excepto algún arbusto marchito. Sin embargo, en algunas partes más cercanas al arroyo crecía hierba alta que llegaba hasta la cabeza del jinete.

Dejamos atrás Piedras Pintadas y un paraje llamado Colorado. Desde lejos percibimos a un pastor. Con indiferencia pasamos al lado del único árbol, sin sospechar ni siquiera que era el último que encontraríamos en esa parte de los Andes.



Cactus (una de las múltiples especies)

Por la noche miles de nubes negras taparon el cielo y amenazaron con nieve, pero al final solamente goteó un poco. A causa de la gran altura la noche estaba bastante fría, pero el día amaneció soleado.

No partimos del campamento hasta a un cuarto para el mediodía, ya que nos demoramos mucho en cargar las mulas. Seguimos nuestra ruta subiendo rumbo al norte; atravesamos un amplio valle y cruzamos un paso angosto y rocoso, el Portezuelo de los Alanices en el medio de colinas bajas, para finalmente llegar al Campo de Ojota.

En ese momento aparecieron dos rutas: elegimos la más occidental que era más cómoda para las mulas. Después de atravesar una amplia llanura, donde rara vez encontramos un poco de pasto marchito, llegamos a las dos de la tarde al Portillo de los Ásperos del Campo Chaschuil (aprox. 3.200 msnm). Se trató de un paso de 30 metros de ancho entre una cadena de colinas a la derecha y una montaña pequeña a la izquierda, que unía dos grandes llanuras – el Campo de Ojota recién atravesado y el Campo de Chaschuil.

Durante la única parada del día, que duró apenas unos cuantos minutos, me dediqué a atrapar insectos en los lugares donde crecían hierbas. Si bien me pareció no contar con mucha suerte, resultó que atrapé a un pariente de la mencionada *Andiella* de Tinogasta, nuevamente una especie desconocida para la ciencia. Más tarde el profesor Stachla la nombró *Andiella domeykoi*, en honor de nuestro

Según el mapa, el valle conducía hacia las altas cumbres, por lo que con ansiedad buscábamos con la mirada al gigante nevado. Nos habíamos hecho ilusiones, pero el paisaje no cambiaba: lo único que veíamos eran colinas bajas, quemadas por el sol.

Como había trasnochado, me mantenía despierto con dificultad. La mano con la que agarraba las riendas estaba todo el tiempo expuesta al sol hasta que empezó a pelarse.

A las cinco de la tarde llegamos al lugar donde habíamos planeado acampar: Los Jumes. Nos encontrábamos a unos 2.650 m de altura. La carga llegó cuarenta y cinco minutos más tarde.

El lugar estaba lleno de arbustos y cactus. Además, abundaban hierbas, sobre todo a las orillas del arroyo y en la vertiente norte de las colinas del valle.



Andiella Domeykoi (ampliado).
Vista de arriba y de lado.



Una población importante.... Chaschuil.

paisano Ignacio Domeyko, el famoso explorador de los Andes.

Tardamos cuatro horas y media en atravesar el Campo Chaschuil. Fue una parte del viaje muy fastidiosa y cansada. Aquella llanura pedregosa estaba rodeada de colinas bajas y su superficie solo en algunas partes cubierta de arena. A las seis y cuarto de la tarde llegamos a la localidad Chaschuil.

La carga apareció en el horizonte un poco más tarde. Junto a ella llegó Lorenzo, como siempre sonriente. Esa vez estaba feliz porque en el camino había cazado un armadillo, la cena de los baqueanos.

Dado que la localidad pequeña Chaschuil estaba señalada incluso en los mapas de escala 1:1000000, tuvimos la curiosidad de saber por qué era tan importante. Cuál fue nuestra sorpresa, cuando nos dimos cuenta que una casa con una quinta para animales suponía la localidad entera. Y sus habitantes eran un pastor, su esposa y dos hijos.

Apenas bajamos de las mulas, una niña de seis años se nos acercó dando la mano a cada uno de nosotros y barbullando un saludo. El dueño no se encontraba, pero su mujer nos dio una cordial bienvenida e invitó a la casa que consistía en un cuarto con paredes de piedra y un gran agujero en vez de puerta.

Al poco tiempo llegó el dueño, indígena de carne y hueso. Su sonrisa iluminaba la tez oscura. Se saludó con nosotros de manera muy cordial, como si nos hubiésemos conocido hacía años y nos ofreció su ayuda en lo que fuera. Nos vendió un cordero. No obstante, no aceptó dinero por nuestra estadía de dos días en su casa y el uso de la cocina.

Propiamente dicho, Chaschuil no es el nombre de una localidad. Se refiere a un enorme valle yacente alrededor de un río muy angosto, llamado Río Chaschuil, que serpentea por el fondo plano del valle rodeado por colinas. El arroyo

Propiamente dicho, Chaschuil no es el nombre de una localidad. Se refiere a un enorme valle yacente alrededor de un río muy angosto, llamado Río Chaschuil, que serpentea por el fondo plano del valle rodeado por colinas. El arroyo



...Y sus habitantes



llega desde el norte, gira hacia el este y se abre paso por un angosto desfiladero entre montañas hasta Fiambalá, donde todas sus aguas se ocupan para la irrigación de los campos labrados.

En esa parte de Argentina y en la parte vecina de Chile, muy a menudo las aguas de los ríos se aprovechan casi en su totalidad para cubrir las necesidades de la población. En consecuencia, el lecho del río casi siempre está seco.

Nos habíamos propuesto viajar desde Chaschuil hacia el oeste, luego atravesar Pillaguas para llegar directamente a los pies del Nevado Pissis (6.780 msnm). Allí armaríamos el campamento base, desde el cual podríamos explorar la cuarta montaña más alta de todo América aún no alcanzada. No obstante, de toda la ruta previamente planeada nuestros baqueanos solo habían conocido el camino a Chaschuil. El dueño de la casa de Chaschuil también desconocía el terreno hacia el oeste, pero nos recomendó pedir consejo a un viejo pastor que vivía en Pastos Lagos al norte de Chaschuil. Por lo tanto, decidimos quedarnos un día más en Chaschuil, mientras que el viejo Sosa fuera a Pastos Lagos en búsqueda de información.

Durante la ausencia del viejo Sosa, los demás baqueanos se ocuparon de las mulas y de la reparación de las alforjas. A algunas mulas las tuvieron que volver a herrar, a otras había que curarles las

espaldas llenas de heridas causadas por el peso de la carga. Según las costumbres locales, la primera medida a tomar era aplicarles directamente a las heridas un fertilizante seco recogido del suelo y desmigajado en las manos. Si esto no hacía efecto, se les limpiaba las heridas con un líquido de kerosene, jabón y otros ingredientes.

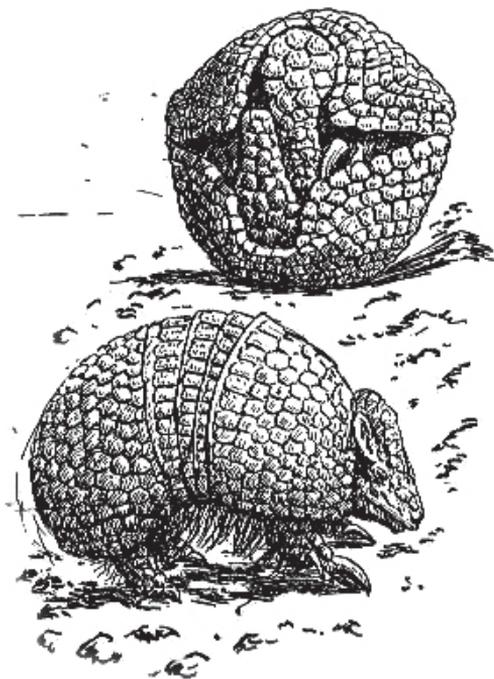
Mis compañeros subieron el cerro más cercano a Chaschuil con la esperanza de ampliar su perspectiva sobre el terreno, pero fue en vano. Desde Chaschuil muy lejos en el oeste se advertía un pedazo de nieve probablemente en la ladera del Ne-

vado Bonete (6.410 msnm), pero la montaña misma estaba tapada por las colinas más cercanas a nosotros. Yo ese día me dediqué a atrapar insectos.

Sosa llegó por la noche sin la información esperada. Resultó que el conocimiento del terreno del viejo pastor de Pastos Lagos terminaba poco después de Pillaguasi, un poco al oeste desde Chaschuil.

A base de toda la información disponible aunque escasa, llegamos a la conclusión de que ir directamente hacia los pies del Nevado Pissis no hubiese sido una solución práctica. Aunque el terreno mismo no hubiese presentado dificultades, ni siquiera caminando con las mulas cargadas, no tuvimos información sobre la disponibilidad de hierba y agua en ese territorio desértico.

Celebrando una reunión, llegamos a la conclusión de que el único camino práctico para nosotros sería una ruta más larga a través de Tres Quebradas, donde se pudiera armar el campamento base. Por su ubicación central, ese lugar parecía el punto estratégico, ideal para todas nuestras actividades en aquella cordillera. De allí llevaríamos a cabo el reconocimiento del terreno. Además, nuestros baqueanos conocían el camino hacia las Tres Quebradas. Durante la larga reunión que duró hasta muy tarde en la noche, desapercibidamente llegó el Año Nuevo.



Armadillo

7. A través de la región de los cóndores y los escorpiones

El camino dorado de los incas.
Los extraordinarios postes indicadores. Los cóndores.
Hierbas peligrosas. La última casa habitada. Las pircas.
El Nacimiento. El bosque subterráneo. Los escorpiones.
El tratamiento para las mulas. Sierra Pintada.



El 1 de enero de 1937 nuestra caravana retomó la marcha y abandonó Chaschuil.

Nada más cruzar el Río Chaschuil, nos encontramos con rodadas de un auto marcadas en la gravilla. Advertimos ese tipo de huellas en el valle unas cuantas veces más. De todas maneras, no se trataba de una carretera para autos. Lo más probable es que hace muchos años hubiera pasado por allí un equipo de autos, apartando del camino de manera provisoria las piedras que molestaban, llenando los fosos más grandes con arena y gravilla y cruzando los arroyos en los sitios menos profundos.

Su ruta empezaba en Fiambalá, seguía por el valle del Río Chaschuil, atravesaba el Portezuelo de San Francisco (4.722 msnm) y terminaba en Chile. El relieve de esa ruta facilitaba el paso con el auto sin que fuera necesaria una carretera, pero sin lugar a dudas fue una hazaña deportiva. En los años anteriores se habló y escribió mucho sobre la construcción de un camino para autos, en consecuencia de lo cual los cartógrafos lo marcaron en los mapas con precipitación. Sin embargo, el proyecto nunca se ha realizado y no hay mucha esperanza de que esto ocurra pronto, ya que este tipo de inversión no se justificaría dada la situación económica en ese limítrofe de Chile y Argentina.

Nosotros seguimos hacia arriba recorriendo el valle del Río Chaschuil rumbo al mencionado Portezuelo de San Francisco. El valle era muy ancho y la superficie de su fondo se inclinaba suavemente, a menudo de manera casi imperceptible, de tal forma que durante el viaje desde Chaschuil hasta Cazadero Grande que duró dos días, apenas ascendimos 265 metros.

En muchos lugares a la orilla del arroyo crecía hierba de escasa altura e incluso se encontraban grandes prados. Sin embargo, por lo general el valle suponía una estepa privada de plantas, excepto hierbas creciendo en manchones de forma aislada. Las laderas del valle eran estériles, cubiertas de gravilla y de algunas piedras más grandes. Por el lado este, el valle estaba limitado por una cadena montañosa: la parte norte de la Sierra de Famatina, que se extendía entre las provincias Catamarca y La Rioja.

Poco después de haber partido de Chaschuil, en el norte lejano pudimos ver el primer seísmil cubierto de nieve, rodeado y parcialmente tapado por las feas cumbres de unas montañas más pequeñas y desnudas. Se trataba del Nevado Incahuasi (6.610 msnm), una de las cumbres más altas de América, que se alzaba a 75 kilómetros de distancia de nosotros, en la frontera entre Argentina y Chile, en la parte sur del desértico altiplano Puna de Atacama. La perdimos de vista casi de inmediato, ya que de repente se vio tapada por el cordón de montañas más pequeñas que la rodeaban. Sin embargo, durante ese día y el siguiente, aunque solo por momentos, volvimos a verla en varias ocasiones.

En quechua, el idioma de los incas, *incahuasi* significa la casa del inca.

El nombre Incahuasi o Incaguasi es muy común en los Andes argentinos y chilenos, por lo menos entre los paralelos 22°-29° de latitud sur. El nombre proviene del periodo de crecimiento del Imperio incaico, es decir antes de ser destruido por los conquistadores españoles en los inicios del siglo XVI.

En los tiempos de su gran expansión, el Imperio inca incluía la mayoría de los pueblos andinos, desde Ecuador hasta el sur de Chile. Para gobernar un imperio tan enorme fue imprescindible contar con una red de caminos de comunicación. Efectivamente, de ese tiempo provienen los famosos caminos incas que se encontraban conectados a la capital Cuzco y facilitaban su comunicación con los distintos pueblos anexados. Se trataba de caminos que se construyeron para ser recorridos a pie, ya que antes del descubrimiento de América los indígenas desconocían los caballos y carretas, mientras que las llamas se usaban solo como animales de carga y no para montarlas.

Uno de los cuatro caminos principales del Imperio incaico, el llamado Collasuyu, lo que significa “camino dorado”, partía en Cuzco y seguía hacia el sur - hasta los actuales territorios de Argentina y Chile. En su recorrido el camino se bifurcaba en varios ramales, de los que uno atravesaba el mencionado Portezuelo de San Francisco y pasaba al pie de la cumbre que hoy lleva el nombre Nevado Incahuasi. De todas maneras, no cabe duda de que el famoso gobernador incaico Yupanqui emprendiera la conquista del norte de Chile y noroeste de Argentina de hoy. Según la tradición, sus tropas atravesaron ese portezuelo.

Junto a los caminos incas se solían construir albergues de piedra para los chasquis, así llamados *tambos* (en español) y *tampu* o *tambú* en quechua. Al parecer, algunos de los albergues se llamaban *casa del inca*, es decir, *Incahuasi*. Hoy en día los albergues ya no existen, pero a lo largo del tiempo se dieron sus nombres a las

praderas, las cumbres, las minas. Los nombres conservados hasta la actualidad, p.ej. Tambo, Tambillo, Tambaría, Incahuasi, suponen hoy en día un dato importante para los investigadores de los caminos incas de los tiempos precolombinos.

El Portezuelo de San Francisco está vinculado con la historia de comunicación en el Nuevo Mundo en su época más reciente. Es una historia interesante.

En Chile la ciudad más cercana a esa región es Villa de San Francisco de la Selva de Copiapó, hoy en día llamada Copiapó. La localidad había vivido periodos de florecimiento y decadencia, dependiendo de las circunstancias. P.ej. cuando se encontraban nuevos yacimientos de minerales, cuando otros se terminaban agotando, o cuando ocurría un terremoto que destruía la ciudad. El descubrimiento del yacimiento de plata en Chañarillo en las cercanías de Copiapó, generó un gran florecimiento de la ciudad en los años 1832-1881. En el año 1851 se inaugura el ferrocarril desde el puerto en el Pacífico Caldera hasta Copiapó. Es el primer ferrocarril en los países independientes de América del Sur y el más largo de todo el continente.

Cabe decir que el ferrocarril no resolvió el problema del transporte a Europa y de vuelta. El canal de Panamá aún no existía, por lo que los pasos naturales entre los Océanos Atlántico y Pacífico eran el Estrecho de Magallanes y el Cabo de Hornos, situados en el extremo austral de América. Las personas que querían reducir el tiempo de su viaje de Europa a los países sudamericanos del Pacífico, acortaban el camino marítimo y atravesaban a caballo el desfiladero de Panamá (el actual Canal de Panamá) o la gran Cordillera de los Andes, caminos que no servían para un transporte de mucha carga.

De esa manera se desarrolló el proyecto de construcción de un ferrocarril desde Copiapó, cruzando los Andes y el Portezuelo de San Francisco (4.722 msnm), situado cerca del Nevado Incahuasi, hasta uno de los puertos argentinos en el Atlántico.

La construcción nunca se realizó. Las principales razones fueron su alto costo y que en el año 1855 se terminó la construcción del ferrocarril que atravesaba el desfiladero de Panamá.

Seguimos ascendiendo por el amplio fondo del valle, cuando de repente encontramos un “poste indicador” con la forma del cadáver de una mula, uno de muchos que veríamos en nuestro viaje hasta Tres Quebradas.

Aquella ruta desde Argentina atravesando Tres Quebradas hasta Chile era en su tiempo una de las rutas más concurridas de esa región entre todas las que atravesaban los Andes. Sin embargo, desde hacía muchos años el tránsito era muy escaso: lo frecuentaban solo algunas personas al año. Durante los tres meses de verano a finales de 1936 y a principios de 1937, además de nuestra caravana solo un aventurero con su guía pasó por allí. El viaje, durante el cual había que cruzar tres cordones montañosos recorriendo quebradas, de las cuales la más alta era de 5.054 metros de altura, duraba por lo general diez días. Metiendo mucha prisa a las mulas, el camino se podría acortar a siete días. Los animales se morían en el camino y se quedaban como “postes indicadores”.

El camino por el Portezuelo de San Francisco, a pesar de no encontrarse a una gran altura, tenía mala fama, ya que no disponía de muchas fuentes de agua, por lo cual no era muy concurrido. No solo animales se morían en esos caminos, en nuestro viaje vimos muchas pequeñas cruces de madera que demostraban que a veces las dificultades y peligros en el camino les iban grandes a los aventureros, sobre todo por un constante cambio del clima tan común para la montaña alta.

Al ver una mula muerta, nuestros animales a veces se espantaban, sobre todo cuando una aparecía a poca distancia y de manera imprevista. Nunca pasaban al lado de un cadáver, ni tampoco al lado de una piedra de forma rara.

En ese clima seco los animales muertos pocas veces estaban hediondos e incluso a grandes alturas parecían no descomponerse nunca, sino más bien se secaban.

De pronto, poco más arriba advertimos un pequeño grupo de cóndores. El cóndor es un ave gigante, el ave más grande que existe, y se parece un poco al buitre. Los cóndores que vimos habrían acabado de llenarse de carroña, ya que estaban tan pesados que algunos de ellos, independientemente de todo su esfuerzo, no eran capaces de volar. Subían a una lomada de una roca y agitando sus alas enormes se lanzaban al aire para volar, pero al poco tiempo bajaban a la tierra. Dos de ellos, que eran un poco más energéticos y al parecer no alcanzaron a llenarse tanto con la comida, daban vueltas lentas muy bajo sobre nuestras cabezas, pero incluso ellos al poco tiempo aterrizaban en una vertiente cercana. Los sudamericanos a veces cazaban los cóndores con el lazo.

Sin lugar a dudas, el cóndor es el pájaro más famoso de los Andes y también el ave sobre el cual se inventaron más historias, incluso en la literatura científica. Aun teniendo fama de fidedignos, algunos autores describieron a los cóndores volando sobre las cumbres más altas de los Andes y en todas las partes de la cordillera e incluso inventaron que el cóndor era capaz de volar rápidamente desde la cumbre Chimborazo (6.310 msnm) hasta la costa del Pacífico.

Aunque sea verdad que el cóndor pueda volar de esa manera, es difícil dar fe de que alguien fuera capaz de observarlo, ni siquiera por un catalejo, ya que la diferencia de alturas asciende a 6.000 metros y la distancia es de 200 kilómetros.



Cóndor



Guanaco



Alpaca

Además, resulta que los autores que hablan de que los cóndores se encuentran sobre los picos más altos de los Andes (es decir a casi 7.000 msnm), nunca han ascendido a esas cumbres. Además, esa leyenda fue inventada antes de que cualquier persona lograra alcanzar los picos de esa altura. Sin embargo, nadie de los exploradores de las cumbres andinas más altas mencionó ni un solo caso de un cóndor u otra ave a esas alturas de la cordillera.

La conclusión es que los cóndores llegan a las alturas medias de los Andes. Durante nuestra expedición vimos esas aves solo a la altura de 3.300 msnm y solo una vez.

Al poco tiempo del encuentro con los cóndores, pasamos al lado de un prado con manadas pequeñas de burros, cruzamos un arroyo y llegamos a la casa de los pastores en Pastos Largos (3.350 msnm).

Terminamos nuestro viaje ese día en un lugar llamado Cortadera. Se trataba de un pequeño lugar arenoso a la orilla del arroyo, al frente de una roca empinada con grietas verticales. El lugar estaba lleno de hierbas muy altas llamadas cortadera, que eran tan duras y afiladas que podían causar heridas.

Las mulas estaban felices, ya que pudieron revolcarse en la arena, lo que solían hacer cada vez que se daba la posibilidad. Aquellas que andaban sin carga lo hacían incluso durante la caminata cada vez que se topaban con la arena.

La noche bajo el cielo abierto fue muy agradable, solo en la madrugada nos empezaron a molestar los enjambres de moscas pequeñas. Si bien no picaban, eran muy molestas porque se metían en la comida, en los ojos y por la nariz.

Desde la Cortadera continuamos subiendo por ese mismo valle. A veces desde lejos pudimos percibir manchas blancas que parecía nieve, pero en realidad se trataba de sal cristalizada.

Después de varias horas llegamos a una amplia llanura llamada Cazadero Grande (3.400 msnm), donde pacía el ganado. La casa situada en ese lugar fue la última casa habitada de nuestro camino.



Vicuña



Llama

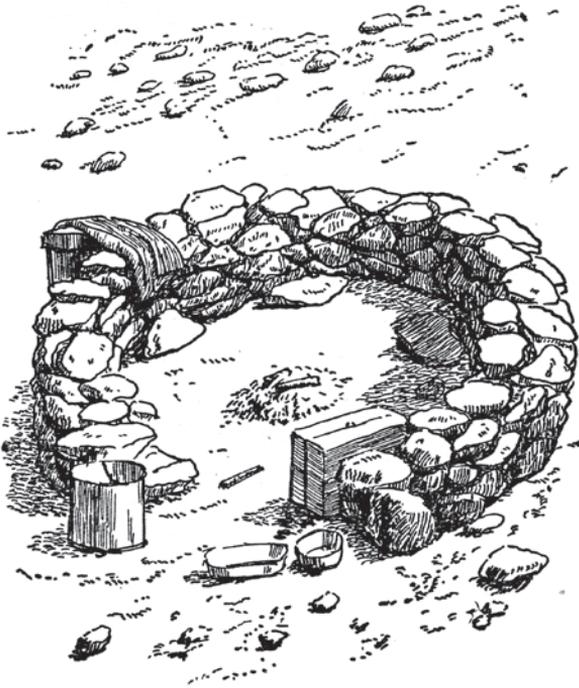
Cazadero Grande se encuentra situado en la parte, donde el valle del Río Chaschuil se bifurca en un valle lateral, por el cual pasa un arroyo llamado Río del Cazadero. Abandonamos entonces el valle principal, que siguió rumbo norte por el Portezuelo de San Francisco, y continuamos por el valle lateral hacia el Portillo.

Finalmente llegamos a un lugar llamado Quemadito, donde habíamos planeado acampar. Desde allá hacia el suroeste el valle se bifurca en un camino hacia Lagunas Frías.

Hoy en día los nombres Cazadero Grande y Río de Cazadero son solamente un recuerdo de los tiempos, en los cuales en esa región a menudo se organizaban cacerías de guanacos y vicuñas, que pertenecen a la misma familia que las llamas y las alpacas. Antes abundaban los guanacos y las vicuñas en esa región, pero las cacerías sin ningún tipo de restricción casi han exterminado aquellas especies, así que hoy en día esos animales son una rareza y las cacerías ya son historia.

El día siguiente goteó un rato de manera interrumpida, fue la primera lluvia. También granizó, después de lo cual salió el sol que nos acompañó el resto del día.

Desde Quemadito seguimos ascendiendo por el valle del Río del Cazadero. El valle es muy sinuoso y generalmente muy estrecho, rodeado de declives muy em-



Pirca

pinados que tapan la vista. Las laderas están llenas de talud, a veces tan inclinado que parece que en cualquier momento pudiera deslizarse. La vegetación aparece solamente en el fondo del valle; por lo general se trata de un mechón estrecho de hierbas altas crecientes en la ribera del río. Mirando desde arriba, solo se avista un mechón verde largo y sinuoso, que tapa el estrecho lecho del río.

En el lugar llamado Tambillo el valle volvió a bifurcarse. Su ramal nos llevó hacia Lampallo al norte, donde supuestamente a menudo se encuentran pastores con sus animales. Nosotros seguimos derecho. Un poco más allá de Tambillo, el arroyo se convirtió en una pequeña cascada, la única que vimos en esas montañas.

A mediodía hicimos una corta parada en Tambería (3.888 msnm), donde había varias pircas de piedra. En ese lugar el valle se ensanchaba y su fondo se convertía en un gran pasto, rodeado de colinas menos inclinadas. Espantamos una recua de burros sin pastor, que se alejaron y nos observaron con curiosidad desde la distancia.

Fue la primera vez que nos topamos con las pircas, de las cuales veríamos muchas más en nuestro viaje. ¿Qué es una pirca? Aparentemente no se trata de nada interesante. Es una pared, por lo general, redonda, hecha de piedras en seco, es decir sin argamasa, que protege del viento a los que acampan bajo el cielo.

Si bien en Tambería hubo una pequeña cantidad de pircas, más adelante las veíamos acumuladas una al lado de otra, a veces hasta doscientas, cada una con la capacidad de proteger a varias personas. Esas construcciones primitivas se encontraban también en grandes alturas, donde nadie se podría establecer de manera fija. Las vimos en rutas, por las que pasan solo unas pocas personas durante varios años. Además, lo curioso es que a menudo se encontraban muy lejos de agua y pasto.

Las personas muy inquietas que empezaran a remover la arena acumulada dentro y fuera de las pircas, a menudo encontrarían restos de recipientes de ba-

rro o puntas de flechas hechas de la obsidiana⁵ lisa. Ahhh! ¡Los indígenas! Poco a poco vamos descubriendo sus secretos, pero todavía falta mucho por entender.

¿Por qué los indígenas se establecieron en tan grandes grupos en la alta cordillera con clima muy severo? ¿Cuándo estuvieron allí? ¿Por qué construyeron sus pircas en los lugares alejados de agua y pasto? ¿Cómo explicar que las pircas a menudo se encuentran a distancias tan pequeñas una de la otra de tal manera, que a veces vimos cuatro, seis u ocho de ellas durante un día?

Sobre todo, hay que subrayar que no todas las pircas tienen el origen tan antiguo, no todas fueron construidas por los indígenas. Un aventurero sorprendido en el camino por la noche o mal tiempo, también hoy en día construiría una pirca en el caso de que no hubiera ninguna donde pudiera acampar. Probablemente eso fue lo que hicieron en el pasado no tan lejano los cazadores, pastores y boyeros, los últimos en los tiempos cuando conducían yuntas de bueyes de Argentina a las poblaciones mineras en Chile.

No obstante, la mayoría de las pircas, sobre todo las agrupadas, tienen su origen en tiempos remotos. La población local sabe cuáles son y las distingue como pircas de los indígenas, refiriéndose, obviamente, a los indígenas de antes y no a la población actual del noroeste argentino, que en su mayoría tiene raíces indígenas.

Desconocemos cuándo se construyeron las pircas, pero debe haber sido en tiempos muy remotos, antes de que Colón llegara a América.

Si fuera así, parecería comprensible que se construyeran en los lugares lejanos a pasto. En aquellos tiempos los indígenas no conocían caballos, burros, ni mulas y las llamas no eran propias como animales de carga a esas alturas del desierto montañoso. Por lo tanto, los indígenas viajaban a pie. Esto explicaría la poca distancia entre las pircas. Además, es muy probable que un cierto lugar no fuera apto para construir muchas pircas, por lo cual aparecen dispersas.

También la falta de fuentes de agua, recurso tan importante para los viajeros en esas regiones desérticas, tiene una explicación. Los cambios que se produjeron en esa parte de América desde los tiempos históricos, contribuyeron a que el agua fuera desapareciendo. Las lluvias eran cada vez más escasas, se secaban las lagunas y los arroyos y el agua que fluía de las cumbres nevadas, desaparecía en la tierra.

Hay muchas pruebas científicas de que el clima es cada vez más seco.

Cuál es, sin embargo, la respuesta a la pregunta más importante: ¿qué hacían los indígenas en esas zonas? Es una obviedad que no podían establecerse de manera fija a esas alturas: las pircas deben haber servido para estadías cortas, aunque al parecer se trataba de estadías de multitudes de personas. Por lo tanto habrá sido durante expediciones de los indígenas, quizás guerreros o tribus enteras en perio-

⁵ Obsidiana – un tipo de roca ígnea de color negro, marrón o verde oscuro, a veces llamada vidrio volcánico, ya que tiene su origen en la lava volcánica. Los indígenas la usaban para elaborar cuchillos y otras herramientas.



Cumbres más altas que los Alpes, pero sin nieve. Cerros de Aguas Calientes en el borde de la puna.

dos de grandes migraciones. No tenemos una respuesta exacta. Quizás las futuras investigaciones arqueológicas podrán aclararlo.

Continuamos nuestro viaje bajo el sol ardiente. Cuando abandonamos Tambería, el valle se bifurcó en dos: uno llamado Quebrada del Cuerno en dirección al sur, y el otro Quebrada de Agua Caliente hacia el norte.

De repente, detrás de una curva apareció por un tiempo muy corto una cumbre cubierta de nieve nueva, emergiendo de las montañas mucho más pequeñas y sin nieve que se encontraban a sus pies. Era el Cerro de Nacimiento (6.493 msnm), el primer seismil en el terreno de nuestra expedición.

De pronto, el valle se convirtió en un desfiladero muy estrecho y empinado. El sendero casi imperceptible que estaba rodeado de fuertes declives se hacía el paso a una u otra orilla del arroyo. En ese lugar se hallaron muchos cadáveres y esqueletos de animales que a esas alturas no hedían.

Pasado bastante tiempo, el valle se desanchó y la inclinación de la ladera se volvió más leve. Pasamos al lado de un valle llamado Sepultura y caminamos un poco más hasta llegar a nuestro campamento con pircas, situado en una terraza natural sobre un estrecho barranco atravesado por el arroyo principal. Al lado de nuestro campamento serpenteaba un arroyo pequeño entre hierbas altas.

Esta parte del valle se llama Nacimiento (4.515 msnm). Nos encontrábamos a la altura aproximada de la cumbre más alta de los Alpes.

Bajando de la mula después de un día largo del viaje, me di cuenta de que nuestro campamento estaba lleno de almohadas de musgo, donde uno podía des-



Por fin, una de “nuestras” cumbres. Cerro de Nacimiento (6.493 msnm) desde el valle del Río del Cazadero.



No estamos en una situación muy agradable. Después de acampar en Quemadito, intentamos calentarnos al lado del cuerpo tenue del fuego.



¡No Es Musgo! Las plantas de madera, llamadas en latín *Azorella diapensioides*, servían de leña. A la izquierda: un ejemplar desenterrado.

cansar. Sin dar más vueltas, me senté en una de esas almohadas, pero salté de inmediato. Resultó que no se trataba del musgo, sino de algo de madera que además estaba lleno de pequeñas espinas.

Después de desenterrar la planta entera, que en latín se llama *Azorella diapsenioides* y pertenece a la familia de apiáceas, me di cuenta de que consistía en un “tronco” encorvado, escondido bajo la tierra y la almohada de “madera” en la superficie. Bajo la tierra, en la parte inferior tipo tronco contaba con 10-20 centímetros de longitud sin contar las pequeñas raíces. La planta entera se parecía a un arbolito pequeño con una corona muy tupida y dura. Ya que el terreno casi entero estaba cubierto de esas plantas, podríamos decir que estuvimos en un “bosque subterráneo”, enterrado hasta la coronas de los árboles en la gravilla y la arena del valle. Ese “bosque subterráneo” resultó ser muy útil, ya que en ese territorio no hubo otra cosa que se pudiera usar para hacer fuego. Una vez caída la noche y cuando empezó a hacer mucho frío después de un día muy caluroso, pudimos calentarnos al lado de una fogata gracias a esos “árboles” secos.

Cuando apartaba las piedras más grandes para acomodar el lugar, donde quise poner mi saco de dormir, de repente advertí un escorpión de unos cuantos centímetros. Una picadura con su aguijón venenoso, ubicado al final de la cola segmentada de este artrópodo de actividad nocturna, puede ser muy dolorosa e incluso peligrosa. Por lo tanto nos pusimos todos a darle vueltas a las piedras más grandes y encontramos unos cuantos escorpiones más, los cuales colocamos en probetas con alcohol para llevarlos a Polonia como ejemplares.



Escorpión

Por la noche llovizó, tras lo cual cayó un poco de nieve que cubrió la tierra, pero por la mañana desapareció de inmediato. Dado que el clima estaba inestable y no muy apto para realizar nuestro plan de cruzar la altura de 5.000 msnm, decidimos quedarnos un día en Nacimiento. Además, las mulas tenían que descansar antes de la siguiente etapa a través de un alto portillo que nos iba a llevar al corazón de la puna.

El clima mejoró, por lo que mis tres compañeros con el viejo Sosa fueron a hacer un reconocimiento del terreno con la esperanza de que desde las montañas cercanas llegaran a ver el Nevado Pissis. Yo me quedé en Nacimiento con los demás baqueanos.

Con ayuda de Bordón, que siempre tenía muy buena voluntad, me puse a revisar las diferentes cajas para encontrar cosas necesarias y a completar mis colecciones zoológicas.

En los últimos días estuve mejorando constantemente mi récord de altura (2.663 msnm en los Tatras). En Nacimiento a 4.515 metros de altura, empecé a sentir efectos de la falta del oxígeno. De momento el único síntoma que tenía era ma-

yor cansancio y jadeo al ascender. No era de sorpresa teniendo en cuenta que hasta el momento ascendía en el lomo de la mula. Si hubiese llegado a esa altura a pie, mi cuerpo se habría preparado de manera paulatina a la falta del oxígeno y probablemente a esa altura todavía no hubiese sentido nada. Mis compañeros, que ya habían estado a altitudes superiores, no tuvieron ningún síntoma referido a la presión baja.

Los baqueanos aprovecharon el día para herrar las mulas y vendar sus heridas. El tratamiento con el fertilizante en polvo y líquido de kerosene ya no era suficiente. En los lomos de algunos animales aparecieron úlceras que tuvimos que abrir con mis instrumentos de cirugía para drenar el pus. Además, pude convencer a nuestros veterinarios autodidactas que aplicaran en las terribles heridas de las mulas las pomadas y los polvos que tenía en mi botiquín, en vez del fertilizante seco. Los pobres animales se merecían el mejor cuidado, ya que de ellos dependía en gran medida el éxito de nuestra expedición. Nuestros baqueanos los cuidaban de la mejor manera posible; ataban el equipaje durante la caminata, pero a veces ya era tarde y la carga había generado una herida en el lomo antes de que se dieran cuenta de que el equipaje se había aflojado.

También Juan, el hijo del viejo Sosa requería ayuda médica. Tenía conjuntivitis, porque a menudo le tocaba cerrar la caravana, por lo que constantemente se encontraba en nubes de arena y polvo. Además, el sol fuerte de los últimos días empeoró la condición de sus ojos.

El equipo que fue a reconocer el terreno volvió antes del atardecer. Los resultados no eran satisfactorios. Alcanzaron a pie una de las cumbres del cordón Sierra Pintada, más o menos al sur de Nacimiento. Si bien por primera vez pudieron percibir desde allá el Nevado Pisis, la cumbre estaba muy lejos y por tanto no pudo contribuir con información concreta para nuestros planes de lograr esa cumbre. Mis compañeros también volvieron a ver el Cerro de Nacimiento cubierto de nieve recién caída, pero esa información fue de menos importancia.

Sin embargo, en el camino sobre Nacimiento se toparon con dos avestruces que se espantaron y huyeron a galope.

8. La tierra de avestruces y flamencos

El Campo Negro. Los penachos de piedra.
La tumba de un aventurero. Glaciares y lagunas saladas.
El Portillo. La inclinación peligrosa. El río salado.
Las aves con alas rosadas. Tres desfiladeros.
Puna de Atacama.



El día siguiente, habiendo cargado una caravana muy grande, partimos de Nacimiento muy temprano: a las ocho y treinta de la mañana ya estuvimos en camino. Nos tocaba un tramo muy largo que nos llevaría a Tres Quebradas, nuestro campamento base.

Dejando atrás un valle lateral, después de una hora y media llegamos a un lugar llamado Ojo del Nacimiento, donde nació el Río del Cazadero y crecían hierbas, las últimas que encontraríamos en nuestro viaje.

Durante una parada corta acontecieron dos cosas.

Primero, aparecieron dos avestruces, seguramente los mismos que el día anterior. Recorrieron rápidamente las vertientes sobre nosotros



La última fuente de agua. En la orilla del Río del Cazadero, a 4.600 m de altura. En ese lugar, la hierba solamente crece en la ribera del arroyo.



Avestruces sudamericanos,
llamados ñandu o rhea.
e en la ribera del arroyo.

y con la misma rapidez desaparecieron. Nos encontrábamos a unos 4.700 m de altura.

Obviamente, no se trataba de los avestruces africanos llamados *Struthiocamelus* y conocidos de dibujos, sino de una especie aparte de avestruces sudamericanos, llamados *rhea* o *ñandu* o simplemente, como los llamaban los baqueanos, *avestruz*. Estos avestruces son un poco más pequeños que los africanos y no tienen las plumas tan valiosas. Aparecen desde la pampa argentina hasta la cordillera y existen tres tipos de ellos. Al parecer, hasta ahora nadie registró la presencia de estas enormes aves a grandes alturas, a las que los vimos nosotros. Antes, el aventurero polaco Jan Kalinowski encontró un avestruz a la altura de 4.300 msnm en el sur de Perú. De todo lo mencionado se puede concluir que los avestruces se encuentran a alturas más grandes que los cóndores.

Apenas los avestruces desaparecieron, desde atrás se nos acercó galopando una de nuestras mulas sin carga, la que, según lo que descubrimos después, se le había caído.

Tanto el viejo Sosa como Stefan en vano intentaron detener al fugitivo. El animal, espantado, corrió por el valle bajando y solo lo pudieron atrapar los demás baqueanos.

Ese fue el único accidente de ese tipo. Por lo general, las mulas no eran problemáticas, y caminaban tranquilas detrás del caballo al principio de la caravana, que normalmente montaba Bordón. Las mulas tienen el instinto gregario muy desarrollado, por lo que no suelen apartarse del grupo, sobre todo si al principio de la caravana se encuentra el madriño. El madriño es un caballo con una campanita en el cuello. Durante la marcha, las mulas caminan directamente detrás del él; algunas de ellas incluso intentan tomar el lugar justo detrás de él. Durante la noche o cuando está en el prado, es necesario atarle al madriño las piernas delanteras a fin de que no se pueda escapar. De esta manera, las mulas pueden dejarse sueltas, porque aun así se quedan cerca del caballo. En el caso de que el madriño se libere de las ataduras, puede escaparse, y entonces todas las mulas irán detrás de él. Aun así no es muy difícil conducir las a un lugar, y a que siempre caminan juntas. Por lo tanto, nuestra caravana contaba con dos caballos.

El valle sobre el Ojo del Nacimiento, que hasta ahora estaba profundo, se volvió más plano y estéril. Mirando atrás, hacia el noroeste lejano, pudimos avis-

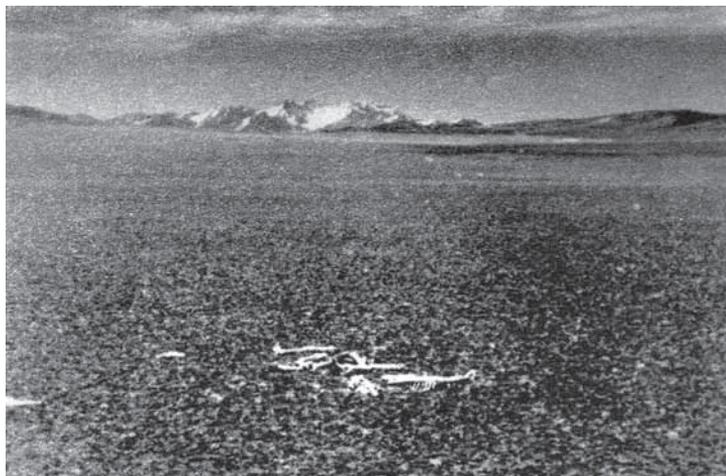
tar un fragmento de una ladera nevada. A medida de que las mulas avanzaban ascendiendo, la ladera se iba agrandando hasta aparecer en su totalidad nuestro viejo conocido: el Nevado Incahuasi.

En el horizonte cercano pudimos ver el otro extremo del valle y sobre un fondo de cielo azul una arista, desde la cual podríamos esperar una vista amplia al otro lado. A las once de la mañana llegamos a esa arista, donde me convencí por mis propios ojos que la estructura de los Andes era totalmente distinta a la de los Tatras.

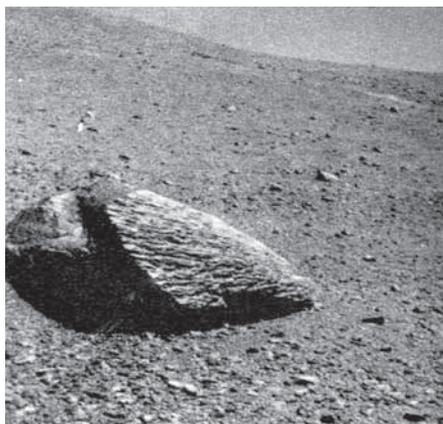
En ese lugar no había ninguna arista, ningún paso de montaña en su sentido estricto y, por lo tanto, tampoco una vista amplia. Se trataba simplemente del borde de un altiplano extenso, de muchos kilómetros de longitud y anchura. Sin embargo, el viejo Sosa nos aseguró de que desde el borde opuesto, un poco más alto, pudiéramos percibir los altos nevados y, además, un salar que aún no habíamos visto.

Un salar es una cuenca de un lago salado, cuyas aguas evaporaron en una gran medida o en su totalidad, dejando sedimentos de sales, tales como sal blanca, boratos, y eso, carbonato de sodio y potasio, sulfatos e ioduros, etc. La superficie de los salares suele ser blanca o gris, a veces amarilla. Algunos de los salares de la Puna de Atacama tienen una superficie de más de 100 km². El nivel de agua en los salares es variable: la superficie puede ser totalmente seca e incluso cubierta de una capa de arena traída por el viento o de agua de distinta profundidad. Además, en distintos lugares del salar, se pueden encontrar uno o varios lagos. De algunos salares se extraen la sal blanca y otras sales. Los salares son una característica que destaca en el paisaje de la Puna de Atacama.

Durante más de dos horas estuvimos recorriendo esa superficie en su parte más estrecha. El altiplano con razón lleva el nombre *Campo Negro*, y a que está cubierto en una gran medida de piedras negras, probablemente expulsadas durante



La cuarta cumbre más alta de América. El Nevado Pissis visto desde el Campo Negro (a unos 50 km de distancia). En primer plano: el esqueleto de una mula.



Fueron los indígenas quienes esculpieron las piedras? No. Lo hizo la arena corrida por el viento.

una erupción del volcán cercano, actualmente inactivo: el Cerro de Nacimiento, que en ese momento se encontraba a nuestra mano derecha.

A mano izquierda, es decir, al suroeste, sobre un borde muy lejano de nuestro altiplano, iba apareciendo otro macizo con cuatro cumbres y un largo glaciar orientado hacia el norte, es decir, hacia nosotros. Se trataba del Nevado Pissis, que se encontraba a unos 50 km de distancia, por lo cual no parecía tan impresionante a pesar de su gran altura (6.780 msnm).

El recorrido por el Campo Negro se prolongaba. A primera vista, el altiplano parecía totalmente privado de vegetación, pero de vez en cuando se podía percibir alguna planta entre las rocas. Las piedras sobresalientes de la superficie plana de la gravilla, contaban con formas muy interesantes, esculpidas por los granos de arena traída por los fuertes vientos del oeste: había penachos fantásticos, callampas, etc. A nosotros aún no nos había tocado un viento tan fuerte.

Esperábamos la vista prometida con ansiedad. Sin embargo, no podíamos acelerar mucho las mulas, dado que nos encontrábamos a unos 5.000 m de altura y la falta del oxígeno no nos permitía avanzar más rápido.

Durante el camino hallamos múltiples cráneos con cuernos largos y huesos sueltos. Fueron los restos de tiempos remotos, en los que, a esas alturas más grandes que las cumbres de los Alpes, los boyeros conducían el ganado desde los prados argentinos hasta las localidades mineras de la desértica Atacama en Chile, donde mucha gente moría sin haber visto la lluvia en su vida.

Esas travesías duras por tres distintas cadenas montañosas requerían una preparación adecuada. Dado que el camino llevaba por terrenos con muchas piedras, desde un lugar con agua hacia otro, desde un pasto escaso hacia otro, el ganado, caracterizado por sus largos cuernos, tuvo que ser herrado. Muchos animales morían durante el recorrido.

Una corta parada a 5.000 metros de altura. Vista desde el Campo Negro al Cerro de Nacimiento. La cruz de madera señala la tumba de un aventurero desconocido.



Las lagunas saladas de la puna. A la izquierda: Laguna de Tres Quebradas unida con otras lagunas a través de un salar extenso.



Debido al cambio de las relaciones económicas y al desarrollo de otros medios de comunicación, hoy en día esas rutas están abandonadas. Las localidades de Atacama siguen teniendo la necesidad de abastecimiento desde otras regiones más fértiles, pero actualmente la carne de vaca no les llega en “cascos”, sino en latas.

Dentro de un montecillo de piedras, junto a una roca muy cercana al borde opuesto del Campo Negro, se encontraba una pequeña cruz de madera recordando, que esas rutas de alta montaña podían ser peligrosas también para la gente.

Después de los siguientes diez minutos del ascenso empinado, por fin llegamos al borde de Campo Negro, que terminaba con un fuerte declive hacia el oeste.



En el lugar donde se unen las Tres Quebradas (a la derecha)... en un lugar llamado Tres Quebradas armamos nuestro campamento base. En el fondo, sobre los altiplanos de la puna, se alza el Nevado Pissis.

Por fin, una amplia vista: ¡extensa y maravillosa! Muy profundo a nuestros pies se extendía un valle enorme, o quizás una cuenca, ya que estaba rodeada de montañas. En su totalidad, esta cuenca contaba con unos 70 km de longitud y 30 de anchura. Múltiples valles laterales y desfiladeros desembocaban en el medio de la cuenca. A nuestros pies, casi un kilómetro más abajo, había un lago salado - la Laguna de Tres Quebradas, unida por un enorme salar con otro lago, lejos al sur - la Laguna Verde. Ese salar, cuya blancura iluminada por el sol deslumbraba los ojos, tenía unos cuatro kilómetros de ancho y junto a las lagunas 35 km de largo. Antes, ambas lagunas y el salar probablemente formaban una gran cuenca, cuyas aguas se iban evaporando, dejando en el medio amplios yacimientos de sal.

Desde el sur la cuenca estaba limitada por el Nevado Pissis, que se alzaba sobre la Laguna Verde, y desde el norte - por el glaciar Nevado Tres Cruces (6.630 msnm), cuyas dos cumbres eran visibles. En la parte opuesta de la cuenca, el horizonte estaba tapado por el Cerro de los Patos (6.350 msnm), una cumbre casi sin nieve, pero aun así muy impresionante, ya que rodeada por cumbres mucho más pequeñas. A la izquierda del Cerro de los Patos se alzaba un cono negro - el Volcán de Copiapó (6.080 msnm).



A la orilla de la laguna salada. En primer plano: sal cristalizada. En el fondo a la izquierda: el Cerro de los Patos cubierto de nieve.



Empezamos a esbozar el mapa... Mediciones de acimut en la cima de un cerro.

Esas fueron las cumbres que más llamaron la atención por su altura y ubicación aislada. Comparado con ellas, todas las demás montañas que rodeaban la cuenca parecían enanas.

Lo que más nos fascinaba en el paisaje que veíamos ante nosotros, era lo monumental y contrastante. El salar blanco y las cumbres más altas, aisladas, cubiertas de nieve, brillaban bajo los rayos del sol y estaban acompañadas por las cadenas de cumbres más oscuras, casi negras, sin nieve. Nos encantaron las formas de las cimas prominentes y la diversidad de los cerros que rodeaban la cuenca. Era impresionante la vista a la Laguna Verde, que se encontraba dentro de un desierto privado de vegetación. El paisaje entre las montañas que rodeaban la cuenca era marcado por amplias llanuras y desfiladeros estrechos. Además, ese día el aire estaba muy transparente, lo que mejoraba la visibilidad de los detalles más lejanos. Del cielo celeste, por el que pasaban nubes blancas y perezosas, radiaba el sol. De vez en cuando un viento fuerte y helado tiraba de nuestra ropa.

La región ante nuestros ojos, la parte sur de la Puna de Atacama, sería el terreno de nuestra actividad durante varias semanas. Nos rodeaban cumbres gigantes, las cuales habíamos soñado alcanzar. La única que no podíamos ver era la más alta, el Nevado Ojos del Salado (6.870 msnm), ya que el Cerro de Nacimiento, situado justo detrás de nosotros, tapaba su vista. Ese era el mundo montañoso que estuvimos buscando hacia más de tres meses, recorriendo miles y miles de kilómetros por tierra y mar.

Desde allí, nuestra ruta llevaba hacia la derecha, por un lugar en forma del foso de unos 20 m de largo, que terminaba con un pequeño paso llamado Portillo



Recorrimos decenas de kilómetros en las orillas de lagunas saladas ...



... Cuyas superficies gruesas de sal estaban cubiertas de una capa fina de agua

(5.054 msnm). La palabra *portillo* en Argentina y Chile es el sinónimo de las palabras *paso* y *portazuelo*, las dos últimas usadas con más frecuencia.

Tras una parada de una hora, durante la cual sacamos muchas fotos e hicimos mediciones necesarias, salimos desde el Portillo bajando hacia el lago más cercano: la Laguna de Tres Quebradas. Muy lejos abajo advertimos puntos negros en movimiento. Esa fue nuestra carga que no había parado en el Portillo. Esos puntitos minuciosos aparentemente tan cercanos, nos hicieron darnos cuenta del tamaño real de esa región.

La bajada del Portillo no era fácil. El terreno estaba tan inclinado que tenía que agarrar fuertemente la silla con una mano para no resbalarme a la nuca

de la mula. Por suerte, la mula se manejaba perfectamente en esas condiciones. Tenía la sensación de que, si me resbalara por su cabeza, caería directamente en el abismo y mi cuerpo, o más bien sus restos, recién pararían medio kilómetro más abajo.

Después de haber logrado pasar torcidamente por la parte más inclinada y luego en zigzag por un terreno arenoso, por fin llegamos a la primera terraza del valle. Ahora el terreno estaba mucho menos inclinado; llegamos a la laguna en un lugar, donde desde el norte desembocaba su afluente más grande, el Río Salado. Cruzamos sin ningún problema ese arroyo estrecho con muchos ramales, tras lo cual seguimos por la orilla de la laguna, o más bien del salar, y a que el agua se en contra un poco alejada. Evaporándose, el lago dejó terrenos grandes de sal en la superficie de la cual se formaron distintos polígonos.

Las espantadas bandadas de flamencos con alas rosadas, daban vueltas sobre nuestras cabezas y sobre la laguna. Quizás era la primera vez que veían gente.

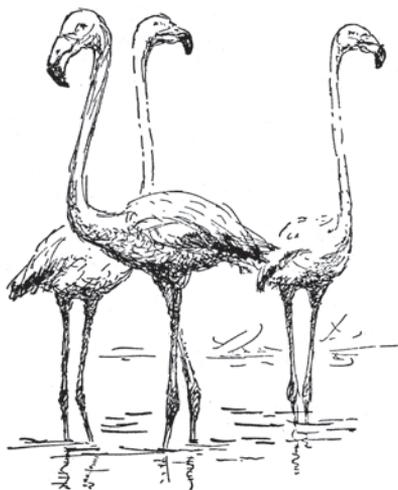
Teníamos que apurarnos, y a que faltaba poco para que el sol se escondiera detrás de las montañas. Dejamos atrás las orillas del lago y nos dirigimos hacia el oeste, atravesando un valle ancho, o más bien una larga llanura levemente inclinada. El sol se escondió pronto y un viento helado empezó a soplar sobre nuestras caras.

Dos horas más tarde llegamos al final de la llanura, donde se unían tres grandes desfiladeros. En ese lugar íbamos a acampar durante varias semanas. A la altura de unos 4.300 msnm, dentro de la puna armaríamos nuestro campamento base.

Fue una sensación muy agradable calentarse al lado de una fogata, sabiendo que acabamos de terminar la primera etapa de nuestra expedición, el de llegar al campamento base, e íbamos a empezar el siguiente, el más interesante, es decir, explorar el terreno y alcanzar las cumbres más altas de la Puna de Atacama.

La palabra *puna* viene de quechua y significa una región altiplánica altoandina, caracterizada por múltiples valles, desfiladeros y cuencas endorreicas. La puna se encuentra en la altitud entre 3.300 y 4.500 msnm, pero las cumbres que se alzan en la puna pueden llegar a más de 6.000 msnm.

Esa región se encuentra en territorios de Perú, el norte de Chile y el noroeste de Argentina. Su parte sur, que se encuentra en los territorios de Chile y Argentina, se llama Puna de Atacama.



Flamencos

¿Qué es la Puna de Atacama? Es un altiplano andino, que se encuentra entre los paralelos 22°-28° de latitud sur, es decir, tiene alrededor de 700 km de largo. Se extiende entre los territorios de Argentina y Chile a las alturas entre los 3.400 y 4.500 msnm. La puna se caracteriza por la presencia de varios cordones montañosos y cumbres aisladas, que llegan hasta 6.870 msnm. Políticamente, la Puna de Atacama se extiende entre las regiones chilenas Atacama y Antofagasta y las regiones argentinas La Rioja, Catamarca, Salta, Jujuy y el llamado Territorio de los Andes.

La Puna de Atacama es la parte más alta del Desierto de Atacama, el que se extiende a lo largo de la costa chilena del Pacífico, desde el Río Loa en el norte hasta el Río Copiapó en el sur.

La mayoría de las montañas en la Puna de Atacama son volcánicas, algunas de ellas suponen volcanes activos, por lo cual no forman un sistema integrado por cadenas montañosas regulares y valles. Mucho más se trata de un complejo enredado de cordones montañosos, cortos y pequeños “nidos” montañosos e incluso cumbres aisladas, que se alzan sobre el altiplano, caracterizado por estrechos y profundos desfiladeros, amplios valles y enormes cuencas endorreicas con muchos salares. La superficie de la puna está generalmente cubierta de gravilla, arena y rara vez de rocas.

La mayoría de los arroyos, que no aparecen con mucha frecuencia, son salados o amargos. Desembocan en las lagunas saladas o salares o, simplemente, desaparecen en las arenas y gravillas del desierto. Las lluvias en la puna son muy escasas, en las cumbres más altas suele nevar a menudo.

El clima de la puna se caracteriza por sus vientos rabiosos, normalmente desde el oeste, y por drásticas variaciones de la temperatura en verano – los días son abrazadores y las noches heladas.

La parte sur de la Puna de Atacama está despoblada. Los pastores solo se acercan a sus bordes. La fauna y la flora son muy pobres.

Abreviando, la Puna de Atacama es un desierto alto-andino con durísimas condiciones climáticas.

9. La vida en la Puna

Los tres elementos de supervivencia. 112 km/h.
Armando el campamento base. Un día del trabajo.
Un laboratorio en el saco de dormir. El misterio del fantasma nocturno.
Primeros reconocimientos. El espejismo. Dos punas.
El baño entre las nieves.



Los tres días siguientes nos dedicamos a armar nuestro campamento base. Por suerte, el lugar era realmente apto para ello, ya que contaba con agua, pasto y leña en abundancia, los tres elementos imprescindibles para acampar en esa región desértica y salada. Además, ese fue el único lugar en toda la región, donde podíamos contar con los tres requisitos en cantidades suficientes para una gran caravana y una estadía bastante larga.

En varios lugares cercanos al campamento, al igual que en otros a poca distancia de él, abundaba buen pasto para los animales. El pasto fue el único alimento para las mulas durante toda la expedición.

De las tres quebradas salían tres arroyos tan estrechos, que uno podía cruzarlos sin gran esfuerzo con tan solo un salto. Bajo el campamento, los arroyos se convertían en uno, más grande, que atravesaba la amplia llanura hacia la Laguna de Tres Quebradas, pero desaparecía en la gravilla antes de llegar al lago.

Armamos nuestro campamento en la orilla del arroyo, que salía de la quebrada sur. Comparado con las dos otras quebradas, las aguas de ésta estaban casi siempre limpias de arena. Por la noche, la superficie del arroyo se congelaba, pero por las mañanas el hielo se derretía de inmediato.

Como leña no usamos la misma planta que en Nacimiento, sino un pequeño arbusto con muchas ramas y espinas grandes. Sus ramas tiesas se quemaban con facilidad, pero la parte más apta para el fuego eran sus raíces gruesas y largas, muy fáciles de desenterrar, ya que crecían en la superficie de gravilla y arena. Los baqueanos sacaban solo la parte superior de las raíces, que era la más gruesa. La mejor herramienta para conseguirlo eran nuestros piolets adicionales.



Aquí nuestras mulas contaban con agua y pasto...



Con una playa arenosa...



Y en caso de necesidad. También con un “hospital”...

de lo normal, de tal manera que la parte inferior de sus cuatro paredes se encontraba en una superficie plana y estaba presionada hacia el suelo con piedras grandes. Adicionalmente, para darle firmeza a la base, en su interior colocamos especiales varas de bambú, a su vez reforzadas por palos.

Un día, por curiosidad, intenté desenterrar un arbusto entero. Sabiendo que las raíces eran muy largas, elegí uno muy joven que medía menos de diez centímetros. A una profundidad todavía muy pequeña, la raíz ya estaba muy fina, pero me rendí pronto, porque después de haber cavado un hoyo de un metro, aún no llegaba al final de la raíz. De esa manera, aquellos arbustos se habían adaptado a vivir en terrenos secos, donde el agua se encontraba a una gran profundidad bajo la superficie de las gravillas y arenas quemadas por el sol.

Dado que íbamos a quedarnos bastante tiempo en nuestro campamento base en Tres Quebradas, nos habíamos organizado de la manera más cómoda posible. Para nosotros cuatro armamos una carpa y para los baqueanos dos más pequeñas.

A pesar de que el campamento se encontraba parcialmente protegido del fuerte viento del oeste, que se levantaba por las montañas, las carpas más ligeras de los baqueanos se voltearon unas cuantas veces y la nuestra apenas resistió. La última contaba con unos cuantos vientos atados no a estacas, que el viento hubiese sacado de inmediato, sino a piedras muy pesadas, plantadas en la tierra, presionadas y apoyadas por otras. Además, la carpa estaba situada más abajo

Aun así, muy a menudo, incluso por la noche, tuvimos que arreglar las varas y los palos que crujían espantosamente y se encorvaban bajo la presión del viento. No fue para extrañarse, ya que la intensidad del viento en ese lugar bien apartado, llegaba a 31 m/s, es decir, casi 112 km/h, lo que corresponde al número 12 en la escala de Beaufort⁶.

Según nuestras mediciones, los vientos más fuertes eran los del oeste que, por lo general, se levantaban a mediodía y se tranquilizaban al atardecer. Uno de esos vientos se enfurecía toda la noche. Entonces, con nuestros propios cuerpos teníamos que sostener las varas de la carpa que se estaban encorvando. En portezuelos y en cumbres nos topamos con vientos más fuertes todavía, pero dada su fuerza no pudimos hacer mediciones.

La carpa grande nos servía de dormitorio (en su suelo se encontraban colchones de goma inflados con el aire) y de taller. Armamos mesas de dos cajas de comida y pisos para sentarse de latas de bizcochos. La cocina y el comedor se encontraban en una pirca bajo el cielo. Además, del encerrado presionado por piedras enormes armamos un almacén para los alimentos y otras cosas. Se trataba de un cuadrilátero armado de cajas de comida en un orden especial. Adicionalmente, contábamos con un catálogo, donde llevábamos a cabo el inventario, siempre actualizado para saber en cada momento, qué era lo que todavía teníamos: cuántas pilas para las linternas, caldos en pastillas, latas de conservas, paquetes de azúcar, etc. Hacer el inventario fue una tarea muy aburrida, pero muy necesaria para evitar sorpresas desagradables.



Aquí se encontraba nuestra “casa”... Las carpas en tres quebradas. A la derecha: pluviómetro para medir las precipitaciones.

⁶ Escala de Beoufort – escala de 12 números que indican la intensidad y fuerza del viento. El número más alto (12) indica un viento de más velocidad que 29 m/s, es decir, más de 104 km/h, lo cual corresponde a un huracán.



Nuestra bodega para los alimentos. En segundo plano: un sendero que llevaba a la estación meteorológica, que se encuentra a la izquierda. En el fondo: el Cerro de Nacimiento (a la derecha) y el Cerro González (a la izquierda), cubiertos de nieve.

Además, en el campamento instalamos una estación meteorológica. Al lado de la carpa grande colocamos un pluviómetro para la medición de la precipitación, aunque en esa región casi nunca llovía. Para otro tipo de mediciones, nuestro ingeniero Stefan construyó un abrigo meteorológico bastante conforme con las reglas, que constaba de una caja de alimentos y contaba con un techo y persianas. Con ayuda de piedras grandes y un alambre muy grueso, lo colocamos en la superficie de un montecillo pequeño de piedras y rocas, que separaba nuestro campamento de la amplia llanura, que se extendía hacia la laguna.

¿Cómo pasábamos los días, en los que no nos tocaba hacer ningún reconocimiento ni mediciones, ni tampoco ascender a las cumbres?

Las tareas las habíamos repartido entre todos, pero en el caso de que fuera necesario, nos ayudábamos mutuamente o reemplazábamos el uno al otro.

Yo me despertaba primero, ya que estaba a cargo de observar, cómo se estaban aclimatando los miembros de nuestra expedición. Entre otras cosas, tenía que medirles a todos el pulso antes de que despertaran. Luego subía al monte sobre el campamento para llevar a cabo las mediciones meteorológicas y volvía a la hora del desayuno. Entonces, en nuestra “cocina” los baqueanos ya habían prendido la fogata.

Después del desayuno, Justyn y Stefan trabajaban en el mapa (o más bien en el esbozo topográfico), que armaban a base de mediciones de acimut⁷, hechas durante los reconocimientos y los ascensos a las cumbres. Ese mapa, cuyo fin era corregir por lo menos una parte de los errores en los mapas existentes hasta entonces, abarcaba el territorio de casi 3.000 km². Nuestros cartógrafos pasaban días enteros midiendo y esbozando, pero aun así, el acimut no siempre cuadraba, porque la declinación magnética (el ángulo comprendido entre el norte magnético local y el norte geográfico) en esa cordillera es muy variable. Aún más problemáticas resultaron las mediciones de altura, ya que tanto el barómetro aneróide⁸ como las mediciones hypso-termométricas⁹ mostraban a veces resultados inverosímiles, que además no coincidían entre sí. El barómetro aneróide era muy sensible a temblores, de los que lamentablemente vivió muchos durante el viaje largo en la mula.

Éramos tres los que sacaban las fotos: Stefan, Justyn y yo, y tuvimos tres cámaras distintas. Sin embargo, fue Stefan, quien las revelaba y hacía copias de prueba. De cámara oscura le servía un saco de dormir.

Janek fue quien escribía la crónica de nuestro viaje, estaba a cargo de la correspondencia y del contacto con la prensa, dado que una parte de nuestra expedición fue financiada de los honorarios recibidos por la correspondencia con la prensa polaca.

Las observaciones meteorológicas las tenía que hacer tres veces al día. Además, aumentaba mi colección zoológica y la ordenaba, seguía haciendo observaciones de cómo se aclimataban mis compañeros y, si era el caso, otorgaba ayuda médica. En esa tarea me ayudaba Stefan, quien, además, me reemplazaba en observaciones meteorológicas, cuando me encontraba ausente.

Todos estuvimos a cargo de la cocina, turnándonos y contando con la ayuda de los baqueanos. Yo era el responsable de la bodega, aunque Janek me ayudaba con frecuencia. Todos los días hacía el inventario de los alimentos que habíamos consumido.

Los baqueanos herraban las mulas, las curaban o conducían de un prado al otro. Además, recogían la leña, en búsqueda de la cual cada vez nos teníamos que alejar más. También nos ayudaban en nuestras tareas.

Todos los días teníamos mucho trabajo en el campamento.

Apenas unos cuantos días tras haber llegado a Tres Quebradas, empezamos a hacer reconocimientos, tanto a pie, como en las mulas. Después comenzamos a atacar las cumbres. Estuvimos ocupados todo el tiempo.

⁷ Acimut – en la cartografía se refiere al ángulo de una dirección contado en el sentido de las agujas del reloj a partir del norte geográfico.

⁸ Barómetro aneróide – es un barómetro precise que sirve para medir la presión atmosférica y la altura sobre el nivel del mar.

⁹ Mediciones hypso-termométricas – mediciones de la altura sobre el nivel del mar a partir de las diferencias del punto de ebullición.



Llevábamos a cabo reconocimientos. En el fondo: el Nevado Tres Cruces.

Durante la segunda o la tercera noche en el campamento nos despertaron los pasos de una mula al lado de la carpa. En el silencio nocturno, sus pasos se escuchaban tan fuertes que temíamos a que fuera a tropezar con los vientos de la carpa y tumbarla en nuestras cabezas. Uno de nosotros gritó, tras lo cual los pasos se alejaron. Estuvimos seguros de que la mula caminaba entre los vientos largos. Sin embargo, no ocurría absolutamente nada de estas cosas y ninguno de nosotros tenía ganas de salir de su saco caliente para asomarse de la carpa y ver qué pasaba. De todas maneras, nos dormimos pronto, aunque la mula se iba y venía cada tanto.

Por la mañana les contamos a nuestros baqueanos sobre la visita nocturna y nuestra preocupación de que la mula pudiera haber tumbado nuestra carpa. Sin embargo, ellos nos aseguraron de que esa noche todas las mulas se habían encontrado en un prado bastante lejano al campamento, por lo que los pasos que escuchamos seguramente no eran de una de ellas. Además, el viejo Sosa y Barrera nos afirmaron que esa no era la primera vez en Tres Quebradas, que se escuchaban por la noche los pasos de una mula misteriosa. Al parecer, eso también les había ocurrido a otros aventureros, quienes, sin embargo, no habían resuelto el enigma. Se solía sostener, que los sonidos de los pasos pertenecían al espíritu de una mula, que visitaba el lugar de su muerte. Esa explicación era sin duda muy interesante, pero en ningún caso convincente. Todavía persisten muchas supersticiones en el mundo, pero sabemos que los fantasmas no existen y todos los fenómenos sobrenaturales tienen alguna explicación.

Dicho eso, uno de mis compañeros se ofreció como voluntario para averiguar el caso, por si se volvía a repetir. No tuvimos que esperar mucho tiempo; ya la noche siguiente volvimos a escuchar pasos que se acercaban. Le susurramos



Buscábamos caminos a través de quebradas profundas... En el fondo: el Cerro de los Patos.



Y a través del altiplano de la puna: en el medio: el Cerro de los Patos, a la derecha (en el fondo): el Nevado Tres Cruces.

a nuestro voluntario que teníamos la oportunidad de comprobar, quién era nuestro visitante misterioso, que estaba caminando entre los vientos de la carpa sin tropezarse. Sin embargo, nuestro compañero, primero hizo como que no lo hubiera escuchado y luego refunfuñó diciendo, que le dejáramos en paz.

Entonces decidí hacerlo yo. Salí del saco de dormir y cuando escuché los pasos muy cerca, de inmediato salté de la carpa con una linterna en la mano. La noche era bastante clara, por lo que incluso sin linterna me hubiese dado cuenta que no había allí ningún fantasma ni ser vivo. El sonido de los pasos se había acallado. El silencio dominaba el lugar, el cielo brillaba con miles de estrellas.

Temblando de frío, estuve a punto de volver a la carpa, cuando de pronto escuché un ruido desde muy cerca. Miré en la dirección de la cual provenía y... Desapareció otro "fantasma". Es decir, el suave soplo del viento movía una correa, frotándola contra la tela áspera de las paredes de la carpa, lo cual provocaba distintos sonidos, según la fuerza del viento.

El día 9 de enero empezamos a llevar a cabo los reconocimientos con el fin de hacer mediciones para el mapa, sacar fotos y buscar rutas que nos llevarían a los pies de las cumbres que quisimos alcanzar. Por fines topográficos, mis compañeros subieron el Cerro de los Patos (4.700 msnm), situado justo sobre el campamento. Sin embargo, la vista que ofrecía el cerro no nos aportó mucho. Mientras tanto, yo,

caminando entre la quebrada sur y la central, llegué al inicio de un amplio altiplano, que se extendía hacia la frontera chileno-argentina. En el lejano sur vislumbré el Nevado Pissis.

Dos días después, el viejo Sosa, Stefan y yo montamos las mulas y nos dirigimos hacia la laguna. En el camino, por primera vez nos encontramos con un interesante espejismo, causa de la alta temperatura de las capas inferiores de la atmósfera y una densidad muy variable entre las distintas capas. Las montañas a nuestra derecha en realidad bastante alejadas de la laguna, parecían crear una península en el medio del agua. A su vez, la laguna se extendía hacia el este del gran altiplano que estábamos atravesando. Durante media hora íbamos acercándonos a ese espejismo hasta que desapareció paulatinamente.

En ese lugar, el espejismo era un fenómeno constante. Lo vimos cada vez que íbamos en dirección a la laguna.

Más o menos a mitad del camino llegamos a un cerro con dos picos que se alzaba muy solitario sobre la plana superficie de la gravilla. Subimos su cumbre sur para hacer mediciones topográficas. Una vez realizadas las mediciones, seguimos hacia la laguna.

Allí vimos otro espejismo. En realidad ante nosotros se encontraba el salar. Sin embargo, nosotros vimos enormes olas blancas moviéndose con mucha rapidez de derecha a izquierda.

Además, aquel día subimos un cerro situado al oeste del curso bajo del Río Salado, desde el cual tuvimos una vista espectacular al Nevado Tres Cruces. Ese cerro lo nombramos Cerro de la Laguna (4.500 msnm).

Ese mismo día Janek y Justyn hicieron un reconocimiento del terreno hacia el este del campamento, subiendo el cerro que nombraron el Cerro Gris (4.800 msnm). Justyn midió los acimuts.

El día siguiente fui a hacer un reconocimiento bastante tarde: elegí el camino hacia arriba por la quebrada sur, esperando que pudiera tener un acceso cómodo hacia el Nevado Pissis. Tenía la esperanza de que la quebrada fuera corta.

Fui caminando. Al inicio de la quebrada había rocas amontonadas, lo que hubiese dificultado el acceso a las mulas, pero más adelante, resultó ser un camino cómodo para los animales, ya que los bloques de rocas se permitían desviar con facilidad.

Algunas de las rocas se habían meteorizado, de tal manera que por un lado estaban cubiertas de una capa de penachos de diez centímetros, la que con una patada empezaba a descamarse en forma de agujas y hojas de roca. Este tipo de meteorización tiene lugar únicamente en climas muy secos con temperaturas altas.

En algunas partes, el arroyo se perdía, en otros volvía a aparecer. La quebrada se bifurcaba en varios ramales y serpenteaba. Sin embargo, yo seguía el camino principal, aunque su carácter cambiaba mucho. En algunos lugares yacían pedazos de nieve sucia, pero solo tenía que pisar uno. Todos los demás, formando penitentes, se podían evitar.



Los arroyos no muy frecuentes se perdían en los sedimentos de sal...

...O en arena y gravilla.



¿Qué son los penitentes? Un fenómeno típico de algunas partes de los Andes: son los curiosos campos de nieve en forma de cuchillas, dientes, columnas, pirámides y conos de nieve congelada. Estas figuras de nieve o hielo endurecido, tomando fantásticas formas, pueden ser tan altas como una persona y están muy próximas entre sí. A veces se parecen a las filas de penitentes vestidos con hábitos blancos y capirotos. De ahí viene su nombre.

Los penitentes aparecen en varias cordilleras del mundo con distinta frecuencia: en el Himalaya, Kilimanjaro en África, en el monte Damavanden Persia¹⁰, en el volcán Popocatepetl en México y otras partes. Sin embargo, los más lindos son los que se encuentran en los Andes chileno-argentinos entre los paralelos 24°-36° de latitud sur.

Los penitentes normalmente están muy próximos entre sí, pero en el caso de derretirse mucho, aparecen aislados, separados por pedazos de tierra. Atravesar un campo tupido de penitentes puede ser fácil en el caso de haber suficiente espacio entre ellos para pasar. Además, los penitentes bajos y muy próximos entre sí pueden facilitar el ascenso a un cerro muy inclinado en el caso de haber suficiente espacio para poner el pie entre las filas de las cuchillas. Las cuchillas y otras formas de los penitentes son siempre verticales, independientemente de la inclinación del terreno.

Hay muchas teorías que intentan explicar la existencia de los penitentes, pero todavía no hay una definitiva. Al parecer, el sol juega un papel más clave, ya que aparecen tanto en las vertientes

¹⁰ Persia – hoy en día Irán [comentario de la traductora].

expuestas al viento, como en las quebradas privadas de la presencia del viento. En verano se forman en lugares, donde el invierno ha acumulado una gran cantidad de nieve, es decir, sobre todo por aquel lado de los cerros, que está protegido del viento. En ocasiones se presentan en filas regulares, otras veces de manera caótica.

En los Andes, los penitentes generalmente se forman en los campos de nieve a altitudes más bajas. Durante nuestra expedición, los encontré entre 4.400 y 5.600 msnm, pero mis compañeros hallaron uno en una altura superior durante su ascenso al Nevado Ojos del Salado, lo que debe ser una excepción.

Después de cinco horas, la quebrada se ensanchó y, de pronto, se volvió menos profunda, causa por la que pude salir de ella caminando por un relieve hacia la derecha y dejando atrás un campo de penitentes. Al llegar al borde del altiplano, pude avistar el Nevado Tres Cruces. El viento frío y fuerte me imposibilitó sacar fotos.

De vuelta, con apuro atravesaba la quebrada larga, ya que no tenía una linterna. Cuando pasaba al lado de un grupo de penitentes muy altos, los últimos rayos del sol se reflejaban de manera misteriosa en sus figuras extravagantes. Cuando llegué al campamento, ya estaba anocheciendo.

El 14 de enero mandamos a Barrera al Cazadero Grande en búsqueda de carne de cordero y al viejo Sosa a El Puesto por el correo.

Ese mismo día, yo hice un reconocimiento solitario en las laderas del Cerro de los Patos, que sería nuestro primer desafío sobre los 6.000 msnm.

Atravesando la quebrada norte que llevaba hacia arriba, al Portezuelo de Tres Quebradas, llegué a su primera bifurcación a la derecha, que recorría las laderas del Cerro de los Patos. Al principio, la superficie de esa bifurcación estaba ancha y cubierta de pasto con un estrecho arroyo entremedio. Sin embargo, muy pronto también esa quebrada lateral se bifurcaba. Caminaba por el ramal derecho, más ancho, aparentemente el principal. De repente, ese ramal giró hacia la izquierda, volviéndose muy estrecho y ascendiendo con una pendiente muy notable, hasta convertirse nuevamente en solo una línea que unía las dos laderas empinadas y cubiertas de talud. Esa línea también se acabó pronto. Después, caminando por la vertiente, llegué a un portillo que atravesé y, en consecuencia, alcancé el ramal izquierdo de la quebrada sobre los penitentes.

Subiendo la quebrada que ascendía paulatinamente, a baja altitud experimenté de manera muy desagradable la influencia de la menor difusión del oxígeno en el aire. Respiraba libremente, pero sentía cansancio y mucha pesadez. Con frecuencia tenía que hacer paradas cortas, aunque recién me encontraba a unos 4.700 metros de altura. La quebrada parecía ser poseída por la puna.

¿Puna? Esta palabra tiene dos significados. Como he mencionado anteriormente, tiene su origen en la lengua quechua y originalmente significaba el mal de altura. Recién más tarde se empezó a nombrar de esa manera al altiplano andino situado a gran altura, donde se suele sufrir esta enfermedad.

El mal de altura, la puna, se debe a una menor difusión del oxígeno en el aire y se manifiesta de manera muy distinta y variable según la persona. Los síntomas

más frecuentes son: dolor de cabeza, cansancio, insomnio, dificultades al respirar, latidos del corazón más fuertes, falta de apetito, mareos y vómitos. Quien sufre esta enfermedad, tiene muchas dificultades en ascender, sin embargo al bajar no tiene ningún problema, lo puede hacer a un ritmo habitual y experimenta un alivio inmediato al bajar un poco.

A medida de ascender, los síntomas del mal de altura son más fuertes, ya que con la altura hay cada vez menos oxígeno. A la altura de 5.500 msnm la difusión del oxígeno es en un 50% menor que al nivel del mar.

Sin embargo, a menudo cuentan que en los Andes hay lugares donde el mal de altura aparece con más intensidad que en otros de la misma altura, o incluso de altitudes superiores. En algunas rutas andinas de Perú los baqueanos conocen lugares, donde la puna siempre ataca a la gente y los animales, aunque a alturas superiores de la misma ruta nadie presenta síntomas. Hay muchos casos como éstos y existen numerosas explicaciones para ello, pero aún falta analizar el caso en profundidad. Algunas teorías explican, que la aparición de la puna en algunos lugares se relaciona con emanaciones de elementos químicos, como p.ej. antimonio, la emisión de gases subterráneos, la atmósfera más cargada de electricidad de lo normal, la falta del corriente del aire en terrenos muy estrechos y otras razones.

De todas maneras, la quebrada que atravesaba, seguramente estaba poseída por la puna, porque me di cuenta que de repente me sentí mejor a una altura superior.

Cuando llegué a un lugar donde la quebrada se convertía en un barranco estrecho y empinado, me encontraba al pie de un campo grande de penitentes en la ladera izquierda. El campo estaba muy inclinado, pero los penitentes pequeños formaban un tipo de escalera, por la que subí cómodamente a la ladera cubierta de talud. Seguía ascendiendo por el declive hasta llegar a la cima plana, donde se extendía ante mis ojos una vista maravillosa. Lejos al sur se alzaba el Nevado Pissis y hacia el oeste podía ver una parte de la Cordillera Domeyko. Dentro de esa cadena montañosa sobresalía, entre todos los demás, un cono negro: el Volcán de Copiapó (6.080 msnm). Su aspecto era algo amenazador y a la vez misterioso.

Sobre mí, al norte se alzaba la arista principal del Cerro de los Patos. La elevación más lejana de las visibles en esa arista parecía alcanzable en dos horas. Apenas unos días más tarde, pude comprobar que esa elevación era la cumbre más alta de la montaña, y su aparente cercanía, una ilusión provocada por mucha transparencia del aire. En realidad, el camino hacia la cumbre duró no dos, sino ocho horas.

Sin embargo, en ese momento al llegar a la altura de 5.000 msnm, tuve que emprender la vuelta. Volví por otro camino, directo hasta el campamento.

También el día siguiente, es decir, el 15 de enero dedicamos a realizar reconocimientos. La quebrada sur que había visitado anteriormente, tenía dos lugares muy difíciles de atravesar en las mulas, por lo que decidimos buscar una aproximación hacia el Nevado Pissis por un camino más largo, es decir, por las orillas

occidentales de la Laguna de Tres Quebradas y del salar enorme que se extendía al sur, hacia la Laguna Verde. Las laderas inclinadas a menudo caían directamente en las aguas del lago y no fue fácil encontrar un camino adecuado para las mulas.

Aquel reconocimiento lo hicieron Justyn y el joven Sosa. Yo les acompañé solo hasta las orillas del lago, donde me quedé con el motivo de buscar ejemplares de especies zoológicas. Hacía un día bueno y muy caluroso. En el lugar desprotegido a las orillas de la laguna, casi no corría viento. Después de encontrar una playa bonita, libre de yacimientos de sal, me bañé en las aguas poco profundas de la laguna que estaban bastante calurosas a pesar de encontrarse a unos 4.100 metros de altura y estar rodeadas de cumbres nevadas. Cuando salí del agua, tuve el cuerpo entero cubierto de escamas de sal.

Por la tarde volví al campamento solo, ya que no podía esperar la llegada del grupo de reconocimiento. Ese día Janek recorrió caminando la cima entre las quebradas norte y central y volvió atravesando la quebrada central.

Justyn y Sosa volvieron recién después del atardecer, tras diez horas de viaje, casi sin descanso. Aun así, no lograron llegar hasta el final del salar y la ruta tampoco resultó apta para las mulas, aunque a la vuelta encontraron unas desviaciones cómodas. El viento frío de la noche les afectó tanto que Justyn, al volver al campamento, tardó mucho tiempo en frotar sus pies helados. Estas diferencias de la temperatura tan grandes entre el día y la noche eran un fenómeno normal de la puna.

10. El primer seismil

**La aclimatación y el deterioro. El Cerro de los Patos.
El límite para la adaptación a la altura. Nuevamente la puna.
La primera noche en la carpa de ataque.
Una noche desesperante. Le renuncia a la cumbre.
Una táctica útil. En la cumbre. La victoria.
Rastros extraños.**



Después de nuestros reconocimientos, decidimos subir todos juntos el Cerro de los Patos (6.250 msnm). Los reconocimientos de hasta entonces, siempre apuntaban a encontrar el acceso hacia los pies del Nevado Pissis y del Nevado Tres Cruces, mientras que el Cerro de los Patos nunca supuso un destino importante en nuestro programa. Sin embargo, nos pareció razonable empezar por ese cerro, ya que fue el seismil más cercano y de la menor altura en nuestra región, por lo cual suponía un buen lugar para realizar las labores de aclimatación y prepararnos para las alturas superiores. Según mis reconocimientos previos, no era de esperar ninguna dificultad grande al subir el cerro. El único problema podría causar la baja presión atmosférica. Desde la cumbre podíamos esperar una vista amplia a los demás seismiles de la región.

Según las observaciones llevadas a cabo todos los días, el equipo ya se había aclimatado bastante a una menor difusión del oxígeno en las alturas que habíamos alcanzado hasta entonces. La aclimatación a la altura, es decir, la adaptación del organismo a las condiciones de vida a grandes alturas se desarrolla de manera individual, según la persona. Sin embargo, por lo general, cuanto más tiempo uno pasa en la altura y cuanto más activo uno es, tanto mejor se adapta. Aun así, si uno permanece demasiado tiempo a una cierta altura sucede justo lo contrario, es decir un proceso llamado deterioro: la persona afectada deja de tolerar la falta del oxígeno, pierde el apetito, adelgaza, sufre el insomnio, tiene menos capacidad para el trabajo físico, experimenta problemas psíquicos y del corazón.

En resumen, al subir las montañas más altas del mundo hay que tener en cuenta tanto el desarrollo del proceso de aclimatación, como la posibilidad del deterioro-

ro. Es decir, no se puede subir demasiado rápido, porque cada etapa de la aclimatación requiere un cierto tiempo, pero tampoco es prudente permanecer demasiado tiempo a una altura, ya que eso puede llevar al deterioro.

Cada persona se aclimata a un ritmo distinto y, según la condición física, se mantiene un tiempo distinto antes de que suceda el deterioro. Además, hasta el momento no existe ningún tipo de examen que permita enunciar con toda la seguridad, cómo una cierta persona se comportará en altitud. Sin embargo, como se sabe, se aclimatan más rápido aquellas personas que ya tienen experiencia con la altura.

El estado de aclimatación de una persona se comprueba a través de su pulso y respiración. Además, aclimatarse a una altura le permite a la persona en cuestión alcanzar una altura más grande, desconocida, sin sufrir una falta notable del oxígeno.

Se habían tomado varias medidas para acelerar el proceso de aclimatación de los alpinistas, pero hasta ahora no se lograron resultados satisfactorios. Se sabe obviamente, que una buena condición física fomenta la aclimatación. Los exámenes recientes de los médicos soviéticos, realizados en candidatos para la aviación, han demostrado, sin embargo, que existe un camino para acelerar la aclimatación en las expediciones alpinistas, es decir, a través de los ejercicios anteriores a la expedición en una cámara hipóxica (cámara de simulación de altitud).

El Cerro de los Patos tiene dos cumbres, de las cuales la más baja, la noroeste (5.980 msnm), se encuentra en el límite chileno-argentino, mientras que la más alta, la sureste (6.250 msnm) junto al macizo principal de la montaña, pertenece totalmente al territorio argentino. Esa cumbre cuenta con una larga arista que se extiende rumbo al sur, hacia Tres Quebradas. El Cerro de los Patos está limitado por dos profundos portezuelos: Portezuelo de Tres Quebradas (4.886 msnm) y Portezuelo de la Agüita (5.090 msnm).

El Cerro de los Patos cuenta con un segundo nombre: el Cerro de Tres Quebradas. Se trata de un volcán inactivo, cuyo cráter había sido destruido. Durante el verano la nieve en el cerro es escasa y se encuentra principalmente en las cavidades más profundas. No cuenta con glaciares.

Dado que la cumbre se encontraba directamente sobre nosotros, confiábamos en que el ascenso y la vuelta no nos tomaran más de dos o tres días, sobre todo que íbamos a aproximarnos en las mulas hasta las laderas de la montaña. Estuvimos muy emocionados, ya que tres de nosotros nunca habían sobrepasado la altura de 6.000 msnm y no pudimos imaginarnos la reacción de nuestros cuerpos. Entre los alpinistas rige la opinión de que cada persona tiene su límite para la adaptación a la altura, que no puede superar, aun llevando a cabo la aclimatación de manera correcta. Además, ese límite es imprevisible.

El 17 de enero los cuatro abandonamos Tres Quebradas. Nos acompañó el joven Sosa. Viajamos en los lomos de las mulas, mientras que nuestro equipaje era llevado por una sexta mula. El camino conducía por la quebrada lateral entre las

vertientes del Cerro de los Patos y después por su primera bifurcación izquierda. Fue el mismo camino, donde yo había hecho un reconocimiento unos días antes. Sin ningún problema rodeamos por la vertiente el campo de los penitentes enormes, tras lo cual el camino se volvió bastante cómodo para las mulas.

Sin embargo algo iba mal, ya que las mulas empezaron a caminar más lento, con frecuencia hacían paradas y respiraban con dificultad a pesar de que todas ya se habían encontrado sin síntomas preocupantes a alturas sobre los 5.000 msnm, mientras que en aquel momento estábamos a unos 4.700 metros de altura. Nos encontrábamos en el mismo lugar, donde de pronto me sentí mal durante mi primer reconocimiento. ¿Será cierto, entonces, que ese lugar estaba poseído por la puna?

Las mulas se paraban con mucha frecuencia y olían la tierra, a no ser que las empujáramos con espuelas. Varios aventureros habían descrito la costumbre extraña de las mulas de oler la tierra y la arena a grandes alturas, lo que supuestamente disminuía los síntomas del mal de altura. Fue muy probable que el gran cansancio y las dificultades respiratorias se dieran a que el aire estaba muy estancado en esa quebrada estrecha y profunda. De todas maneras, cuando subimos más, las mulas empezaron a recuperarse.

El mal de altura entre los animales tiene el mismo nombre que en el caso de la gente: *puna* o *soroche*, pero también tiene un nombre propio: *tembladera*, ya que en animales pueden aparecer convulsiones. Por lo general, el mal en los animales se manifiesta a través de más cansancio y respiración dificultada cuando ascienden.

Al llegar a los pies del segundo campo de los penitentes, donde la quebrada se convertía en una estrecha barranca, tuvimos que desmontar las mulas y mandarlas de vuelta a Tres Quebradas. Las acompañó el joven Sosa.

Subiendo por los penitentes, empezamos el ascenso, cada uno de nosotros con su peso aproximado de 13 kilos en la espalda. Media hora más tarde nos encontramos en el punto más alto al que había llegado durante mi reconocimiento. Desde allá el camino llevaba al sesgo a través de la ladera larga y empinada, la que nos llevaría hacia la cresta de la arista sur de la cumbre.

Al principio de la escalada me encontraba muy bien; caminaba lento, pero a un ritmo regular cuesta arriba cuando, de repente, empecé a sentirme muy mal. Se apoderó de mí una sensación de pesadez y sentí debilidad en las rodillas. Empecé a tener dificultades al respirar y tuve que pararme cada pocos pasos. Con mucha frecuencia deseaba sentarme y descansar, lo que fue imposible, ya que la ladera estaba cubierta de talud resbaladizo.

La mejor manera para descansar era estar parado y fuertemente inclinado hacia delante, con las piernas muy separadas, apoyando el pecho o la cabeza en las manos, con las que agarraba el piolet clavado en el talud. Fue la manera más fácil para recobrar la respiración, la posición más cómoda para descansar.

Nos encontrábamos sobre los 5.000 metros de altura, una altura en la que no había estado en mi vida, por lo cual no me llamó la atención haber empezado a sufrir por una menor concentración del oxígeno. Sin embargo, me sorprendió

mucho que los síntomas aparecieran de manera tan repentina. Me sentí muy mal y esperaba otros síntomas, como p.ej. mareos o trastornos en el funcionamiento del corazón. Sin embargo, fueron la pesadez, la respiración dificultada y el pulso acelerado los únicos síntomas que experimenté por mucho tiempo. Si bien eran molestos, no parecían empeorar a medida de ir subiendo. Solo después de un largo tiempo el cansancio aumentó, pero finalmente la ladera se volvió más plana y pude descansar sentado.

También a mis compañeros les afectó la puna, pero todos ya habían estado a grandes alturas y, efectivamente, las aguantaban mejor y caminaban más rápido. Stefan, quien hacía algunos años ascendió hasta la altura de casi 7.000 msnm, no tenía ningún síntoma y nos adelantó a todos.

Después de haber llegado a la arista principal de la cumbre que formaba una cresta ancha, de pronto me sentí mucho mejor. La cresta estaba cubierta de talud y escasas rocas pequeñas, que se podían desviar fácilmente. Pronto llegamos a un lugar a los pies de un pedazo de nieve a la altura aproximada de 5.550 msnm, donde podíamos acampar.

Hacía un día bueno y muy soleado, pero el cielo se empezó a cubrir de nubes y el viento trajo algunos copos de nieve. Muy lejos al sur alcanzamos a ver el Nevado Pissis brillante, con su nueva vestimenta de nieve.

Si bien la etapa diurna llegó a su fin, todavía nos quedaba bastante trabajo. No era fácil igualar una superficie levemente inclinada, cubierta de piedras y armar la carpa, cuando uno todavía no estaba aclimatado a la altura. Apartando las piedras, con mucha frecuencia tuve que descansar para recuperar la respiración.

Tuvimos dos carpas de ataque, cada una para dos personas. Fue un modelo polaco, llamado Akar Ramada, diseñado por nuestro compañero, ingeniero Adam Karpiński, para la primera expedición polaca a los Andes en el año 1933. Al hacer las carpas para nuestra expedición se han cambiado algunas medidas, ya que el modelo original era un poco estrecho.

El modelo Akar Ramada debe ser el mejor tipo de carpa en el mundo para las expediciones en alta montaña. Tiene muchas ventajas: es muy liviano y caluroso, lo que se debe a una pared doble con una capa aisladora del aire. Es muy fácil de armar. Gracias a su forma aerodinámica, tiene mucho aguante en caso de un ventarrón. Además, es muy cómoda para ser una carpa de ataque. En un extremo se encuentra un pasillo, donde uno puede cocinar y guardar las mochilas, zapatos y otras cosas. Además, la carpa se va estrechando hacia los pies, donde también está más baja, lo que la hace más liviana.

Mi compañero de carpa era Stefan. Cocinamos y comimos dentro, envueltos en los sacos de dormir, porque con la caída del sol, de inmediato empezó a hacer mucho frío. Cocinamos en hornillos para pastillas de combustible, llamadas Meta. La altura afectó el apetito de todos. Además, la preparación de una comida más básica llevaba mucho tiempo, teniendo en cuenta que tuvimos que derretir el hielo para conseguir el agua.

La noche fue terrible; no pude dormir debido a las dificultades en la respiración. Cuando estaba despierto, respiraba sin problemas, aunque con mucho esfuerzo. Sin embargo, una vez dormido empezaba a ahogarme y me despertaba para recuperar la respiración. Para no ahogarme, tuve que permanecer despierto y consciente, porque la respiración había dejado de ser una automática acción fisiológica, en la cual no hace falta concentrarse. Para mantener el proceso de la respiración, tuve que estar atento y esforzarme conscientemente. Esa noche no pegué un ojo y la madrugada me encontró reventado por la repetida sensación de ahogarme.

En la mañana hacía muy buen tiempo. Cuando la temperatura subió lo suficiente, salí de la carpa y me acosté en el sol. Como ya no me dormía a cada rato, también se me pasaron los ataques de ahogo.

Dejamos las carpas en ese mismo lugar y partimos hacia la cumbre del Cerro de los Patos, atravesando su larga arista de la superficie mayormente ancha, que formaba jorobas una detrás de la otra. El terreno de inclinación muy variable estaba formado sobre todo de talud y bloques rocosos. De vez en cuando, aparecían rocas pequeñas.

A pesar de sentir mucho cansancio con cada movimiento, decidí intentar ascender. Sin embargo, cada pocos pasos tuve que descansar sentado, y cada vez tardaba más en recuperar la respiración. Si bien al sentarme la pesadez solía desaparecer de inmediato, igual de rápido volvía a aparecer al empezar a subir. Necesitaba más tiempo para descansar de lo que aprovechaba para caminar. Después de los quince o veinte minutos me di cuenta, que mi intento de ascender a la cumbre quedaría infructuoso. Estuve seguro de que no era capaz de subir ni 100 metros más, mientras que hasta la cumbre todavía faltaban unos 700 m.

Mis compañeros descansaron por la noche y se sintieron muy bien. Para no ser el motivo de atraso, declaré que no me esperaran porque probablemente, por sentirme nefasto, no subiría a la cumbre y que, eventualmente, después de reponerme intentaría subir un poco más para entrenar. Me senté y ellos pronto desaparecieron detrás de la primera joroba de la arista.

Tras haberme rendido, estuve descansando y reflexionando. Incluso solo una inhalación y exhalación profunda para cada paso hacia arriba era un esfuerzo demasiado grande, de manera que después de unos pocos pasos perdía el aliento. Ese ritmo fue entonces demasiado rápido para mí, por lo cual decidí cambiar la estrategia.

Dado que no me cansaba parado, decidí seguir adelante muy lento, a fin de que ese esfuerzo no provocara la pérdida del aliento. Ese método resultó perfecto, pero mi ritmo era lamentable por la falta de aclimatación. Por lo general, hacía tres inhalaciones profundas y tres exhalaciones para cada paso a pesar de unos cuantos intentos de acelerar. En tramos más horizontales muy rara vez pude caminar más rápido, pero en vertientes muy inclinadas a veces tuve que agregar más de esas tres inhalaciones y exhalaciones.

Los resultados de la estrategia nueva eran impactantes. No perdí el aliento ni una sola vez y no tuve que sentarme para descansar. Solamente en lugares más inclinados a veces necesitaba descansar parado un momento más largo, agregando de tres a seis respiraciones adicionales.

Si bien caminé a ritmo de un caracol, desde que cambié la táctica seguí adelante durante dos horas antes de que me sentara por un momento para comer un poco de chocolate y picar frutos secos.

Me di cuenta que no me encontraba tan lejos detrás de mis compañeros. Si bien ellos caminaban mucho más rápido, con frecuencia hacían paradas. Allí supe que conseguiría la cumbre, a no ser que mi estado físico empeorara de repente, lo cual no era para descartar, teniendo en cuenta que iba subiendo.

Mis compañeros seguían adelante por la arista, mientras que yo caminaba por la ladera derecha, un poco más abajo, ya que de esa manera el ángulo de inclinación seguía casi siempre el mismo, lo que resultaba mucho menos cansador que la inclinación variable de la arista.

Me arrastraba hacia arriba a ritmo sumamente lento, aunque con afán y perseverancia, y no tenía la necesidad de cambiar ese ritmo, ni siquiera tras haber superado los 6.000 msnm. Con muy poca frecuencia hacía paradas que, por lo general, no duraban más de dos minutos.

El clima empezó a empeorar y el viento trajo algunas nubes; incluso cayeron algunos copos de nieve, pero de pronto volvió a aclararse.

Al fin llegué al último tramo de la ladera de la cumbre más alta, que se destacaba por las piedras de color negro. Allá debería haber seguido por la arista como mis compañeros, pero cometí el error de continuar por la ladera, donde de pronto llegué a un terreno muy inclinado y cubierto de talud resbaladizo. En esas condiciones caminé más lento aún, pero a las cuatro y cuarto de la tarde, por fin llegué a la cumbre más alta del Cerro de los Patos, donde me esperaban mis tres compañeros.

Me enteré de que Stefan había llegado cincuenta minutos antes que yo, Janek treinta y cinco minutos y Justyn veintisiete. Teniendo en cuenta mi mal estado físico, la noche sin dormir y la mala elección del último tramo, el método de ir adelante a ritmo muy lento pero regular, pasó la prueba a grandes alturas.

Estuve muy emocionando por haber logrado por primera vez en mi vida un seismil. Mi alegría fue tanto más grande, que pocas horas antes había desistido de seguir y dudado de mi capacidad de conseguirlo. El cambio de la táctica fue suficiente para convertir mi derrota personal en victoria; obviamente, no victoria sobre la montaña, pero sobre mí mismo, sobre mi debilidad.

Si bien soplaba un viento fuerte y muy frío, lo que fue muy desagradable, el Cerro de los Patos, en caso de que hubiera hecho buen día, hubiese ofrecido una vista panorámica muy amplia. Las nubes nos tapaban parcialmente la vista a las montañas al oeste y al sur, pero la vista hacia las otras direcciones fue impresionante. Lo que más resaltaba eran el Cerro de Nacimiento, el Nevado Ojos del Salado y el maravilloso Nevado Tres Cruces.

La superficie de la cumbre del Cerro de los Patos, que está muy inclinada hacia el oeste, es bastante ancha y justo bajo el pico más alto hacia su noreste, se extiende una gran llanura cubierta de piedras. En esa llanura, a 30 metros del pico más alto, Stefan descubrió dos pircas de forma semicircular de hasta 60 cm de altura, rastro de que antes aquí había estado gente. Además, encontró unos pedazos de madera. No supimos cómo interpretarlo, ya que en la literatura no encontramos ninguna mención sobre que alguien hubiera estado en ese cerro antes que nosotros.

Una vez construido un montecillo de piedras en la cumbre y hechas las mediciones de acimut, empezamos a bajar. El camino de vuelta nos tomó solo una hora, mientras que habíamos tardado cinco horas en ascender. Justyn y Janek decidieron quedarse una noche más en el campamento; Stefan y yo desarmamos la carpa y emprendimos el camino de vuelta a Tres Quebradas, hacia el sur. Llegamos de noche, sin embargo la oscuridad no supuso ningún problema, porque nos guiamos por la luz de la fogata.

En el campamento nos encontramos con Barrera, quien volvió el día anterior con la carne fresca de cordero. ¡Estaba riquísima! Justyn y Janek llegaron recién el día siguiente por la tarde, porque bajaban a ritmo muy lento, sacando fotos y haciendo esbozos.

Obviamente, intentamos averiguar quién podía haber estado en el Cerro de los Patos antes que nosotros, pero nuestros baqueanos no supieron darnos una respuesta. Stefan había llevado un pedazo de madera al campamento. El mayor de todos, el viejo Sosa, cuando volvió de El Puesto, nos comentó que esos pedazos de madera eran de origen chileno. Opinó que habían sido los chinchilleros los que los habían llevado al Cerro de los Patos. También habrán sido ellos los que habían construido las pircas. Sin embargo, al mismo tiempo sostenía que, si bien las chinchillas vivían en las montañas a grandes alturas, nunca escuchó de alguien, quien las hubiese encontrado a una altura tan grande como el Cerro de los Patos.

Por lo tanto, sus explicaciones acerca de las pircas y la madera en el Cerro de los Patos no nos convencieron, pero por ese momento no contamos con otras fuentes para averiguarlo.

11. El ataque fracasado

La quebrada norte. Portezuelo de Tres Quebradas.
La pirámide de hierro. Una sorpresa zoológica.
Camino durante la noche.
El reconocimiento exitoso de los baqueanos.
El ataque al Nevado Pissis. El burro salvaje.
Campamento en el Valle Ancho. La quebrada engañosa.
La retirada a Tres Quebradas.



Tras haber alcanzado el Cerro de los Patos, la siguiente cumbre más alta en nuestra región era el Nevado Pissis (6780 msnm).

La primera dificultad consistía en encontrar un camino cómodo para llegar en las mulas hacia los pies de la montaña, que se alzaba en el borde sur de nuestra gran cuenca. Entre nuestro campamento base en Tres Quebradas y los pies del Nevado Pissis se extendía un misterioso laberinto de desfiladeros, montañas, valles y altiplanos. Los mapas disponibles no eran útiles, porque presentaban ese terreno complicado de manera errónea y muy generalizada.

La distancia entre Tres Quebradas y el Nevado Pissis en línea recta era de más de 40 kilómetros, por lo cual tuvimos que encontrar un lugar para un campamento intermedio con acceso a agua potable y pasto para las mulas. La leña se podría llevar desde el campamento base.

Según los resultados del reconocimiento que Justyn hizo el 15 de enero, la ruta a lo largo del salar sería demasiado difícil para los animales de carga, mientras que el reconocimiento que hice yo, el día 12 de enero, demostró que una de las tres quebradas que se unían en nuestro campamento base, es decir, la quebrada sur, llevaba en la dirección deseada y que, aparte de dos lugares rocosos, suponía un camino cómodo por lo menos hasta llegar a un altiplano alto sobre el Valle Ancho, un valle muy amplio que tendríamos que atravesar para llegar a los pies del Nevado Pissis.

El 22 de enero Justyn y Stefan partieron por la quebrada sur para encontrar un camino hacia el Valle Ancho y un lugar para el campamento intermedio, mientras



Uno de nuestros principales propósitos era alcanzar El Nevado Pissis. Un enorme glaciar caía desde sus cuatro cumbres hacia el norte.

que el joven Sosa y yo caminamos por la quebrada norte con el fin de llegar a la punta más elevada del Portezuelo de Tres Quebradas o Paso de Tres Quebradas. Quisimos ver cómo se presentaba el Nevado Tres Cruces desde la parte sudoeste.

Por la quebrada norte y el portezuelo mencionado llevaba el camino de Tinogasta a Chile. En algunos lugares pude percibir rastros de una senda antigua atravesando las laderas empinadas sobre el valle, pero la mayor parte de esa ruta había desaparecido bajo el talud resbaladizo. También, esqueletos de los animales muertos yacían cubiertos del pedrero. Solo algún hueso reseco y quebrado sobresalía de la superficie del talud. Tanto esos rastros del sendero antiguo, como los restos de los animales tapados con el talud, son los últimos recuerdos de los tiempos remotos, en los que se conducía el ganado para el abastecimiento de la población minera en Atacama.

Después de un tramo muy estrecho entre bloques de piedra, la quebrada nuevamente se ensanchó y en un lugar donde se unían tres arroyos se bifurcó en tres valles.

Seguimos cuesta arriba por el valle principal, en la parte más ancha de la quebrada norte.

De pronto, el valle volvió a convertirse en un barranco estrecho y empinado. Nuestra senda lo desvió por el lado derecho.

El estrecho fondo de la quebrada estaba lleno de nieve que quedaba después del invierno en forma de penitentes de varios metros de altura. Esos penitentes nos bloquearon el paso.

Rodeamos el obstáculo pasando por la ladera sobre los penitentes que parecían asechar a un aventurero o un animal nefasto, que se pudiera caer en sus cuchillos. La ladera que tuvimos que atravesar, si bien casi entera cubierta de talud, estaba tan empinada que, una vez la mula se resbalara, terminaría cayéndose en los penitentes afilados.

Nuestras mulas se resbalaban un poco, por lo cual tuve muchas ganas de bajarme y recorrer ese tramo peligroso a pie. Sin embargo, tras haber subido la ladera ya era demasiado tarde, porque la senda estaba tan estrecha y la pendiente tan inclinada que fue imposible bajar del animal de manera segura. Por lo tanto intenté soltar mis pies en los estribos con el fin de liberarme con facilidad en el caso de que la mula se cayera.

Por suerte, atravesamos la ladera sin novedad y “atterizamos” en un pequeño portezuelo entre la ladera y un risco, detrás del cual la quebrada se bifurcaba en dos.

Giramos a la derecha. También ese ramal estaba bloqueado por penitentes muy altos, pero a la derecha había un paso estrecho y, a la vez, lo suficientemente ancho para pasar en las mulas entre la pared rocosa y los penitentes, de los que caían gotas de nieve derretida en nuestras cabezas.

De repente, los penitentes tupidos empezaron a aparecer aislados el uno del otro. La quebrada se volvió más plana y mayormente estaba cubierta de arena; se iba ensanchando, sus laderas estaban cada vez menos empinadas y la vista más amplia. Al portezuelo llegamos por un terreno casi plano.

El Portezuelo de Tres Quebradas es un amplio altiplano cubierto de gravilla, muy horizontal; sus bordes bajan de manera casi imperceptible. En la mitad de ese altiplano se encontraba un alto hito fronterizo de hierro en forma de una pirámide fina y de altura de 5 o 6 metros, que delimitaba la frontera entre Argentina y Chile. El puesto fronterizo más cercano en la parte argentina se encontraba en aquel tiempo en Ciénega Redonda, en el valle del Río de la Troya. En la parte chilena, el puesto fronterizo estaba situado en Puquios. Para llegar desde el portezuelo fronterizo a cualquiera de esos puestos, habría que viajar en la mula durante tres o cuatro días.

Ese tipo de hitos fronterizos que se encontraba en el Portezuelo de Tres Quebradas, se llevaban a la montaña en las mulas de carga y se montaban arriba.

En una de las paredes de hierro de esa pirámide montada en el año 1899, se encontraba gravada una inscripción, aún muy visible con el nombre del portezuelo, su latitud y la altura sobre el nivel del mar.

En las dos demás paredes estaban los nombres de los países fronterizos, casi invisibles.

Ese tipo de hitos se encuentran en muchos lugares de la frontera entre Argentina y Chile, pero el recorrido detallado de la frontera en realidad todavía no está

establecido. La frontera es de 3.220 km de longitud y pasa mayormente por la cordillera, a menudo por partes no exploradas.

Durante muchos años, los gobiernos de ambos países no se ocupaban de los enormes terrenos fronterizos, que estaban casi totalmente despoblados. Sin embargo, de pronto se volvió vigente la cuestión de establecer claramente una frontera, resultado de la esperanza de encontrar yacimientos de riquezas minerales en los desiertos y las montañas altas.

En ese tiempo empezaron discusiones entre Chile y Argentina, que duraron muchos años; se escribieron muchos artículos e incluso libros sobre la frontera. Sin embargo, las partes no fueron capaces de conciliar sus pretensiones fronterizas.

Finalmente, los gobiernos de Argentina y de Chile solicitaron a la corona británica una sentencia al respecto. La comisión arbitral evocada por Inglaterra, a base de sus observaciones superficiales y el estudio de mapas que estaban llenos de errores, dictó una sentencia no viable para varios tramos de la frontera. La comisión trazaba la frontera entre los países en la divisoria continental, es decir, en la línea que marca la frontera entre las vertientes hidrográficas del Atlántico y el Pacífico. Esa solución no fue realizable, dado que entre ambos países había grandes cuencas endorreicas, donde el agua no tenía salida fluvial a ninguno de los océanos.

Finalmente, las comisiones fronterizas de Chile y Argentina establecieron la frontera, atribuyendo algunos terrenos endorreicos a Argentina y otros a Chile. Las locales subcomisiones fronterizas argentino-chilenas se encargaron de establecer las fronteras de manera más detallada en el terreno, un trabajo que duró varios años. Ya que, por su inaccesibilidad, las comisiones no pudieron llegar a todas las partes de la cordillera en consecuencia, en vez de establecer líneas fronterizas, solo marcaron los puntos fronterizos colocando hitos de hierro o piedras. Las líneas exactas, en vez de establecerse en el terreno, se trazaron directamente en los mapas. Sin embargo, cabe subrayar que a menudo en los mapas argentinos las líneas están trazadas en otros lugares que en los mapas chilenos, ya que cada parte había entendido a su manera las regulaciones generales sobre el establecimiento de fronteras.

La vista desde el Portezuelo de Tres Quebradas no es muy amplia, dado que a muy poca distancia se encuentra el ancho macizo Cerro de los Patos. Ambas cumbres de la montaña, que suponen los restos de los antiguos cráteres volcánicos, son visibles. Antes fluía de ellos la lava volcánica que pasó por el proceso de meteorización. Sus únicos residuos son pequeños sedimentos alpinos que cubren las partes superiores de las cumbres y caen hacia abajo en forma de lenguas, destacándose del color más claro del talud.

Nos dimos cuenta que hubiese sido mucho más fácil subir los picos del Cerro de los Patos partiendo de ese lugar, que se encontraba bastante cerca de Portezuelo y, además, había la posibilidad de subir un tramo más en las mulas.

Lejos al sur emergieron tímidamente los dos picos del Nevado Pissis, que parecieron apenas más altos que los altiplanos amplios extendidos hacia el Valle Ancho.

Considerando que me rodeaba únicamente el pedrero y, además, soplaban un viento muy fuerte, no tuve esperanza de encontrar ejemplares de especies zoológicas. Sin embargo, para mi sorpresa de repente advertí a una altura más grande que las cumbres más altas de los Alpes una langosta negra¹¹, muy parecida a un saltamontes. En el momento en el que la vi se encontraba al lado de la pirámide de hierro cruzando la frontera de Chile a Argentina. Con la ayuda de Sosa, la pude atrapar.

Con motivo de encontrar una vista más amplia, nos dirigimos desde el portezuelo hacia suroeste, tras lo cual subimos a pie a la elevación fronteriza. Efectivamente, la vista era mucho mejor: no solo pudimos ver el Nevado Pissis casi entero, sino también apareció el Nevado Tres Cruces, invisible desde el portezuelo. Concluimos que desde el sudoeste podríamos ascender la cumbre sur del macizo Nevado Tres Cruces.

Debido a que soplaban un viento muy fuerte y empezaba a anochecer, rápidamente volvimos al portezuelo y desde allí partimos a Tres Quebradas.

Aceleramos las mulas con afán, pero la noche nos encontró todavía lejos del campamento. No lo lamentaba, en realidad el recorrido nocturno por una quebrada profunda y oscura tenía mucho encanto. Sobre mi cabeza brillaban las estrellas que, por ser vistas como desde el fondo de un pozo, parecían aún más brillantes.

El segundo grupo del reconocimiento, Justyn, Stefan y Barrera, ya se habían sentado al lado de la fogata cuando llegamos. Llegaron antes que nosotros, sin haber tenido mucho éxito.

Después de un día de descanso, Barrera partió a terminar el reconocimiento, esta vez con el joven Sosa. Por la quebrada sur, el mismo camino que dos días antes, llegaron al altiplano y desde allí encontraron un camino hacia el Valle Ancho. En ese valle hallaron un lugar cómodo para armar el campamento con acceso a agua y pasto. Ese mismo día atravesaron el valle hacia abajo y llegaron a la orilla de la Laguna Verde, donde también encontraron agua y pasto y donde pasaron la noche.

El día siguiente, el 25 de enero, volvían al campamento base a lo largo de la orilla oeste del salar. Ese mismo día llegó José Sosa de El Puesto con la correspondencia. Su viaje había durado 11 días.

El día 26 de enero lo dedicamos a los preparativos para el ataque al Nevado Pissis. La expedición iba a ser integrada por todos los alpinistas y dos baqueanos hasta la altura a la que llegaban las mulas. Calculamos 10 días de ausencia en el campamento.

Ese día hice exámenes médicos adicionales. Según los resultados, el estado de la aclimatación de todos había mejorado.

¹¹ Langosta – un insecto hemimetábolo perteneciente al orden de los ortópteros.

Vale la pena mencionar, que los resultados de la medición del pulso durante nuestra expedición eran una sorpresa para mí, porque resultaron muy distintos de lo que había leído en estudios médicos. Rige la tesis de que el pulso medido en el estado de reposo y la frecuencia respiratoria se aceleran en la medida que se asciende sobre el nivel del mar.

Sin embargo, me di cuenta que desde que llegamos a Tres Quebradas (4.300 msnm) la frecuencia cardiaca de los participantes en reposo era menor, comparado con su pulso en las tierras bajas y se aceleraba recién después de un tiempo tras el proceso de aclimatación realizado. Sin embargo, desde el inicio el pulso medido durante la actividad era acelerado, lo cual coincidía con los resultados de los estudios médicos.

¿Cómo explicar esa oposición de los resultados con los estudios existentes?

Llegué a la conclusión de que la explicación era muy sencilla. El pulso en reposo por lo general se mide cuando uno se encuentra acostado o sentado, después de un reposo corto. Sin embargo, yo solía medir la frecuencia cardiaca durante el reposo verdadero, es decir, antes de que la gente despertara. Al repetir las mediciones después de que el paciente había despertado y luego durante el día, me di cuenta que el pulso estaba menor que en las tierras bajas solo antes de despertar, mientras que durante el día la frecuencia cardiaca siempre era mayor. A 4.300 m de altura, la frecuencia cardiaca se aceleraba muy fácilmente y llegaba a su valor menor, no después de un descanso corto como en las tierras bajas, sino después del descanso nocturno.

De esa manera, es decir midiendo el pulso en reposo antes de despertar, tuve la oportunidad de descubrir un nuevo fenómeno fisiológico, antes desconocido entre los médicos dedicados a ese tema.

El 27 de enero abandonamos Tres Quebradas. Nos acompañaron Lorenzo Bordón y Juan Sosa. Aparte de las mulas para nosotros, llevamos tres mulas de carga, de las que una cargaba la leña.

Planeamos pasar la primera noche en el campamento encontrado en el Valle Ancho, que era un lugar fácilmente accesible en un día, incluso con los animales cargados. Pudimos elegir entre dos rutas – por la quebrada sur o a lo largo del borde oeste del salar. Elegimos la segunda que era mucho más cómoda para los animales de carga.

Cuando llegamos a la Laguna de Tres Quebradas, tomamos el camino por su orilla oeste rumbo al sur. Al inicio la ruta estaba plana, pero pronto llegamos a una parte en la que las vertientes empinadas caían directamente en las aguas saladas de la laguna, obligándonos a recorrer sus paredes a veces a mucha altura sobre la superficie del agua. En algunas partes había senditas muy estrechas y casi invisibles, hechas por los guanacos que antes vivían en esos lados.

La ruta que estuvimos recorriendo, si bien no muy difícil, era apta solamente para animales que pisaban con seguridad, porque las vertientes empinadas a menudo estaban cubiertas de barro duro y resbaladizo, quemado por el sol. En los tramos más largos fue imposible bajarse de la mula; en el caso de que una de ellas

se hubiese resbalado del sendero estrecho, seguramente habría caído en la laguna. La parte más baja de las laderas solía caer directamente de manera perpendicular en la laguna o en la orilla. En su tiempo, la laguna habrá sido más grande y habrá derrubiado las vertientes de las montañas que la rodeaban.

En algunos lugares, las montañas retrocedían y alrededor de la laguna se abrieron llanuras pequeñas. Allí, donde las montañas caían abruptamente en la laguna, las sendas de los guanacos casi imperceptibles, nos llevaban por las laderas directamente sobre las aguas de la laguna. En una parte, la vertiente estaba tan inclinada, que, para no arriesgarnos, decidimos desviarla por un camino que habían encontrado los baqueanos durante un reconocimiento.

Continuamos al borde del salar. En las superficies extensas de sal se habían formado polígonos, a veces cubiertos de una capa delgada de agua.

Volvimos a recorrer nuevas vertientes que caían abruptamente en la laguna y los estrechos bordes del lago, tras lo cual llegamos a una extensa llanura a la orilla del segundo lago – la Laguna Verde. En los tiempos remotos, cuando en esos lugares había menos sal y más agua, la Laguna Verde y la Laguna de Tres Quebradas junto a todo el salar formaban un único lago enorme.

Las bandadas de flamencos que pudimos ver, añadían a la riqueza del paisaje los brillos rojizos de sus alas. Además, nos topamos con un burro que se asustó tanto por el encuentro inesperado con los humanos, que se escapó galopando. Probablemente, se había separado de una caravana y se había vuelto totalmente salvaje en ese lugar despoblado.

A la orilla suroeste de la Laguna Verde nos dirigimos por una amplia llanura hacia el suroeste, alejándonos de esa manera del lago. Hacía un largo rato que el clima iba empeorando, incluso escuchamos unos truenos. El Nevado Pissis y las otras cumbres altas desaparecieron detrás de las nubes negras. De repente, se desató una ventisca corta que llegó desde la frontera con Chile y nos atacó antes de llegar a la salida del Valle Ancho. Después de media hora del recorrido por el valle de una superficie plana y las vertientes muy inclinadas, llegamos a un lugar que habíamos previsto para acampar. Tardamos casi diez horas sin parar en llegar allá desde Tres Quebradas.

Armamos el campamento en el lado derecho del Valle Ancho, bajo un pequeño peñasco en forma de cono, situado en una vertiente. Un pequeño chorrillo de agua al lado del peñasco fue un tesoro, porque el agua en el arroyo del valle no era apta para tomar. Al lado del estero crecían hierbas abundantes.

Rápidamente armamos las carpas pequeñas y nos concentramos alrededor de la fogata que habíamos encendido con la leña traída de Tres Quebradas. Fue muy agradable calentar las manos congeladas. Si bien nos preocupaba el clima, por la noche aparecieron estrellas, por lo que nos acostamos llenos de esperanza de que los días siguientes, previstos para el ataque al Nevado Pissis, fueran buenos y despejados.

Por la noche, nuevamente nevó un poco, pero al día siguiente, cuando partimos del campamento con la esperanza de llegar ese mismo día a los pies del Ne-

vado Pissis, el cielo prometía buen tiempo. Continuamos cuesta arriba recorriendo el valle y cruzando de vez en cuando el arroyo que lo atravesaba. Las mulas se hundían en su cenagal. Las paredes rocosas del valle estaban llenas de múltiples colores y sus tonalidades.

Al poco tiempo, giramos en la quebrada lateral que llevaba al sur, hacia el Nevado Pissis. La cumbre seguía invisible. Poco después, la quebrada se volvió muy estrecha, convirtiéndose poco a poco en un barranco con umbrales muy empinados y enormes paredes rocosas que bloqueaban el camino. Por otro lado, las vertientes estaban tan inclinadas que fue imposible subir y caminar por ellas. Intentamos continuar por los ramales de la quebrada, pero uno era peor que otro. Si bien conseguimos pasar por los primeros umbrales y desviar algunos bloques rocosos, nuestras mulas llegaron a su límite en la escalada y tuvimos que retroceder al Valle Ancho.

Mientras tanto, el clima iba empeorando. Perdimos tanto tiempo valioso en la quebrada engañosa, que ya era demasiado tarde para buscar una alternativa de llegar a los pies del Nevado Pissis ese mismo día, teniendo en cuenta que los baqueanos tuviesen que volver con las mulas al Valle Ancho antes de caer la noche. Por lo tanto, decidimos dejar el intento para el día siguiente. Sin embargo, Justyn, Stefan y el viejo Sosa partieron de inmediato hacia arriba del valle a hacer un reconocimiento, mientras que Janek, Bordón y yo regresamos con las mulas de carga al campamento bajo el peñasco. Rápidamente armamos las carpas y también nosotros partimos a hacer el reconocimiento hacia el Nevado Pissis.

Esa vez salimos del campamento directamente hacia arriba por una vertiente empinada, por la que corría el mencionado chorro del agua dulce. Poco después nos encontramos en un altiplano ancho, que se extendía ante nuestros ojos lejos hacia la dirección que nos interesaba. Al parecer, ese terreno no presentaba ninguna dificultad para seguir a lomo de mula. Durante un instante pudimos ver el Nevado Pissis entero, pero las nubes pesadas rápidamente taparon su parte superior, cubierta generosamente de nieve recién caída. Sin embargo, a nuestro parecer se solucionó el problema del acceso a los pies de la montaña. Nos paramos para discutir la posibilidad de continuar el camino ese mismo día, cuando en el oeste aparecieron tres jinetes. Eran nuestros compañeros que llegaron hacia allá, habiendo partido desde un punto más alto del valle. Todos juntos regresamos a nuestras carpas, escapándonos de una ola de nieve.

Las perspectivas para el día siguiente se veían realmente sombrías, pero no perdimos la esperanza de que el clima mejorara y cambiara nuestra suerte.

Por la noche la nieve nuevamente cubrió nuestras carpas y el valle. La madrugada del 29 de enero no trajo el cambio deseado. Todo lo contrario: el clima parecía haber empeorado. Para mejorar la perspectiva, Justyn y Stefan volvieron a subir el altiplano sobre el valle. Ya que no vieron ninguna señal de mejora, volvieron de inmediato, nuevamente empujados por el viento.

No sabíamos qué hacer. Llevamos alimentos para 10 días. Ya habían pasado dos. No podíamos esperar mucho más tiempo a que cambiara el clima. Además,



Durante el primer intento de alcanzar El Nevado Pissis, ya a los pies de la montaña el frío resultó insoportable. Los integrantes con vestimenta de ataque.



Mientras, por la noche cayó nieve y cubrió incluso valles. Campamento en el Valle Ancho.

al mantenerse el tiempo malo, se debilitarían las mulas que tuvieron que buscar comida bajo la nieve y seguro pasaban mucho frío por la noche. Aunque el clima cambiara, el Nevado Pissis seguiría cubierto de una capa gruesa de nieve, lo que dificultaría ascenderlo.

Considerando todos esos argumentos, decidimos volver de inmediato al campamento base en Tres Quebradas y esperar allá el tiempo favorable. Esa decisión les alivió mucho a los baqueanos que consideraban que en el Valle Ancho había mucha puna, que les perturbaba el sueño. Nosotros no lo sentimos tanto, aunque tampoco dormimos allí tan bien, como en las cómodas carpas estructurales del campo base en Tres Quebradas. Además, nosotros estábamos mejor aclimatados que los baqueanos, ya que ellos no habían ascendido a grandes alturas. Quién sabe, tal vez el Valle Ancho en realidad estaba “poseído” por la puna.

De esa manera, el primer ataque al Nevado Pissis fue interrumpido antes de que llegásemos a sus pies. Regresamos a Tres Quebradas ese mismo día por el camino a lo largo del salar. El último tramo desde la laguna hasta el campamento recorrimos contra el viento frío que congelaba nuestros huesos.

Durante la siguiente semana el tiempo seguía inseguro, pero el 31 de enero nuevamente apareció

el sol. Barrera y yo fuimos a la laguna en roles de zóologo y fotógrafo. Alrededor de nosotros brillaban dos zonas de blancura: abajo, el salar, arriba, la nieve recién caída en las cumbres más altas de la zona.

12. Reconocimientos

**Reunión. Cerro de Nacimiento. En las mulas a través de la nieve.
La tumba de una aventurera. Los alpinistas con máscaras.
Las tres cumbres del volcán logradas. El camino en oscuridad.
Una sorpresa desagradable. La caída.
La retirada al campamento base.**



El 1 de febrero tuvimos una reunión importante en las Tres Quebradas. ¿Cómo seguiría nuestra expedición después del ataque fracasado al Nevado Pissis?

Decidimos recuperar el tiempo perdido, abandonando el plan de ascender esa montaña todos juntos. Para que el plan original no sufriera atrasos y para no tener que renunciar a ninguna de sus partes, nos dividimos en dos grupos. Stefan y Janek volverían a ascender el Nevado Pissis. Si el tiempo jugara a su favor y no hubiera otro tipo de sorpresas, esa vez el intento terminaría con éxito.

Mientras tanto, Justyn y yo ascenderíamos el Cerro de Nacimiento para encontrar un camino hasta los pies de la cumbre más alta de la zona: el Nevado Ojos del Salado.

El macizo de cuatro cumbres Cerro de Nacimiento está situado al norte del Portillo y al noreste de la Laguna de Tres Quebradas. Se veía bien desde nuestro campamento en Tres Quebradas desde una distancia de más de 20 km. Ninguno de los mapas existentes marcaba sus cuatro cumbres, por lo cual era muy difícil en ese momento evaluar cuál de ellas era la más alta.

De todas maneras, el Cerro de Nacimiento se les quedaba atrás en la altura a algunos otros cerros de la zona. Aun así, llegamos a la conclusión de que ascenderlo sería un punto importante en nuestra expedición. Desde sus cumbres esperábamos una vista amplia a la zona situada al norte y noreste, en la que se encontraban las siguientes cumbres: el Nevado Ojos del Salado, el nevado El Muerto (6.470 msnm), el nevado El Fraile (6.060 msnm), y el macizo, en ese tiempo aún sin nombre y hoy en día conocido como el Nevado González (6.660 msnm) que se alzaba entre el Cerro de Nacimiento y el Nevado Ojos del Salado.



Mientras tanto, Paryski y Wojsznis ascendieron a las tres cimas más altas del Cerro de Nacimiento. Foto hecha con un teleobjetivo.

El 2 de febrero Justyn y yo, acompañados de un clima maravilloso, abandonamos Tres Quebradas. Nos acompañaron el viejo Sosa y Barrera, llevamos seis mulas y un caballo de madriño. Barrera viajaba a Pastos Largos en búsqueda de la carne de cordero y nos iba a acompañar solo durante el primer día. Stefan y Janek partirían recién el día siguiente con el fin de hacer el segundo intento de ascender al Nevado Pissis.

El tramo del primer día, es decir desde Portillo hasta Nacimiento, ya lo conocíamos, sin embargo esa vez era más agradable, ya que en el desfiladero no soplaban viento tan fuerte. La parte superior de ese tramo estaba cubierta de una capa gruesa de nieve recién caída. Yo encabezaba la caravana. De repente, mi mula se hundió hasta la silla en un montón de nieve. Sin embargo, salió rápidamente y con una gran habilidad, aun teniendo que subir directamente a una vertiente inclinada.

Una vez pasado el Portillo, hicimos una parada de diez minutos para acomodar las sillas y la carga. Nos paramos al lado de un enorme bloque rocoso, junto al que se encontraba un montecillo con una cruz de madera. Sosa nos contó que esa era la tumba de tres argentinos que “a causa del viento” habían muerto en ese lugar volviendo desde Chile. Efectivamente, los vientos en esa zona debían de ser muy fuertes y frecuentes, lo que se veía marcado en las rocas del Campo Negro esculpidas por el viento.

Desde el Campo Negro, al que acabamos de entrar, quedaba todavía por recorrer un largo tramo. Sin embargo, esa vez atravesamos rápidamente el Campo Negro y la parte superior del valle del Río del Cazadero hacia abajo. Desde ese camino se veían muy bien las vertientes sur del Cerro de Nacimiento. Sin embargo, nosotros íbamos a ascenderlo desde la otra parte, ya que las cumbres más altas se encontraban por el lado norte.

Esa vez no armamos el campamento en Nacimiento en el mismo lugar de antes, sino en la salida del valle lateral llamado Sepultura, porque ese lugar estaba mejor protegido del viento.

Sosa nos contó que el nombre de ese lugar se daba a que allí se encontraba la tumba de una mujer que había muerto durante un viaje por los Andes. Su tumba estaba señalada con un montecillo de piedras.

El 3 de febrero en la madrugada, Barrera tomó el rumbo a los Pastos Largos, mientras que Justyn, Sosa y yo retomamos la marcha hacia el Cerro de Nacimiento. Anduvimos en lomo de las mulas. Sosa guiaba la mula que cargaba nuestro equipaje.

Habíamos planeado subir en las mulas lo más alto posible por la ladera oeste del cerro, pero no tuvimos ninguna información más detallada sobre qué dificultad presentaba la vertiente. Sosa recordaba solamente que sobre la Sepultura se extendía un gran campo, en el que hacía muchos años había cazado vicuñas. Sin embargo, desconocía el terreno entre ese campo y los pies del Cerro de Nacimiento.

Una vez abandonado el campamento en Sepultura, subimos por el valle y luego giramos a la izquierda y recorrimos una ladera empinada hasta llegar al campo mencionado. En el camino, por primera vez, aunque solo desde lejos, vimos una manada de vicuñas. Desaparecieron rápidamente. Hoy en día, estos animales no aparecen en estos terrenos con frecuencia. A diferencia de los guanacos que se pueden encontrar tanto en las montañas, como en la costa, las vicuñas viven únicamente a grandes alturas.

Tras haber recorrido el altiplano, llegamos al borde de una quebrada muy estrecha, que cruzaba nuestro camino. En el lado opuesto podíamos ver las vertientes del Cerro de Nacimiento. Si bien las laderas de la quebrada mayormente estaban cubiertas de talud, también estaban muy empinadas, por lo cual no nos daban confianza, pero tampoco queríamos perder el tiempo en desviar el camino, ya que Sosa tenía que volver con las mulas a Sepultura antes de la noche. ¡Entonces cuesta abajo!

Al poco tiempo tuvimos que bajar de las mulas y arrastrarlas hacia abajo con la ayuda de las riendas. No aconteció ningún accidente, pero al bajar removimos muchas rocas que se cayeron con un retumbar sordo.

La quebrada llevaba más o menos en la dirección que nos interesaba y la ruta que recorríamos hacia arriba era muy cómoda. Más arriba encontramos un arroyo, cuya agua estaba espesa de arena. De vez en cuando nos encontrábamos con los penitentes e incluso con pedazos de hielo, pero en todas partes había desvíos cómodos, por lo que no teníamos la necesidad de bajar de las mulas. Logramos mantener muy buen ritmo.

Cuando llegamos a un lugar, donde la quebrada se volvía menos profunda, salimos de ella y nos pusimos a subir por las laderas noroeste del Cerro de Nacimiento.

De repente, empezaron a aparecer pedazos de nieve y, a medida de que subíamos, la ladera se volvía más empinada, sin embargo el sistema de “escalones” facilitaba el camino. Las mulas continuaban con afán, abriéndose paso a través de nieve recién caída y, en los lugares más empinados, subiendo por los “escalones”.

La inclinación decreció recién en la vertiente noroeste de la cumbre. Sin embargo, el cansancio de las mulas y la hora tardía nos obligaron a bajar de los animales, aunque probablemente era posible subir más aún en sus lomos. De todas maneras, llegamos a unos 5.700 msnm, una altura superior a la que habíamos previsto alcanzar en las mulas.

En ese momento para Sosa contaba cada minuto, porque le quedaba por recorrer todo el camino largo de vuelta antes de que cayera la noche. Todos juntos liberamos nuestras mochilas atadas al lomo de la mula de carga, tras lo cual Sosa, sin haber descansado ni comido nada, retomó el camino de vuelta. Quedamos en que dos días después nos esperaba en esa misma quebrada, más abajo del lugar donde la abandonamos, ya que teníamos pensado volver por otro camino, si bien más empinado, pero también más corto.

Justyn y yo continuamos nuestra escalada de inmediato. Después de tres horas subiendo por una vertiente empinada y parcialmente cubierta de nieve, llegamos a un tipo de terraza a unos 6000 m de altura. Apartamos las piedras más grandes y armamos nuestra carpa en la gravilla al lado de un pedazo de nieve que usaríamos como nuestra fuente del agua.

Esa expedición sirvió, además, de un reconocimiento... Un campamento en el Cerro de Nacimiento a 6.000 m de altura. En el fondo, a la izquierda: el Nevado Ojos del Salado, a la derecha: el Muerto.



Una vez que bajó el sol, el frío intensificado por el viento helado se volvió insoportable. Todavía antes de armar la carpa, se nos entumecieron las manos y los pies, nos moríamos de frío.

Entramos en la carpa y un largo rato estuvimos frotándonos los dedos de los pies y de las manos para recuperar la circulación y volver a sentirlos. Nunca tuve tanto frío en los pies como ese día, lo que, obviamente, se daba al viento. La helada sola no hubiese podido fastidiarnos tanto, considerando que llevamos muy buena ropa de varias capas y zapatos especiales de montaña. El peor enemigo del alpinista es el viento.

Para escalar las cumbres más altas utilizamos botas tipo Akar, diseñadas de igual manera que las carpas por el ingeniero Adam Karpiński de Varsovia y estrenadas durante la primera expedición polaca a los Andes. Esas botas se componían de las siguientes partes sobrepuestas la una en la otra: a) mocasines del cuero blando y fino, sin cordones, que llegaban hasta los tobillos y se ponían sobre tres o cuatro par de calcetines, b) zapatos del fieltro que también llegaban a los tobillos y tampoco tenían cordones y se ponían sobre los macasines, c) zapatos con ganchos, con cordones, parecidos a los de trekking, con la diferencia de que su caña estaba hecha parcialmente del encerado impregnado, las suelas del cuero eran más delgadas que normalmente y contaban con menos ganchos; los zapatos con ganchos se ponían sobre los mencionados zapatos del fieltro.

Además, a ese juego pertenecían los zapatos de clavos, en los que entre las dos capas de cuero de la suela se encontraba una chapa de duraluminio; en la capa exterior de la suela estaban colocados diez clavos de acero oportunamente templado.

Dependiendo de la necesidad, sobre los zapatos de fieltro se ponían, ya sean los zapatos con ganchos para caminar sobre talud, rocas o nieve blanda, o bien los zapatos de clavos para andar sobre nieve dura o hielo. Tampoco era inconveniente usar los zapatos de clavos para caminar sobre el talud o las rocas, ya que los clavos no se rompían. Ese juego de zapatos Akar: mocasines, zapatos del fieltro, zapatos con ganchos y zapatos de clavos, pesaban menos que los zapatos turísticos con clavos. Además, para las condiciones andinas, tanto los zapatos con ganchos, como los de clavos resultaron de mucha utilidad para ambas expediciones andinas polacas.

Los zapatos tipo Akar son más livianos, más calurosos y más fáciles para secar que los zapatos turísticos con clavos. Otra ventaja es que gracias a sus cañas del encerado no se congelan. Usamos los mismos zapatos que la primera expedición, ya que aún estaban en muy buen estado. Lo único que cambiamos fue agregar a través del empeine un cinturón, el que arrastrado durante el descenso impedía que los dedos se deslizaran hacia la punta de los zapatos.

El macizo Cerro de Nacimiento cuenta con cuatro cumbres. Las marcamos con números: la cumbre I – noreste, II – noroeste, III – sudoeste, IV – sudeste. En base a los mapas, de los que ninguno mostraba las cuatro cumbres, fue difícil concluir, cuál de ellas era la más alta, pero nuestras observaciones apuntaban a la I. Nuestra carpa se encontraba en las vertientes norte de la cumbre II.

Por la mañana dejamos la mayoría de las cosas en la carpa y partimos hacia el portillo entre las cumbres I y II. El viento que soplaba directamente en nuestras caras estaba tan frío que nos obligó a ponernos máscaras. Se trataba de máscaras especiales que tapaban la parte superior de la cara con la nariz, diseñadas por ese mismo ingeniero Adam Karpiński. No necesitábamos máscaras para la parte inferior de la cara ya que habíamos dejado crecer las barbas y bigotes, que suponían una maravillosa protección del frío. Después de una hora, el viento se tranquilizó y pudimos quitarnos las máscaras.

Al inicio caminamos por la nieve endurecida y muy frágil. Luego continuamos hacia arriba al sesgo por una vertiente empinada, parcialmente cubierta de nieve. Tras una hora y media llegamos al portillo. Desde allá pudimos ver ante nosotros la cumbre III.

A nuestros pies se encontraba un valle cerrado, rodeado de aristas que unían las cumbres I, II y III. Esas aristas, que en realidad eran crestas bastante anchas, fueron restos del borde de un cráter volcánico antiguo y el valle cerrado – ese cráter. El valle estaba totalmente cubierto de nieve. En su fondo pudimos ver una pequeña laguna congelada. Desde un lugar más alto, Justyn advirtió otro lago en el fondo del cráter.

Al parecer, el ascenso a cualquiera de las cumbres visibles desde el Cerro de Nacimiento no presentaba ninguna dificultad, por lo cual decidimos que cada uno de nosotros subiría a otra cumbre. Además de lograr la cumbre más alta, también queríamos encontrar la mejor vista al terreno alrededor cercano y más lejano. Nos encontraríamos en nuestro campo base antes de anochecer.

Si bien en el turismo y alpinismo rige la regla de que uno no debe andar por las montañas solo, porque esto supone un riesgo grande, incluso en caso de accidentes muy pequeños, en las expediciones de investigación se suele hacer excepciones, sobre todo si el número de los integrantes es limitado.

Nos separamos en el portillo a mediodía. Abriéndose paso a través de nieve a momentos muy profunda, Justyn llegó a la cima ancha de la cumbre en tan solo una hora y quince minutos. A pesar del viento muy fuerte, se quedó arriba durante dos horas sacando fotos y haciendo esbozos topográficos. Llegó a la conclusión de que las cumbres I y II tenían casi la misma altura y eran las más altas del macizo. Volvió al campamento por un camino distinto, el que resultó más cómodo.

Después de separarnos en el portillo, yo iba bajando directo hacia el fondo del cráter por una vertiente muy inclinada, abriéndome paso en nieve muy profunda. Me había propuesto atravesar el valle cerrado del cráter y atacar la cima III, en el caso de que fuese posible hacerlo y volver a la carpa antes de anochecer. Ese plan me pareció fiable, aunque ya había comprobado que en los Andes era muy fácil equivocarse al evaluar la situación a ojo.

A mitad del camino hacia el fondo del cráter, cambié la dirección. Decidí atravesar las vertientes de la cumbre I hacia la arista que la unía con la cumbre III y por esa arista llegar a la cima de la última. De esa manera no perdería mucho de la altura.

Durante aquel recorrido, mayormente a través de la nieve profunda, de repente, entre las laderas de la cumbre I, advertí la cumbre IV. Recién en ese momento me pude orientar bien en cómo estaban situadas todas las cumbres del Cerro de Nacimiento, lo que provocó otro cambio en mis planes: decidí ascender a la cumbre IV. Si bien era obvio que esa cumbre era la más baja y que subirla significaría una pérdida significativa de la altura, también, al ser la más aislada, permitía una vista más amplia al macizo y todo el terreno.

En cuanto llegué a la arista que unía las cumbres I y III, giré hacia la izquierda. La arista estaba ancha, levemente empinada y cubierta de negros bloques rocosos. Desde allá bajé hacia la derecha por una vertiente empinada cubierta de nieve, que me llevó a una cresta casi horizontal. A continuación, alcancé los pies de las vertientes de la cumbre IV.

En ese lugar descansé durante veinte minutos reflexionando sobre qué hacer. Teniendo en cuenta, que a la vuelta me tocaban varias subidas, ya era bastante tarde. Sin embargo, me acompañaba buen clima. Finalmente tomé la decisión de subir la cumbre IV; esperaba llegar a su cima en una hora, porque por ese lado había muy poca nieve.

A pesar de las evaluaciones previas, tardé casi dos horas en alcanzar la cima. Primero tuve que subir por una vertiente inclinada, llena de talud resbaladizo y después de llegar a la arista resultó que la cima era más alta y se encontraba más lejos de lo que había pensado, una situación muy común en la montaña. Además, la cumbre IV contaba no con una, sino con dos cimas de alturas muy parecidas y decidí subir ambas. Las dos cimas se encontraban muy cerca de sí, pero estaban compuestas de otro tipo de rocas: en la más cercana la roca estaba negra, en la segunda – marrón. Detrás de la segunda cima, donde construí un montoncillo de piedras, se extendía un altiplano. Lo más probable es que la cumbre IV fuera un llamado cono parásito, formado en las vertientes de la chimenea central del volcán, cuyos restos crearon las cumbres I, II y III.

El esfuerzo de la subida mereció la pena. La vista fue espectacular. El macizo Nevado Tres Cruces, lleno de nieve y hielo lucía más que ningún otro. Sin embargo, se hizo muy tarde y el viento helado me recordó la pronta llegada de la noche todavía más fría, por lo que hice solamente mediciones de acimut y me retiré por el mismo camino.

Realmente rápido pude caminar solo en el primer tramo, bajando por las vertientes de la cumbre IV. Después había mucha subida por el borde del cráter y a través de la nieve, que en algunas partes me llegaba encima de las rodillas. Me arrastraba lentamente, a sabiendas que la noche me sorprendería antes de llegar al campamento, pero la falta del oxígeno dificultaba la respiración y no permitía acelerar el paso, sobre todo que ya había caminado durante todo el día. Mientras tanto estaba anocheciendo. Cuando llegué a las vertientes de la cumbre I, había caído la noche. Estaba muy cansado, pero no perdía la fe en que pasaría esa noche en la carpa.

Dada la oscuridad no fue fácil encontrar mis huellas de la mañana. En algunas partes la nieve había estado tan dura que los pasos no habían quedado marcados, por lo que muy pronto perdí la senda. Eso no me preocupaba demasiado porque sabía hacia dónde dirigirme. Sin embargo, cada vez más me inquietaba el clima que iba empeorando. El viento fuerte dirigía la nieve directamente en mi cara. Si bien el viento se tranquilizó pronto, de repente todo se vio cubierto de niebla. Las estrellas, que hasta entonces iluminaban un poco el camino, desaparecieron y la visibilidad dejaba mucho que desear.

“Estupendo”, pensé. “¿Qué pasaría si de repente no viera nada?”. Pero estuve seguro de que tenía muy presente la ruta que había tomado esa mañana y que no me había desviado de ella más que unos cuantos metros.

Atravesaba las vertientes de la cumbre I hacia la derecha, hasta llegar a una ladera muy empinada cubierta de nieve. A pesar de la oscuridad y la niebla estaba convencido de que esa era la ladera que me llevaría hasta el portillo entre las cumbres I y II. La nieve estaba blanda y muy profunda, por lo que esperaba encontrar mis huellas de la mañana, a no ser que hubiesen sido cubiertas por nieve.

No sabía si se encontraban a mi derecha o izquierda de tal manera que empecé a subir la ladera en zigzag y, efectivamente, al poco tiempo las encontré. La nieve estaba tan profunda, que a momentos me hundía hasta la cintura, pero por lo menos ya estaba tranquilo acerca del rumbo de mi camino.

Tres horas después de haber abandonado la cima de la cumbre IV llegué al portillo. Descansé durante unos minutos; al mismo tiempo el viento disipó la niebla. No se veía la luna, pero las estrellas iluminaban el terreno nevado de manera suficiente. Desde el portillo bajé rápidamente hacia su otro lado a la derecha.

Me preocupaba un poco el último tramo del camino, ya que preveía alguna dificultad en encontrar la carpa. ¡Ojala no me hundiera justo antes de llegar al puerto! Pero los puertos cuentan con faros marítimos. También ese puerto debería tener uno en forma de linterna. El farero sería Justyn.

Reflexionando de esa manera, atravesaba los campos pequeños de nieve cubierta de una capa crujiente. Suponía que la carpa se encontraba muy cerca, pero dado que estaba situada en una hondonada, no era posible ver la luz desde lejos. Sin embargo, al poco tiempo escuché un grito y brilló una luz. Ese fue el deseado “faro marítimo” de Justyn.

A los diez minutos estaba en la carpa calurosa tomando un té caliente, que había preparado Justyn, preocupado por mi destino. Estaba muy cansado y tenía hambre. Esa noche dormí muy bien, olvidando que me encontraba a la altura de 6.000 msnm.

El día siguiente me pareció haberme merecido un descanso y me quedé en el campamento. Mientras tanto, Justyn salió a ascender a la cumbre II.

Durante un rato hacía tanto calor que, incluso con la ropa muy liviana, podía acostarme en el sol al lado de la carpa. Sin embargo, al rato se levantó un viento muy frío. Me puse a sacar fotos panorámicas, pero me di cuenta de que la pantalla de enfoque en mi cámara estaba rota y el fuelle dañado por un fragmento de cristal.

El fuelle lo pude remendar; la pantalla de enfoque reemplacé con un fragmento de ella misma, situándolo en el lugar adecuado. Las fotos salieron muy bien.

Justyn volvió después de tres horas y media. Sin ninguna dificultad, había ascendido a la cumbre II y había podido comprobar que esa cumbre tenía más o menos la misma altura que la I.

Rápido levantamos el campamento y emprendimos el camino de vuelta por una ruta más corta. Primero llegamos a las vertientes oeste de la cumbre II. Abajo, en la quebrada a los pies de nuestra montaña, pero todavía muy lejos, advertimos manchitas negras en el lugar, donde nos iba a esperar Sosa con las mulas. Ya era bastante tarde y temíamos que Sosa pensara que ya no llegaríamos ese día y emprendiera el camino de vuelta. Era poco probable que nos viera en esa ladera extensa de la montaña. No nos quedaba otra solución que darnos prisa y tener esperanza de que no se nos escaparan.

La ladera estaba muy empinada pero, por suerte, casi entera cubierta de talud y de muy poca nieve, por lo que casi podíamos correr hacia abajo. El único inconveniente era el peso de las mochilas con el equipaje del campamento. Continuábamos atravesando un altiplano grande, formado por terrazas que iban bajando. En ese lugar encontramos varios penitentes y un arroyo formado por aguas de nieve derretida. A pesar de andar con prisa, nuevamente tuve la suerte de atrapar una langosta negra. También, pude percibir que en algunas partes había plantas aisladas, aunque a primera vista el terreno parecía totalmente estéril.

Desde el borde del altiplano, una vez más vimos la quebrada; al poco tiempo estuvimos junto a Sosa y las mulas. El viejo baqueano en ningún caso estaba pensando en volver a Sepultura sin nosotros. Dormía dulcemente, tapado con un poncho y agarrando las mulas, que con ojos sombríos miraban la arena, donde no se veía ni una huella de pasto.

Luego nos enteramos de que Sosa se había merecido esa siesta, ya que la noche anterior no pegó un ojo. Nos contó que todas las mulas y el padrino se habían escapado de la Sepultura el día anterior. Como siempre, el caballo tenía las patas delanteras atadas, pero se liberó. Las mulas tenían la tendencia de escaparse de los lugares nuevos.

Sosa siguió a los fugitivos, atravesando el valle hacia abajo, hasta el prado llamado Tambería, donde llegó totalmente empapado por haber cruzado un arroyo bastante profundo. Por suerte logró agarrar al caballo y a las mulas y emprendió el camino de vuelta durante la noche. A Sepultura llegó recién en la madrugada y al poco tiempo tuvo que salir al encuentro de nosotros. ¡El baqueano valiente que ya tenía más de 60 años de edad!

De inmediato montamos las mulas y partimos cuesta abajo, todo el tiempo por el fondo de la quebrada. Fue un camino parcialmente distinto al de la ida. Aún de día llegamos a Sepultura, donde nos encontramos con Barrera, quien recién había llegado de Pastos Largos y traído carne de cordero. Esa carne asada al carbón estaba exquisita.

El 6 de febrero en la madrugada, Barrera abandonó el campamento y se dirigió por el Portillo hacia Tres Quebradas, mientras que nosotros nos quedamos todo el día descansando en Sepultura. Justyn se quejaba por el corazón, pero el malestar se le pasó pronto. Sosa solamente nos pidió una aspirina, por lo demás no le afectaron los últimos acontecimientos. Hacía mucho calor y podíamos descansar acostados en el sol. Además, estaba atrapando insectos, arañas y escorpiones para nuestra colección zoológica.

Nos quedaba por explorar el terreno hacia el norte de Sepultura con el fin de encontrar el acceso hacia los pies del Nevado Ojos del Salado (6.879 msnm), para lo que contamos con cuatro días más. En el terreno, donde íbamos a hacer el reconocimiento, no pudimos contar con agua y menos pasto, por lo que era necesario volver siempre a Sepultura para pasar la noche. Decidimos hacer dos reconocimientos en las mulas, cada uno de un día entero, dejando un día en el medio para descansar. Dado que nuestros animales eran muy buenos, contamos con explorar una gran parte del terreno en cuestión en sus lomos. Si bien el terreno lo observamos ya desde el Cerro de Nacimiento, fue una distancia demasiado grande para poder evaluar bien ese laberinto de altiplanos, quebradas y cerros expandido en un terreno de más de 200 km².

El 7 de febrero Justyn, Sosa y yo salimos, dejando la mula de carga en el campamento. Primero ascendimos por la quebrada de Sepultura. Después giramos a la derecha y atravesamos una vertiente inclinada hasta el borde de un amplio altiplano, que se extendía hacia el lejano Nevado Incahuasi cubierto de nieve y los más cercanos conos del macizo sin nieve: los Cerros de Agua Caliente (5.350 msnm).

Ese campo extenso con razón lleva el nombre Vega de Piedras, ya que aparte de las piedras no hay nada en ese lugar. El campo es suavemente inclinado y atravesado por múltiples quebradas, que se unen en el valle del Río del Cazadero. Algunas de ellas suponen ramales de la Quebrada de Agua Caliente, que desemboca en el valle principal sobre la Tambería.

Desde el borde más lejano del altiplano subimos en las mulas lo más alto posible por las laderas de un cerro aislado, tras lo cual caminando alcanzamos su cima. Cerca de la cima había muchas pequeñas langostas negras e incluso atrapé una. El terreno carecía de vegetación.

A ese cerro de unos 5.000 m de altura le dimos el nombre el Cerro Sosa para honrar a nuestro baqueano mayor, a quien la expedición de debía muchísimo.

La vista desde la cima del Cerro Sosa era maravillosa y muy instructiva. Los pequeños volcanes inactivos a los pies del Nevado el Fraile y el Nevado Incahuasi tenían una pinta muy curiosa. El arroyo oscuro de la lava resaltaba sobre un fondo mucho más claro de las vertientes más bajas. Si bien desde lejos parecían arroyos de lava, seguramente desde cerca nos hubiésemos dado cuenta, que los procesos de meteorización ya la habían convertido en gravilla.

A unos 75 km de distancia al sureste se alzaba el Nevado Pissis con sus cuatro cumbres. ¿Cómo les habrá ido a Stefan y Janek? Si todo fue bien, tal vez en ese mismo momento se encontraban en sus cimas.



Sin embargo, en ese destierro extenso, no encontramos el acceso a la segunda cumbre más alta de América. En el fondo a la derecha: El Fraile.

Bajamos rápido hacia donde estaban nuestras mulas, pero nos esperaba una ingrata sorpresa: nuestras mulas se habían ido solas hacia Sepultura. Expuestas al viento fuerte y sin pasto a su alcance, se habían liberado. Si no las alcanzamos rápidamente, no podremos pasar esta noche en la Sepultura.

Corrimos cuesta abajo por la ladera empinada para cortar el camino a los fugitivos. El resultado de la carrera fue dudoso hasta el último momento. Sin embargo, Justyn atrapó una de las mulas, tras lo cual nos ayudó a nosotros con las demás.

Volvimos por un camino más corto, recorrimos la parte superior de la Quebrada de Agua Caliente. En su fondo crecían hierbas y en la arena percibimos huellas nuevas de guanacos o vicuñas, pero no había agua. También encontramos unas lagartijas, pero como se sabe, ellas no necesitan agua.

Después abandonamos la quebrada y volvimos a atravesar el campo extenso llamado la Vega de Piedras. Desde su borde bajamos por una ladera empinada directamente a nuestras carpas en la Sepultura.

De acuerdo con el plan, nos quedamos el día siguiente en el campamento. Justyn y yo intentamos cazar patos, pero nuestros grandes revólveres no les hacían daño, sino como mucho los espantaban. Teníamos mejores resultados al atrapar insectos, lagartijas, arañas y escorpiones. Como suele ocurrir en esa cordillera, en los lugares cercanos al agua y hierbas a orillas del arroyo abundaban aves.

El 9 de febrero volvimos a salir a hacer un reconocimiento en la dirección al Nevado Ojos del Salado. También esa vez empezamos subiendo por el Valle Sepultura.

El viejo cazador Sosa estaba siempre pendiente de animales, y de repente nos mostró una manada de vicuñas en la ladera. Había alrededor de una docena de ellas. Apuradas, probablemente no vieron a la gente, ya que recorrieron la ladera justo sobre nosotros. Tenían color café claro, pero cuando aparecieron en el sol, sobre un fondo de cielo azul, parecían casi blancas.

Nuevamente nos encontramos en el borde del altiplano extenso Vega de Piedras. Sin embargo, esa vez giramos hacia el noroeste dirigiéndonos hacia un terreno montañoso. Encontramos grandes campos de penitentes que por suerte se daban desviar con facilidad. En algunas partes el camino era muy incómodo, lleno de piedras resbaladizas, en otras el terreno parecía casi como empedrado.

En el fondo plano de la profunda cuenca endorreica encontramos una laguna no señalada en ningún mapa, que antes habrá sido mucho más grande, lo que pudimos percibir por sus contornos antiguos marcados en el valle.

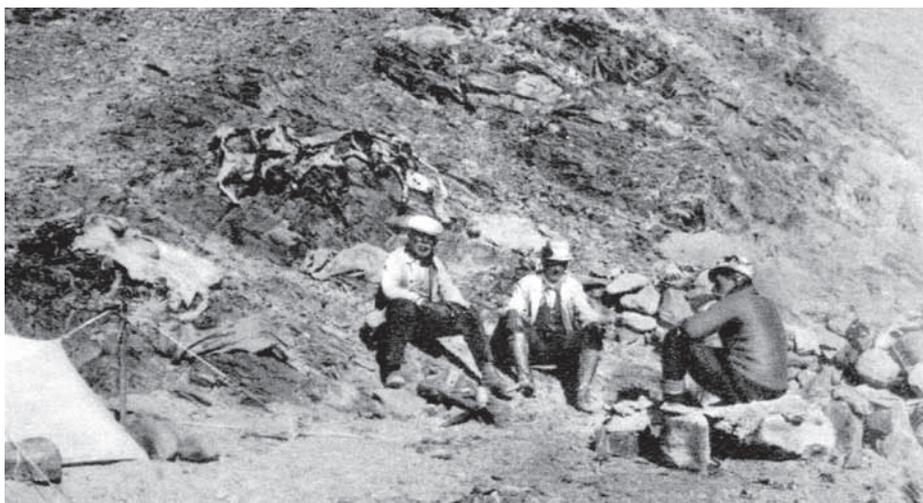
Me quedé a las orillas de la laguna para coleccionar insectos, mientras que Justyn y Sosa se dirigieron hacia los pies de un volcán de formas simétricas. Era el Volcán del Viento (6.010 msnm), que se alzaba justo al oeste de la laguna. Justyn pretendía ascenderlo.

Mi trabajo a la orilla de la laguna tuvo buenos resultados. Entre las piedras en el agua poco profunda, encontré ejemplares minúsculos de especies zoológicas. Se me congelaban los dedos expuestos al viento frío, pero las especies eran muy interesantes. Las encontré solo en ese lugar de la cordillera. Después me acerqué a los pies del volcán, donde Sosa y las mulas esperaban a Justyn. Tanto nosotros, como las mulas, expuestos al viento helado nos moríamos de frío. De Justyn no se veía ni rastro. Finalmente, lo pudimos advertir en el borde del cráter sobre el fondo de cielo. Tras media hora de bajada por talud, llegó hacia donde estuvimos nosotros. Nos contó que solo había podido sacar una foto, ya que el viento tipo huracán le congelaba los dedos y casi no pudo mantenerse en los pies. Además, ese viento le impidió hacer mediciones topográficas.

De inmediato emprendimos el camino de vuelta con la esperanza de llegar antes de anoecer. Por la cresta ancha llegamos a la parte superior del Valle Sepultura. Su carácter era muy variable: en algunas partes se volvía una quebrada estrecha y sinuosa, a veces cubierta de penitentes, los que desviábamos pasando por las laderas.

De ser posible, hacíamos las mulas correr. Por prisa, no me di cuenta que en un tramo más empinado se habían aflojado las cinchas de mi silla; mi mula de repente se paró y yo, junto a la silla, me caí sobre su cabeza al suelo, aterrizando en piedras duras. Me golpeé solamente un poco el brazo, aunque me caí varios metros hacia abajo.

Al poco tiempo anoheció. Ya que nos encontrábamos en una quebrada muy profunda, no se veía nada, por lo que le permití a mi mula buscar el camino. Se le



La reunión en Sepultura, durante la cual se decidió la retirada al campamento base en Tres Quebradas. En las rocas yace la carne de cordero que había traído Barrera.



Mientras tanto, nos crecieron las barbas. Los integrantes de la expedición en Tres Quebradas. Desde la izquierda: Wojsznis, Osiecki, Paryski, Szczepański.

daba muy bien esa tarea, aunque de vez en cuando me lastimaba las piernas contra las rocas. En Sepultura ya estaba encendida la fogata, porque Justyn nos había adelantado.

El 10 de febrero fue el día de descanso en Sepultura, sobre todo para las mulas. Justyn y yo subimos las crestas cercanas para sacar fotos.

El día siguiente, levantando el campamento en Sepultura, descubrimos dos cosas. Bajo una de las carpas encontramos un escorpión muy bonito, y sobre el campamento, en el arroyo del cual habíamos tomado agua, el cadáver de una mula. Por suerte, no lo habíamos descubierto antes. De esa manera hubiésemos tenido que ir más lejos en búsqueda de agua.

Emprendimos el viaje de vuelta a Tres Quebradas. En Nacimiento nos topamos con tres burros que posiblemente se habían apartado de su manada en Tambería. Al vernos se espantaron.

En el Portillo nos sorprendió un ventarrón tan fuerte, que las mediciones con hipsómetro tuvimos que hacerlas bajo la lona, que Sosa sujetaba con gran esfuerzo. Al bajar del portillo casi no nos encontramos con la nieve.

Cuando llegamos a la laguna, Justyn y Sosa empezaron a acelerar las mulas, ya que se hizo tarde. Me quedé atrás porque mi caída de la mula dos días antes no resultó tan fútil, como había parecido al inicio. Al avanzar lento, no notaba nada, pero cuando la mula empezaba a ir a trote, aun en un terreno plano, el dolor se volvía insostenible. Al parecer, a causa de la caída, se me torcieron algunos tendones o ligamentos.

Al quedarme muy atrás, me bajé de la mula para arreglar las cinchas aflojadas. Primero, las aflojé más todavía para acomodar la silla. En ese mismo momento la mula se puso a cocear. Hacía varias horas tuve problemas con ella, porque quiso caminar justo detrás del madrino y con su nariz casi en la cola del otro, mientras que yo, primero me paré para sacar fotos, y luego me quedé atrás por otras razones.

Agarré las riendas, pero finalmente las solté, porque tuve miedo de que la mula me diera una patada. La mula suelta seguía coceando hasta tirar la silla, tras lo cual empezó a galopar detrás del madrino que echaba tanto de menos. ¿O tal vez solo necesitaba agua y pasto después del día entero a dieta?

No tenía ni idea cuándo mis compañeros se empezarían a preocupar por mí. Estaban acostumbrados a que me quedara atrás para buscar “gusanitos”. La mula muy probablemente corriera directamente al prado. Agarré la silla, me la acomodé en el brazo y continué el camino de pie; mientras tanto estaba anocheciendo.

En plena oscuridad me encontré de repente con Barrera y el joven Sosa, quienes estaban muy preocupados. Al ver la mula sin silla, pensaron que había acontecido un accidente. Monté nuevamente mi fugitivo, que en ese momento caminaba dócilmente.

En el camino hacia el campamento, los baqueanos me contaron, que Stefan y Janek ya llevaban unas cuantas horas en Tres Quebradas, después de haber logrado la cima más alta del Nevado Pissis.

13. El Nevado Pissis alcanzado

**Las alturas conocidas. Las montañas más altas de la tierra.
El segundo ataque al Nevado Pissis. La cumbre alcanzada.
Tres días en vez de cuatro horas. Los flamencos.
La evaluación de la primera parte de la expedición.**



Antes de llegar a América del Sur estábamos convencidos, basándonos en la literatura y los mapas accesibles, de que la tercera cumbre más alta de América después del Aconcagua y el Mercedario era el Nevado Pissis. Sin embargo, en Buenos Aires nos enteramos de que más alto que el Nevado Pissis y el Mercedario era el Nevado Ojos del Salado (6.870 msnm).

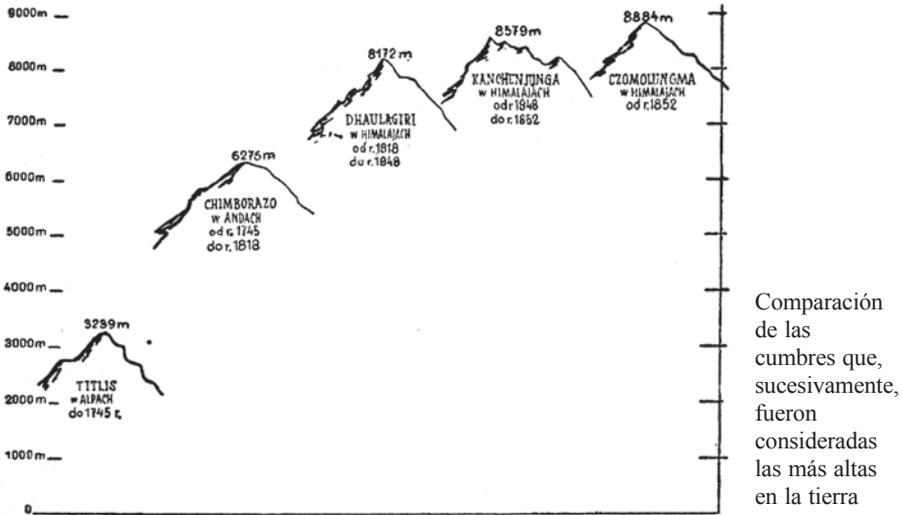
Entonces, el Nevado Pissis es la cuarta cumbre más alta y, a la vez, la menos conocida del Mundo Nuevo. Dado que se encuentra lejos de las rutas andinas más concurridas, no goza de mucha popularidad; los científicos la vieron muy pocas veces y, por lo general, desde distancias muy grandes. Otro motivo para conocer esta montaña, es que en la literatura y los mapas aparece bajo nombres distintos. Además, en algunos mapas no está señalada, aunque aparecen cumbres vecinas más pequeñas. En ocasiones esa cumbre se confundía con el Nevado Bonete (6.410 msnm) que está situado al sudeste del Nevado Pissis y es más conocido.

El nombre Monte Pissis, más adelante sustituido por Cerro Pissis y Nevado Pissis, fue puesto por el cartógrafo y geógrafo chileno Francisco J. San Roman a finales del siglo XIX. La denominación se hizo en honor al geógrafo francés Aimé Pissis, quien en su época fue el autor del más completo mapa de Chile.

La altura del Nevado Pissis marcada en los mapas chilenos en el año 1902, era de 6.779 msnm, pero generalmente en la literatura se encuentra muy poca información sobre esta cumbre.

Según lo mencionado, la información sobre las cumbres más altas de América fue muy vaga durante muchos años e incluso la literatura moderna rara vez proporciona datos correctos y comprobados.

Además, el descubrimiento de las cumbres más altas de América está vinculado directamente con el conocimiento sobre las cumbres más altas de la tierra.



Todavía a inicios del siglo XVIII se consideraba que la cumbre más alta de la tierra se encontraba en los Alpes. Se trataba del Gotthard o, más tarde, Titlis que en realidad solo cuenta con 3.293 metros de altura.

En el año 1745, América se empezó a enorgullecer de la cumbre más alta de la tierra, el Chimborazo que, según las mediciones de entonces, tenía 6.276 m de altura. Ese volcán extinto, cubierto de glaciares, mantuvo el título durante varias décadas hasta el año 1818, cuando se descubrió que había cumbres más altas fuera de América: en el Himalaya.

Sin embargo, no estaba claro desde el principio, cuál de las cumbres del Himalaya era la más alta. En el año 1818 el Dhaulagiri (8.172 msnm) fue catalogado como la montaña más alta de la tierra, después en el año 1848, el Kangchenjunga (8.579 msnm). Recién la definitiva medición del año 1852 demostró que la cumbre más alta de la tierra era el Mount Everest, es decir el Chomolungma (según las mediciones de entonces: 8.840 msnm, conforme a las mediciones más recientes: de 8.848 a 8.886 msnm).

Durante muchos años, el Chomolungma era confundido con una montaña bastante más baja, el Gaurishankar (7.145 msnm). El responsable de esa confusión era el expedicionista Hermann Schlagintweit, quien estaba convencido de que esas dos montañas eran solo una y que su nombre correcto era Gaurishankar. Esa confusión no se aclaró hasta el año 1903.

Además, en los últimos años se difundió la información de que se había descubierto una cumbre más alta que el Chomolungma: Amne Machin. Sin embargo,

esa montaña aún no se ha medido en forma definitiva. De todas maneras, todo indica que es bastante más baja que el Mount Everest y no llega ni a los 8.000 msnm. Tampoco es verdadera la información que el Czomolungma, según las mediciones recientes, mida más de 9.000 msnm.

Volvamos, sin embargo, a la cuestión de la montaña más alta de América. El Chimborazo perdió el título de la cumbre más alta de la tierra en el año 1818. No obstante, había ganado tanta popularidad por el aventurero y geógrafo Alejandro Humboldt, que todavía durante muchos años era considerado la montaña más alta de la tierra, a pesar de que ya en el año 1827 solo en América se descubrieron cumbres más altas.

En el año 1827, durante su viaje por Bolivia, J.B. Pentland calculó la altura de la montaña Illampu, llamada también Sorata, que según él tenía 6.617 msnm, es decir, más que el Chimborazo.

Finalmente, la expedición de Fitz Roy en el año 1835 calculó que el Aconcagua en los Andes argentinos tenía 7.070 msnm y era la cumbre más alta de América. Efectivamente, es la montaña más alta, aunque esta información muchas veces fue puesta en duda por mediciones erróneas o cálculos hechos a ojo.

Se consideraba que las montañas bolivianas Illampu e Illimani tenían 7.700 y 7.500 msnm respectivamente, mientras que en realidad sus alturas corresponden a 6.348 y 6.389 msnm. El geógrafo peruano Mateo Paz Soldan todavía en el año 1863 rescribió que las cumbres peruanas el Coropuna y el Solimana eran probablemente las montañas más altas de la tierra, ya que parecían gigantes en comparación con el volcán vecino Misti que medía 7.000 msnm. Hoy sabemos que el Misti solo mide 5.852 msnm y el Coropuna y el Solimana – 6.615 y 6.323 msnm respectivamente.

En 1908 la periodista americana Annie Peck pregonó que la montaña peruana más alta, el Huascarán, tenía 7.315 msnm. Había ascendido a su cumbre más baja, pero la información que proporcionó se basaba en sus ambiciones de lograr el récord mundial de altura en su género y no en las mediciones. El Huascarán mide solo 6.769 msnm.

Hoy en día, no cabe duda alguna de que la montaña más alta de América es el Aconcagua¹². Sin embargo, esta cumbre no es, a pesar de lo que a menudo se considera, la segunda montaña más alta después del Himalaya, sino la más alta

¹² Últimamente, con frecuencia se ha informado en diarios y distintas revistas que las expediciones que repitieron el ascenso polaco al Nevado Ojos del Salado, consideraban que la cumbre tenía 7.100 msnm, es decir, era la cumbre más alta de América. Sin embargo, esta información no es correcta, ya que se basa en mediciones hechas con barómetro aneróide, herramienta que no permite hacer mediciones exactas a estas alturas. La verdadera altura del Nevado Ojos del Salado 6.870 msnm, fue calculada con mediciones detalladas basadas en trigonometría, las únicas fiables. La medición basada en trigonometría más reciente, hecha por los argentinos, es inaceptable, ya que fue hecha con métodos menos exactos que la anterior (chilena). Tampoco es verdad que en las cercanías al Nevado Ojos del Salado se encuentre una montaña más alta que esta.

fuera de Asia. El Aconcagua cuenta con casi 7.000 msnm y es la cumbre más alta visible desde el mar (desde el Pacífico).

La altura del Aconcagua fue una cuestión controvertida; se informaron números entre 6.767 y 7.500 msnm. Sin embargo, entre las mediciones que se hicieron, solo dos son fiables: la de L. Riso Patrón de la Comisión Chilena de Límites del año 1898: 6.958 msnm, y la de E. Schrader del año 1904: 6.953 msnm. Dado que no se sabe cuál de esas mediciones era más exacta, de momento como la altura del Aconcagua debe ser considerada la media de ambos números, es decir 6.955 msnm.

¿Por qué, entonces, según los mapas y la literatura (muchas veces científica) la altura de esta montaña es de 7.015, 7.035 u otro número sobre 7.000 msnm? Por un lado, pocas de las personas que lo escriben se esfuerzan por comprobar, cuál de las cifras existentes (de las que hay alrededor de 30) es verdadera y simplemente repiten la información que habían encontrado. Y en caso de los alpinistas que ascendieron a las cumbres más altas de América, se trata o del mismo problema, o de sus ambiciones de ascender a cumbres de siete y no solamente de seis mil msnm. Lamentablemente, América no cuenta con cumbres de esta altura.

A nosotros no nos interesaba la cuestión de la montaña más alta de América, que sin duda era el Aconcagua, sino las montañas que la seguían.

En los tiempos más recientes, como la segunda montaña más grande de América era considerado el Tupungato, aunque ya en el año 1856 el geógrafo Pissis calculó que el Tupungato medía 6.527 msnm, mientras que el Mercedario contaba con 6.799 msnm, siendo el segundo después del Aconcagua. En el año 1907, en el mapa de Chile apareció la medición trigonométrica del Nevado Ojos del Salado: 6.870 msnm. Sobre la altura del Nevado Pissis había hablado antes.

Sin embargo, tanto el Mercedario como, sobre todo, el Nevado Ojos del Salado y el Nevado Pissis fueron durante mucho tiempo cumbres muy poco conocidas entre los geógrafos y otros científicos.

Hoy en día sabemos en base a las mediciones trigonométricas recientes, que las cumbres más altas de América son las siguientes:

1. Aconcagua, 6.955 msnm, Argentina
2. Nevado Ojos del Salado, 6.870 msnm, Argentina
3. Mercedario, 6.800 msnm, Argentina
4. Nevado Pissis, 6.780 msnm, Argentina
5. Huascarán, 6.769 msnm, Perú.

El primero en escalar el Aconcagua en 1897 fue el guía de montaña Matthias Zurbriggen. El ascenso fue repetido varias veces. El octavo ascenso por una ruta hasta entonces desconocida realizó el día 8 de marzo de 1934 la primera expedición polaca a los Andes integrada por: Stefan Daszyński, Konstanty Narkiewicz-Jodko, Stefan Osiecki y Wiktor Ostrowski.

El objetivo principal de la primera expedición polaca a los Andes, realizada en los años 1933-1934, era alcanzar el Mercedario que tenía el título de la segunda montaña más alta después del Aconcagua. El primer ascenso a esa montaña el 18 de enero de 1934 realizaron Stefan Daszyński, Adam Karpiński, Stefan Osiecki y Wiktor Ostrowski.

La segunda expedición polaca a los Andes, la nuestra, tenía como objetivo lograr las cumbres más altas de América, no exploradas hasta entonces. Después de conocer los mapas más detallados en Buenos Aires, llegamos a la conclusión de que esas montañas eran lo más probable el Nevado Ojos del Salado y el Nevado Pissis. La información que encontramos más tarde en la literatura, confirmó nuestras suposiciones.

Dado que todavía no habíamos encontrado el acceso a los pies del Nevado Ojos del Salado, decidimos primero atacar el Nevado Pissis. Como ya había mencionado, nuestro primer intento de lograrlo fracasó a causa de mal clima.

El 3 de febrero, después de repartirnos en dos grupos, solo Stefan y Janek abandonaron el campamento base en Tres Quebradas con el fin de ascender a esa montaña. Les acompañó nuestro baqueano más joven, Lorenzo Bordón. Llevaron dos mulas de carga, de las que una cargaba leña.

Esta vez tomaron un camino más corto a través de la quebrada sur de las tres quebradas que desembocaban en nuestro campamento. Al final de la quebrada llegaron a un altiplano (aprox. 4.900 msnm), que la separa del Valle Ancho. Ante sus ojos, solo a 30 km de distancia, se alzaba el Nevado Pissis.

Desde el altiplano Stefan encontró una bajada más cómoda por una vertiente arenosa hasta el Valle Ancho, donde pasaron la noche. Se trataba del mismo lugar en el que todos habíamos acampado durante nuestro primer intento de ascender a la cumbre. En llegar allá desde Tres Quebradas tardaron ocho horas.

Esta vez el tiempo jugaba a su favor, por lo cual el día siguiente montaron las mulas y partieron hacia el Nevado Pissis. Atravesando un enorme altiplano, sin novedad llegaron a los pies del Nevado Pissis (aprox. 4.800 msnm), desde donde aún faltaban unos 2.000 metros hacia la cima. Por las vertientes de la montaña, llegaron a la altura de 5.300 msnm. En conseguirlo tardaron aproximadamente cuatro horas. Decidieron armar el campamento a esa altura. A la vez, mandaron a Bordón con las mulas de vuelta, después de haber quedado con él en ese mismo lugar cinco días más tarde. Armaron la carpa bajo la protección de varias rocas y junto al campo de penitentes, desde el cual salía un arroyito que se congelaba por la noche. No había ninguna vegetación.

El Nevado Pissis es un macizo que cuenta con cuatro cumbres principales de altura muy parecida. Las nombramos empezando del oeste hacia el este como sigue: Pissis I, Pissis II, Pissis III y Pissis IV. El pico más alto es el Pissis III, el tercero desde el este. Además, el macizo consta de varias cumbres más bajas que constituyen el borde de un enorme cráter, desde el cual salen enormes glaciares hacia el norte y el oeste. Esos glaciares que deben de ser los más grandes de la

zona, están separados de la cumbre principal de la montaña, del Pissis III, por una enorme arista noreste. Esa arista parecía ser el camino más cómodo hacia la cima, por lo cual Stefan y Janek decidieron caminar por allí.

Después de la noche en la altura de 5.300 msnm, el 4 de febrero Stefan y Janek continuaron el ascenso. A las seis horas, sin dificultad alguna llegaron por la vertiente a la altura de 5.850 msnm, donde encontraron un lugar bastante protegido del viento para acampar. Derritiendo la nieve que abundaba en esa zona, consiguieron agua. El clima les seguía acompañando, aunque la noche estaba realmente helada.

El día siguiente desmontaron el campamento y siguieron ascendiendo por un terreno cada vez más inclinado. Atravesando el terreno entre enormes bloques rocosos, parcialmente cubiertos de nieve, llegaron después de cuatro horas a un lugar a la altura de 6.250 msnm, apto para armar el último campamento, el más alto de todos.

Dejando la carpa y el resto del equipamiento en ese lugar, el 7 de febrero en la madrugada Stefan y Janek partieron a atacar la cumbre principal – el Pissis III. Stefan alcanzó la terraza situada justo debajo de la cumbre en una hora y media. En la cima esperaba a Janek, quien no se sentía bien y llegó recién cuarenta y cinco minutos más tarde.

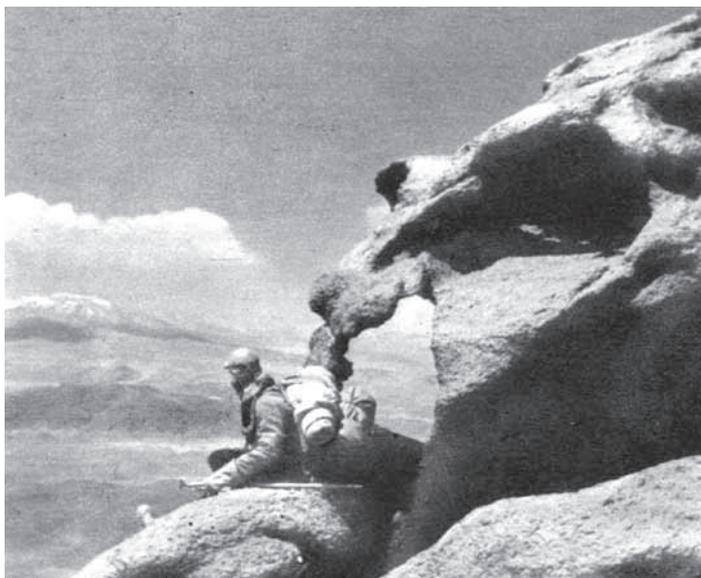
Aún no tuvieron la certeza de que el Pissis III fuera la cumbre más alta del macizo, por lo cual decidieron que Janek, por su mala condición, partiera directamente a la cima cercana, el Pissis III y que Stefan primero subiera el portillo entre el Pissis III y el Pissis IV, y después, ascendiera la cumbre que considerara más alta. Así hicieron.

Después de separarse, Janek alcanzó la cima del Pissis III en cincuenta minutos. De acuerdo con el plan, Stefan primero subió al portillo y después, habiéndose asegurado de que el Pissis III era la cumbre más alta, continuó por la arista y llegó a la cima poco tiempo después de Janek. Pudieron comprobar que esa cumbre era realmente la más alta de todo el macizo. Construyeron un montecillo de piedras, donde colocaron una lata con una nota que llevaba sus nombres y la fecha. De esa manera, los alpinistas polacos lograron la cuarta cumbre más alta de América.

El clima seguía jugando a su favor, por lo cual se quedaron un buen tiempo en la cumbre, desde donde se extendía una vista muy amplia a múltiples cumbres y cordones montañosos argentinos y chilenos. Stefan sacaba fotos y hacía mediciones topográficas.

Tardaron menos de una hora en bajar hacia el campamento a la altura de 6.250 msnm, donde pasaron la noche y el 8 de febrero en la mañana desmontaron el campamento y bajaron al lugar, donde se habían despedido de Bordón. Tardaron menos de 2 horas en descender. ¡Para ascender necesitaron 3 días, para bajar apenas 3 horas!

No tuvieron ninguna dificultad técnica al ascender al Nevado Pissis. No habían llevado una cuerda y tampoco les hizo falta. Aun así, el ascenso no fue fácil.



El segundo intento terminó con éxito de Osiecki i Szczepański. Extrañas rocas en camino al Nevado Pissis.

Hay que recordar el impacto de la falta del oxígeno en el cuerpo a esas alturas. Para medir el grado de la dificultad, basta con recordar que para ascender necesitaron trece horas y media repartidas en tres días. En condiciones de los Tatras un buen turista necesitaría cuatro horas para recorrer esta distancia. Además, hay que tener en cuenta que el ascenso al Nevado Pissis empezaba y terminaba en el campamento base en Tres Quebradas, a una distancia de 40 km en línea recta.

En el campamento a la altura de 5.300 msnm Stefan y Janek pasaron una noche más, ya que Bordón y las mulas iban a llegar recién el día siguiente. El baqueano llegó a tiempo y se alegró mucho por el éxito en el ataque al Nevado Pissis. Tanto Bordón, como los demás baqueanos siempre festejaban los éxitos de la expedición y hacían lo posible para contribuir a ellos, aunque les tocaba el trabajo más sucio, por el que no podían esperarse aplausos.

Todos juntos bajaron al campamento en el Valle Ancho, donde pasaron la noche de 9 a 10 de febrero. Por la mañana partieron hacia el desemboque del valle, donde se separaron en dos grupos. Bordón llevó el equipaje al lugar del campamento a la orilla de la Laguna Verde, donde había pasto y agua potable, mientras que Janek y Stefan decidieron hacer un reconocimiento adicional. Atravesando un campo amplio, llegaron a la tercera laguna que se encontraba en nuestra cuenca en el extremo sur del enorme Salar de Tres Quebradas. La nombraron Laguna Negra. Allí desembocan las aguas del Valle Ancho.

Pasaban entre bandadas de flamencos. En ninguna parte de esa cordillera encontramos tanta cantidad de estas aves como allá. Los flamencos abundan en algunos lagos de la Puna de Atacama y en Bolivia. Corre la información de que en un lago se encontraron alrededor de 20.000 flamencos. Sin embargo, supongo que

estos números forman parte del pasado, ya que en los últimos años, los indígenas en los lugares más accesibles sacaban sus huevos en masas y los asaban y llevaban a los mercados cercanos, donde se vendían.

En nuestra zona, los encontramos solamente a orillas de las lagunas saladas: la Laguna de Tres Quebradas, la Laguna Verde y la Laguna Negra, así como en el barrizal Pantanilla a la altura de 4.100 msnm, donde aparecían en bandadas pequeñas de veinte o treinta. Eran muy asustadizos. Como se sabe, en los Andes chileno-bolivianos aparecen dos tipos de flamencos, pero no estoy seguro, cuál de ellos conocimos durante nuestra expedición.

Stefan y Janek recorrieron la Laguna Negra alrededor, tras lo cual, a lo largo de un desfiladero estrecho con glaciario, llegaron a la Laguna Verde, donde se encontraron con Bordón. Allí pasaron la noche.

Al día siguiente, por el tramo a la orilla oeste del salar grande, volvieron al campamento base en Tres Quebradas. Algunas horas más tarde llegó también la segunda expedición del Cerro de Nacimiento. De esa manera, todos los integrantes de la expedición, los alpinistas y los baqueanos, volvieron a estar juntos.

La expedición ya había llegado más o menos a su mitad y contaba con pleno éxito a pesar de fracasos pequeños. Fueron alcanzados el Nevado Pissis (6.780 msnm) y algunos seismiles más bajos, como el Cerro de los Patos (6.250 msnm), las tres cumbres en el macizo Cerro de Nacimiento (6.493, 6.493 y 6.330 msnm) y el Volcán del Viento (6.010 msnm). Además, se exploró una gran parte de la zona casi inexplorada hasta entonces y se hizo un buen trabajo topográfico y otros.

Allí empezaba la segunda etapa de la expedición y la más importante, para la cual nos veíamos bien preparados a través de mejor conocimiento del terreno, más experiencia y mejor aclimatación de nuestros cuerpos al clima severo y falta del oxígeno en alturas.

Dados todos los reconocimientos y los últimos ascensos a las cumbres muy altas, nos merecimos un buen descanso. Dedicamos unos cuantos días al reposo, aún así fue un tiempo atareado. Durante toda la expedición, no nos aburríamos en ningún momento.

Ordenábamos los materiales topográficos, zoológicos y otros. También ordenábamos el equipamiento y la ropa. Actualizábamos los listados de los alimentos. Yo seguía haciendo observaciones fisiológicas y meteorológicas. Justyn y Stefan se esforzaban en esbozar el mapa, Stefan y yo en revelar los clichés y hacer copias de fotos que se mandarían con las correspondencias de la expedición a Polonia. Janek estaba a cargo de la correspondencia. Le ayudaba Justyn, el jefe de la expedición. Había muchísimas tareas como esas.

El 15 de febrero mandamos a Barrera y Bordón a El Puesto para llevar y traer correspondencia. Además, llevaron seis mulas, que ya no necesitábamos, para devolverlas a sus dueños. También iban a completar las reservas de los alimentos para los baqueanos, quienes habían calculado mal sus necesidades, aunque en Ti-

nogasta tenían toda la libertad de abastecerse a costo de la expedición. Podían comprar la comida de calidad y en cantidad no limitada. Que no lo hicieran, fue una señal más de la honestidad de esa gente.

Los baqueanos y los alpinistas llevaban dos cocinas distintas para que nadie se sintiera incómodo y obligado a comer en contra de sus preferencias gastronómicas durante la expedición de las condiciones difíciles. Obviamente, esa separación no era muy rígida. A menudo compartíamos nuestros platos y les sacábamos a los baqueanos de nuestra bodega lo que necesitaban, aunque debo reconocer, que eso me complicaba mucho llevar el registro de los alimentos consumidos por los alpinistas.

14. La montaña de los glaciares colgantes

El Nevado Tres Cruces. Cambio de planes. Problemas con el agua.
La montaña colorida. Un glaciar bajo la arena. Chisporroteos.
Un campamento solitario. ¿Fracaso? ¡Victoria! La carrera ganada.
El baqueano leal y solvente. Las uvas.



Uno de los principales objetivos de nuestra expedición era ascender la cumbre más alta del macizo llamado Nevado Tres Cruces (6.630 msnm), el cual no debe ser confundido con el cercano Cerro Tres Cruces (5.400 msnm), situado al suroeste del primero.

El Nevado Tres Cruces tiene tres cumbres principales, de las cuales todas superan los 6.000 msnm. Según los mapas de los que disponíamos, la cumbre más alta era la central, pero, de acuerdo con nuestras observaciones en el terreno, concluimos que había errores en las alturas marcadas en el mapa. Las cumbres central y sur contaban con una altura parecida, mientras que los mapas indicaban una diferencia de unos 300 metros entre sus altitudes. Sin embargo, no podíamos calcular de antemano, cuál de ellas era la más alta del macizo, ya que no habíamos hecho mediciones trigonométricas que hubiesen ayudado evaluar las alturas sin acercarse a la montaña.

Sin lugar a dudas, el Nevado Tres Cruces era el macizo montañoso más espectacular en la zona que exploramos. Sus caras sur y suroeste, cubiertas de glaciares, ofrecen la vista más impactante de la cumbre.

Según nuestro plan original, todos juntos atacaríamos el Nevado Tres Cruces. En su último tramo, eventualmente nos separaríamos en dos grupos para ascender las dos cumbres más altas a la vez. De esa manera, nos aseguraríamos de que realmente se alcanzaría la cumbre más alta.

Sin embargo, antes de empezar a ascender la montaña, tuvimos que solucionar otro problema: encontrar el acceso a sus pies. La distancia entre la montaña y nues-

tro campamento base en Tres Quebradas era de unos 30 km en línea recta, lo cual implicaba encontrar por lo menos un lugar con agua y pasto para el campamento intermedio.

Existían dos caminos que llevaban hacia las cimas: partiendo desde el este o desde el oeste. Durante su último viaje en búsqueda de carne de cordero, un viejo cazador le comentó a Barrera que probablemente nos podíamos acercar en las mulas al Nevado Tres Cruces desde el oeste, desde el valle del Río Lamas. Sin embargo, partiendo desde allí se necesitaban dos días adicionales. Además, esa ruta estaba expuesta a fuertes y frecuentes vientos del oeste, lo cual podría resultar en un fracaso. Por lo tanto, decidimos encontrar primero un acceso desde el este, a pesar de que desde ese lado la montaña, según nuestras observaciones previas, estaba muy empinada.

El terreno entre Tres Quebradas y el Nevado Tres Cruces estaba totalmente inexplorado, a excepción de la ruta desde el Portillo hasta el Portezuelo de la Cuesta Colorada (4.713 msnm) y el Portezuelo de la Agüita (5.090 msnm). Al parecer, esa ruta no había sido concurrida hacia muchos años, pero nuestros baqueanos la conocían. Sin embargo, ese camino que llevaba del oeste al este, no nos podía servir. Nosotros necesitamos un camino que condujera del sur al norte.

Además, los baqueanos desconocían si esa ruta contaba con pasto para las mulas y con agua potable. Se trataba de un atajo desde el Portillo hasta Tres Quebradas. Por lo tanto fue indispensable hacer un reconocimiento previo, de lo que se encargaron Justyn y el viejo Sosa.

Cargaron agua y leña y, a través de la montaña, se dirigieron directamente hacia el curso alto del Río Salado, el arroyo principal de nuestra cuenca. A las orillas de ese arroyo muy estrecho, en el valle lateral que llevaba hacia el Portezuelo de la Cuesta Colorada encontraron un lugar para el campamento intermedio. El agua fue potable a pesar de su desagradable sabor amargo. Las mulas la tomaron a desgana. En esa zona también había un poco de pasto.

En la madrugada subieron al portillo entre el Cerro Solo y la cumbre sur del Nevado Tres Cruces. Desde allí recorrieron una parte del altiplano por el lado opuesto, tras lo cual regresaron al lugar de salida y ese mismo día llegaron a Tres Quebradas. Se demoraron 14 horas.

De esa manera se había descubierto el acceso al Nevado Tres Cruces desde el este. Sin embargo, durante ese reconocimiento Justyn encontró algo más: un posible acceso hacia el Nevado Ojos del Salado, la segunda montaña más alta de América. Encontró, aunque solo por prismáticos, una manera de llegar hacia los pies del Nevado Ojos del Salado desde el campamento intermedio a orillas del Río Salado.

Ese descubrimiento ocasionó un cambio en nuestros planes. Queríamos ascender tanto al Nevado Tres Cruces, como al Nevado Ojos del Salado, pero el verano se iba acabando. Si bien el tiempo aún jugaba a nuestro favor, no eran de descartar un pronto cambio de temperaturas, ni la repentina llegada de ventiscas otoñales,

los que podían imposibilitar la realización de nuestros planes. Entonces tuvimos que decidir si separarnos y atacar ambas montañas al mismo tiempo o atacar solo una de ellas, pero todos juntos. ¿Qué deberíamos hacer?

Habiendo discutido y reflexionado sobre el tema, decidimos atacar ambas montañas al mismo tiempo: el Nevado Tres Cruces con el acceso conocido, pero con probables dificultades y el Nevado Ojos del Salado, hasta los pies del cual quizás ni siquiera llegaríamos. No quedaba tiempo para más reconocimientos, menos para atacar las montañas de manera consecutiva.

Los integrantes del ataque al Nevado Tres Cruces éramos Stefan y yo, al Nevado Ojos del Salado – Justyn y Janek.



Después de varios reconocimientos, el jefe tomó la decisión de... Ir todos juntos hacia el norte. Cargando el equipaje a los lomos de las mulas.



En el primer grupo, además del jefe, estaba Szczepański.



El segundo grupo formaban Osiecki y Paryski.



Éste fue el objetivo de uno de los grupos de ataque. El Nevado Ojos del Salado, la segunda cumbre más alta de América. Foto hecha con un teleobjetivo.



Éste fue el destino del segundo grupo. El Nevado Tres Cruces desde el sur. Foto hecha con el teleobjetivo.

El 21 de febrero los cuatro alpinistas, así como el joven y el viejo Sosa, abandonamos Tres Quebradas. Habíamos llevado reservas de agua potable y leña. El tiempo empezó a empeorar. Desde las colinas que nos separaban del curso alto del Río Salado no podíamos ver nada, ya que la mayoría de las cumbres estaban escondidas en las nubes tupidas y negras. El viento estaba helado y fuerte. Ambos grupos armaron el campamento intermedio en el lugar que habíamos encontrado antes, en la orilla del Río Salado, al lado de un bloque rocoso.

Por la noche el cielo se despejó y aparecieron estrellas. Desde el oeste soplaba viento helado. Aun así, no armamos las carpas ya que estuvimos protegidos por el enorme bloque rocoso.

Cuando terminaron nuestras reservas de agua, teníamos que tomar el agua amarga que se encontraba allá. En forma de sopa todavía era soportable, pero el té sabía a un medicamento.

La mañana siguiente amaneció despejada, el viento era mucho más suave. Janek y Justyn, acompañados por el joven Sosa, partieron al oeste para atacar el Nevado Ojos del Salado.

Al poco tiempo, también nosotros dos y el viejo Sosa retomamos la marcha. Tuvimos una mula de carga que llevaba el equipaje, además cada uno de nosotros contaba con una mula para montar. Nuestra pequeña caravana estaba encabezada por un caballo, el madrino.

Desde el Río Salado nuestra ruta nos llevaba al norte, hacia el portillo entre el Nevado Tres Cruces y el Cerro Solo. Cada tanto veíamos matas de pastizal, también nos topábamos con huellas de un zorro. Sin embargo, al poco tiempo ya no quedaba nada vivo – ninguna vegetación ni insecto. Nos rodeaba arena, gravilla y rocas, y sobre nosotros había nieve y hielo. El viento soplaba suavemente, pero tanto el terreno enorme lleno de arena plegada en forma de olas, como las rocas esculpidas de manera maravillosa por los granos de arena llevados por el viento, fueron un indicio de que en esta zona había vientos muy fuertes y frecuentes.

A medida de que subíamos, la vista era cada vez más amplia, pero el Nevado Ojos del Salado ya se había escondido detrás del cordón de cumbres negras y blancas, que lo separaban del Cerro Solo. La cumbre más colorida fue el Cerro Puntia-gudo (5.940 msnm), situado a nuestra izquierda. Las nieves en su cima aguda y en la arista brillaban sobre un fondo azul del cielo, las vertientes más bajas irisaban en todos los colores: negro, rojo, gris, amarillo y blanco.

Después de unas cuantas horas del trayecto, el terreno se volvió menos inclinado y al poco tiempo, llegamos a un pequeño arroyo, que nacía desde un campo de penitentes. Dado que no sabíamos, si más adelante encontraríamos agua, llenamos nuestras cantimploras y los termos. Sin embargo, primero tuvimos que tenerla un buen rato en las tazas hasta que bajara la arena.

Desde allá nuestra ruta llevaba por un lecho de un metro y medio de profundidad, hecho en la arena gris. Algunas partes de sus paredes estaban cubiertas de hielo, a la mano derecha salían de la arena témpanos grandes. Lo más probable era que caminamos sobre un glaciar o sus residuos, cubiertos de arena.



El camino hacia los pies del Nevado Tres Cruces llevaba a través de arenas blancas... En el fondo: el Cerro de los Patos con los restos de un antiguo cráter volcánico.



... Y luego a través de un salar cubierto de arena.

Al poco tiempo llegamos al límite argentino-chileno, al portillo sur de dos portillos que separaban el Cerro Solo de la cumbre sur del Nevado Tres Cruces. Nuevamente, no se trataba de un portillo alpino. Simplemente ascendiendo, llegamos al borde de un altiplano amplio, que se extendía hacia el norte y noreste, atravesado por múltiples quebradas de distinta profundidad, de las cuales todas se dirigían hacia el noreste.

Atravesando ese altiplano suavemente inclinado, de pronto pudimos avistar la cara este de la cumbre central y sur del Nevado Tres Cruces, la cual estaba en parte cubierta de rocas y en parte de glaciares.

Desde la parte más lejana del altiplano podíamos ver el Nevado Ojos del Salado que se encontraba a mucha distancia de nosotros. Desde ese lugar, la segunda cumbre más alta de América, cubierta de muy poca nieve, no parecía tan imponente.



El camino hasta el Portillo era muy largo. En el fondo un ancho portillo entre el Nevado Tres Cruces (a la izquierda) y el Cerro Solo (a la derecha).

Para llegar a los pies de la cumbre central del Nevado Tres Cruces, teníamos que cruzar una quebrada muy profunda, que nos cortaba el camino. Mientras que Stefan salió a buscar un desvío, Sosa, yo y las mulas intentamos cruzarla directamente.

La bajada hacia el fondo de la quebrada por una vertiente muy inclinada y a través de arena profunda, no resultaba muy difícil, pero a veces teníamos que acomodar las cinchas, dado que la carga y las sillas se caían a las cabezas de las mulas. Por la quebrada fluía un arroyo, cuyo lecho estaba formado en hielo y cuya agua llevaba consigo arena y piedras pequeñas. En las vertientes cubiertas de arena se percibían pedazos de hielo, una señal de que la quebrada entera estaba esculpida en un glaciar, probablemente muerto y cubierto de arena.

Íbamos bajando por el arroyo hasta llegar a un lugar, donde las mulas podían subir a la vertiente opuesta, que estaba muy inclinada. Además, en cada momento podíamos toparnos con un témpano saliente de la arena, pero las mulas pisaban con cuidado, como si hubiesen presentido un peligro. De vez en cuando pegaban con el casco contra el hielo, pero no se resbalaban. Llegamos a una parte muy inclinada, de la cual los animales se salieron con dificultad, resbalándose en el hielo totalmente cubierto de arena.



A los pies del portillo... ¡Agua! Un arroyo entre las arenas que cubren un salar. En el sombrero del alpinista se encuentra una máscara que protege del viento y unas gafas de sol.



Las mulas saciaron la sed... Aunque tomaron con desgana, ya que el agua estaba llena de arena.

Más adelante, el camino se volvió mucho más fácil. De las arenas engañosas pasamos a gravillas seguras, donde se nos unió Stefan. Al poco tiempo llegamos a los pies de una arista rocosa entre dos cumbres, donde Sosa rápidamente bajo nuestro equipaje de las mulas y tomó de inmediato el camino de vuelta. En caso contrario, no hubiese alcanzado llegar al Río Salado antes de la noche. Tomó un camino más fácil, el mismo que había encontrado Stefan. Quedamos en volver a encontrarnos después de cinco días, por lo que nos quedaban cuatro días y medio para alcanzar la cumbre.

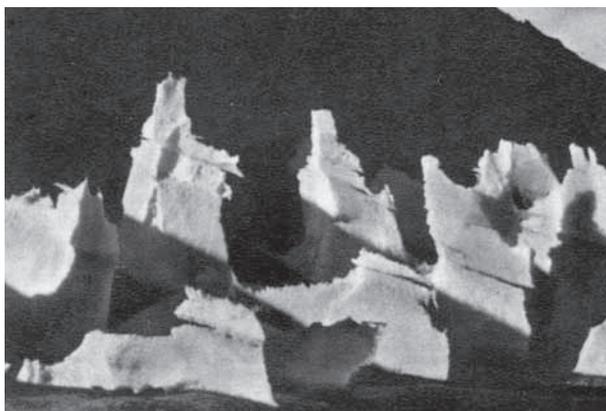
Armamos la carpa a unos 5500 m de altura, bajo la protección de un enorme bloque rocoso. Al lado pasaba un pequeño arroyo, que nacía desde un glaciar colgante sobre el portillo sur. Por la noche, el agua se congelaba y por el día fluía, lleno de arena. Por el otro lado de la carpa se encontraba un campo grande de penitentes. No había ninguna vegetación. El paisaje tenía múltiples colores de rocas, nieve y cielo, pero estaba totalmente muerto.

Por la noche cayó un poco de nieve, pero el día despertó despejado, aunque frío y ventoso. Desayunamos rápido, desarmamos el campamento y partimos.

Arrancamos rápido, pero continuamos muy lento. Fuera lo que fuera, nos encontrábamos a la altura de 5.500 msnm. Era una altura desconocida en los Tatras, sin embargo el peso del equipaje superaba los 20 kilos por cabeza, lo que era común en el montañismo polaco. Estábamos abastecidos de todas las cosas necesarias, y algunas inútiles, para pasar cinco días en una zona, donde la presión



El campamento lo armamos junto al campo de penitentes...



... Que suelen tener distintas formas.

atmosférica era dos veces más baja que a las orillas del mar. El talud andino resbaladizo también facilitaba el movimiento... Hacia abajo.

Caminamos cuesta arriba en zigzag por la superficie de talud que se resbalaba hacia un gran barranco que, a su vez, caía del portillo situado bajo la cumbre central. El barranco, o más bien un valle bastante grande, estaba lleno de hielo. Observando ese glaciar, llegamos a la conclusión de que necesitaríamos cuerdas y ganchos para el hielo.

Tras una caminata bien larga, llegamos al borde de una vertiente muy empinada que caía hacia el barranco. Desde allá, el barranco con el glaciar parecían más accesibles, pero nos dimos cuenta, lo que lamentamos mucho, que bajar hacia él significaría una pérdida de unos 100 metros de altura.

Sobre nosotros se alzaba un amplio y alto precipicio rocoso que parecía peligroso. Desviar esa parte hacia la izquierda hubiese alargado mucho el camino, tampoco estaba mucho más seguro y, además, también hubiésemos perdido en la altura. Decidimos por la pérdida de los valiosos 100 metros de altura con las mochilas pesadas, requería una buena reflexión. Empezamos a observar el precipicio más detalladamente. En la parte superior de la montaña percibimos una raya; si bien era dudosa, estuvimos dispuestos a probarla, tras lo cual nos dirigimos hacia ella.

El acceso hacia los pies del precipicio llevaba a través de una vertiente inclinada y cubierta de talud, la cual a medida de que subíamos, se volvía más empinada. En algunas partes estaba tan inclinada, que el talud no se podía mantener, por lo cual la vertiente estaba desnuda, cubierta solamente de barro liso quemado por el sol. Sin botas con ganchos y un piolet hubiese sido imposible atravesar esa parte. Por fin, podíamos descansar sentados en una cómoda repisa. No había posibilidad de atacar el precipicio ni por el lado derecho ni por el izquierdo, pero apareció una chance justo sobre nosotros y fue ella la que nos había animado. Si bien vimos solo un fragmento pequeño del precipicio, lo asumimos como prueba de que más arriba la vertiente estaba menos inclinada. Volvimos a subir.

Al principio las rocas no eran difíciles de escalar, pero muy desagradables. Los bloques enormes estaban muy sueltos y podían caerse en cualquier momento. Aun así seguimos adelante. Al poco tiempo llegamos a una roca maciza muy empinada.

De pronto, apareció una estrecha repisa de roca que nos invitaba a ir hacia la derecha. Si bien la repisa estaba cómoda, pronto se convirtió en una cornisa muy estrecha que, lamentablemente, desapareció en el borde. Nos parecía escalar hacia arriba justo al lado del borde

Empezamos una verdadera escalada, algo que, si bien muy común en los Tatras, se debería evitar a alturas superiores a 6.000 msnm. Dejamos las mochilas en la repisa y nos amarramos con una cuerda. Primero partió Stefan, sin mochila. Es verdad que la roca estaba muy pendiente o incluso vertical, pero sus capas estaban formadas de manera muy ventajosa y no había hielo. Stefan sacó alrededor de 30 metros de la cuerda. Después me tocó a mí empezar la escalada.

En los Tatras, ese tipo de escalada se podría clasificar como difícil. En nuestra situación, a esa dificultad habría que agregar un par de metros de altura y un peso de 20 kilos en la espalda. Por lo tanto, cada escalón, por más pequeño que fuera, justificaba un corto descanso para tomar nuevas fuerzas. Todo lo malo tiene su fin: terminó la pared pendiente y la placa lisa y por fin pude subir a una cómoda plataforma de talud, escondida entre las rocas tristes, desde la cual me aseguraba Stefan.



El día siguiente empezamos el ataque al Nevado Tres Cruces.

En este portillo armamos el siguiente campamento. En el fondo a la izquierda: el Nevado Ojos del Salado.



De esa manera, llegamos a la plataforma. Lamentablemente, una de las mochilas se había quedado en la saliente de roca. No hubo forma de subirla con la ayuda de la cuerda, por lo cual Stefan tuvo que bajar y volver a subir con la mochila en la espalda.

Las próximas rocas sobre nosotros para subir nuevamente estaban muy alejadas. Tuvimos que volver a escalar, con la diferencia de que la pared pendiente y la placa lisa sustituyeron una grieta vertical y un travesaño expuesto bajo un bloque peligroso. Esa vez yo empecé a escalar primero, hice la ruta tres veces, una de ellas con mochila. Desde allí el camino seguía más fácil, por lo cual podía guardar la cuerda. Antes de que lo consiguiera, empezó a nevar. Logramos pasar ese tramo difícil justo en hora.

Casi sobre nuestras cabezas, hacia la izquierda se encontraba un precipicio grande y peligroso, pero justo sobre nosotros había un camino (obviamente en sentido del montañismo), formado de rocas, talud vertical y pedazos de nieve. Las rocas eran quebradizas y algunas estaban congeladas, el talud se resbalaba, la nie-



Es difícil avanzar cuesta arriba a una altura superior a los 6.000 msnm... En el fondo a la derecha: el Cerro de Nacimiento, a la izquierda: el Nevado González.

ve a veces llegaba hacia la cintura, la arista todavía quedaba lejos y la mochila estaba cada vez más pesada, pero solo era cuestión de paciencia y perseverancia. A veces con las botas se formaban los escalones en el talud resbaladizo, otras me metía en la nieve – había varias maneras de seguir adelante.

Al poco tiempo dejó de nevar, pero por la tarde, cuando llegamos a la arista, la nieve volvió a caer con mucha intensidad. Además, nos dio la bienvenida el viento del oeste, fuerte y helado. La visibilidad no era mayor que a unos cuantos metros.

La arista, tal como ocurre en los Andes, no era precisamente una arista. Se trataba de una cresta de la montaña con llanuras, valles cerrados y montañas. Nos encontrábamos a la altura de unos 6.100 msnm, es decir alrededor de 100 metros sobre el portillo pegado al macizo de la cumbre central del Nevado Tres Cruces. Íbamos a perder, entonces, los 100 metros que nos ahorramos por la mañana.

Para descender al portillo, teníamos que atravesar una pequeña arista. Caminaba justo detrás de Stefan. Acercándonos a la arista, de pronto sentí un pinchazo fuerte en dos puntos de la frente. Me di cuenta enseguida que se trataba de chisporroteos, que se produjeron en el sombrero, en el lugar donde estaban colocadas mis gafas de nieve adicionales con la montura metálica.

Cuanto más cerca de la arista, más fuerte sentía el pinchazo. Aun así, tenía que atravesar la arista, por lo cual en los últimos metros me puse a correr olvidando

el cansancio y la altura. En el lado opuesto, rápidamente descendí corriendo por el talud resbaladizo, pero los pinchazos en la cabeza eran cada vez más fuertes. Las gafas estaban amarradas al sombrero con unos imperdibles, pero a causa del viento fuerte y la ventisca no quería quitarme el sombrero. Me frotaba la frente e iba descendiendo rápidamente. Recién varios metros abajo el pinchazo cedió, pero sentí un fuerte dolor de cabeza detrás de las orejas, que perduró durante una hora.

Todo el tiempo caminé con el piolet en la mano, sin embargo los chisporroteos se concentraron en mi cabeza. Stefan pasó por la arista antes y los sintió mucho menos.

Tras pasar por un tramo de roquitas sueltas cubiertas de una capa gruesa de nieve, por fin empezamos a descender hacia el portillo, sobre el cual encontramos, entre los bloques rocosos, un lugar para acampar, lleno de piedras, pero protegido del viento. Una hora más tarde estábamos acostados en la carpa y envueltos en los calurosos sacos de dormir, tomando leche sabrosa. Fuera seguía nevando y soplando fuertemente, lo que, en la cómoda carpa de Akar Ramada, no tenía porque preocuparnos hasta la mañana siguiente.

El día amaneció despejado, el viento se había tranquilizado. Ante nosotros, sobre el fondo del cielo helado, se alzaba la cumbre central del Nevado Tres Cruces: una pirámide cortada, cubierta de nieve recién caída.

Dado que volveríamos a ese mismo campamento por lo noche, partimos sin mucho peso. El barómetro aneróide, que estaba muy grande y pesado, podíamos dejarlo en la carpa, porque la escalada del día anterior lo había dañado: indicaba alturas extrañas, más fantásticas que los mapas americanos. Sin embargo, los clichés no se habían roto, así que las podía llevar conmigo junto a la cámara.

Al poco tiempo llegamos a una llanura en el portillo cubierta de nieve. Desde allí hacia la cumbre llevaba un glaciar empinado. Nos interesó sobre todo su superficie, en la que averiguar si era necesario cavar escalones o no. En sus paredes, bajo la nieve se veían rocas pequeñas.

Al principio, la pendiente no era tan fuerte, pero con la altura la pared estaba cada vez más empinada, por lo cual empecé a hacer muchas paradas con la excusa de observar el paisaje, pero en realidad para recuperar la respiración. La vista era maravillosa. Entre otras cumbres también podíamos ver el Nevado Ojos del Salado. En alguna parte de sus vertientes se encontraban nuestros colegas.

Durante una parada más larga sacamos varias fotos. Después volvimos a subir por una superficie cada vez más pendiente. Stefan, quien tenía más fuerza, iba delante de manera oblicua. La inclinación era variable, a veces tan empinada que teníamos que hacer anclajes en la nieve congelada. La nieve tenía estructura ventajosa de tal manera que no teníamos que hacer los anclajes golpeando con el piolet, sino bastaba con unos cuantos golpes con la bota. Alguna vez, Stefan se hundió en una pequeña grieta cubierta de nieve, pero nunca más profundo que hasta el pecho, por lo cual decidimos no amarrarnos con cuerdas.

Al inicio quemaba el sol, pero finalmente se levantó el viento y trajo nubes. Alrededor de tres horas después de salir del campamento, todo el paisaje estaba

cubierto de nubes y solo de vez en cuando aparecía la cumbre sur del Nevado Tres Cruces. Cuanto más arriba, tanto más profunda estaba la nieve, sobre todo en las partes menos inclinadas. La visibilidad empeoraba, pero aún podíamos llegar a ver a unos 100 metros de distancia.

Después de atravesar la nieve profunda hasta la cintura en una parte poco inclinada del glaciar, llegamos a unas cuantas rocas a su izquierda. El viento se intensificó, nevó cada vez más fuerte, la niebla se volvió más espesa. Sin embargo, nuestra ropa de capas nos protegía del viento, mientras que la nieve la podíamos sacudir. Tampoco nos preocupaba la niebla, ya que el camino hacia la cumbre lo habíamos encontrado antes. Incluso estaba bastante contento porque gracias a la niebla sin mala conciencia podía dejar en las rocas la cámara bien pesada y los clichés.

Se hizo bastante tarde. Calculamos que, sin imprevistos, nos faltaban dos o tres horas por caminar. Además, aunque era Stefan quien abría paso, yo ya estaba muy cansado.

Un alpinista dijo una vez que había que ser optimista para poder alcanzar cumbres en el Himalaya, lo que vale también para los Andes. Motivados y optimistas, dejamos todo lo que pesaba y no era imprescindible en las rocas y continuamos el ascenso. Además, a causa de mi cansancio decidimos que Stefan continuara sin considerarme y yo, según como me sentía, fuera a seguirle o esperarlo en algún lugar. Para hablar de éxito de la expedición no tenía ninguna importancia, cuál o cuántos integrantes conseguían la cumbre.

Stefan arrancó y, de inmediato, desapareció en la niebla espesa, mientras que yo me acurruqué bajo la protección de las rocas y soñé con estar en una carpa caliente tomando un té o comiendo un costillar asado de cordero en Tres Quebradas. Sin embargo, después de un cuarto de hora me di cuenta, que debería ascender por lo menos un poco más para encontrarme con Stefan en su camino de vuelta, ya que la niebla estaba muy espesa y la nieve y el viento borrraban rápidamente las huellas. Además, finalmente descansé bastante y quizás fuera capaz de ascender la cumbre. Me puse a caminar cuesta arriba.

Literalmente, hundía mi nariz en las huellas de Stefan que estaban desapareciendo y atravesaba la nieve profunda hacia arriba. Al poco tiempo, el terreno se volvió mucho más inclinado, pero la nieve estaba menos profunda, por lo cual podía caminar más cómodo. Las huellas desaparecieron y llegué a la conclusión de que había desviado el camino de Stefan. Me encontré con la nieve dura y congelada, en la cual tuve que hacer anclajes con el piolet. Volví a hundirme en la nieve profunda y me topé con un balcón de nieve bajo un cinturón de rocas.

La visibilidad no era mayor que a unos cuantos metros, pero recordé de mis observaciones de la mañana que tenía que pasar por el lado izquierdo de ese cinturón de rocas. Tras un cuarto de hora me encontraba sobre las rocas, donde el remolino del viento se había convertido en un simple viento, la niebla se había diluido y casi había dejado de nevar. Caminé quince minutos más sobre la nieve congelada hasta encontrarme con Stefan en la cumbre que resultó inesperadamente



... Pero por fin alcanzamos la cumbre central del Nevado Tres Cruces. Los restos del cráter de un antiguo volcán.



Así se ve la cumbre desde lejos. La cumbre central del Nevado Tres Cruces; vista desde el sur.

cercana. Estaba formada de una estrecha y casi horizontal arista de varias decenas de metros, los restos del borde de un antiguo cráter volcánico.

Cuando hace buen tiempo, la vista debe ser muy amplia y maravillosa. Nosotros, durante un momento, veíamos por el agujero entre las nubes la cumbre norte del Nevado Tres Cruces, lejos bajo nosotros. Además, durante un instante apareció la cúpula entera de la cumbre sur, la cual, contra nuestras expectativas y los indicios de los mapas de la comisión de fronteras, se alzaba levemente sobre nosotros. Quizás se tratara de una ilusión, un espejismo. Fuera lo que fuese, puso en duda el montecillo de piedras que formamos en la cumbre central.



Dos días después alcanzamos también la cumbre sur del Nevado Tres Cruces... La vista desde el este. Se puede ver un glaciar.



... Cuyo pico se ve así. Una foto hecha desde el borde del cráter antiguo. Hacia la derecha se extiende un campo de firn, donde nace un glaciar que cae hacia el sur.

Como suele ocurrir, el descenso resultó ser una carrera contra el tiempo, ya que había empezado a anochecer. Apenas ganamos. En el portillo, Stefan se hundió hasta la cintura en una grieta cubierta de nieve, lo que puede ser muy desagradable, sobre todo si el afectado está muy cansado. Le ayudé salir.

Una subida corta hacia nuestra carpa requería un gran esfuerzo. Una vez más podíamos comprobar, que a grandes alturas los campamentos debían estar armados de tal manera, que al volver los alpinistas no tuviesen que ascender, ya que incluso una subida pequeña puede sobrepasar las fuerzas de gente muy cansada. En el Himalaya, por ejemplo en Nanga Parbat, había incluso casos de que los alpinistas se morían a pocos pasos de las carpas salvíficas.

Nuestra subida hacia la cumbre duró casi siete horas y el descenso una hora y media. A esas alturas, donde el contenido del oxígeno en el aire es más bajo, se trata de una proporción del tiempo de ascenso y descenso adecuada.

El día siguiente amaneció soleado, por lo cual pudimos secar nuestra ropa, empapada durante la expedición. Desarmamos el campamento y nos dirigimos lentamente por la amplia arista hacia el portillo (6.000 msnm), situado directamente bajo la cumbre sur del Nevado Tres Cruces, desde donde esperamos encontrar un camino más fácil hacia el lugar, donde nos iban a esperar las mulas. Efectivamente, nos dimos cuenta de que la bajada sería menos complicada y nos separamos, ya que decidimos intentar ascender a la cumbre sur. Si bien ésta nos pareció más alta el día anterior, no teníamos pruebas convincentes de que realmente era la más alta del macizo Nevado Tres Cruces, pero aun así valía la pena subirla para asegurarnos de que habíamos logrado la cumbre más alta.

Dado que Stefan estaba cansado después de la expedición del día anterior, durante la cual estaba a cargo de abrir paso y cavar los escalones, bajó al campamento a la altura de 5.500 msnm, el lugar del encuentro con Sosa y las mulas, donde pensaba sacar fotos, mientras que yo pasaría la noche solo en el portillo e intentaría de ascender la cumbre sur el día siguiente. Me sentía mucho mejor, al parecer recién en ese momento mi grado de aclimatación fue suficiente.

En la cumbre sur de ese lado no había mucha nieve. Más bien se podían encontrar grandes cantidades de nieve y glaciares en el lado menos soleado, es decir el lado sur y este, hacia donde los vientos del oeste trasladan la nieve. De esta manera, la cumbre sur del Nevado Tres Cruces contaba con enormes glaciares en sus vertientes sur y este.

Al norte el camino hacia la cumbre estaba cortado por unos cinturones de rocas que parecían peligrosas. Era de suponer, sin embargo, que había pasos más accesibles y que podía intentar ascender. Además, quería lograr la cumbre, por lo que no me quedaba otra posibilidad.

Stefan me ayudó a montar la carpa un tanto debajo del portillo por el lado este, tras lo cual partió hacia su campamento unos cientos metros más abajo. Cociné sin prisa y me acosté a las cinco o seis de la tarde.

Cuando me desperté, todavía estaba de noche, pero aun así decidí partir de inmediato. Saqué la cabeza y los hombros del saco de dormir, pero hacía tanto frío en la carpa que estaba cubierta por dentro de escarcha, que solo encendí una vela gruesa y rápidamente me volví a meter en el caluroso saco de dormir. Este tipo de calefacción es eficiente en una carpa pequeña con paredes dobles. Al poco tiempo, pude empezar a preparar el desayuno diluyendo el hielo que había recogido el día anterior.

Cuando estaba preparado para partir, ya estaba de día y el sol calentaba. El tiempo jugaba a mi favor, pero imaginaba que iba a cambiar alrededor de mediodía, como solía ocurrir en los últimos días. Ya que la próxima noche iba a pasar en el mismo lugar, dejé la carpa armada.

En zigzag, empecé a subir por pedazos de nieve o enormes bloques rocosos, pero sobre todo por un talud resbaladizo, que requería mucha paciencia en cavar escalones para ascender; finalmente llegué al borde este de la cumbre sur del Nevado Tres Cruces. Desde cerca, se trataba más bien de unas cuantas costillas rocosas, cortadas por pedazos de vertientes cubiertas de talud y nieve, así como cinturones de rocas transversales. Todas las rocas estaban muy frágiles y quebradas.

Ascendía por esas costillas y barrancos entre ellas, sin poder ver mucho más adelante. Después de muchas horas de ascenso agotador, durante el cual, si bien caminé muy lento pero sin parar, finalmente, dejé atrás dos cinturones de rocas y presentí que la cima se encontraba cerca. El tiempo había empeorado hacía un buen rato, por lo cual no podía ver las cumbres, que me hubiesen ayudado orientarme y saber a qué altura me encontraba.

De pronto, se levantó un viento fuertísimo que me obligó a esconder la cabeza bajo la mochila para poder recuperar respiración en un lugar, donde la cantidad del oxígeno era más de dos veces más pequeña que en las condiciones normales. La niebla y la nieve corridas por el viento fuerte, taparon el paisaje entero de Atacama desértico. Me acurruqué bajo una pequeña roca. Empecé a dudar en que fuera capaz de conseguir la cumbre.

¿Es decir que la cima más alta del Nevado Tres Cruces no sería conseguida por la expedición polaca? Si no vuelvo a bajar ahora mismo, quizás no llegué al campamento a la altura de 6.000 msnm ese mismo día y no pueda seguir bajando el día siguiente.

El infalible baqueano Sosa llegará el día siguiente al campamento abajo, donde le está esperando Stefan, para llevarnos al alejado campamento base, atravesando las grietas engañosas del glaciar cubierto de arena y gravillas desérticas. Debe llegar antes de la noche al único lugar con pasto y agua para las mulas. Los animales sufridos por la insuficiencia de pasto en el desierto y el agua amarga, no tendrán fuerza para repetir este largo viaje pronto.

¿Y qué pasa con el clima que se ha empeorado? ¿Será un indicio de una pronta llegada del invierno? ¿O de una alargada temporada de ventiscas fuertes, que imposibiliten atravesar el portillo, que separaba a Stefan y a mí del campamento del Río Salado? Solo nos quedan alimentos y benzina para uno o dos días...

Me atormentaban estos pensamientos preocupantes.

Mientras, el tiempo volvió a cambiar repentinamente. La niebla se disipó, dejó de nevar, el viento se volvió suave. Imaginé que, entonces, alcanzaría volver al campamento, pero me tenía que dar prisa.

¿Pero qué pasa con la cumbre sin ascender? Seguirá sin ser lograda, ya que no habrá posibilidad de repetir el ataque antes de bajar de la cordillera y volver a Polonia.

Sacudiéndome de la nieve y frotando las manos congeladas, reflexionaba sobre si podía asumir la responsabilidad de la retirada sin alcanzar la cumbre. ¿Será que realmente no puedo alcanzar el destino, aunque seguir significaría achicar mis

chances de volver al campamento para pasar la noche allá? En realidad, los alpinistas polacos ya habían tenido que pasar noches sin carpas a alturas superiores, como por ejemplo durante el ascenso a la cumbre más alta de América, el Aconcagua, cuando exploraban un nuevo ascenso por el Glaciar de los Polacos.

No tenía con quien consultar el tema. Stefan se encontraba a los pies de la montaña, dos etapas más abajo, mientras que Janek y Justyn estaban atacando el Nevado Ojos del Saldado, el cual justo apareció entre las nubes. Después de una corta reflexión tomé la decisión y empecé a ascender.

Era imposible acelerar el ritmo. El cansancio y la falta del oxígeno no lo permitían. Avanzando con un paso rítmico, finalmente llegué al borde sur, el más bajo, de la arista de la cumbre. El sol se abrió paso a través de los baches de las nubes. La arista de la cumbre de más de 100 metros de longitud, el resto de un antiguo cráter de un volcán inactivo, se extendía ante mis ojos en forma de un arco y en su medio se alzaba un risco: la cumbre de la cumbre.

Poco después, el sol bajando hacia el Pacífico iluminaba al alpinista polaco, que estaba buscando anclajes bajo la nieve fresca en el risco, que suponía el pico más alto de la cumbre sur del Nevado Tres Cruces. Al poco tiempo, en una grieta de la cima más alta coloqué una lata con un papel que decía:

“La II expedición polaca a los Andes. Comisión Andina Polaca. 26. II.1937”.

Uno de los premios por el esfuerzo era para mí la vista a la cumbre central del Nevado Tres Cruces, que resultaba notablemente más baja. Como intimidada, rápidamente se tapó con las nubes negras. El resto de la vista desde la arista de la cumbre era fragmentaria. A veces aparecía entre las nubes el Cerro de los Patos, y desde esta perspectiva el bajito Cerro Solo. Al sur, el enorme Salar de Tres Quebradas brillaba en el sol. Allí seguramente hacía buen tiempo todo el día.

Alcancé visitar también el borde oeste de la arista, no mucho más bajo que el risco central. Desde el sur casi hasta el borde de la arista de la cumbre se aproximaba un gran campo de firn¹³, donde nacía un glaciar que caía hacia el sur.

El descenso nuevamente se convirtió en una carrera contra el tiempo, ya que ya había empezado a anochecer. Apenas la gané y entré en la carpa poquito después de anochecer.

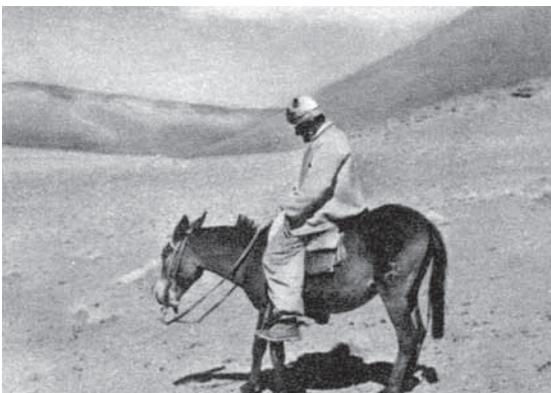
El día siguiente desmonté la carpa y la guardé en la mochila. Acompañado por un buen tiempo bajé rápidamente, dejando atrás un pequeño glaciar colgante, al campamento, donde me esperaba Stefan.

Desde el día anterior tenía un hambre feroz, lo cual demostraba que ya me había aclimatado muy bien. Me tiré encima de la comida preparada por Stefan: ya no era avena, sino salchichas, judías, duraznos y, obviamente, té, por fin en la cantidad que quería, ya que no era necesario diluir hielo para conseguir agua.

¹³ Firn -es una nieve parcialmente compactada, un tipo de nieve que ha quedado de inviernos pasados y se ha recrystalizado hasta formar una substancia más densa que la nieve fresca. De campos de firn se crean glaciares.



Glotonería después de bajar de la cumbre...



... Y el regreso al campamento en Tres Quebradas.

Me eché en la arena calentada por los rayos del sol para descansar, cuando llegó el siempre leal y solvente Sosa con las mulas. El baqueano, que ya tenía más de sesenta años, solamente picó algo rápido, después de un viaje que había durado siete horas y, de inmediato emprendimos el camino de vuelta por la misma ruta hacia el campamento a orillas del Río Salado, la fuente de vida aunque con aguas amargas. Cuando llegamos, ya había anochecido; el camino nos indicaba la fogata que había encendido el joven Sosa.

El día siguiente Stefan y yo volvimos a Tres Quebradas, mientras que el viejo Sosa se había quedado con su hermano a las orillas del Río Salado para vigilar a las mulas que querían escapar de agua amarga y mal pasto. El día siguiente Juan Sosa iría hacia los pies del Nevado Ojos del Salado al encuentro de Janek y Justyn. ¿Habrán tenido suerte?

El día 28 de febrero en la tarde, Stefan y yo llegamos al campamento base en Tres Quebradas. Allí nos dieron la bienvenida Barrera y Bordón, quienes llegaron el día anterior con carne de cordero fresca y la correspondencia polaca de El Puesto. También tenían para nosotros una sorpresa de parte de nuestro amigo, Don Juan González: nos había mandado uvas increíbles! Envueltas en paja, llegaron en un estado impecable a pesar del camino largo en la mula. El día siguiente mandamos a Bordón al campamento a las orillas del Río Salado con carne fresca y cigarrillos para nuestros compañeros (¡ojala campeones!), que estaban volviendo del Nevado Ojos del Salado.

15. La segunda cumbre más alta de América

El misterioso Nevado Ojos del Salado. El récord de las mulas.
Un campamento de lujo. La trampa de nieve.
A través de las cuatro crestas montañosas.
Recuerdo de un pasado lejano. Las montañas más áridas del mundo.
El nivel de las nieves perpetúas más alto del mundo.
Error de los geógrafos.



Antes de partir desde Polonia, nuestros planes no implicaban el ascenso al Nevado Ojos del Salado. Simplemente no sabíamos de su existencia. Por lo tanto, no figuraba en el programa oficial de la expedición, según el cual nuestros principales objetivos eran el Nevado Pissis y el Nevado Tres Cruces.

Recién de los mapas que conseguimos en Buenos Aires nos enteramos de que entre los nevados que íbamos a explorar se encontraba también la cumbre llamada Nevado Ojos del Salado. Sin embargo había problemas con definir su altura: según algunos mapas tenía altura de 6.100 msnm, conforme a otros: 6.870 e incluso 6.880 msnm.

Estábamos tanto más desorientados, que según algunas fuentes, la montaña más alta de la zona era el Nevado Pissis, según otras: alguna de las cimas en el macizo Nevado Tres Cruces, que aparentemente llegaba a tener 6.956 msnm, es decir, era más alto que el Aconcagua, la reconocida cumbre más alta de América. Esta información estaría de acuerdo con los rumores que escuchamos en la capital de Argentina, sobre que en alguna parte de esta zona se encontraba la cumbre del nombre desconocido, supuestamente la más alta de América.

¿Cómo conciliar esas contradicciones? ¿De cuál de las fuentes disponibles fiarnos? En ese momento no teníamos una respuesta. Las instituciones oficiales y competentes en Buenos Aires, entre otras el Instituto Geográfico Militar, tampoco eran capaces de resolver la cuestión. Por lo tanto, los nevados hacia los que partimos, realmente suponían para nosotros un misterio.

Sin embargo, ¿en verdad la literatura no disponía de información más detallada sobre el Nevado Ojos del Salado? Después de la expedición podía dedicar más



Mientras tanto, el Nevado Ojos del Salado estaba protegiendo su acceso. El Nevado Ojos del Salado; al frente: un cordón montañoso que nos separaba de la cumbre.

tiempo a la investigación en las bibliotecas polacas y en el extranjero y, efectivamente, descubrí que el Nevado Ojos del Salado no una sola vez había sido mencionado como la segunda cumbre más alta de América, sobre todo en las ediciones chilenas, a las que no teníamos acceso antes de la expedición. Además, resultó que de todas las alturas suscritas a la cumbre, la más fiable era la de 6.870 msnm, la que se había conseguido en base a mediciones trigonométricas, llevadas a cabo por la Comisión Chilena de Límites. En cambio, el número 6.100 msnm se refería a la altura de una de las cumbres más bajas del Nevado Ojos del Salado.

El nevado debe su nombre a su cercanía al curso alto del Río Salado, del cual está separado por un cordón montañoso: el Cordón del Río Salado, que hasta nuestra expedición no había sido nombrado.

Recién durante la estadía en la cordillera, empezamos a fiarnos gradualmente del mapa chileno (aunque tampoco privado de errores), que conseguimos en Buenos Aires a última hora, según el cual el Nevado Ojos del Salado con la altura de 6.870 msnm era la cumbre más alta de la zona.

El intento de ascender la cumbre lo incluimos en nuestro programa recién durante la expedición y con dos condiciones: primero, solo si encontraríamos el acceso a sus pies, segundo: recién después de haber logrado los principales objetivos de la expedición, es decir, el Nevado Pissis, que fue considerado la tercera cumbre más alta de América, y el Nevado Tres Cruces.

Los reconocimientos que habíamos llevado a cabo Justyn y yo desde la parte este del Nevado Ojos del Salado, no tuvieron buenos resultados. Si bien el relieve despertaba la esperanza de que por ese lado fuera posible acercarse en las mulas hacia los pies de la montaña y seguir a pie, no logramos encontrar un lugar apto para el campamento intermedio entre Sepultura y el pie de la cumbre, donde hubiera agua y pasto para las mulas.

En cambio, por el lado oeste, el Nevado Ojos del Salado estaba separado de nuestra cuenca por otro cordón de montañas muy altas. En realidad, la única esperanza fue la posibilidad de acercarse a los pies del Nevado Ojos del Salado desde el norte, pero ese acceso era muy lejano a nuestra base y también incierto.

Como había mencionado, durante el reconocimiento del día 16 y 17 de febrero, Justyn descubrió, aunque solo por prismáticos, un posible acceso a los pies del Nevado Ojos del Salado desde el oeste.

No obstante, hay que reconocer que todos estábamos de acuerdo con que las posibilidades de ascender El Nevado Ojos del Salado eran mínimas. Solo a Justyn le podemos agradecer que finalmente decidiéramos atacar la montaña.

El día 21 de febrero ambos grupos abandonaron el campamento base en Tres Quebradas y pasaron la noche a orillas del curso alto del Río Salado. Antes de que anocheciera, Justyn decidió hacer un reconocimiento en la vertiente de la cumbre situada al sur del campamento con el fin de ver por los prismáticos los detalles de la ruta que al día siguiente les acercaría a los pies del Nevado Ojos del Salado. Ya que el cielo se cubrió de nubes negras, se vio obligado a volver al campamento antes de llegar a la altura deseada.

El 22 de febrero en la madrugada Justyn y Janek acompañados por el joven Sosa abandonaron el campamento del Río Salado. Una mula de carga llevaba su equipaje, alimentos y todo lo necesario para armar un campamento a los pies del Nevado Ojos del Salado.

Una vez atravesado un gran campo, llegaron a los pies del cordón montañoso que limitaba nuestra cuenca enorme desde el lado noreste, el llamado por nosotros Cordón del Río Salado. Consistía de unas cuantas cumbres con vertientes de contrastantes colores blanco y negro y se extendía entre el Cerro Solo y el Nevado González. El Cordón del Río Salado cortaba el acceso a los pies del Nevado Ojos del Salado.

Atravesando una quebrada rocosa y, en ocasiones, superando grandes dificultades, finalmente lograron llegar a un portillo ancho en el borde sureste del Cordón Río Salado. Después, su tramo llevaba en zigzag entre cerros en forma de islas y se estrujaba por las grietas entre los penitentes. De gravilla y arena salieron paredes de hielo, que cortaron el camino, pero los alpinistas las desviaron por las vertientes arenosas, a las que las mulas subieron al parecer con el resto de sus fuerzas.

Sosa, cada vez que vio un obstáculo, insistía en que las mulas no fueran capaces de seguir adelante, mientras que Janek proponía cambio de planes y un intento de ascender el cercano Nevado González. En ese momento, la montaña mencio-



Además, el camino se vio cortado por un glaciar derrumbado. A los pies del glaciar, a la altura de 5.950 msnm, se armó el campo base para el ataque al Nevado Ojos del Salado.



También abundaban los penitentes. El paso entre ellos no siempre es tan fácil como en esta foto.

nada aún no tenía nombre; la llamamos simplemente N. El nombre se la dimos para honrar a Don Juan González, quien contribuyó con creces a los éxitos tanto de nuestra expedición, como de la de Walter Penck, el conquistador del Nevado Incahuasi.

Con todo, Justyn se empeñó en seguir adelante e insistió que el plan no se pudiera abandonar sin que fuera por una necesidad definitiva, y que las mulas pudieran y tuvieran que seguir, ya que el plan era real solo llegando en sus lomos al campamento a los pies de la montaña.

Las mulas estaban muy débiles, pero no se rendían. Sosa no estaba de acuerdo. Llegó un momento, en el que incluso Justyn dudó. De pronto, el camino se vio cortado por un umbral de hielo. Si bien ése no fue muy alto, las mulas que obviamente no cuentan con alas, no lo pudieron atravesar.

Es verdad, no tienen alas, ¡pero las podemos sustituir por espuelas!

La mula de Justyn, pinchada con las espuelas, partió corriendo hacia arriba y sufriendo torturas, logró pasar por la barrera de hielo. Con su ejemplo, también los demás animales lo lograron.

Los penitentes que hallábamos más adelante en el camino, eran cada vez más pequeños y ya no dificultaban el paso. Los podíamos desviar por la arena suave. La caravana pequeña llegó a un amplio valle cerrado, el lugar previsto para el campamento. Estábamos a altura de 5.950 msnm, el punto más alto al que logramos llegar en las mulas durante toda nuestra expedición.

Rápidamente, bajamos de los lomos de las mulas los equipajes, las alforjas y dos sillas. Al poco tiempo, Sosa y las mulas desaparecieron de nuestra vista; tuvieron que darse prisa para llegar antes de la noche a las orillas del Río Salado, el único lugar en la zona, donde había pasto, aun siendo de mala calidad, y agua. Desde arriba, Sosa encontró un desvío del umbral de hielo.

Mientras tanto, Justyn y Janek se pusieron a armar el campamento. Fue un campamento de lujo. Tenían una carpa para tres personas que resultaba muy cómoda para dos, la que permanecería montada en el campamento hasta desmontarlo por completo, ya que para el ascenso al Nevado Ojos del Salado los alpinistas contaban con una carpa de ataque para dos personas, más liviana, tipo Akar Ramada. El lugar para dormir estaba tanto más cómodo, que el suelo de la carpa se cubrió con cueros del cordero. Para cocinar usaron un hornillo tipo primus. Además, contaban con muy buenos alimentos, incluso aquellos que, por lo general, no solíamos llevar para las expediciones a pie, como p.ej. pesadas latas de conservas.

Desde el lado norte, hacia el valle caían glaciares casi verticales que brillaban en el sol. En el fondo del valle, a pasos de nuestro campamento, se encontraba un lago pequeño de poca profundidad que se congelaba por la noche y descongelaba de inmediato bajo los primeros rayos del sol. El agua, cuya fuente eran nieve y hielos derretidos, estaba dulce, porque no pasaba por ninguna superficie con residuos salados. A estas alturas casi todas las aguas de la puna son dulces; recién abajo se vuelven saladas y amargas, porque pasan por superficies llenas de sales.

Un cono simétrico y cortado de un volcán inactivo vigilaba el campamento desde el lado este. Lejos en el oeste se veía la cumbre sur del Nevado Tres Cruces, cubierta de un glaciar colgante.

Sobre las frentes de los glaciares muertos se alzaban altas y sinuosas montañas, que cortaban el acceso al invisible desde allá Nevado Ojos del Salado. Los alpinistas tenían la esperanza de que, al pasar por las crestas, la cumbre más alta fuera a aparecer a una distancia alcanzable. Contaban con seis días para alcanzarla y volver al campamento. El día siete Sosa y las mulas aparecerían a las orillas del pequeño lago congelado.

El viento de la tarde trajo nubes y nieve. La temperatura bajó bruscamente, aunque por el día en el sol hacía bastante calor. ¿Cómo será el clima en la madrugada siguiente? La fecha de la vuelta, fijada para el séptimo día, era irrevocable.

Los primeros rayos del sol rápidamente derritieron la nieve, que había caído la noche anterior, y prometían buen tiempo. Los alpinistas abandonaron el campamento; llevaron una carpa de ataque, sacos de dormir, alimentos para seis días y otras cosas de necesidad.



La altura nos agotaba cada vez más.

A través de arenas, un campo de hielo y un glaciar, finalmente llegaron a los pies de la primera cresta, que cortaba el camino. Empezaron a subir por sus laderas empinadas cubiertas de talud y rocas frágiles. El tramo, si bien objetivamente fácil, les resultó agotador, dados el peso de las mochilas y la altura (más de 6.000 msnm).

Muy cansados llegaron a la cima de la cresta en forma de copula a la altura de 6.400 msnm. La cresta estaba cubierta de rocas de varios metros de altura, que formaban un tipo de laberinto, lleno de arena.

Después de cinco horas y media del esfuerzo, armaron el campamento. El tiempo empeoraba, nevaba fuertemente. ¿El clima iba a empeorar con el paso del tiempo?

Justyn se sentía muy bien, pero Janek no se encontraba en buen estado: se cansaba muchísimo incluso con tareas fáciles, como llevar piedras pequeñas para afirmar la carpa. Por la noche cayó mucha nieve, que tuvieron que sacudir de las paredes de la carpa para que éstas no se inclinaran hacia dentro.

Por la mañana el día 24 de febrero la “playa” arenosa alrededor de la carpa estaba cubierta de una capa de nieve bastante gruesa, pero en el clima seco del desierto el sol derritió la nieve de inmediato. Ese día se demoraron más de lo normal en retomar el ascenso, ya que, además de las tareas diarias tipo derretir la nieve



Teníamos que armar unos cuantos campamentos intermedios...



... Y atravesar un laberinto de montañas desconocidas.

para obtener agua y preparar el desayuno, tuvieron que secar la carpa al sol antes de desarmarla. Además, para salir de la carpa, siempre tuvimos que esperar a que saliera el sol, en caso contrario hacía demasiado frío.

Después de atravesar la parte faltante del laberinto rocoso, los alpinistas se encontraron con una barrera inesperada. Llegaron a una arista, que se iba estrechando y estaba rodeada de todas partes por un muro de roca de altura de entre 10 y 20 o incluso decenas de metros. Las paredes de la muralla estaban casi verticales; Justyn y Stefan no contaban con una cuerda. ¿Será que el intento de ascender el Nevado Ojos del Salado terminaba allí?

Si bien era verdad que se podía dar la vuelta al muro, de ese modo se perdería mucho tiempo, que estaba limitado por la fecha de la llegada de las mulas. Una vez más Janek propuso abandonar el plan desesperante de lograr el Nevado Ojos del Salado, sobre todo, que en el horizonte, en ese mismo camino apareció una cresta empinada de glaciér enorme, que tapaba la cumbre más alta, por lo cual era imposible evaluar, que tan cerca o lejos se encontraba. A cambio, propuso ascender otro de los seismiles en la zona.

Sin embargo, Justyn también aquella vez se empeñó en seguir adelante. Si la expedición polaca no consigue la segunda cumbre más alta de América ahora, durante los próximos días, quizás los polacos no serán los primeros en lograrlo. Ha de buscar manera para superar la barrera y no ceder ante ella.

Tras encontrar la parte más baja y menos empinada de la pared, inventaron la manera más segura de bajar. Ya que no tuvieron cuerdas, armaron unas juntando todos los piolets, correas y cinturones con los que contaban.

Asegurado por esa “cuerda”, primero bajó Janek, tras lo cual Justyn bajó las mochilas. Después se quitó los zapatos para escalar con más facilidad y seguridad

y descendió el mismo. Ahora bajar hacia el glaciar ya no era complicado, aunque habían perdido 100 metros de altura, lo cual a esas altitudes no es una bagatela.

Ante los ojos de los alpinistas se extendía un enorme campo de nieve con una superficie bastante plana, aparentemente fácil de atravesar. Sin embargo, eso resultó una trampa. Ya con los primeros pasos se dieron cuenta de que el glaciar estaba cubierto de penitentes tapados de nieve. El pie o encontraba apoyo en la cima del penitente directamente bajo la nieve, o el hombre se hundía con todo su peso en la zanja camuflada entre los penitentes. Por lo tanto, fue imprescindible antes de cada paso quitar con el piolet la nieve del siguiente penitente para reconocer, dónde poner el pie y evitar hundirse, una tarea muy agotadora.

Después de atravesar los penitentes engañosos, los alpinistas llegaron a la arista oeste de la cumbre, que cortaba el camino hacia el Nevado Ojos del Salado. Al mismo tiempo que armaban el campamento en dicha arista en la altura de 6.400 m, nuevamente empezó a nevar. Aquel día, los expedicionistas se acercaron unos cuantos kilómetros hacia el destino deseado, pero no ganaran nada en altura. Por la noche el cielo se despejó y aparecieron estrellas.

Al día siguiente, el 25 de febrero, los alpinistas primero tuvieron que bajar unos pocos metros hacia un portillo que se encontraba detrás de la cumbre, la cual rodearon por el lado oeste. Desde el portillo escalaron directamente hacia arriba a la nueva cresta, que suponía otra barrera en el camino.

Al llegar a la arista de la cima de dicha cresta, pudieron comprobar que iban en buena dirección, porque finalmente pudieron ver el Nevado Ojos del Salado, por primera vez desde cerca. La cumbre rocosa se caía de manera vertical hacia el oeste y estaba privada de nieve, con excepción de los restos de la nieve recién caída.

El tramo agotador por las crestas que en ocasiones cortaban el camino todavía no había terminado. Les separaba de su destino una cumbre más de altura de 6.700 msnm. Continuaron su trabajo, esa vez con mucha esperanza de que el día siguiente fueran a llegar al destino.

Desde el lado este rodearon la cima de la última cumbre-obstáculo y establecieron el campamento en su ladera. Para montar la carpa tuvieron que construir una plataforma horizontal de piedras en la vertiente a la altura de 6.000 msnm. Por la noche empezó a caer nieve muy espesa, de ahí que pareciera dudoso el resultado del intento de alcanzar la cumbre más alta, previsto para el día siguiente. ¿De qué servirá todo el esfuerzo y perseverancia de varios días, en el caso de que el día siguiente traiga una ventisca o un ventarrón que congele el cuerpo y saque de los pulmones el oxígeno tan escaso a esas alturas? Sin embargo, la noche trajo esperanza: en el cielo despejado empezaron a brillar estrellas.

El día 26 de febrero amaneció despejado, soleado y casi sin viento, de modo que solo de nuestro esfuerzo, de las piernas, los pulmones y el corazón dependía el éxito. Esa vez, los alpinistas dejaron la carpa armada y partieron hacia arriba casi sin peso. Por la ladera este, llegaron a la arista que formaba una gran herradura abierta hacia el oeste, la cual probablemente suponía restos de un antiguo cráter

volcánico. En el borde suroeste de la herradura dos pequeñas elevaciones formaban la cima más alta del Nevado Ojos del Salado.

Los alpinistas polacos pusieron sus pies en dicha arista a las diez y media de la mañana, dos horas y media tras abandonar el último campamento y cuatro meses después de salir de Polonia. Fue así, como se conquistó la segunda cumbre más alta de América. Sin duda, fue un mérito de los dos polacos que en ese momento se encontraban en la cima más alta de América en un radio de cientos de kilómetros. Sin embargo, al éxito de la expedición, también contribuyeron nuestro baqueano Juan Sosa, el organizador de nuestra caravana Don Juan González, un polaco en Buenos Aires, Bronisław Mechlowicz, quien con mucha dedicación nos ayudó en arreglar muchas cuestiones en la ciudad, y varias personas más. Incluso los turistas de Silesia Superior en las montañas Beskides, quienes con unas cuantas monedas contribuyeron a que la expedición polaca al otro hemisferio fuera posible. La conquista del Nevado Ojos del Salado fue un éxito colectivo.

Justyn y Janek se quedaron en la cumbre durante dos horas. Construyeron un montecillo de piedras, sacaron fotos, hicieron mediciones para el mapa, disfrutaron de la amplia vista. Su mirada podía recorrer un terreno enorme sin limitaciones, desde las montañas y cordones más cercanos y conocidos hasta los más lejanos, no conocidos ni por el nombre, y todos más bajos que la cima en la que se encontraban los alpinistas.

De repente, parados en la arista un tanto más bajo que la cima más alta, escucharon un zumbido del motor. ¿Un avión? ¿Dónde? No lo pudieron ver.

De pronto, desde la vertiente oeste de la cumbre, a unos 200 metros más abajo, sobre las manchas de color cobre en el hielo se alzó una alta columna de agua, ampliándose hacia arriba en forma del penacho. Con ese géiser, el Nevado Ojos del Salado recordaba su tempestuoso pasado volcánico. ¿O quizás de esa manera quería honrar a los alpinistas polacos?

Desde la cumbre, los alpinistas por el mismo camino volvieron a la carpa armada para pasar allí una noche más. Por la tarde empezó una fuerte nevada, después de la cual todo quedó cubierto de nieve hasta los primeros rayos del sol.

El 27 de febrero, por un camino más corto que encontraron desde el Nevado Ojos del Salado, pudieron llegar en un solo día al campamento a la altura de 5.950 msnm. Allí descansaron durante 24 horas, esperando a que llegaran las mulas.

Según lo planeado, el día 1 de marzo al campamento base llegaron Sosa y las mulas, habiendo elegido un camino mucho mejor que el de ida.

En el campamento del Río Salado, donde los alpinistas iban a pasar una noche, les esperaron el viejo Sosa y Bardón que habían llegado de Tres Quebradas con carne fresca de cordero y cigarrillos. Justyn se tiró con felicidad a los cigarrillos. Como en el camino de vuelta desde el Nevado Ojos del Salado perdió la lata con tabaco, llevaba dos días sin fumar.

Los baqueanos les informaron que el segundo grupo había logrado el Nevado Tres Cruces. Justyn, que estaba a cargo de la expedición, al saber que se habían

conseguido todos los principales objetivos del viaje, por fin pudo respirar con tranquilidad.

Por la noche se escaparon las mulas, al parecer aburridas de mal pasto y agua amarga a las orillas del Río Salado. Los baqueanos temieron de que las fueran a encontrar recién en Tres Quebradas, pero, por suerte, las alcanzaron a poca distancia del campamento y las llevaron de vuelta.

Después del desayuno, todos volvieron al campamento base en Tres Quebradas. Pero antes, Jystyn y Bordón hicieron un reconocimiento. Se acercaron lo más alto que pudieron en las mulas, tras lo cual Justyn subió caminando la cumbre de talud que se alzaba justo al sur del campamento en el Río Salado.

La estadía en la cordillera llegó a su fin. Se habían logrado todos los objetivos. El tiempo empezó a empeorar. Incluso en el campamento base cayó un poco de nieve y granizó. Todavía nos quedaban por atravesar dos altos portillos para llegar a Chile, mientras que los baqueanos con las mulas tendrían que recorrer las montañas para volver a Argentina antes de que llegara el otoño, o incluso invierno, con las condiciones climáticas tan peligrosas para los aventureros que atraviesan portillos andinos.

Dedicamos un poco más de tiempo a los últimos reconocimientos en la zona, sacar fotos, completar nuestras colecciones y empaquetar las cosas. Para el día 9 de marzo habíamos fijado desarmar el campamento en Tres Quebradas y emprender el viaje de vuelta con toda la caravana.



Durante todo ese tiempo hacía observaciones meteorológicas, ya que nadie antes había investigado la atmósfera en esa parte de la puna. En realidad, los estudios meteorológicos que se habían hecho en Puna de Atacama con ayuda de instrumentos especiales, habían sido muy irregulares y, además, se habían llevado a cabo mucho más al norte del lugar donde nos encontrábamos nosotros.



Nuestra expedición no solo implicaba alcanzar las cumbres. Entre otras cosas, también llevábamos a cabo observaciones meteorológicas. Una estación meteorológica improvisada en Tres Quebradas.

Recolectábamos especies zoológicas. Lorenzo era un buen ayudante.



También el viejo Sosa resultó un excelente cazador.

Mis observaciones y mediciones confirmaron completamente que los Andes en el límite norte entre Chile y Argentina son las montañas más áridas del mundo de esta altitud.

En nuestra zona, yendo desde el este hacia el oeste, los terrenos de lluvias abundantes se convierten en terrenos áridos de manera repentina. El viento húmedo desde el Atlántico trae mucha lluvia a la ciudad de Tucumán, donde las precipitaciones anuales llegan a 1.000 mm. Las laderas este de

la Sierra de Aconquija al oeste de Tucumán cuentan con 2.000 mm de precipitaciones anuales y están cubiertas del exuberante bosque subtropical. Sin embargo, una vez atravesada la cima de Aconquija, empieza otro mundo. A los pies de las laderas oeste de ese paso montañoso se encuentra un verdadero desierto de arena que se extiende hasta la costa del Pacífico y cuenta con solo unos pocos oasis y arroyos.

En este tipo de desierto la vida es posible solo gracias a que las cumbres más altas tengan su propio clima, mucho más abundante en lluvias. Un valle o un altiplano a los pies de una cumbre alta pueden no recibir ni una gota de lluvia o pétalo de nieve durante meses o incluso años, pero las ventiscas en las cumbres altas las dejan cubiertas de nieve, la cual derritiéndose les da la vida a los arroyos.

En la puna, las precipitaciones tienen forma de nevada, pero son muy escasas. Durante nuestra expedición que tuvo lugar en el verano del hemisferio sur (diciembre-marzo), llovió, o más bien goteó, solo dos veces: en Quemadito (3.450 msnm) y en Nacimiento (4.515 msnm). En el segundo caso, la lluvia al poco tiempo se convirtió en nieve, pero cubrió la tierra solo con una capa muy fina. En el campamento base en Tres Quebradas (4.300 msnm) nevó solamente cuatro veces, pero tan escasamente que la suma de todas las nevadas era solamente de 2,5 mm. Durante nuestra estadía en la cordillera, la nieve múltiples veces cubrió las cumbres más altas, pero solo en ocasiones y hasta alturas menores de 5.000 msnm. Las nieves del invierno son las que alimentan los arroyos de la puna.

Durante la expedición no podía hacer mediciones de la humedad del aire, porque el instrumento para hacerlas se había dañado. Sin embargo, incluso sin mediciones, podíamos percibir, que el aire en la puna era extraordinariamente seco. No transpiramos ni siquiera los días más calurosos, cuando era imposible tocar con la mano las rocas calentadas por el sol. Gracias a la sequedad, por la tarde podíamos llevar la misma ropa calurosa que temprano por las mañanas en la temperatura más baja que 0°C.

Otra característica del clima en la puna son los grandes contrastes de temperatura entre el día y la noche. De acuerdo a mis mediciones, en verano la temperatura

media de día en Tres Quebradas es de 9,7°C, la temperatura máxima: 21,3°C y la mínima: 10,5°C. La diferencia más grande entre el día y la noche que pude anotar era de 24,3°C. Por la noche casi siempre había heladas.

Otro rasgo característico de esa región son los fuertes y secos vientos normalmente del oeste, que no traen lluvias. El viento del oeste en la puna es tan vehemente y frío, que algunos de los portillos andinos se pueden atravesar únicamente del oeste al este, es decir no en contra del viento.

Esos fuertes y constantes vientos unidireccionales contribuyeron a que los grandes terrenos arenosos tuvieran forma de olas. El viento vehemente y fuerte le da la forma a las piedras y a menudo cubre de arena los campos arados en la vecindad de la puna.

La velocidad más grande del viento, que pude anotar en Tres Quebradas, era de 31 m/s, lo que corresponde a 112 km/h.

La atmósfera en la puna siempre se halla cargada de electricidad. En la carpa oscura, al frotar con la mano el pelo o la seda o incluso una hoja de papel, fácilmente se generaban chispas eléctricas. En cambio, no nos tocó vivir ni una tormenta con rayos y solo una vez escuché truenos lejanos. Sobre los chisporroteos ya había hablado contando sobre la expedición al Nevado Tres Cruces.

Por lo general, el tiempo jugaba a nuestro favor durante toda la expedición, a excepción de las cumbres más altas. Sin embargo, los vientos fuertes eran un cataplasma a todas las alturas. Los baqueanos nos aseguraron de que en otras estaciones del año, el tiempo era mucho peor y atravesar los portillos muy altos era una tarea imposible.

Otra cuestión interesante, vinculada al clima de la Puna de Atacama, tiene que ver con las nieves perpetuas y los glaciares. De acuerdo a la literatura científica, el nivel de las nieves perpetuas en la Puna de Atacama es el más alto del mundo y no existen allí glaciares.

De acuerdo a mis observaciones, efectivamente el límite de las nieves perpetuas en Puna de Atacama está más alto que en ninguna parte del mundo, pero sus rasgos más detallados no corresponden a lo que habían escrito algunos geógrafos y geólogos alemanes, quienes hicieron sus observaciones por prismáticos y desde una gran distancia. De todas maneras, en muchas partes de la puna las nieves perpetuas se encuentran recién a alturas de 6.300 msnm. Además, ninguna cumbre de la Puna de Atacama sur, incluyendo el Nevado Ojos del Salado, cuenta con ella en todas sus vertientes.

Con todo, llegamos a la conclusión de que en el macizo Nevado Tres Cruces y el Nevado Ojos del Salado existían glaciares cubiertos de arena y gravilla. Quizás suponían solamente residuos de los antiguos glaciares.

Todo lo mencionado demuestra la poca información que hay sobre esa parte de los Andes. La Puna de Atacama supone un campo de investigaciones interesantes para los científicos.

16. Los enigmas de la Cordillera Domeyko

Liquidación del campamento base. La frontera no vigilada.
El campamento amargo a las orillas de un pantano.
Los ríos del desierto. La Cordillera Domeyko. El Volcán Copiapó.
La travesía arriesgada por un cenagal. Un paisaje lunar.
Construcciones misteriosas. Humo sin fuego.



El día 9 de marzo en la madrugada terminamos de empaquetar el equipaje y desarmamos el campamento base en Tres Quebradas, el que durante más de dos meses era nuestra casa, donde siempre volvíamos con alegría después de los reconocimientos o los ataques a las cumbres.

Las carpas las guardamos en sacos. Apenas quedaban alimentos. Los sobrantes paquetes de bizcochos y golosinas los baqueanos iban a llevar a Argentina.

Con cierta tristeza eché la última mirada al lugar del campamento. Lo armamos hace dos meses en el medio de unas montañas extrañas y desconocidas, que hoy en día nos son tan cercanas.

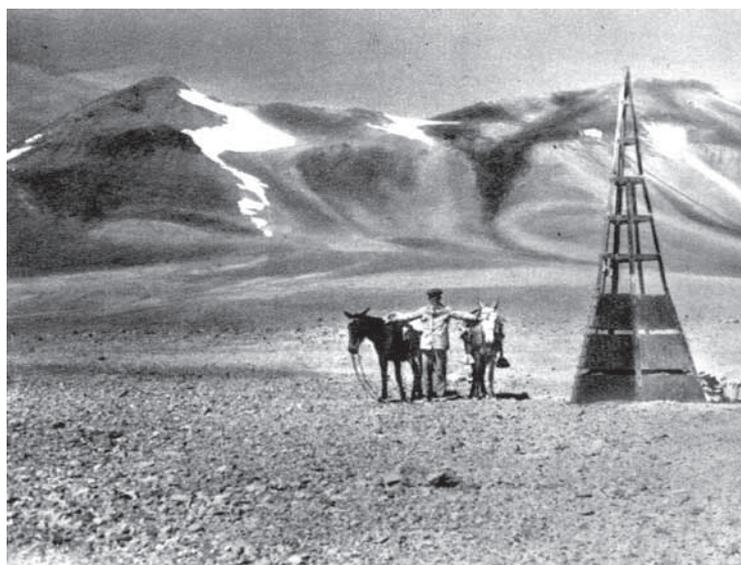
Nuestra caravana se separó de inmediato. Justyn y el baqueano más viejo, José Sosa, llevaron una mula de carga y se dirigieron hacia el este para, atravesando las laderas oeste del Cerro de Nacimiento y el fronterizo Portezuelo de la Cuesta Colorada, llegar a Chile y unirse con nosotros en Ciénega Redonda. Su objetivo era llevar a cabo investigaciones arqueológicas. El viejo Sosa sostenía que en ese tramo se hallaban rastros de las remotas migraciones indígenas, lo que despertó la curiosidad de Justyn.

Los demás tres alpinistas y los baqueanos junto a las dieciséis mulas y todo el equipaje se dirigieron hacia el oeste. Por un camino, que había conocido durante uno de mis reconocimientos, llegamos al Portezuelo de Tres Quebradas, que supone el portillo fronterizo entre Argentina y Chile.

Esa vez los penitentes no provocaron ninguna dificultad, ya que se habían derretido bastante, de manera que, en vez de recorrer la ladera empinada y arries-



Abandonando la base en Tres Quebradas... cargamos en las mulas también otros materiales científicos.



Atravesando el Portezuelo de Tres Quebradas... El poste fronterizo marcando el límite entre Argentina y Chile. En el fondo: el Cerro de los Patos.

gada, pudimos pasar por el fondo de la quebrada. No hicimos parada en el portezuelo, sino de inmediato partimos cuesta abajo por la quebrada que caía hacia el oeste, donde estaba Chile.

Dicha quebrada estaba bastante estrecha y sinuosa, de tal manera que casi nunca podíamos ver nuestro camino hacia más adelante. Las laderas cubiertas de talud y unas pocas piedras estaban muy empinadas. Estábamos pasando por el lado oeste del fronterizo paso montañoso, expuesto a los constantes vientos del oeste. A esa hora, la nieve ya se había derretido, tampoco encontramos pasto y agua.



... Nos dirigíamos hacia la Cordillera Domeyko. En el fondo: su cumbre más alta, el Volcán Copiapó.

Justo ante nosotros de vez en cuando aparecía sobre el camino sinuoso el solitario y alto cono de un volcán oscuro. Se trataba del Volcán Copiapó (6.080 msnm), la cumbre más alta de la Cordillera Domeyko y el último destino de nuestra expedición. Estábamos seguros de que lograríamos ascender a su cumbre de aspecto un poco tétrico y amenazante, lo que se daba probablemente a los colores oscuros de sus vertientes sobre un fondo mucho más claro.

La quebrada por la que avanzábamos cuesta abajo se llamaba Quebrada de Lajitas. El nombre se daba a las rocas planas, lisas y finas llamadas *lajas*, de las que estaba cubierto el camino. Sin embargo, nuestros baqueanos le dieron a la quebrada el nombre Toro Vero.

A medida de que avanzábamos, la quebrada se volvía cada vez más profunda y el volcán paulatinamente desaparecía de la vista. En el fondo de la quebrada apareció un arroyo muy estrecho, más sinuoso aún que la quebrada misma. A las orillas del arroyo crecían hierbas; se escuchaba el canto de pájaros, que al parecer no temían la gente. Incluso una vez tenía que parar a mi mula repentinamente, en caso contrario hubiese pisado una perdiz, que caminaba con sus pichones y no se apartaba del camino.

De vez en cuando hacía una parada para cautivar insectos. Después alcanzaba la caravana que avanzaba sin parar. Sin embargo, el camino empezó a fastidiarnos,

ya que no llegábamos nunca a su fin. Además, las vertientes empinadas tampoco nos dejaban orientarnos en el terreno. De pronto, sobre la quebrada cayó la sombra; solo detrás de sus curvas podíamos percibir todavía algunos rayos del sol.

Dejamos atrás pircas solitarias. En una de ellas, muy cerca del desemboque de la quebrada, vimos un pequeño montecillo de piedras con tres crucecitas hechas de palillas, una señal de que en aquel lugar había terminado el viaje trágico de tres aventureros desconocidos.

Al poco tiempo la quebrada se desenchó, sus vertientes se volvieron menos empinadas y a mi izquierda percibí un montón de altas pircas construidas de piedras negras, rastros de las remotas migraciones de los indígenas por esa cordillera inhospitalaria.

Nos alejamos del arroyo antes de que éste llegara al valle principal, que conducía al norte, hacia el Salar de Maricunga. Nosotros continuábamos el viaje por el lado izquierdo, por un camino plano y amplio, hasta llegar al valle principal sobre el arroyo que nos acompañaba durante las próximas horas. Mientras, había atardecido y teníamos muchas ganas de bajar de las mulas después de un viaje que había durado más de siete horas sin descanso.

El lugar para el campamento se encontraba a orillas de un amplio pantano que ocupaba el fondo entero de ese valle. Ese barrizal era el más grande de toda la zona, aunque llevara el nombre *Pantanilla*, producto de la debilidad de los hispanohablantes por los diminutivos. El día siguiente pudimos comprobar que ese pantano contaba con varios cientos de metros de largo y unos cien de ancho.

Nos encontrábamos a 4.085 msnm. Una pirca solitaria nos protegía vagamente del viento muy frío. ¿Dónde encontramos leña? Estaba de noche y a pocos metros de distancia no podíamos percibir ningunos arbustos que sirvieran para hacer una fogata, pero los baqueanos estaban convencidos de que cerca hubiera leña. Dos de ellos fueron a buscarla con linternas en la mano. Tardaron mucho en volver, además llegaron con manos vacías. Finalmente, encendimos un fuego muy débil, usando la capa de una de las cajas. Añadimos un poco de fertilizante seco y huesos viejos de una mula que encontramos al lado.

Además, teníamos problemas con agua: la que encontramos a oscuras estaba muy amarga. En forma de sopa era comestible, pero no servía para el té. En reserva teníamos una botella de ron y una de coñac, el único alcohol que llevamos por si acaso. Agregamos unas gotas de alcohol al té, lo cual cambió totalmente su sabor a medicina.

El 10 de marzo nos despertó el sol, el cielo estaba despejado. Dado que los baqueanos, gracias a la luz del día pudieron encontrar leña, resultó mucho más fácil preparar el desayuno. En ese lugar no íbamos a quedarnos mucho tiempo más. El único objetivo, que teníamos por cumplir, era ascender a la cumbre más alta de la Cordillera Domeyko —el Volcán Copiapó, una tarea que haríamos Stefan y yo. Sin embargo, la noche anterior Stefan sufrió dolores reumáticos y en la mañana se sentía mal, de tal modo que decidimos que Janek lo fuera a reemplazar.

De acuerdo con el mapa, Pantanilla se encontraba en el valle del Río de Barros Negros. En realidad, lo que llevaba el nombre pomposo de *río* no era nada más que un estrecho arroyo, que de repente desaparecía en la gravilla y unos cuantos kilómetros más lejos volvía a aparecer en forma de la Pantanilla, y más al norte en forma de Ciénega Redonda. Hay un dicho polaco según el cual, donde no hay pescado, incluso un cangrejo es pescado¹⁴. Así en el desierto, cualquier arroyo se llama río.

La parte norte de aquel valle denominado Valle de Barros Negros o Valle de Ciénega Redonda desemboca en una gran llanura rodeada de montañas, en la que se encuentra el enorme Salar de Maricunga. En el sur el valle se extiende hasta el Portezuelo de Desagüe (4.275 msnm), detrás del cual se encuentra el Valle del Río Astaburuaga.

No tuve la posibilidad de ver el río mencionado desde cerca, pero me puedo imaginar que durante la sequía, que es muy común para esta zona, debe ser muy parecido al Río de Barros Negros. Sin embargo, incluso los terrenos tan desérticos cuentan con precipitaciones fuertes cada tantos años. ¿Y qué ocurre entonces? No existen bosques, la esponja natural, que absorbe una gran cantidad de agua y después la devuelve a los ríos. No hay ninguna vegetación que pudiera mínimamente cumplir con la responsabilidad del bosque contra inundaciones. Además, el terreno es pedregoso. Por lo tanto, durante precipitaciones fuertes el agua corre de manera brusca y rápida; los arroyos estrechos, que de vez en cuando desaparecen, de repente se vuelven ríos revueltos. Si bien las inundaciones no duran mucho tiempo, suelen ser tan repentinas, que en las estrechas quebradas los aventureros se ven sorprendidos por ellas, lo cual es normal, ya que sobre ellos brilla el sol, mientras que llueve muy lejos en la montaña. Una quebrada por lo general seca, de repente se convierte en el lecho de un río rabioso de unos cuantos metros de profundidad. Si las vertientes empinadas de la quebrada no permiten escaparse, los aventureros sorprendidos incluso pueden morir.

Este tipo de inundación suele causar más daños que la sequía incluso a los pies de las montañas, donde se extienden viñas. Campos labrados, prados y canales de irrigación terminan tapados por una capa gruesa de arena, gravilla y rocas. Se dañan caminos y vías de tren. Las paredes de casas de barro simplemente se diluyen en el agua.

El río Astaburuaga se dirige hacia el norte, en dirección del mencionado Portezuelo del Desagüe. Sin embargo, al llegar al portezuelo gira hacia el oeste y desaparece en la Quebrada del Desagüe, cerca de la Laguna del Negro Francisco. En el caso de que crezca repentinamente, en vez de girar hacia el oeste, sigue hacia el norte atravesando el portezuelo, que no está situado a mucha más altura que el Río Astaburuaga, hasta llegar al Valle del Río de Barros Negros. De esta manera, los dos ríos se convierten por un instante en solo uno, que se dirige hacia el Salar de Maricunga.

¹⁴ En mal tiempo, cualquier agujero es puerto [nota de la traductora].

Los valles de esos dos ríos suponen el principio de un gran terreno, lleno de valles endorreicos y cuencas situadas entre las montañas. Esta zona se extiende lejos hacia el norte y abarca los siguientes salares enormes: el Salar de Maricunga, el Salar de Pedernales, el Salar de Aguilar, el Salar de Agua Amarga, el Salar de Punta Negra y el Salar de Imilac. El terreno descrito separa la cadena andina más grande de otra, situada mucho más al oeste. Se trata de la última cadena montañosa ubicada al oeste en la parte sur del altiplano desértico Puna de Atacama. Lleva el nombre Cordillera Domeyko y fue nombrada así en el año 1889 por el conocido geógrafo y cartógrafo Francisco J. San Román en honor del polaco Ignacio Domeyko.

Domeyko es muy conocido tanto en Polonia, como en su segunda patria, Chile, aunque es muy probable que en Chile tenga incluso más fama. En Polonia sabemos sobre todo que Domeyko fue un amigo de Adam Mickiewicz¹⁵, quien lo eternizó en su gran obra literaria “Dziady”¹⁶ en forma del personaje Żegota. Sin embargo, pocos polacos saben que Domeyko era un gran geólogo y especialista en mineralogía. En cambio, en Chile su nombre se asocia con un gran científico y padre de la minería en este país. Además, durante muchos años era el rector de la Universidad de Chile. El gran científico murió en Santiago en el año 1889.

En su segunda patria, Domeyko fue honrado con una medalla conmemorativa y un monumento. Se escribieron sobre él numerosos libros y artículos, su nombre llevan varios objetos geográficos. Uno de ellos es la mencionada Cordillera Domeyko.

Dado que se trata de un terreno aún poco conocido, en los mapas y en la literatura hay mucha divergencia respecto a su extensión. De acuerdo con las fuentes chilenas más fiables, la cordillera se extiende en un territorio aproximado de 500 km, empezando en el sur con su cumbre más alta, el Volcán Copiapó (6.080 msnm), dirigiéndose después hacia el norte y atravesando el Cerro Ojo de Maricunga (4.980 msnm), el Cerro Codocedo (4.610 msnm), el Cerro Bravo (5.280 msnm), el Cerro de Doña Inés (5.070 msnm), el Cerro del Bolsón (4.900 msnm), el Cerro de los Sapos (4.705 msnm), el Cerro Imilac hasta el Cerro del Quimal (4.260 msnm). Según algunos geógrafos, la Cordillera Domeyko se extiende en un territorio aproximado de 700 km: hasta los Cerros de Tátio en el norte y el Cerro de Gallina en el sur.

De todas maneras, la cumbre más alta y el único seísmil de la Cordillera Domeyko es el Volcán Copiapó (6.080 msnm), también conocido como Azufre o simplemente Volcán, lo que tiene que ver con que su forma, más que de ningún otro volcán en esta zona, se parece a un típico volcán. Su nombre proviene del nombre de la ciudad chilena Copiapó, situada a 120 km hacia el oeste. El nombre Cerro

¹⁵ Adam Mickiewicz fue un poeta polaco, cuya obra marca el comienzo del Romanticismo [nota de la traductora].

¹⁶ “Dziady” (Vispera de los Antepasados), es un famoso poema épico de Adam Mickiewicz [nota de la traductora].

de Azufre se debe a los yacimientos de azufre en su ladera oeste, que son visibles desde una gran distancia. A ellos se debe la fama del volcán, ya que anteriormente a sus pies se situaban minas de azufre.

Probablemente, esa fue la razón por la que el Volcán Copiapó se ganó más interés que los volcanes vecinos mucho más altos de la cadena principal de Los Andes. Además, esto explica porque el Volcán Copiapó a menudo figura en los atlas geográficos como el único volcán en esa parte de los Andes.

En los mapas existe divergencia en la altura de la cumbre más alta de la Cordillera Domeyko, Volcán Copiapó, que oscila entre 5.080 msnm y 6.100 msnm. El número más fiable parece ser el 6.080 msnm.

De acuerdo con lo mencionado, es evidente a primera vista que la cumbre es un volcán, actualmente inactivo. No encontré en la literatura ninguna mención sobre su última erupción, la que podía haber ocurrido hace poco, aunque de manera desapercibida. Esa zona nunca ha sido muy concurrida, con excepción de la época de explotación de azufre en las vertientes del volcán y de sal desde el cercano Salar da Maricunga.

Nosotros, los integrantes de la expedición polaca, teníamos mucho interés en ascender la cumbre más alta de la cordillera nombrada en honor de nuestro gran compatriota, con más razón que en la literatura no habíamos encontrado ninguna mención sobre alguien, quien lo hubiese hecho previamente. Normalmente, el ascenso a una cumbre tan alta requiere reconocimientos previos, durante los cuales hay que encontrar el mejor camino para llegar a los pies de la montaña y la ruta más cómoda para ascender. A nosotros no nos quedaba tiempo y la cumbre no parecía muy difícil de lograr, por lo cual decidimos atacarla sin reconocimientos.

En la madrugada Janek, el joven Sosa y yo montamos las mulas y abandonamos Pantanilla. Una mula cargaba nuestras dos mochilas, la carpa y los piolets. Teníamos pensado subir lo más alto posible en las mulas y pasar la noche en las laderas del volcán. Sosa y las mulas iban a volver a Pantanilla y regresar el día siguiente.

Al oeste de Pantanilla, a una distancia entre 10 y 20 km en línea recta y unos 2.000 m sobre nuestro campamento en el valle, se alzaba el majestuoso Volcán Copiapó. No tenía competencia en sus alrededores. Su cono oscuro resaltaba sobre el fondo del cielo y sobresalía entre múltiples montañas grises, que acentuaban el carácter tétrico del volcán enorme.

Al principio nuestro camino llevaba cuesta arriba por el valle principal a la orilla este de Pantanilla. Después con el fin de llegar al borde opuesto intentamos atravesar el pantano situado en el fondo del valle amplio y plano. Si bien al principio las mulas con paciencia buscaban en el terreno pantanoso pequeñas islas por las que pudieran caminar, de repente, en un tercio del camino empezaron a hundirse cada vez más. Las islitas ya no eran tan frecuentes y finalmente las mulas se negaron a seguir. También nosotros nos empezamos a preocupar de que la travesía pudiera terminar mal. Además, la apariencia del pantano era engañosa: los tramos malos y buenos a menudo parecían iguales, por lo que no éramos capaces de reconocer en que parte las mulas se pudieran hundir.

No nos quedaba otra solución que volver. Sin embargo, nos dejamos seducir por otro camino, más corto. El resultado fue lamentable: el terreno resultó aún más pantanoso y, en consecuencia, las mulas se hundían constantemente con las patas traseras y delanteras. Durante un instante estábamos muy preocupados. Por suerte las mulas mantenían calma. Cada vez que una se hundía hasta la cola, descansaba un rato, tras lo cual de algún modo salía a la superficie. Sin embargo, el jinete podía esperarse un mareo como en el mar, por lo que una vez que llegamos a la tierra firme respiré con alivio. Finalmente encontramos huellas recientes de guanacos que nos llevaron de manera segura a través del pantano al borde opuesto.

Nos encontrábamos a los pies del laberinto de cerros de menos altura y crestas, que nos separaban del Volcán Copiapó. Entre esas montañas se encontraban valles laterales que desembocaban en el valle principal, en el que se encontraba la Pantanilla. Decidimos avanzar un poco hacia arriba por uno de los valles laterales, tras lo cual subimos a una vertiente y oblicuamente nos dirigimos directamente hacia el volcán. Se trataba de una solución arriesgada, ya que subiendo las laderas nunca sabíamos que nos esperaba al llegar arriba y si el terreno no nos obligaría a dar demasiadas vueltas o perder metros de altura. Sin embargo, las cómodas “sillas” y los puertos facilitaban el camino; atravesar las crestas no resultaba complicado y al bajar no perdíamos mucha altura.

No había ningún rastro de un sendero, pero desde una de las crestas percibí huellas de guanacos formando una senda en las laderas de una montaña vecina. Sin embargo, ya no encontramos huellas recientes de esos animales. Sosa nos aseguró de que los guanacos estaban casi totalmente extinguidos en esa zona, causa de mucha actividad de los cazadores en los tiempos lejanos.

Los valles laterales que atravesábamos estaban secos sin ningún rastro de un arroyo, con excepción de uno, en el que mucho más abajo fluía un pequeño arroyo, bordado con mechones de sal cristalizada.

Atravesamos unas cuatro o cinco crestas; para llegar a los pies del volcán nos quedaban dos o tres más. Sin embargo, mirando por los prismáticos, me di cuenta de que las laderas del volcán estaban muy empinadas, y por eso tendríamos que abandonar las mulas a la altura mucho más baja de lo previsto y desempeñar su papel. No teníamos ganas de hacerlo y menos a esas alturas. En esas condiciones, las chances de ascender a la cumbre al día siguiente hubiesen sido mínimas por el tramo largo que quedaba por recorrer cuesta arriba.

Mirando alrededor, me di cuenta de que existía la posibilidad de ascender unos cuantos cientos de metros más en las mulas. Casi paralelo al tramo que recorríamos, se extendía una cresta mucho más alta de aquellas que ya habíamos atravesado. Si bien sus vertientes muy empinadas y rocosas parecían caer hacia nosotros, su dorso daba la sensación de un camino adecuado para las mulas. De pronto percibí un largo y estrecho barranco, por el cual sin problemas podríamos subir a la cresta, pero ¿podríamos lograrlo en las mulas?

Lo consultamos con Sosa. Ahora, tanto de él y las mulas, como de los alpinistas dependía si íbamos a lograr la cumbre. Miraba el barranco empinado sin

convicción, negaba con la cabeza la posibilidad de lograrlo, pero por otro lado, había podido convencerse por propia experiencia durante la expedición al Nevado Ojos del Salado que las mulas eran capaces de ascender por caminos con los que antiguamente los baqueanos más experimentados de Catamarca ni habían soñado. Finalmente llegó a la conclusión de que podíamos intentar.

Tras haber acomodado las cinchas y el equipaje, partimos cuesta arriba. Obviamente, todos estuvimos sentados en los animales, ya que las mulas andinas atraviesan ese tipo de laderas inclinadas solo con un jinete en el lomo que lleva espuelas. Si bien es muy común en esos países llevar espuelas enormes, los animalistas no deben indignarse, ya que sus espinas suelen estar totalmente desafiladas. A la vez son de mucha ayuda, porque las mulas tienen la mala costumbre de pararse cada tanto y, si no fuera por ser animadas con espuelas, no avanzarían nunca.

Nuestra pequeña caravana fue encabezada por Sosa quien, con la ayuda de una cuerda, mantenía el control sobre la mula de carga, a la que seguía Janek y finalmente yo. El barranco era derecho, estrecho y empinado desde el inicio. Su fondo estaba compuesto de arena, gravilla y piedras; cada tanto se veían rocas. Más arriba, el barranco se convirtió en una línea más empinada aún, que unía dos vertientes muy inclinadas de manera que era imposible subirlas. Las pobres mulas avanzaban unos cuantos pasos respirando con dificultad, tras lo cual se paraban a descansar un rato y volvían a ascender. Tenía que aferrar con ambas manos mi silla inglesa, muy poco profunda, para no deslizarme hacia atrás. Me arrepentí de no contar con una profunda silla mexicana, como mis compañeros.

En un lugar, donde el terreno se volvía tan inclinado que era imposible seguir cuesta arriba en línea recta, justo la vertiente izquierda estaba menos empinada, de tal manera que podíamos arriesgarnos a subirla y atravesarla de forma horizontal. No se trataba de una acción difícil, pero teníamos que hacerlo con cautela para que ninguna mula se deslizara y ninguna cincha se aflojara, lo que no era de descartar teniendo en cuenta la manera local de ensillar animales. No nos quedaba otra solución que confiar en las mulas y las cinchas. Después de unos zigzags empinados, por fin subimos al dorso de la cresta deseada. Por segunda vez este día sentimos un gran alivio al lograr un tramo difícil.

De inmediato nos aseguramos de que habíamos elegido un buen camino. Si bien en la cresta de vez en cuando se alzaban rocas grandes, las laderas opuestas estaban casi totalmente planas, formando un tipo de altiplano, inclinado levemente hacia el noroeste. ¡Entonces cuesta arriba! Hay chance de que mañana logremos la cumbre.

Sin ninguna dificultad atravesamos dicho altiplano y una vertiente un poco más inclinada. Después, las mulas empezaron a escalar por una joroba más empinada, que pertenecía al Volcán Copiapó. De repente, comencé a tener problemas con mi mula, que caminaba sin ganas y se paraba cada tanto, por lo que me bajé y la conduje por el tramo más complicado. Pensé que estaba muy cansada por la

altura, porque ya nos encontrábamos a 5.000 msnm. Sin embargo, de inmediato me di cuenta de que no había sido prudente no respetar la costumbre andina, según la cual el jinete no se debería bajar de la mula ni en las peores condiciones, a no ser que uno se vea realmente obligado. Arrastraba las riendas con desesperación, pero la mula terca simplemente se había negado a seguir.

Mientras tanto, mis compañeros desaparecieron de la vista. Volví a montar la mula y la intenté obligar a caminar con la ayuda de espuelas. Por fin arrancó y ya sin demorarse atravesó el peor tramo rocoso.

Sobre la joroba se extendía un nuevo altiplano, mucho más pequeño que el anterior, pero aun así bastante amplio, que caía bruscamente hacia la izquierda. Después de atravesarlo volvimos a ascender por un tipo de barranco ancho y poco profundo, lleno de rocas de distintos tamaños.

Nuestras mulas mostraban gran agotamiento, de manera que decidimos que Sosa emprendiera el camino de vuelta a la Pantanilla, considerando además que una travesía nocturna por el pantano pudiera ser peligrosa. Para armar la carpa, elegimos un lugar arenoso a los pies de un gran pedazo de nieve, cubierto de hielo brillante. Rápidamente descargamos el equipamiento de dos mulas. El Sosa de inmediato empezó a bajar. Nos volvería a buscar con otras mulas el día siguiente.

A pesar de la poca esperanza logramos alcanzar en nuestras mulas valientes la altura deseada. Calculamos que nos encontrábamos aproximadamente a 5.200 m de altura. Fue una medición a ojo, ya que nuestro barómetro aneroide se había dañado durante el viaje, de manera que dejamos de confiar en que las alturas que mostraba eran por lo menos próximas a la realidad. El hipso-termómetro también dejó de ser fiable.

El tiempo nos seguía acompañando. De un pedazo de la nieve goteaba agua, con la cual llenamos nuestras botellas y termos; unos cuantos pedacitos de nieve dejamos preparados para la mañana, sabiendo que por la noche el agua se congelaría. Con los piolets igualamos la superficie en la que armaríamos la carpa; para dormir más cómodos apartamos todas las piedras. Nuestra pequeña carpa de ataque estaba calurosa y cómoda.

Antes del amanecer, me asomé de la carpa para revisar el clima. En el cielo frío y despejado brillaban estrellas, casi no había viento. Nos pusimos a preparar el desayuno y cuando nos llegaron los primeros rayos del sol que calentaron el aire abandonamos el campamento.

Empezamos subiendo por un terreno muy inclinado hasta llegar a una especie de cauce ancho que de manera muy inclinada llevaba cuesta arriba, casi hasta la cima.

Subíamos por talud, pero ¡qué tipo de talud! En esa parte de los Andes el talud es muy común, además a menudo apilado de manera tan pendiente que parece imposible que no se cayera bajo su propio peso. Sin embargo, con cada paso se resbala, por lo tanto hay que tener mucha paciencia al subir.

Por motivos de la gran altura no era fácil avanzar: con las botas teníamos que formar escalones de manera muy cuidadosa para evitar que las piedras se resbala-

ran bajo el peso del cuerpo. Cada movimiento repentino provocaba la detención de respiración. Nos encontrábamos a una altura, donde la cantidad del oxígeno en el aire es el 50% menor que a la altura del mar. Por lo tanto, avanzamos en tempo de una tortuga, haciendo varias respiraciones por un paso.

A la derecha de nuestro tramo difícil se extendía un campo de nieve, pero su superficie inclinada brillaba con hielo. Escalar por allí hubiese significado un trabajo duro dada la necesidad de hacer escalones con la ayuda de los piolets.

Tras varias horas del esfuerzo agotador, llegamos sobre el nivel de la nieve y logramos subir a las rocas al lado derecho. Dado que estaban muy frágiles y apenas se mantenían, teníamos que caminar con mucho cuidado, pero preferimos caminar por allí, que por el talud resbaladizo. La escalada resultaba bastante fácil.

Continuando nuevamente por el talud, finalmente alcancé la arista norte de la cumbre sobre la silla, detrás de la cual se encontraba el risco tan visible desde la Pantanilla. Janek, quien supuestamente intentó ir por un camino más fácil, se dirigió hacia la izquierda y, en resultado, se quedó atrás. Mientras, yo me dirigí hacia la parte oeste de la arista que unía la cumbre principal de nuestro volcán con otra, más baja.

Seguía ascendiendo un poco por debajo del borde de la arista entre las rocas de formas extraordinarias. Algunas se parecían a enormes y hermosas conchas del mar, más grandes que el hombre. Fue una obra del viento: ¿cuántos siglos se habrá demorado en esculpir las? De repente, tras ascender a un bloque rocoso, tuve la sensación de haberme encontrado en una alta chimenea de una fábrica. Me rodeaba solamente el aire. Había llegado a la cumbre más alta del Volcán Copiapó (6.080 msnm). Las montañas en 30 km en la redonda habían disminuido increíblemente. Todavía en ninguna cumbre andina había experimentado la sensación de estar colgado en el aire, ya que siempre en vecindad había otros gigantes montañosos. Ninguna de las cumbres que habíamos realizado se encontraba tan aislada.

Con excepción del viento frío, el tiempo nos acompañaba, el cielo estaba despejado. Únicamente una niebla casi imperceptible tapaba un poco el horizonte en el oeste, hacia el Pacífico. Lo que más resaltaba era el principal cordón andino en el este con sus gigantes nevados: el Nevado Tres Cruces, el Nevado Ojos del Salado, el Cerro de Nacimiento, el Cerro de los Patos, así como, más al sur, el Nevado Pissis. Todas estas cumbres ya eran nuestros conocidos, en la cima de cada una de ellas se encontraba un montecillo de piedras que habíamos construido a lo largo de los meses pasados.

Al norte brillaban los 25.000 hectáreas del Salar de Maricunga y más lejos, en el horizonte, el brillo blanco revelaba la presencia de otro territorio de sal, alejado por unos 110 km el Salar de Pedernales.

Hacia el lado contrario, casi a mis pies se extendía la gran Laguna del Negro Francisco (4.136 msnm) que no contenía sal, lo que fue un fenómeno en esta cordillera salada. Sin embargo, lo que más destacaba, fue el resto del paisaje: alrededor se extendía un laberinto enorme de montañas sin nieve, cerros, crestas y altiplanos:

blancos, negros, grises, rojos, verdes y amarillos, atravesado por otro laberinto de múltiples quebradas y valles. Entre las montañas no cubiertas de nieve ninguna resaltaba especialmente.

El territorio entero carecía de vegetación: los colores mencionados tenían su origen en las rocas y la arena, en la sal, la nieve, las nubes y el azul del cielo. Ante mis ojos se extendía un verdadero paisaje lunar.

Estaba como paralizado en la cima del volcán inactivo, sin poder quitar la vista de ese terreno muerto, misterioso y tétrico. El viento frío me tiraba las gotas de la lluvia en la cara.

¿Lluvia? ¿Pero de dónde? Sobre mí se extendía un cielo despejado; unas cuantas nubes blancas y no peligrosas se encontraban mucho más lejos hacia el oeste. En la cima del volcán no había ni nieve, ni hielo, sino rocas quemadas por el sol y secadas por el viento. Intentaba explicarme el origen de las gotas misteriosas, pero en ese momento no podía encontrar la respuesta.

Al poco tiempo llegó Janek. Finalmente había abandonado su camino y seguía por el mío. Ahora ambos intentamos entender el origen de las gotas misteriosas, cada tanto traídas por el viento, pero no encontramos una explicación satisfactoria.

Si bien no encontré ninguna mención sobre alguien, quien hubiese ascendido a la cima del volcán antes que nosotros, recordando la existencia antigua de los yacimientos del azufre en sus laderas, consideré la posibilidad de encontrar rastros de alguna presencia anterior en esta cumbre, por lo que empecé a buscar.

La alargada cima del volcán (los restos del cráter antiguo) está formada por una arista estrecha y casi horizontal de dos pasos de anchura y unos cuantos de longitud. En el punto más alto de aquella arista vislumbré unas cuantas piedras ordenadas de manera artificial. No se trataba de un montecillo que suelen apilar en las cumbres los alpinistas, sino simplemente de piedras ordenadas en forma de una línea poco regular.

Me arrodillé y me puse a revolver las piedras. Encontré unos cuantos pedacitos de huesos y de leña carbonizada, un indicio de que alguien había llegado allá antes que nosotros. ¿Pero quién fue y cuándo?

Si bien los huesos y los pedazos de la leña parecían muy viejos, no podía adivinar desde cuándo se encontraban allá. De todas maneras, alguien encendió una fogata en la cima del volcán, a más de 6.000 m de altura. ¿Para qué alguien hubiera intentado encender una fogata en la cima expuesta al viento fuerte, habiendo podido encontrar un lugar protegido entre las rocas un poco más abajo?

La única explicación que se me ocurría era que los trabajadores de la mina de azufre habían organizado una escapada, aunque eso parecía muy poco probable. Es que los mineros por lo general bajan para descansar y no suben. ¿O quizás se trataba de cateadores? ¿Pero por qué hubiesen encendido una fogata en el lugar más ventoso en un radio de muchos kilómetros?

Entre las piedras no encontramos nada que nos hubiese revelado al menos una parte del misterio. Sin embargo, por los prismáticos, en el portillo que unía la

cumbre principal con la más baja cumbre oeste, pudimos vislumbrar algo, que se parecía a una pirca, aunque no estuvimos seguros de poder reconocerlo bien.

De pronto, mucho más abajo, cerca del lugar donde dejamos nuestra carpa, percibí un puntito blanco moviéndose. Llegué a la conclusión de que era una de nuestras mulas blancas, lo que significaba que Juan Sosa ya había regresado para buscarnos y llevarnos a Pantanilla. Aunque el sol aún estaba muy alto, tuvimos que abandonar la cima. El camino hacia Pantanilla era muy largo.

Una vez más miré a mi alrededor. ¡Puna de Atacama! ¿Qué sentido tiene compararla con la luna? No existe ninguna otra región como esta: un desierto sudamericano en el medio de la montaña alta; colorido aunque muerto, fascinante aunque amenazador.

Partimos cuesta abajo por otro camino directamente hacia la parte superior del cauce cubierto de talud.

Apenas avanzamos unos cuantos pasos, de repente vimos algo totalmente sorprendente a la altura de 6.000 msnm, en la cumbre de ese aislado volcán inactivo, dentro de un amplio desierto montañoso. A unos 30 metros de distancia de la cima, al lado derecho de la arista por la que ascendimos a la cumbre, podíamos admirar una obra trabajosa, hecha con manos desconocidas: una gran plataforma construida de piedras colocadas en la ladera inclinada, justo por debajo del borde de la aris-



Restos
de antiguas
construcciones
prehispánicas
en el Volcán
Copiapó.

ta. Aquella plataforma habrá tenido unos tres o cuatro metros de anchura y otros siete u ocho de longitud. Por un lado estaba apegada a las rocas de la arista, los tres demás lados caían de manera casi vertical. Se habrá dedicado muchísimo trabajo a construirla, teniendo en cuenta que a esa altura dar un simple paso significa un gran esfuerzo. Casi cada roca de la construcción sólida había tenido que ser cargada desde abajo, ya que a esa altura solo había roca maciza.

Al subir a la plataforma, percibimos que algunos metros detrás de ella se encontraba otra, muy parecida, pero bastante más pequeña, de unos 2×2 metros. No encontramos nada en las plataformas, ni en sus alrededores, pero tampoco teníamos mucho tiempo para buscar.

¿Qué explicación tiene la presencia de estas construcciones misteriosas en ese lugar? ¿Quién, cuándo y para qué las construyó? ¿Estaban vinculadas de alguna manera con los restos de huesos y los pedazos de leña quemada en la cima?

Había dos cosas que llamaban mucho la atención. Primero, los constructores misteriosos habían alzado las plataformas en el lugar más alto de la montaña, donde si bien es verdad que hubo lugar, pero más abajo hubiesen podido construirlas con mucho menos esfuerzo, sin tener que cargar las piedras hacia arriba; segundo, lo hicieron en la cumbre más alta en un radio de unos 30 km, desde la que se extendía un paisaje de unos 100 km hacia el norte, el oeste y el sur.

No éramos capaces de resolver ese enigma; cualquier conjetura sobre el tema teníamos que rechazarla, después de una evaluación.

Las sombras cada vez más alargadas nos recordaron la necesidad de bajar. Desde las plataformas, casi corriendo bajamos por una ladera muy inclinada, cubierta de talud, al cauce que esa misma mañana atravesamos con un gran esfuerzo cuesta arriba. Únicamente los tramos con rocas más grandes moderaban nuestro tempo. Una hora más tarde estábamos al lado de la carpa, mientras que en subir tardamos ocho horas.

Las mulas esperaban con paciencia al lado de la carpa; Sosa estaba durmiendo dentro. Nos comentó que lo estaba acompañando Barrera, porque hubiese sido muy complicado para una persona conducir tres mulas a esa altura. Sin embargo, de Barrera no se veía ni rastro. Al volver, se sorprendió mucho que ya hubiéramos vuelto. Mientras nosotros estábamos por terminar de ensillar y cargar las mulas.

Nos contó que había permanecido un buen rato sentado en una ladera cercana, desde la que podía observar la cima del volcán, en la que había percibido un poste de humo. Había supuesto, entonces, que aún nos encontrábamos arriba, encendiendo una fogata. También Juan Sosa lo había visto. De acuerdo con lo que nos contaron habían visto ese humo incluso cuando nosotros estábamos en la cima, pero nosotros pensamos que podían haberse equivocado al respecto del tiempo exacto.

Sobre todo teniendo en cuenta lo que encontramos en la cima, todo aquello soñaba bastante extraño. ¿Quién, poco después de que bajáramos, habrá encendido una fogata en un lugar ventoso, de manera que ni siquiera era posible sacar fotos? ¿Y si el viejo volcán no estaba totalmente inactivo y todavía sacaba humo? Eran

demasiados los misterios: las gotas de lluvia del cielo despejado, los pedazos de huesos y la leña en la cima desértica, las construcciones enigmáticas y el humo extraño.

Sin embargo, no teníamos tiempo para seguir reflexionando. Montamos las mulas y partimos cuesta abajo, buscando todo el tiempo el humo. No llegamos todavía muy lejos cuando Barrea grito: “¡Humo!”, indicando con una mano la cumbre del volcán. Rápidamente le di una vuelta a la mula y agarré los prismáticos.

Resultó que el humo no era ningún humo. En la arista que unía las cumbres, opuesta a la que habíamos atravesado nosotros, se alzaba sobre el fondo del cielo una columna de agua y vapor expulsados de un geiser. Su parte superior el viento se llevaba en dirección de la cima. De esta manera, pudimos explicar dos enigmas: el de las gotas en la cima y del supuesto humo. Nosotros continuamos el viaje.

Ante nuestros ojos brillaban en el sol las nieves del Nevado Tres Cruces, mientras que el Volcán Copiapó detrás de nosotros ya se estaba sumergiendo en las sombras tardías. Parecía más tétrico y enigmático que nunca.

Estuvimos volviendo por un camino distinto, que había encontrado Sosa. Un largo tramo por una cresta enorme y alta y luego por una ladera inclinada nos llevó a un valle lateral cerca de Pantanilla, que ya habíamos conocido. Todavía no llegamos al campamento, cuando ya había caído la noche, más oscura que nunca. Sin embargo, la visión aguda y patas seguras de las mulas nos llevaron al campamento sin novedad.

17. Los últimos días en los Andes

La despedida de los flamencos. El encuentro en la Ciénega Redonda.
Ollas en vez de ataúdes. Los antiguos caminos inca.
El alpinismo indígena.
El emperador Moctezuma, investigador de los volcanes.
La venganza sangrienta del brujo. La leyenda sobre la casa dorada.
Las migraciones masivas de los indígenas.
El último reconocimiento.



En la madrugada del día 12 de marzo, el día siguiente al ascenso al Volcán Copiapó, abandonamos Pantanilla y sus aguas amargas. Desde lejos nos despedían los flamencos, dando vueltas sobre la orilla opuesta del pantano y agitando sus alas coloridas. Fue la última vez que veíamos estos pájaros.

Nos dirigimos hacia el norte por un valle amplio, por el que supuestamente fluía el Río de Barros Negros. Sin embargo, incluso un arroyo que salía de la Quebrada de Lajitas, de inmediato se esfumaba en el fondo estéril del valle.

A las dos horas y media, llegamos al segundo pantano denominado Ciénega Redonda a unos 3.900 m de altura, donde nos esperaba un delicioso té de agua dulce. Lo prepararon Justyn y el viejo Sosa, quienes habían llegado a la Ciénega Redonda el día anterior. Por primera vez hace más de dos meses nos encontramos a una altura menor de 4.000 msnm. Tomando el té dentro de una pirca que nos protegía del viento, nos contamos mutuamente sobre los acontecimientos de los días anteriores.

El 9 de marzo Justyn y el viejo Sosa se dirigieron rumbo a la ladera oeste del Cerro de Nacimiento, donde encontraron tres tamberías, es decir, pircas acumuladas. La más baja estaba situada cerca del Río Salado y la más alta a los pies del Portillo.

Cuando, en oscuridad, estaban volviendo cuesta abajo, de repente la mula de carga ahuyentada por algo, empezó a escaparse. Tras una larga y arriesgada persecución, apenas la alcanzaron. Si bien se había aflojado el equipaje, solo se perdieron las bolsas de goma con agua dulce. Cuando, después de trece horas de viaje, por fin llegaron al campamento en el curso alto del Río Salado, nuevamente estaban obligados a tomar agua amarga.

El día siguiente encontraron e investigaron otras cuatro tamberías, más pequeñas que las anteriores, tras lo cual llegaron al fronterizo Portezuelo de la Cuesta Colorada, conocido también como Paso de los Patos (4.713 msnm)

Desde aquel portezuelo hacia el lado chileno cae una quebrada estrecha llamada la Quebrada de la Cuesta Colorada. Desviaron su parte superior a través de una ladera al lado izquierdo, llamada Cuesta Colorada, a la que deben su nombre la quebrada y el portezuelo. Hasta su fondo llegaron recién cuando ése se ensancho en forma de un valle. En ese lugar a 4.200 m de altura, denominado Los Patos, les tocó acampar, porque hallaron una gran tambería de unas 150 pircas que Justyn quería investigar. Había mucho pasto y agua poco salada, pero no encontraron leña, por lo que no podían preparar té.

Al día siguiente, tras dos horas de viaje llegaron al valle principal, llamado Valle de Barros Negros, que se encontraba junto al pantano Ciénega Redonda. El tiempo que les quedaba hasta nuestra llegada Justyn lo dedicó a investigar una tambería enorme de unas 200 pircas, entre las cuales encontró trozos de obsidiana, también presente en el Cerro de los Patos, y unas flechas hechas de la obsidiana.

A pesar de haber investigado tantas tamberías, Justyn se arrepintió de no haber participado en el ascenso al Volcán Copiapó y no haber visto las construcciones misteriosas en su cumbre. Obviamente, reflexionamos durante mucho tiempo sobre su posible origen, pero sugestionados por los antiguos yacimientos del azufre en las vertientes oeste del volcán, llegamos a la conclusión de que habían sido los mineros, quienes las construyeron. Sin embargo, no se nos ocurría para qué lo habrán hecho.

Más tarde, durante nuestra estadía en las ciudades chilenas de Copiapó y Santiago, preguntamos a todo el mundo por las plataformas y por un posible ascenso anterior al nuestro a la cumbre del volcán, pero nadie era capaz de responder a nuestras inquietudes. Como mucho, repetían detrás de nosotros que supuestamente hubieran sido los trabajadores de la mina, quienes, con un fin desconocido, ascendieron a la cumbre y construyeron las plataformas.

Recién en Polonia, al estudiar literatura, llegué a una conclusión distinta, aunque no había encontrado ninguna mención sobre el Volcán Copiapó. La historia de esa zona de los tiempos precolombinos sugiere, que los primeros en ascender el volcán y, a la vez los constructores de esas plataformas, fueron los indígenas.

Antes de la llegada de los españoles, la parte noroeste de Argentina estaba poblada por una cultura indígena altamente civilizada, llamada *Calchaquí* o *Diaguíta*. Esa tribu se asentó en los terrenos andinos y sub-andinos entre los paralelos 25°-32° de latitud sur, teniendo en el oeste de vecinos a los pueblos que usaban la lengua quechua. En aquellos tiempos, los bolsones de la Argentina noroeste, si bien bastante calurosos y secos, estaban más poblados que las amplias pampas, donde los pueblos empezaron a establecerse mucho más tarde. Además, como ya había mencionado, en aquellos tiempos los bolsones no estaban tan secos como hoy.

En el día de hoy, toda la civilización Calchaquí forma parte del pasado: la lengua se había perdido, las poblaciones y fortalezas fueron destruidas, los indígenas se mezclaron con los invasores españoles. Lo único que queda, son las ruinas de las construcciones de piedra cubiertas de arena, pedazos de cerámicas con pinturas, flechillas de obsidiana, esqueletos encogidos en ollas enormes de barro, mensajes misteriosos escritos en las rocas. Los españoles destruyeron esa civilización antigua sin siquiera haberla descrito detalladamente.

Durante los dos últimos siglos antes de la llegada de los españoles, el Imperio incaico se extendió hacia el sur. El monarca Tupac Yupangui emprendió la conquista del norte de Chile y del norte y oeste de Argentina; incluso se conservó la tradición de que sus guerreros habían atravesado muchos portezuelos andinos, entre otros el Portezuelo de San Francisco. En ese caso, también deben haber pasado por el terreno de nuestra expedición. Se resuelve conquistar al sur el territorio hasta el Río Maipo, que fue gobernado desde dos centros cercanos a las actuales ciudades de Santiago y Copiapó, la última cercana al territorio que habíamos recorrido nosotros. Los pueblos Calchaquí que habitaban la actual Provincia de Catamarca y los terrenos vecinos, fueron incorporados al Imperio incaico.

El indicio más obvio de la existencia de la civilización incaica es la red de caminos de los incas, que había mencionado antes. Ya que los caminos estaban previstos para peatonales, de ser posible se construían unidireccionales, incluso en terrenos inclinados. En el desierto, algunos tramos estaban señalados únicamente con piedras. Esos caminos no siempre se construían cerca de arroyos. Al parecer, los chasquis no necesitaban tanta agua, pero también sabemos, que algunos arroyos se secaron más tarde y que los indígenas en esa parte de los Andes eran capaces de recorrer durante un día un tramo igual de largo que un jinete en el lomo de una mula. Como alimentación les bastaba con un poco de maíz tostado y coca para masticar, que consigue “engañar” el hambre y el cansancio. Dormían en casas de piedra, llamadas tambos o en pircas que eran más primitivas.

Algunos de los caminos principales en el norte incluso estaban empedrados, pero había otros tramos muy concurridos, que ni siquiera contaban con una señalización en forma de piedras, aunque, gracias a las pircas que habían perdurado, sabemos de su existencia. De todas maneras, en tiempos antiguos los terrenos andinos habrán sido muy concurridos, teniendo en cuenta que la parte noroeste de Argentina estaba más poblada que hoy en día y que era más fácil atravesar altos portezuelos andinos que las amplias y despobladas pampas.

Las pircas y las tambarías, así como los restos de los caminos antiguos son un indicio muy importante de las migraciones de los indígenas. Las ruinas, como las de Batungasta, suponen rastros de la presencia de asentamientos fijos en esos lugares. Mientras tanto, en las cumbres altas de los Andes y otros cordones montañosos de la América Latina existen muestras vinculadas con las creencias religiosas de los indígenas.

Desde tiempos remotos, las prácticas religiosas tuvieron lugar en las cimas de las montañas. En muchas cumbres muy altas se encontraron pruebas de la presencia de los indígenas. Además, en muchos casos se pudo comprobar que su presencia en las cumbres tenía que ver con fines religiosos. Aun así, sabemos también, que ascendían a las cumbres en búsqueda de azufre y obsidiana para hacer flechas, así como para hacer señalizaciones. Sin embargo, no se hicieron todavía investigaciones profundas al respecto y todo lo que sabemos proviene de las observaciones de alpinistas y científicos, que ascendieron a las cumbres con fines distintos. De todas maneras, de acuerdo con ese conocimiento fragmentario, esas cuestiones no se refieren solamente al pasado; en algunas cumbres, también hoy en día los indígenas llevan a cabo sus prácticas religiosas.

De cientos de libros y anuarios de distintas editoriales había cosechado toda la información siguiente sobre la presencia de los indígenas en las cumbres muy altas de América Latina, omitiendo las fortificaciones y localidades en altitudes más bajas.

Empezando por el norte, la primera mención de ese tipo proviene de México. Aproximadamente 10 km al oeste de la ciudad Toluca, se alza la montaña Calixtlahuaca, llamada también Cerro de Tenismó (3.039 msnm). En sus cuestas se encuentran antiguas construcciones indígenas, que se extienden hasta la cima.

Alrededor del año 150, los indígenas ascendieron la cumbre del famoso volcán mexicano Popocatepetl (5.440 msnm). Fueron mandados allí por el emperador azteca Montezuma para averiguar un humo misterioso que salía del cráter.

La cumbre más alta de América Central, el Tajumulco (4.210 msnm), está situada en el norte de Guatemala. Todavía en los últimos años, los indígenas de la tribu mames, en la cima de esa montaña, realizaban sacrificios a sus dioses. En el borde del cráter construían pequeñas cruces de madera y pirámides de piedra. Corrió la voz que los brujos indígenas pronunciaban profecías de acuerdo con lo que habían visto en las entrañas de los pájaros que mataban. En esa misma montaña, en una cueva a 3.600 m de altura, se hallaron antiguos jeroglíficos mayas.

Hace unos cuantos años se comprobó de manera trágica, que las antiguas supersticiones indígenas seguían vigentes. Los brujos indígenas siguen realizando sus ritos en la cima del Volcán de Santa María (3.768 msnm) en Guatemala. Un día alguien ascendió a esa cima y destruyó un tipo de altar que se encontraba arriba. Poco después, a la cumbre ascendieron tres personas blancas con tres portadores y nunca volvieron. Los cuerpos de los asesinados se hallaron en el borde del cráter. De acuerdo con las investigaciones, se trataba de un acto de dieciséis indígenas, quienes animados por un brujo siguieron a los blancos para vengarse por la destrucción del altar.

Los primeros invasores españoles no entendían cómo funcionaban los volcanes. Algunos intentaban extraer la lava de uno de los volcanes de América Central, pensando que se trataba de oro derretido. En cambio, los indígenas creían que los truenos que provenían del fondo del volcán, pertenecían a un dios, por lo cual,

aun en los tiempos de la conquista española, tiraban mujeres jóvenes al cráter del Volcán de Atitlán (3.535 msnm) en Guatemala para apaciguar al dios durante la actividad del volcán.

Las siguientes menciones vienen recién de Perú e incluso se trata de un récord. En el año 1911 dos alpinistas americanos, científicos, ascendieron a la cumbre Copopuna (6.615 msnm), donde se les olvidó algo de su equipaje. Poco después, un indígena que trabajó para ellos, subió solo a la cumbre, en un tiempo mucho más corto que los alpinistas, para buscar el equipaje olvidado. El Copopuna es probablemente la cumbre más alta a la que ascendió un indígena.

A finales del siglo XIX, un grupo de indígenas ascendieron la cumbre peruana Chachani (6.035 msnm), al oeste del volcán Misti. Sin embargo, no conocemos detalles sobre esa expedición.

Ahora estamos llegando al terreno desértico de la parte sur del Imperio incaico, la que corresponde a los actuales terrenos del sur de Perú y Bolivia, así como el norte de Chile y noroeste de Argentina. Lo más probable es que el antiguo culto al sol en esa zona lo introdujeron los incas, aunque no está descartado que su origen es anterior a los incas. Supuestamente, la religión que adoraba a ese dios prosperaba fácilmente en esos terrenos quemados por el sol. Además, al menos algunos hallazgos en las cumbres altas de la puna deben de tener alguna relación con el culto al sol. Los hallazgos en esa región son de carácter muy parecido.

Misti, el Volcán de Arequipa (5.852 msnm), de un cono bien proporcional, está situado cerca de la ciudad Arequipa en Perú. En el año 1677 dentro del cráter de ese volcán inactivo, se hallaron los restos de una muralla (¿quizás de una pirca?) y de leña, que sin duda habían transportado los indígenas.

Construcciones de piedra de origen incaico se encontraron, además, en el Cerro Salla (5.036 msnm), en la frontera de Bolivia con Chile.

Según leyenda indígena, en el distrito minero Collahuasi (lo que en quechua significa *casa dorada*), uno de los volcanes provocaba tantos daños, que el emperador incaico ordenó construir una casa dorada en una de las montañas más altas de la zona, para apaciguar al dios furioso. Entonces, el volcán dejó de esculpir la lava.

En la cima del volcán inactivo Mina, cerca de Collahuasi, se hallaron restos de un altar incaico, pero no sabemos si éste tuvo algún vínculo con la leyenda indígena sobre la casa dorada.

El Licancabur, llamado también el Volcán de Atacama (5.930 msnm) es un volcán enorme e inactivo en el límite chileno-boliviano. En su cráter, a 5.400 m de altura, se encuentra un lago, a las orillas del cual se hallaron treinta grandes pircas, mucha leña y algunos recipientes.

En 1901 fue ascendido por primera vez por gente blanca el Nevado de Chani (6.060 msnm), en el norte de Puna de Atacama. En la cima más alta de la cumbre se hallaron dos construcciones rectangulares de piedra, las que dado su descripción confusa, podrían ser pircas. Sin embargo, sus descubridores insistieron en que se

trataba de los restos de un altar o de algo parecido. Tanto en su interior, como en los alrededores hallaron un montón de leña de cactus. La leña estaba en muy buen estado, lo cual, sin embargo, no era decisivo para determinar su edad, ya que en el aire de puna seca, privado de bacterias, ese tipo de material puede mantenerse en un estado intacto durante mucho tiempo.

Junto a las construcciones se hallaron también un abalorio de un mineral colorido y pedazos de ollas cerámicas con pinturas. Además, en las laderas de la montaña, a unos 5.000 m de altura, se encontró algo que fue descrito como los restos de localidades indígenas. ¿Quizás se trataba simplemente de tambarías? De todas maneras, algunos años más tarde otra persona encontró en esa misma montaña, a los 5.500 m de altura una pirca indígena. Tanto esa pirca, como las supuestas “localidades” a esas alturas, no pudieron ser consideradas muestra de un asentamiento fijo. Lo más probable es que se trataba de un cobijo temporario para las personas que ascendían a la cumbre con fines desconocidos o para realizar ritos religiosos.

Poco más al sur en la frontera argentino-chilena en Puna de Atacama, se encuentra una cumbre alta llamada Cerro Socompa (6.050 msnm). Un alpinista que ascendió a esa cumbre en el año 1905, encontró a 5.300 m de altura un montón de leña proveniente de un árbol, situado a mucha distancia de la montaña. El alpinista pensó que la habían subido los de la comisión fronteriza. Sin embargo, una indígena anciana que vivía en un oasis cerca de la montaña le contó que en tiempos remotos los incas acumulaban la leña en las laderas del Cerro Socompa. No pudo averiguar más sobre el tema. Es muy probable que los indígenas sepan mucho más al respecto, pero es muy difícil que quieran contarlo a un blanco. Además, hasta ahora nadie hizo grandes esfuerzos para averiguar más sobre el tema.

El geógrafo y aventurero chileno, Francisco J. San Roman, informó que en varias cumbres de Atacama se hallaban leña, a veces carbonizada, flechas, pequeñas esculturas, etc. También, encontró en el año 1885 los rastros de la presencia de indígenas en el Cerro Chuculai (5.420 msnm).

Mucho más al sur, cerca de Santiago, casi llegando a la cima del Cerro del Plomo, en el año 1895 se encontraron unas cuantas pircas y en la cima misma en el año 1919, una pequeña estatua plateada.

Mientras tanto, en el año 1954 en la misma cima, en un foso construido de piedras, se descubrió el cuerpo de un niño indígena, acompañado de plumas, plata y oro, que supuestamente llevaban ya cuatrocientos años en ese lugar.

Como había mencionado, en la parte sur de la Puna de Atacama hallamos los rastros de una presencia anterior a la nuestra en el Cerro de los Patos y en el Volcán Copiapó. Se trata, entre otras cosas, de las construcciones enigmáticas en el volcán. Sin duda, también estos hallazgos de nuestra expedición son restos de alguna actividad de los indígenas y no de alguna actividad más reciente de los cazadores o mineros.

Sin embargo, varias preguntas quedan sin respuesta. ¿Para que los indígenas ascendieran a esas cumbres y qué fin tenían esas construcciones y las reservas

de la leña en el Volcán de Copiapó y en otros lugares? ¿Quizás esas construcciones tenían fines religiosos (el culto al sol) o formaban parte de un sistema de señalización? Tanto el Volcán de Copiapó como otros volcanes eran aptos para esos fines, ya que estaban muy aislados. Un tal sistema de señalización – con ayuda del humo – en caso de buena visibilidad tan común en la Puna de Atacama puede haber sido muy práctico y útil a una distancia de más de 100 kilómetros para mantener comunicación en el enorme imperio inca. Sin embargo, algunos hallazgos de las cumbres altas de la puna, con toda seguridad no sirvieron para la señalización, sino habrán tenido fines más bien religiosos.

Esa es la historia de los rastros de la presencia indígena en las cumbres altas de los Andes. Incluso podríamos hablar sobre la historia del alpinismo indígena. Recién las investigaciones realizadas por arqueólogos y etnógrafos, que a la vez deberían ser alpinistas, podrán resolver por lo menos algunos de los enigmas vinculados a esa historia.

Mientras tanto, volvamos a nuestra expedición que descansaba a orillas de la Ciénega Redonda. Tras haber tomado el té, volvimos a montar en las mulas y todos juntos nos dirigimos hacia el noroeste y después al norte. Después de dos horas llegamos a las orillas del Río Lamas. Ese arroyo nace en las laderas oeste del Nevado Tres Cruces, cuyas cumbres eran visibles desde ese lugar.

El Río Lamas se dirige hacia el oeste, rumbo al enorme Salar de Maricunga, pero antes de llegar a ese salar sus aguas desaparecen en la gravilla y las arenas de una gran llanura. En sus orillas hay mucho pasto y un poco más lejos arbustitos que pueden servir de leña.

A las orillas del arroyo no hay sales cristalizadas, pero el agua es amarga y el té tiene sabor muy desagradable, a no ser que le agreguemos coñac o ron. Nuestros baqueanos, como siempre, independientemente del sabor del agua, tomaban yerba maté. Usaban un recipiente pequeño y una bombilla. Una vez lo probé, pero no me gustó la bebida de sabor a hierbas. Sin embargo, dicen que el paladar se acostumbra con el tiempo.

Esa noche dormimos sin carpas. Sin embargo, el viento fue tan fuerte que la noche resultó extraordinariamente fría. A pesar de los sacos de dormir muy calientes y varias capas de ropa, pasamos mucho frío. Finalmente la puna es puna, aunque sea a menos de 4.000 m de altura.

El 13 de marzo antes de la madrugada, Justyn y José Sosa partieron en las mulas en la dirección del Portezuelo de San Francisco para hacer el último reconocimiento. Por la noche volverían al campamento del Río Lamas, donde el resto de la caravana iba a pasar el día. Su objetivo fue continuar la investigación sobre las pircas.

Apurando las mulas se dirigieron hacia arriba del valle, por el cual pasaba el Río Lamas y después atravesaron el Portezuelo de Tres Cruces y el Portezuelo de Piedra Pómez. De esa manera, rodearon por el lado norte el macizo Nevado Tres Cruces y llegaron a la Pampa de Barrancas Blancas (4.460 msnm). Ya que

había hecho tarde, regresaron por el mismo camino. En toda la ruta les acompañaban rodadas, al parecer la continuación de las que habíamos visto en Chaschuil. Recién después de catorce horas de viaje casi sin descanso, ya de noche llegaron al campamento del Río Lamas.

De esa manera, terminó nuestra actividad en los Andes. Ahora nos tocaba abandonar la cordillera, bajando desde la puna por el camino más corto hacia la ciudad chilena Copiapó.

18. ¡Adiós, amigos!

La fuerza destructora del hombre. La laguna ilusoria.
El cementerio abandonado. La despedida de la puna.
Las hierbas de cinco metros de altura. El hospitalario Don Justo Juárez.
¡Adiós, amigos! Problemas con los carabineros.
Los nietos de Domeyko. Amenaza de la guerra. Los terremotos.
Evaluación de la expedición. El vuelo a lo largo de los Andes.
El paisaje efímero.



El 14 de marzo nuestra caravana abandonó el campamento del Río Lamas y se dirigió rumbo a la Cordillera Domeyko al oeste, la que tendríamos que atravesar para llegar Chile adentro, a terrenos habitados. La ruta llevaba a través de una amplia llanura, en el fondo de la cual se encontraban rodadas de vehículos. En la gravilla fina las rodapas suelen quedarse marcadas durante muchos años, producto de la falta de precipitaciones.

Uno de los tramos teníamos que atravesar con mucho cuidado, porque estaba lleno de pequeños antros de un animal. Según yo, eran casas de vizcachas o chinchillas, pero posiblemente ya no habitadas, ya que ambos roedores estaban casi extinguidos, resultado de su valiosa piel.

A pesar de que la chinchilla es un animal muy fértil, ya que suele tener 5-6 crías dos veces al año, hoy en día grandes territorios de los Andes carecen de esta especie, producto de su cacería indiscriminada. Al estar casi extinguida esa especie silvestre, se desarrolló la crianza de chinchillas.

Las chinchillas y otros animales andinos como vizcachas, guanacos, vicuñas y flamencos son un ejemplo de que, incluso en los terrenos del mundo más salvajes y despoblados, el hombre tiene que actuar con mucho cuidado y de manera razonable frente a lo que nos ofrece la naturaleza para no destruir sus fuentes.



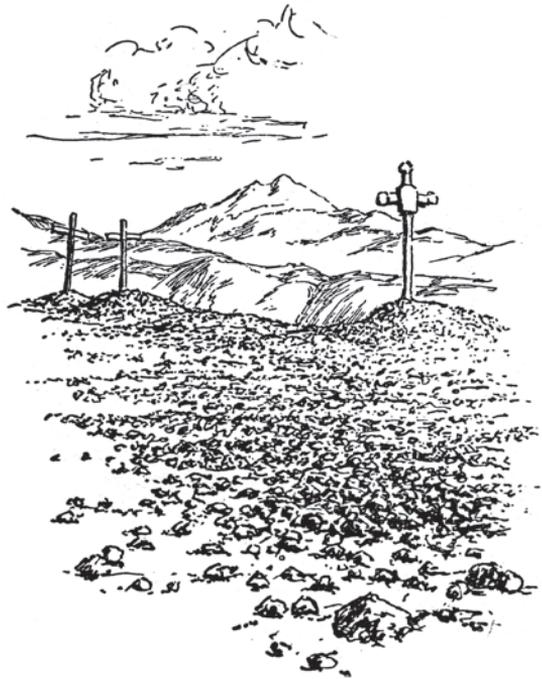
Chinchilla

Un cinturón blanco en el norte y noroeste indicaba que allá se encontraba el enorme Salar de Maricunga. El joven Sosa y yo nos separamos de la caravana y nos dirigimos hacia el salar con el fin de encontrar nuevas especies zoológicas en su orilla. A causa de una ilusión óptica, producida por las diferencias de densidad entre distintas capas de aire, el cinturón blanco empezó a titilar y, al poco tiempo, se convirtió en enormes olas blancas, que fluían todo el tiempo en la misma dirección. Avanzábamos hora tras hora rumbo a las olas, mientras que ellas seguían iguales. Atravesando la llanura infinita hacia el noroeste, pronto vislumbramos una laguna y, a su orilla, una roca dentro de agua poco profunda. Apuramos a las mulas, pero la laguna no se nos acercaba. Finalmente, la roca parecía estar ya no dentro de agua, sino a la orilla de la laguna. Sin embargo, cuando por fin la alcanzamos, nos dimos cuenta de que era una enorme y solitaria roca dentro de una amplia llanura. La dejamos atrás y avanzamos hacia la laguna, que, sin embargo, se encontraba todo el tiempo a la misma distancia. Obviamente se trataba de un espejismo.

De repente, reparamos en algo muy sorprendente en ese territorio montañoso y despoblado: tres grandes cruces de madera paradas y unas cuantas más pequeñas yacientes en las arenas y las gravillas y acompañadas por algún zapato, alguna tela y huesos humanos, parcialmente desenterrados por los furiosos vientos de la puna. Las letras en las cruces ya no estaban visibles. Ese cementerio abandonado se encontraba en el medio de una gran llanura rodeada por montañas alejadas de la puna, entre las cuales las más llamativas eran la cumbre del Nevado Tres Cruces y el cono oscuro y tétrico de la cumbre más alta de la Cordillera Domeyko: el Volcán de Copiapó.

¿Quién fue enterrado en ese cementerio olvidado en el medio del desierto alto-andino, separado de las localidades chilenas más cercanas por la Cordillera Domeyko?

Sosa no supo responder esas preguntas, pero yo presumí cuál era la respuesta, lo cual se confirmaría luego. Anteriormente, en el cercano Salar de Maricunga se solían explotar el borato de sodio y la sal, llevados por las mulas a través de un portezuelo en la Cordillera Domeyko hacia la ciudad de Copiapó. En



Un viejo cementerio en la Cordillera Domeyko
(en el fondo el Volcán de Copiapó)

la vecindad se encontraba la localidad de los trabajadores y en el cementerio, que encontramos, se habían enterrado aquellos, que no habían aguantado las condiciones duras de la puna. Desde lejos pudimos advertir un pequeño edificio destruido, otro rastro de esos tiempos. La construcción parecía encontrarse a orillas de una laguna, pero por las experiencias de esa mañana decidí no acercarme para comprobarlo, sino regresar de inmediato con el fin de alcanzar la caravana antes de la noche.

Solo por un momento me paré en las orillas de un pequeño estanque para intentar cazar alguna especie, tras lo cual nos dirigimos a través de la llanura hacia el suroeste, rumbo a la Laguna Santa Rosa (3.760 msnm), que formaba parte del Salar de Maricunga. En un corto tramo a las orillas de esa laguna, en una verdadera carretera construida por los humanos, encontramos más rodadas.

Dejamos atrás la laguna y poco después llegamos a una cerca para el ganado. Dejándola a mano izquierda, entramos en un valle lateral. Al atardecer llegamos a otra cerca, muy parecida a la anterior, y una casita de piedras destruida y sin techo. En ese lugar, llamado Vegas de Santa Rosa, nos esperaba nuestra caravana.

El día siguiente, todos juntos volvimos al valle principal y a la carretera. La ruta se dirigía hacia el norte y nos llevaba a través de los caracoles empinados al Portezuelo de Maricunga (4.124 msnm), en el borde de la puna. Ese era el último portezuelo alto en nuestra expedición, desde el que por última vez miraríamos hacia la Puna de Atacama. Ante nuestros ojos se extendían los territorios enormes de la puna, la escombrera del viento quemada por el sol. Desde lejos en el este, las Cumbres del Nevado Tres Cruces brillando en el sol parecían despedirse de nosotros. Recordé las letras de una vieja balada española:

“Tiempo es, el caballero,
Tiempo es de andar de aquí”

El sendero empinado de los caracoles nos llevó al fondo de la Quebrada de Paipote. La carretera señalada en el mapa se presenciaba solo a través de las rodadas en la gravilla y la arena. Además, los caracoles en ambas laderas del portezuelo estaban en tan mal estado, que hubiese sido imposible que algún vehículo pasara por allí.

Dejamos atrás las ruinas de unas casas y en Juntas (3.084 msnm) encontramos las primeras casas habitadas, pero no nos paramos. El terreno estaba lleno de cor-



Cortadera en el oasis Juntas

tadera, una hierba dos veces más alta que un jinete en la mula. Sus largas espigas plateadas tenían más de 25 cm de longitud.

Cada vez hacía más calor. Los cadáveres de mulas hediondos nos recordaban que nos encontrábamos cada vez más abajo.

El último campamento nos tocó en un lugar llamado Tapiacitas (2.150 msnm), lleno de arbustos altos. Sobre el arroyo volaban libélulas.

La madrugada del 16 de marzo nos dio la bienvenida con una sorpresa desagradable: se habían escapado todas las mulas y los caballos. Según las huellas, los animales se escaparon por el camino por el que llegaron, es decir el valle cuesta arriba. Los baqueanos fueron a buscarlos caminando. Por suerte, los fugitivos fueron parados por los habitantes de la localidad Juntas y pocas horas después los baqueanos volvieron con los animales al campamento.

Rápidamente, armamos la caravana por última vez y partimos por el valle cuesta abajo. Cada tanto pasamos al lado de casas abandonadas o habitadas. Aparecían los primeros árboles.

Apurando las mulas, por la tarde llegamos a La Puerta (1.818 msnm). En su casa, rodeada de altos árboles, nos recibieron el hospitalario Don Justo Juárez y su hijo, Don Leandro, a quien conocimos un par de semanas antes cuando atravesaba Tres Quebradas en el viaje de vuelta desde Argentina.

En esa casa afeitamos nuestras barbas de tres meses, por primera vez nos pusimos ropa diaria y nos sentamos a cenar en una mesa cubierta con mantel. Volvimos a la civilización.

Por la mañana nos despedimos de nuestros baqueanos. Era un momento muy emotivo. Nos daba mucha tristeza despedirnos, probablemente para siempre, de la gente, a la que debíamos tanto y con la que durante tres meses habíamos podido trabajar muy bien sin ningunos desentonos. No podemos olvidar que los éxitos de la Segunda Expedición Polaca a los Andes se debían también al trabajo dedicado y duro de los cuatro baqueanos de Catamarca: José Sosa, Juan Sosa, Antonio Barrera y Lorenzo Bordón.

Sentados en el vehículo que nos iba a llevar a la ciudad de Copiapó, una vez más apretamos sus manos valientes y cuando arrancó el motor, tanto ellos, como nosotros gritamos: ¡Adiós, amigos!

Mis recuerdos de la Puna de Atacama están llenos de los nevados, altiplanos amplios, de quebradas sinuosas, salares enormes, volcanes bien proporcionados, penitentes extraños, avestruces rápidos, vicuñas asustadizas, pircas indígenas y... las siempre benévolas caras de nuestros cuatro amigos-baqueanos.

A unos 10 km de distancia de La Puerta se encuentra a 1.238 m de altura Púquios, que hasta un gran terremoto en el año 1922 era una localidad minera. Nosotros nos encontramos solamente con unas construcciones y muchas ruinas, Sin embargo, allí nos tocó por obligación una parada en el puesto de los carabineros. ¡El control fronterizo!

Ya atravesamos la mitad de la anchura del país, pero recién allá se encontraba el primer puesto fronterizo chileno. Presentíamos problemas, porque ya en La



Fueron ellos los que nos ayudaron alcanzar los seismiles de Atacama. Nuestros baqueanos en el campamento base en Tres Quebradas, desde la izquierda: Lorenzo Bordón, Juan Sosa, José Sosa, Antonio Barrera.



Nuestras mulas valientes... por última vez nos ayudaron en nuestros objetivos.



... Y atravesando el último valle, llevándonos en sus lomos abandonaron la cordillera.

Puerta nos advirtieron, que el paso de la Quebrada de Paipote estaba cerrado por razones desconocidas. ¡Reglamentos y ya!

Efectivamente, el comandante, si bien era muy amable y no quiso causar problemas ni a nosotros, ni a sí mismo, nos intentó convencer de que volviéramos por el mismo camino y nos dirigiéramos al paso fronterizo legal. Nosotros, con la misma amabilidad, intentamos explicarle que eso era imposible, dado que nuestros baqueanos y las mulas ya estaban de camino a Argentina. ¿Qué hacemos? Las reglas no se pueden infringir.

Mutuamente buscamos una solución satisfactoria; la falta de la comunicación telefónica imposibilitó el contacto con la alta comandancia. Por lo tanto, le prometimos francamente al carabinero amable, que al llegar a Copiapó de inmediato nos dirigiéramos a la alta comandancia, para que ella decidiera qué hacer con nosotros. Nos despedimos amistosamente y, sin una previa revisión de equipaje y escolta, nos alejamos del puesto fronterizo.

El jefe de los carabineros en Copiapó también era muy amable y, ya que nuestra estadía en Chile ya fue un hecho, hubiésemos arreglado todo en quince minutos, si no hubiese sido por nuestras burocráticas costumbres europeas. Insistimos en que nos timbraran los pasaportes para confirmar nuestra entrada a Chile, temiendo que sin esto pudiéramos tener problemas al salir. Por lo tanto, el asunto se alargó por varios días, pero por fin nos timbraron los pasaportes, lo cual después resultó totalmente inútil.

Una de las primeras personas que conocimos en Copiapó fue Don Ignacio Domeyko, cónsul honorario¹ en Chile, nieto del famoso Ignacio Domeyko. Don Ignacio Domeyko llegó a Copiapó para arreglar algunos asuntos particulares, sin saber que se encontraría con nosotros. Tanto el, cómo su hermano, quien vivía en Copiapó, nos recibieron de manera muy hospitalaria. Además, nos ayudaron mucho en salir de Copiapó a Santiago, lo que no resultó fácil. La causa de tantas dificultades era una amenaza de guerra en Europa.

Una guerra, o por lo menos una amenaza de la guerra, provoca aumento de los precios de cobre. En Copiapó y sus alrededores se produce mucho cobre. Los rumores sobre la guerra en Europa provocaron tanto caos entre los dueños de las minas y todos, quienes pudieron sacar provecho de ello, que casi era imposible conseguir un pasaje para un avión, barco o tren. Con la ayuda de don Ignacio Domeyko pocos días más tarde pudimos tomar un avión de Copiapó a la capital de Chile.

Nuestra estadía en Copiapó estaba llena de aventuras. La ciudad no solo es un centro minero, sino también es conocida por los frecuentes terremotos. Después del último terremoto fuerte que había destruido toda la ciudad, todavía en algunas partes se ven las ruinas. Los edificios nuevos suelen tener solo un piso, ya que los más altos resultaron peligrosos.

¹⁷ Cónsul honorario – no es un funcionario de Estado y puede poseer cualquier nacionalidad, no necesariamente la del país que representa.

En todo Chile, anualmente se sienten alrededor de 1.500 temblores, sin el uso de los aparatos que sirven para detectar el movimiento de las placas tectónicas, pero terremotos más fuertes son mucho menos frecuentes. Durante nuestra estadía en Copiapó notamos unos cuantos temblores, que, sin embargo no causaron daños. Una vez, cuando estábamos almorzando, de repente tembló la casa y se movieron los muebles. En otra ocasión, solo crujían las paredes y en la iglesia cercana se desató la campana, ya que los temblores casi imperceptibles pero repetitivos movieron la torre.

Además, nuestra estadía se vio diversificada también por todas las entrevistas que realizaron con nosotros los periodistas locales. Lamentablemente, en un centro minero tan importante, no nos daban fe, cuando hablábamos sobre los objetivos verdaderos y los éxitos de nuestra expedición. Sospechaban más bien que en las altas cumbres andinas estábamos buscando minerales, sobre todo que entre nosotros había un ingeniero.

¿Cuáles fueron los éxitos más grandes de la Segunda Expedición Polaca a los Andes?

Durante la expedición se investigó un terreno muy poco conocido de los Andes argentino-chilenos en la parte sur de la Puna de Atacama. Además, se ascendieron por primera vez los enormes macizos montañosos: el Nevado Ojos del Salado, El Nevado Pissis, el Nevado Tres Cruces y el Cerro de Nacimiento; se lograron no solo sus cumbres más altas, sino también varios seismiles más pequeños (en general 11). A la vez, solamente en dos de ellos (el Cerro de los Patos y el Volcán de Copiapó), se hallaron rastros de la presencia humana anterior (indígenas).

Se descubrieron lagunas y géiseres desconocidos; se constó la existencia de glaciares en esa parte de los Andes, que supuestamente carecía de ellos. Se determinó que el límite de las nieves perpetuas es distinto de lo considerado anteriormente.

Se realizó un esbozo topográfico de un terreno extendido en más de 3.000 km², en el que se corrigieron muchos errores de los mapas existentes.

Se llevaron a cabo observaciones meteorológicas y exámenes fisiológicos a alturas muy grandes. Se completó una colección zoológica, incluyendo especies nuevas para la ciencia. Se hicieron observaciones de fauna y flora de un terreno casi inexplorado. Se hizo una colección geológica. Se descubrieron yacimientos arqueológicos y se sacaron más de 2.000 fotografías.

Gracias a las dos expediciones polacas a los Andes en los años 1933-1934 y 1936-1937, fueron los polacos los que por primera vez ascendieron a la segunda, tercera, cuarta y décima cumbre más alta de América y descubrieron un camino nuevo a la cumbre más alta de esa parte del mundo.

Anteriormente, las expediciones a las montañas de América del Sur sobre todo se integraban por los alpinistas ingleses, alemanes e italianos. Hoy en día nadie, quien escribe sobre el alpinismo en los Andes, es decir sobre el andinismo, pue-

de omitir el papel de los polacos en ello. Incluso las editoriales alemanas en los tiempos antes de la guerra, aun siendo en la época de Hitler, informaban sobre los éxitos polacos, de igual manera que las editoriales estadounidenses, italianas, suizas y otras.

En Polonia muchos no lo saben. A menudo los polacos descubren sorprendidos recién en el extranjero que el deporte que nos trajo mucho éxito a escala mundial es el alpinismo.

¿Cuál fue la resonancia de los éxitos de los alpinistas polacos entre la población de los terrenos sudamericanos?

Antes de las expediciones alpinistas polacas tuvimos tanto mala como buena fama en América del Sur. Para no entrar en detalles, solo quisiera mencionar que el adjetivo *polaco* se había ganado anteriormente, sobre todo en Argentina, un significado tan negativo, que los polacos locales empezaron a evitarlo y a usar el adjetivo *polones*. Aun así, nuestra expedición tenía el nombre Comisión Andina Polaca. Después de los éxitos polacos, sobre los cuales la prensa sudamericana informaba de manera extensa, el adjetivo *polaco* ganó un significado únicamente positivo y dejó de ser evitado.

Además, los éxitos pomposos de los alpinistas polacos influyeron de manera muy positiva en los emigrantes polacos sobre todo en Argentina. Muchos de ellos nos contaron, que se habían sentido muy orgullosos al leer en la prensa local tanta información halagüeña sobre el alpinismo polaco en los Andes.

Por suerte, todos los efectos de propaganda resultaron perdurables. Aparecen y van a parecer siempre de manera distinta: en las editoriales alpinistas, geográficas y de naturaleza de todo el mundo. Por ejemplo, en la edición reciente de la Gran Enciclopedia Soviética, la ilustración de la cumbre más alta de América fue hecha a base de una foto hecha por la expedición polaca.

El día 26 de marzo, los cuatro abandonamos Copiapó y nos dirigimos en avión hacia el sur, a Santiago. El equipaje mandamos en el tren. Desde arriba podíamos ver el Pacífico y la Cordillera de los Andes. No lográbamos advertir nuestros nevados, pero si podíamos ver en todo su esplendor la Cordillera de la Ramada, el terreno de la actividad de la primera expedición polaca, en la que participó Stefan. Incluso nosotros tres, quienes la conocimos solo de fotos, éramos capaces de reconocer sus cumbres más importantes, empezando por la más alta – el Mercedario.

Más lejos en el sur apareció el cono alto de la montaña más alta de América – el Aconcagua. Las cumbres de los Andes aparecían y desaparecían en la ventanilla del avión. Hubiésemos querido pararnos al menos por un rato para observarlas de manera más detallada, pero el avión implacable nos llevaba rápidamente adelante. Ya el naturalista famoso Charles Darwin, quien viajó por los Andes, dijo: “Este es el destino de la mayoría de los aventureros: apenas descubren lo más interesante de un terreno, y ya lo tienen que abandonar”.

Epílogo



Ya han pasado 20 años desde la expedición descrita. En los años 1937-1939 los alpinistas polacos realizaron también expediciones a los Alpes, Groenlandia y Spitsbergen, a la cordillera de África Rwenzori y al Himalaya, las montañas más altas de la tierra. Entre otras cosas, consiguieron ascender por primera vez al Nanda Devi, que en aquel tiempo fue la sexta cumbre más alta de la tierra. Cuando estaban volviendo del Himalaya a Polonia de su última, hasta aquel momento, expedición polaca de investigación, estalló la guerra.

Sin embargo, la guerra no fue el único impedimento para el desarrollo del alpinismo polaco. Muchos de los alpinistas polacos murieron durante la guerra y los pocos que sobrevivieron, en los primeros años después de la guerra tuvieron que dedicarse a la reconstrucción del país, cada uno en su profesión: como ingenieros, técnicos, médicos, periodistas, ferroviarios, científicos y administrativos.

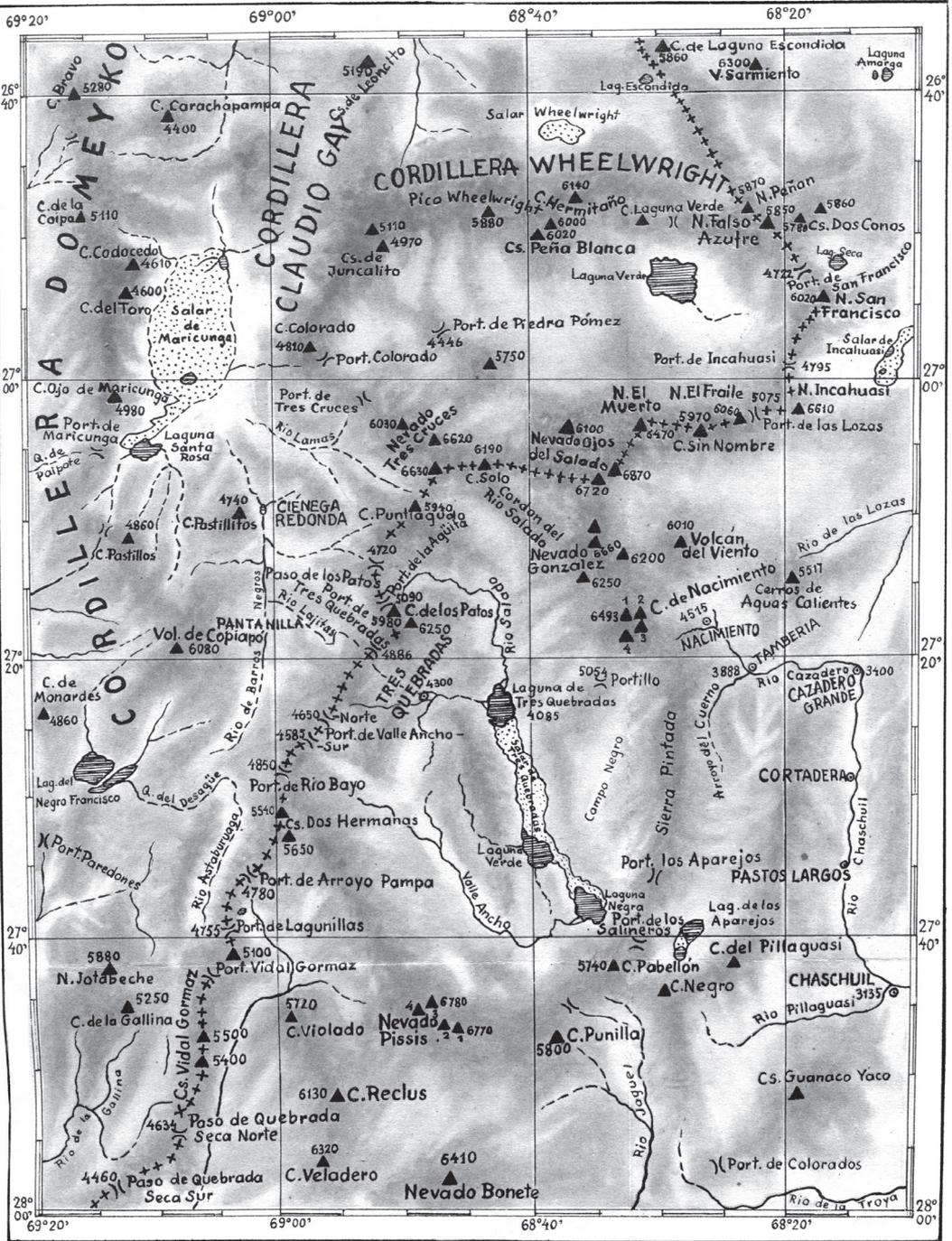
A medida de que el país se estaba poniendo de pie, los Montes Tatra iban llenándose con cada vez más montañistas. Gracias a la ayuda de las autoridades, con la que antes de la guerra ni se podía soñar, cada vez más jóvenes aprovechaban la oportunidad de participar en cursos y campamentos educativos para los futuros montañistas, organizados en los Montes Tatra. Al principio, los planificaban y llevaban a cabos los alpinistas de los tiempos de antes de la guerra, más tarde, nuevos instructores jóvenes. El montañismo polaco en los Tatras se desarrolló mucho, el número de los montañistas sobrepasó cuatro veces su número de antes de la guerra.

Tanto la generación mayor de los alpinistas polacos, como la joven, pronto volvieron a soñar con salir de los Tatras pequeños y estrechos y reanudar la tradición polaca de expediciones de investigación, que se había ganado tanta fama bien

merecida. Se preparaban a través del montañismo invernal en los Montes Tatra y la organización de eventos masivos, desconocidos en Polonia hasta aquel entonces. Los jóvenes montañistas aprendieron transitar por los más grandes precipicios en nieve y hielo, permanecer durante temporadas largas en la cordillera sin contar con albergues, cooperar en grupos grandes para conseguir un gran objetivo común, lo que es imprescindible durante las expediciones de investigación.

Ya es tiempo de que los polacos vuelvan a conquistar e investigar las cumbres más altas del mundo, a lo que hoy en día se dedican muchos países. Los alpinistas polacos tienen que ponerse a competir de manera leal y noble con los activos en ese ámbito alpinistas soviéticos, alemanes, italianos, ingleses, hindúes, japoneses, argentinos, mexicanos y otros.

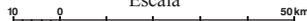
Los polacos no deben quedarse atrás en el alpinismo mundial de tanta fama, sobre todo teniendo todas las posibilidades de sobresalir en esta competencia. El éxito en este campo depende sobre todo de la generación joven de los montañistas polacos, crecidos en la República Popular de Polonia. A los expedicionistas polacos les están esperando las montañas más altas de la tierra: la Cordillera de Pamir, las montañas TianShan y el Himalaya.



LA PARTE SUR DE LA PUNA DE ATACAMA

Elaborado por W.H. Paryski

Escala



- ▲ Cumbre
- × Portezuelo
- ◉ Laguna
- ◉ Salar
- ++ Frontera entre Argentina y Chile

- C. = Cerro
- N. = Nevado
- V. Vol. = Volcán
- Port. = Portezuelo
- Q. = Quebrada
- Lag. = Laguna



Anexo 1

Biografías de los Montañistas Polacos



Wojsznis, Justyn Tymon (14 de abril de 1909 - 16 de marzo de 1965). Montañista de los Tatras, activista turístico y medioambiental. Desde el año 1927 estudió en la Escuela Superior de Comercio de Varsovia y desde el año 1933 estudió arqueología en la Universidad de Varsovia. Después de la Segunda Guerra Mundial trabajó en la Oficina de Renovación de la Capital 1945-46, en la Liga Marítima 1946-50 y fue miembro de la junta directiva de la Asociación Polaca de Turismo durante los años 1950-55. Durante los últimos diez años de su vida fue director de la editorial turística “Deporte y Turismo”.

Comenzó a escalar las Tatras en el año 1926 y fue el primero en subir la cumbre Kościelec desde el poniente (año 1928), la cumbre Rumanowski desde el lado nordeste (año 1929) y la cumbre Mnich por el extremadamente difícil lado norte (año 1930). Además fue el primero en subir la Cumbre Smoczy durante el invierno (año 1935).

En los años de entreguerras participó en las expediciones polacas a la cordillera del Atlas (año 1934), al Cáucaso (año 1935) y a los Andes (año 1937, se desempeñó como el director de la expedición), logrando en todas estas montañas una serie de las primeras subidas entre las cuales se encuentran la subida en la segunda cumbre más alta de América, Nevado Ojos del Salado de 6.885 metros (en conjunto con

Jan A. Szczepański en el año 1937). Después de la guerra fue director de las expediciones polacas al Cáucaso (1957 y 1958).

Después de la Segunda Guerra Mundial fue uno de los principales militantes del Club de la Alta Montaña, de la Asociación Polaca de las Tatras y de la Asociación Polaca de Turismo ocupando diversos cargos directivos. Además contribuyó a la modernización del funcionamiento de los guías turísticos en las Tatras y otras montañas. Durante varios años fue miembro de la junta directiva de la Liga de la Protección del Medio Ambiente.

Desde el año 1933 escribía textos sobre las Tatras, el turismo y el medio ambiente los cuales fueron publicados entre otros en las revistas “La Tierra” y “El Turista” y en diversos periódicos dedicados al montañismo. En conjunto con B. Chwaściński publicó el libro “En las montañas de Marruecos” (1935), fue el principal creador y coautor del trabajo colectivo “Guía de Polonia” (1963), desarrolló una antología de las expediciones polacas a montañas y círculos polares del periodo de entreguerras: “Polacos en las cumbres del mundo” (1964). En el año 1963 se convirtió en miembro honorario del Club de la Alta Montaña.

Ocupa un lugar destacado en el desarrollo del montañismo polaco.



Osiecki, Stefan (23 de febrero de 1902 - 7 de mayo de 1977). Montañista, esquiador, arquitecto, gráfico y cineasta. Luchó en el Ejército de Polonia en el año 1920 y después en el año 1939 en la defensa de la ciudad de Lviv, tras su colapso pasó a Inglaterra a través de Hungría y Francia.

Durante sus años escolares vivió en la ciudad de Zakopane (hasta final del año 1916) donde desde la edad de 7 años participaba en excursiones turísticas. Desde la edad de 14 años comenzó a escalar las montañas acompañado por su padre y cuatro años más tarde lo empezó a hacer solo. En el año 1925 logró las primeras subidas invernales.

Participó en dos expediciones polacas a los Andes (1933-34 y 1936-37) durante las cuales llegó a varias cumbres altas y junto a sus compañeros logró el récord polaco de altitud de aquel entonces, en la subida por un nuevo camino al Aconcagua (6969 metros).

Publicó varios artículos sobre las dos expediciones andinas en el periódico “Taternik” y en revistas sudamericanas.

En el año 1927 y con el apoyo de la Asociación Polaca de los Tatras realizó algunos cortometrajes tales como “La belleza de los Tatras”. En el año 1934 rodó

una película sobre la primera expedición polaca a los Andes la cual fue mostrada en Buenos Aires por los participantes de la segunda expedición polaca a los Andes y también fue exhibida en el año 1939 en India por los integrantes de la primera expedición polaca a los Himalayas. Después de la Segunda Guerra Mundial la película fue creída perdida pero en el año 1986 Aleksander Kwiatkowski la encontró en Londres (título en inglés: *Roof of America*) y en el año 1988 fue mostrada en el festival de las películas de la montaña en la ciudad de Katowice donde fue calificada como excelente.

Después de la Segunda Guerra Mundial Osiecki vivía en Londres. Al principio trabajaba en la producción de las películas británicas y desde el año 1955 dirigió una oficina de arquitectura. Practicaba el esquí en los Alpes y también visitaba Polonia. Los montañistas andinos nombraron una cumbre Cerro Osiecki para conmemorar al alpinista polaco.



Szczepański, Jan Alfred, seudónimo Jaszcz (9 de noviembre de 1902 - 20 de marzo de 1991). Escritor, periodista, crítico de teatro y cine, uno de los principales escaladores y montañistas polacos.

Practicaba la escalada desde el año 1922, logrando las primeras subidas por los lados difíciles a los cerros Zadni Kościelec, Wyżnia Kozia Przełęcz, Zadnia Bednarzowa Turnia, Ramię Krywania, Świstowa Czuba, Mały Ostry Szczyt, Grań Widel, Ciężki Szczyt, Ramię Lodowego, Lodowy Szczyt, Gierlach, Wielka Jaworowa y Baranie Rogi.

En 1927-30 fue el montañista más activo de invierno y logró las primeras escaladas de invierno a la cumbre Krótka desde el norte, cumbre Mały Młynarz desde el este, cumbre Jastrzębia Turnia desde el este y la cumbre Mały Kiezmarski desde el norte.

Participó en expediciones a los Alpes (1931, 1932), Atlas (1934) y a los Andes (1937) donde junto con T. Wojsznis logró la primera ascensión a la segunda cumbre más alta de América, Ojos del Salado (6.885 m). Durante los años 1931-36 se desempeñó como el editor de "Taternik" e hizo contribuciones notables al desarrollo de esta revista. Desde el año 1935 hasta el 1990 fue miembro del comité editorial de la revista "Wierchy".

Desde el año 1925 publicó varios artículos dedicados al montañismo y turismo, tanto en las revistas profesionales "Taternik" y "Wierchy", como en los diarios; también es el autor de diversas publicaciones sobre la historia del montañismo en

los Tatras. Además escribía poemas, recuerdos de la montaña, memorias sobre los montañistas fallecidos, notas, críticas de libros y películas sobre la montaña, introducciones para los libros de montañismo y artículos sobre la protección del medio ambiente.

Sus libros tratan de los Tatras y de otras montañas: *Aventuras con roca, chica y muerte* (1956), *Siete círculos de iniciación* (1959), *En nieve y sol de África* (1935) y *Expedición a la tierra lunar* (1954).



Paryski, Witold Henryk (Pittsburgh, EEUU 10 de septiembre de 1909 - Zakopane, Polonia 16 de diciembre de 2000). Excursionista, escalador, montañista, guía y rescatista de montaña en los Tatras, activista del medio ambiente, graduado en medicina, traductor de los trabajos científicos de polaco a inglés, autor de publicaciones sobre los Tatras y sus alrededores, autor de publicaciones sobre los Andes y otras montañas de América Latina. Desde el año 1922 vivía en Zakopane donde colaboraba con el Museo de los Tatras.

Durante la Segunda Guerra Mundial fue encarcelado por la Gestapo, luego fue internado en los campos alemanes en Baviera (Tittmoning y Laufen). Durante los años 1972-1975 fue presidente del Frente de Unidad Nacional en Zakopane y entre 1973-75 fue concejal de esta ciudad.

En el año 1922 empezó a hacer turismo en los Tatras y sus alrededores. Para luego, en el año 1923, empezó a esquiar y en 1925 se aventuró en el montañismo.

Desde el año 1925 participó en las primeras subidas en los Tatras, por ejemplo a la cumbre Kozi Wierch desde el Filar Leporowskiego, a la cumbre Wyznia Kozia Przełęcz desde el lado norte (1929), a la Cumbre Rumanowy desde sudeste (1937), y a Widel desde el norte. Hacía escalada también durante el invierno.

Durante los años 1936-37 fue miembro de la segunda expedición de montaña a los Andes (argentino-chilena Puna de Atacama) logrando ascensiones a cinco cumbres de la altura de más de 6.000 metros y superó el récord polaco de altura de la subida solitaria tras haber escalado la cumbre sur del Nevado Tres Cruces, Atacama Chile. En 1938-39 participó en expedición a América Central (Nicaragua). Se desempeñó como editor de las revistas “Krzesanica” (1933) y “Taternik” (1947-49, 1956, 1960-63). Fue instructor superior de montañismo, turismo, guía de montaña y del rescate.

Desde el año 1928 fue miembro del Socorro Voluntario de las Tatras (TOPR) donde durante varios años desempeñaba el papel de médico: organizaba y controlaba los botiquines y equipos de rescate en albergues de los Tatras y en la base de Socorro, entrenaba los grupos de rescate y el personal de albergues en primeros auxilios y participaba en varias expediciones de rescate.

En 1937-39 y 1947-73 fue miembro de varios comités dedicados a la formación y examinación de los guías de las Tatras y de Podhale.

Desde el año 1933 empezó a ocuparse con los asuntos de la protección ambiental de los Tatras y hacía hincapié en este tema durante el entrenamiento e instrucción de los turistas, montañistas, guías y grupos de rescate. Desde el año 1955 fue miembro de varios comités del Consejo del Parque Nacional de los Tatras. Además fue uno de los fundadores de la Asociación de la Protección de los Tatras y su primer presidente, en los años 1983-85.

Desde los años treinta fue muy activo en diversos temas relacionados con los Tatras y sus alrededores, publicó cientos de artículos sobre la historia regional, bibliografía, cultura y geografía. Además estudiaba el terreno, elaboró mapas tales como el mapa militar de los Tatras Polacos 1:10 000 (1984).

Escribió guías y libros dedicados al turismo en los Tatras, incluyendo una guía muy detallada sobre estas cumbres, que contiene tanto la descripción de 3941 caminos y 745 dibujos y mapas como informaciones históricas y geográficas en cuatro idiomas. La obra más importante de Paryski y su esposa es la Enciclopedia de los Tatras (1973) que fue publicada en versión ampliada como la Gran Enciclopedia de los Tatras (1995).

Paryski también tenía gran interés en las montañas de América Latina. Junto con escribir varios artículos, también publicó el libro “En las montañas de Atacama.”

Desde las montañas de América Latina, Paryski trajo ejemplares zoológicos para la Academia Polaca de la Enseñanza, entre los cuales se encuentra una especie de brincacola (*Collembola*) de los Andes, nombrada posteriormente por el profesor Jan Stach como *Andiella paryski*.



Anexo 2

A 80 años de la Hazaña



El área que fue escenario de esta intrépida expedición hace ya 80 años, hoy es un territorio que es un tanto diferente a lo que nuestros montañistas polacos encontraron y observaron en aquel entonces.

Los cambios que Chile ha sufrido en todo este tiempo, han desde luego impactado y modificado el paisaje natural y sociocultural de este sitio, donde el ser humano se ha manifestado con su intervención para acceder a estos parajes, extraer sus riquezas minerales, disfrutar y desafiar a la naturaleza y conservar y proteger sus más valiosos y frágiles ecosistemas.

Naturaleza que en aquel entonces era mucho más prístina, mas virgen, menos explorada, donde este grupo de montañistas tuvo la fortuna de poder descubrir un montón de secretos guardados por la montaña y la puna atacameña, siendo su visita una de las primeras donde se haya realizado un registro de especies animales, vegetales y vestigios histórico-culturales en la región de Atacama, objetos que hoy en día son resguardados parcialmente por la instauración de espacios protegidos por el Estado de Chile.

Lo que a continuación le presentaremos al lector, es el reflejo de cada una de estas intervenciones y como ha sido capaz de ir poco a poco domesticando esta naturaleza tan indómita y extrema que se da lugar de manera tan singular en la región de Atacama.

La Gran Minería

La historia de la región de Atacama siempre estuvo y ha estado ligada al desarrollo de la minería en diferentes formas y el área altoandina de esta no estuvo al margen de aquello. En los territorios de Atacama que fueron visitados por los mon-

tañistas polacos fueron surgiendo algunos proyectos de desarrollo minero, como fue el caso de la Mina Marte ubicada cercana al bofedal de Ciénaga Redonda, y que tuvo su apogeo a finales de la década de 1980, extrayéndose minerales de cobre, oro y molibdeno, pero que por razones de tipo operativo-logístico y las extremas condiciones ambientales del sector, debió de paralizar sus faenas a comienzos de la década de 1990, dejando en sus inmediaciones algunos pasivos ambientales, como desmontes de minerales, pilas de lixiviación, entre otros.

Otro proyecto que se concretó al sur del Volcán Copiapó, fue el proyecto minero Refugio administrado por la Compañía Minera Maricunga de propiedad hoy en día de la empresa canadiense Kinross, cuyas faenas extractivas y de proceso fueron instalados fuera de la cuenca de la Laguna del Negro Francisco, pero donde sus estaciones de abastecimiento de agua, se ubicaron en el sector hoy llamado como Pantanillo (en el libro los montañistas polacos lo mencionan como Pantanilla), donde parte de la vega, se ha degradado a causa de la baja de los niveles freáticos, provocando el desecado del sustrato vegetal del sector.

Junto con lo anterior se tienen varios proyectos de exploración minera en el sector de diversas compañías, poniéndonos el gran desafío por delante de como explotar los recursos naturales de nuestras montañas, sin comprometer su biodiversidad natural para el disfrute de la actuales y futuras generaciones.

Turismo de Montaña

El turismo en Atacama, siempre ha estado presente en Atacama pero cuyo desarrollo se ha circunscrito y limitándose principalmente al turismo de sol y playa, incorporándose solo en el último tiempo la promoción del turismo vinculado a los parques nacionales, el maravilloso fenómeno del desierto florido y la por supuesto la montaña.

El turismo de montaña y no es casualidad, que se haya desarrollado en el área que visitaron nuestros montañistas polacos, principalmente en lo que es el Volcán Nevado Ojos del Salado y los seismiles de alrededor.

Cabe señalar que todo este sector puneño de Atacama, alberga una cantidad de 16 seismiles, siendo la región de Atacama la zona donde se concentra el mayor número de macizos con esta altura en Chile y América, lo que la convierte en el verdadero techo del continente americano.

Montañistas polacos, alemanes, franceses, italianos, entre otros, son los turistas que más desafían estas montañas, y que llegan en un número de mas de un millar de personas que anualmente llegan a Atacama, donde los servicios de logística y operación son provistos en la ciudad de Copiapó, capital regional. En el área altoandina, existen refugios de montaña en los sectores de Laguna del Negro Francisco y Laguna Santa Rosa, ambos de baja escala.

Además se contabilizan 4 operadores de servicios de guiado turístico de media montaña que son ofrecidos en Copiapó, pero ninguno de alta montaña, existiendo

además dos clubes de montaña de tipo amateur y una delegación de la entidad nacional de montaña del Cuerpo de Socorro Andino.

Todos los años, el 11 de diciembre, la Corporación Nacional Forestal, celebra el Día Internacional de la Montaña, en alianza con la FAO, institución que coordina esta celebración a nivel mundial y que en Atacama ya es todo un evento muy esperado por la comunidad. Se realizan seminarios, Expos y ferias de Montaña y campamentos de montaña en el sector de Laguna Santa Rosa del Parque Nacional Nevado de Tres Cruces.

Conservación de la Naturaleza

El área altoandina, junto con poseer atributos y características asociadas a la montaña, es un espacio donde se manifiestan expresiones propias de la biodiversidad altiplánica de nuestro país, como vegas, bofedales, lagunas y salares, estepa altoandina, todas manifestaciones acompañadas de flora y fauna altiplánica, como las parinas y una diversidad de aves acuáticas y terrestres; vicuñas y guanacos, camélidos sudamericanos; zorros, reptiles, etc. Presentando alguna de ellas características de endémicas, lo que ha llevado a nuestro país a implementar acciones que resguarden esta riqueza natural para las futuras generaciones.

En el año 1994, el Estado de Chile tomó la determinación de crear la primera área silvestre protegida en el sector altoandino de la región de Atacama, siendo esta el Parque Nacional Nevado de Tres Cruces, cuyo nombre es en honor del macizo montañoso del mismo nombre que vigila imponente la cuenca del Salar de Maricunga y Laguna Santa Rosa.

Este parque nacional fue creado un 29 de julio de 1994, por Decreto del Ministerio de Bienes Nacionales y su objetivo es el de Preservar y Conservar los ecosistemas de puna, lagunas y salares altoandinos, pasando a formar parte del listado de áreas del Sistema Nacional de Áreas Silvestres Protegidas del Estado de Chile.

El parque está dividido en dos sectores, Laguna Santa Rosa por el norte, que protege lo que es la cuenca del Salar de Maricunga y la Laguna Santa Rosa, con una superficie de 43.000 hectáreas; el otro sector es el de la Laguna del Negro Francisco con 15.876 hectáreas, y protege todo el espejo de agua compuesta por una laguna dividida por un cordón aluvial. En sus márgenes se ubica el imponente Volcán Copiapó que domina todo el paisaje, el cual se presenta en la actualidad sin actividad volcánica aparente.

La laguna es un sitio de hábitat de las tres parinas que existen en Chile, parina grande o flamenco andino, parina chilena y el flamenco de James; junto con las especies de flamencos, también se destacan las aves migratorias que cada verano llegan desde el hemisferio norte como los playeros de Baird y los pollitos de mar; y por último este humedal es uno de los sitios más importantes para la nidificación y hábitat de la tagua cornuda.

El parque es administrado por la Corporación Nacional Forestal a partir del año de creación de esta unidad y se gestiona a través de mecanismos de protección efectiva en el territorio, contando con un cuerpo de guardaparques que vela por el cuidado y monitoreo de los ecosistemas altoandinos, con vinculación con sus comunidades aledañas y promoviendo el uso sustentable de los recursos a través del ecoturismo y turismo de montaña.

El parque tiene una dotación de 4 guardaparques, más 4 profesionales que apoyan las labores de conservación biológica, restauración ecológica, planificación y manejo del uso público e iniciativas de inversión, desde la Oficina Regional de CONAF ubicada en la ciudad de Copiapó.

Dentro de las tareas que anualmente se realizan en esta unidad, se tienen los censos de flamencos, censos de camélidos altoandinos (guanacos y vicuñas), fiscalizaciones ambientales, patrullajes de vigilancia, visitas guiadas a turistas con charlas de interpretación ambiental, entre otras.

Humedal de Importancia Internacional

Hace ya 80 años que estos intrépidos montañistas polacos visitaron estos parajes de la puna de Atacama, lugares que hoy, dado su alto valor para la biodiversidad y el recurso hídrico, este último, elemento vital que da soporte a toda esta rica flora y fauna de este sitio.

Esta singularidad, ha llevado a que este sitio haya sido declarado como un humedal Ramsar, es decir, un humedal de importancia internacional, patrimonio no solo de la República de Chile sino de toda la humanidad.

El sitio tiene esta categoría a partir del año 1996, donde le fue otorgado dicho certificado por la Convención Ramsar, acuerdo internacional que está vigente desde 1971, donde las naciones que adhirieron a dicha convención se comprometieron a resguardar y usar sustentablemente los humedales.

El sitio Ramsar, denominado Complejo Lacustre Laguna del Negro Francisco – Laguna Santa Rosa, tiene una superficie de 62.460 hectáreas y comprende los sectores de Laguna Santa Rosa, el corredor biológico Ciénaga la Redonda y Pantanillo, el sector de Laguna del Negro Francisco y el Río La Gallina. En esta área se protegen lagunas altoandinas, vegas y bofedales, riachuelos y áreas de coironales y praderas de la puna y es uno de los humedales Ramsar de mayor tamaño en Chile.

Al cruzar estos lugares que hoy están protegidos con las descripciones hechas por los montañistas polacos hace ya 80 años, salen a la luz, el humedal de Pantanillo (en aquel entonces llamado como Pantanilla), Ciénaga Redonda, El río Lamas, Laguna del Negro Francisco, Salar de Maricunga y Laguna Santa Rosa, todos ellos que hoy en día el Estado de Chile ha resuelto proteger, comprometiendo su cuidado y uso sustentable para las actuales y futuras generaciones.

Jorge Carabantes Ahumada



Laguna del Negro Francisco y Volcan Copiapó



Vicuña (*Vicugna vicugna*) en Sector Corredor Biologico Pantanillo – Cienaga Redonda



Volcán Copiapó



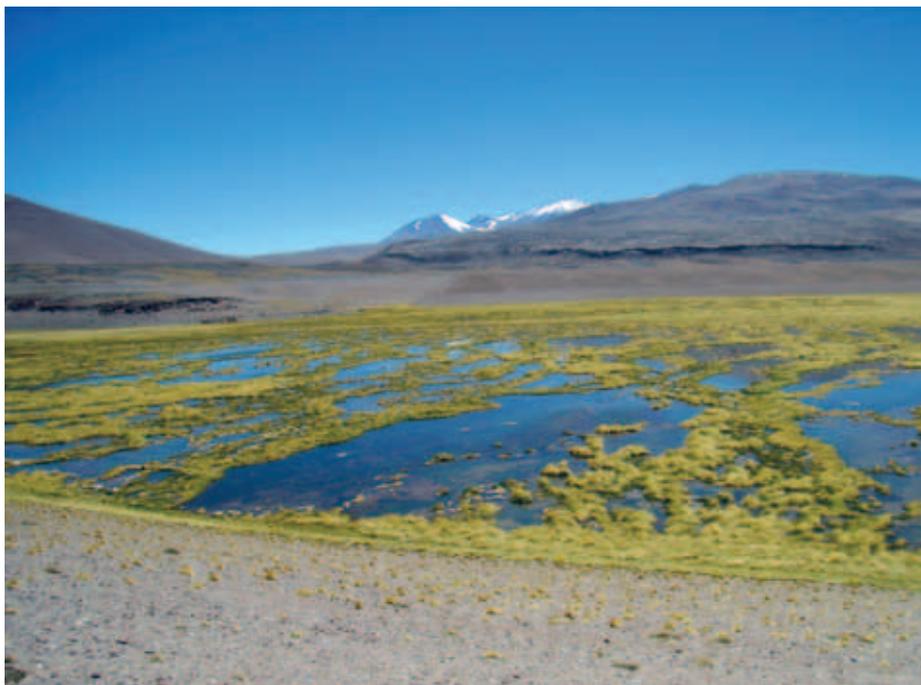
Guardaparques del Parque Nacional Nevado de Tres Cruces



Vista de la Laguna Santa Rosa y Nevado Tres Cruces



Río Lamas



Vega Cienaga Redonda



Grupo de vicuñas en Laguna Santa Rosa

Anexo 4

Testimonio

Los Incas, precursores del montañismo en el mundo



Hace más de seis siglos, nuestro macizo andino fue frecuentado por las culturas incas, alzándose como los primeros andinistas en América y los primeros montañistas del mundo. Después de un breve examen de la cordillera andina de la Región de Atacama, la cual posee más de 19 cumbres que sobrepasan los 6.000 metros sobre el nivel del mar (msnm), se ha podido constatar la presencia del Imperio Incaico, los que por motivos de índole religioso y de adoración a la montaña dejaron vestigios perdurables a través de los años en ellas. Largo tiempo transcurrió para que abandonaran estos verdaderos santuarios de altura; para notar una nueva inquietud entre los individuos por la desafiante y maravillosa experiencia de practicar el montañismo. Este interés, muy ajeno al misticismo e idolatría incásica, nació especialmente en Europa, los que a la fecha han anotado nuevos récords de altura en América.

El Ojos del Salado está situado al sur del Desierto de Atacama, en la zona más árida y desértica de los Andes, sobre una amplia planicie denominada Altiplano Sudamericano. Ubicado en la tercera región de Chile, al interior de la ciudad de Copiapó y en la provincia de Catamarca por el lado Argentino, en un sector rodeado de montañas de más de 6.000 msnm El Ojos del Salado destaca como la cumbre más sobresaliente con 6.893 msnm altitud que lo hace merecedor de varios records: ser el volcán más alto del mundo, la segunda cumbre de América, la montaña más alta de Chile.

Actos rituales, sacrificios de seres humanos y animales en las principales alturas de nuestro norte chileno y quizás con otros fines, se revelan por medio de restos de leña, terrazas y otros vestigios, encontrados en los montes de la Tercera Región y no sólo en Atacama, la presencia incásica se puede apreciar también en territorios del sur peruano, del suroeste de Bolivia, del norte de Chile y noroeste Argentino. Aquí se encuentran las mayores cumbres alcanzadas por esta cultura y entre éstas, la mayor de ellas: el Volcán Lullillaco, de 6.723 msnm (Segunda Región), el cual fue ascendido en el siglo XV.

Igual ascenso se realizó a mediados del siglo XIX por los topógrafos ingleses en el Punjab-Himalaya en el continente asiático. Los incas mantuvieron el récord de altura por más de 300 años. Un hecho reconocido y muy poco difundido (Revista Andina N°90).

Primera expedición Club Alpino de Polonia 1934

Zona central de Chile y Argentina, logran con éxito las primeras ascensiones al Mercedario 6.770 msnm; Ramada 6.410 msnm; Alma Negra 6.120 msnm; La Mesa 6.080 msnm; el 17 de febrero se da por terminada la campaña en el cordón de Ramada y el exitoso equipo se dirige a Uspallata en la provincia de Mendoza, su meta el Cerro Aconcagua. Se reabastecen de víveres y se enteran de que un numeroso grupo de alpinistas italianos pasó hacia el valle de Horcones del Aconcagua unos días antes. El grupo Polaco cambia la intención de subir por la ladera Noroeste del Aconcagua y se dirigen a la ladera Noreste, a través del valle del Río Vacas y luego continúan por el valle de los Relinchos. El 8 de marzo de 1934, Narkiewicz-Jodko, Wictor Ostrowski, Stefan Osiecki y Stefan Daszynski ascienden por un imponente glaciar que se descuelga desde el filo cumbre hacia el noreste de la montaña. En reconocimiento a esta memorable empresa, al glaciar se lo bautizó “Glaciar de los Polacos”. Logrando la Séptima ascensión a la cumbre del cerro **Aconcagua**. Encuentran allí la bandera Italiana, depositada horas antes.
{Aconcagua, Fernández Mauricio, 2008}

Anexo 5

Primeras ascensiones al Ojos del Salado

Primera ascensión absoluta

1937 • Segunda Expedición Club Alpino de Polonia Región de Atacama

Justino Wojsznis, antiguo integrante de expediciones al Atlas y al Cáucaso.
Jefe de la Expedición.

Dr. Witold Paryski, médico a cargo de lo meteorológica e investigaciones fisiológicas.

Jan Szczepański, a cargo de la crónica de la expedición y publicaciones.

Ingeniero Stefan Osiecki, participo en la 1° expedición de 1934: Cordón de Ramada y Aconcagua y que estaría ahora a cargo de la organización, transporte y topografía.

Cumbre: Justino Wojsznis y Jan Szczepański, logran la cumbre 26 de Febrero de 1937.

Segunda ascensión

1956 • Expedición Austriaca

Mathias Rebitsch, jefe de la expedición. Los demás integrantes eran Anders y Verena Bolinder y el argentino Sergio Domicelj (hijo de yugoslavos).

Cumbre: En solitario Mathias Rebitsch asciende el Torreón este encontrando el montículo de piedras construido por los Polacos en 1937, en su interior una lata redonda con las tarjetas personales de Wojsznis y Szczepański. Domicelj quedo a unos (6.400 msnm) debido a congelaciones sufridas.

Alcanza la cumbre el 2 de Febrero de 1956.

{Los Colosos de Tinogasta, Enrique Funk 1987, Revista Andina N°84}

Tercera Ascensión

1956 • Expedición Militar-Cívico Chilena

Primera Expedición Chilena auspiciada por la División de Ejército, organizada por la Escuela Militar de Montaña de Río Blanco, con la participación de la Federación de Andinismo de Chile.

Participantes: Capitán: Rene Gajardo. Tenientes: Aranda, Lucares, Sotomayor, García.

Sargento: Zamora. Cabos: Godoy, Fuentes, Segura, Flores, Hermosilla, Riffo. Doctor Larraín (Teniente). Dos Ingenieros Militares y dos operadores de radio. Tres choferes.

Civiles: Luis Alvarado, Jorge Velastín, Juan Soltof, Juan Simken, Waldo Iturra, Raúl Araya, Carlos Puente (fotógrafo), Vicente Chiaranda (camarógrafo), Erik Klohn (geólogo), Señores Rosende y Miller.

Cumbre:

1º Cordada Torreón Oeste: Capitán René Gajardo (jefe expedición), Luis Alvarado, Vicente Chiaranda, Wayne Miller, Nemesio Zamora y Rolando Godoy.

2º Cordada Torreón Este: Raul Araya, Erick Segura, encuentran documentos dejados por los polacos en 1937.

{Anuario de montaña FEACH 1956, Revista Andina N°83}

Cuarta Ascensión

1957 • Expedición Argentina de la Asociación Tucumana de Andinismo

Participantes: Jaime Femenías Jefe de la expedición, Albreo Bolsi y Wilfred Coppens.

Cumbre: Los tres logran la cumbre, Torreón Este el 11 de Enero de 1957.

{Los Colosos de Tinogasta, Enrique Funk 1987}

Quinta Ascensión

1958 • Expedición Halcón Argentina

Participantes: Eduardo Nuciforo (jefe expedición), en 1959 escribe un libro denominado “Ojos del Salado” Andes Catamarqueños, donde relata la ascensión.

Reverendo Luis Arch (agente de enlace), Norman Romanenghi (médico), Alberto Angeleri (geólogo), Guillermo Alanís (médico), Luis Sable (montañista con solo 17 años de edad), Daniel Powel (montañista), Santos Carrizo (guía), Manuel Álvarez (guía), Pedro Carrizo (ayudante).

Odisea de Sobrevivencia, Alberto Angeleri. Ya a unos 6.800 (msnm) se quedó dormido por los efectos de la altura y mientras el resto de la expedición hacía cumbre, se despertó totalmente desorientado y resbala por los hielos de un glaciar.

Pasó los días siguientes totalmente perdido, caminando y arrastrándose con el dolor de sus pies congelados, sin comida, ni agua, y durmiendo a la intemperie con temperaturas de aproximadamente 20°C bajo cero. Sufrió varias alucinaciones, desesperación y congelamientos. Sintió que se moría, pero nunca dejó de luchar.

Mientras los diarios del país decían que el triunfo de la expedición se había cobrado la vida de un andinista, después de 12 días perdido, apareció con vida en la base de la montaña.

Cumbre: Nuciforo, Sable y Powel.

Logran la cumbre Torreón Este, el 10 de Enero de 1958.

{Los Colosos de Tinogasta, Enrique Funk 1987}

Sexta Ascensión

1958 • Expedición de Gendarmería Nacional Argentina

Conducida por el Jefe del Escuadrón Jáchal, Comandante Juan Antonio Burgos Santa Cruz, denominó su grupo “zorro” y poseía unos 30 hombres.

Cumbre: Logran a cumbre el 15 de Diciembre de 1958.

{Los Colosos de Tinogasta, Enrique Funk 1987}

Séptima Ascensión

1958 • Expedición Mexicana

Conducida por el Capitán Rene Gajardo (Chileno), lo acompañan 5 andinistas Mexicanos.

Cumbre: Los 6 logran la cumbre en Febrero de 1958.

{Anotados en el libro de Cumbre}

Octava Ascensión

1970 • Expedición Chileno Japonesa

Participantes: Sergio Kunstmann, Mayor de Carabineros Pedro Rosende del club andino de Chile, María Etchevarri (profesora), Juan Tangol y 8 escaladores Japoneses.

Cumbre: Alcanzan la cumbre Sergio Kunstmann, Pedro Rosende y 2 escaladores Japoneses; el 14 de Diciembre de 1970.

{Revista Andina N°92}

Novena ascensión

1971 • Expedición Asociación de Ski y Andinismo de Valparaíso Aconcagua

Participantes: Gastón Muga, Kurt Claussen, Hernán Gómez, Fernando Pizarro, Alan Guerrero, Hugo Zúñiga, Arnaldo González, Julián Bilbao.

Cumbre:

1º Cordada: Gastón Muga y Hugo Zúñiga.

2º Cordada: Kurt Claussen y Arnaldo González.

Encuentran testimonio Expedición Chileno Japonesa de 1970, Imagen de la Virgen de Guadalupe dejada por Montañistas Mexicanos.

Alcanzan la cumbre el 12 de Febrero de 1971.

{Revista Andina N°92}

Decima Ascensión

1972 • Expedición Club Académico de Espeleología de Polonia y la Federación Chilena de Andinismo

Participantes:

Chilenos: Claudio Lucero, Agustín Ubilla.

Polacos: 7 Científicos: M. Kuczyński (jefe), R. Rodziński, W. Maczek, J. Kibiński, S. Kopeć, C. Parma y A. Stec.

Cumbre: Alcanzan la cumbre Claudio Lucero y Ricardo Rodziński, el 21 de Marzo de 1972.

{Anotados en el libro de cumbre - Revista Andina N°92}

Decima primera Ascensión

1973 • Expedición Asociación de Ski y Andinismo de Valparaíso

Participantes: Gastón Muga (jefe expedición), Kurt Claussen, Julian Bilbao, Hernán Gómez, Grosser, Otto Zöllner, Georg Klishies, Enrique Arriola y los Cabos del Regimiento Atacama; Jorge Lascano, Juan Concha, José Ditzel.

Cumbre:

1º Cordada: Kurt Claussen y Julian Bilbao.

2º Cordada: Hernán Gómez y Grosser.

Rescatan testimonios Expedición Chileno-Japonesa de 1970 y Expedición Polaco-Chilena de 1972.

Alcanzan la cumbre el 16 de Febrero de 1973.

{Revista Andina N°93}

*Decima segunda Ascensión***1978 • Expedición Española**

Cumbre: Suroeste Victoriano Pérez y el Chileno Eduardo Saavedra.
{Revista Andina N°95}

*Décima Tercera Ascensión***1979 • Expedición Austro-Alemana**

Participantes: Herbert Ziegenhardt (publica su aventura en su libro “Berge Der Welt”, “Cerros Del Mundo”), Theo Dowbenka, Rotenhöber, Eduardo Saavedra.

Cumbre: Alcanzan la cumbre Herbert Ziegenhardt, Theo Dowbenka, 21 de Enero 1979.

{Enrique Funk 1987, Revista Andina N°95, libro de cumbre}

*Décima cuarta Ascensión***1980 • Expedición Chileno-Libanesa**

Participantes: Fadi Baroundi, Sami Baroundi, Naum Khalifé (celebra su cumpleaños N°50 el mismo día que alcanzan la cumbre), Claudio Lucero, Marcelo Rojas, Eduardo Olmedo.

Cumbre: Fadi Baroundi, Naum Khalifé y Claudio Lucero Alcanzan la cumbre el 31 de Diciembre 1980.

{Anotados en el libro de cumbre}

*Décima quinta Ascensión***1981 • Expedición Alemana 1° Invernal**

Cumbre: Jóvenes militares de un grupo de elite del Ejército, Regimiento (Partenkirchen), Udo Knittel (jefe), Peter Stecher, Willy Ritter. Logran vencer el Ojos del Salado por primera vez en invierno, alcanzan la cumbre el 20 de Junio de 1981.

{Anotados en el libro de cumbre, Enrique Funk 1987}

*Décimo Sexta Ascensión***1982 • Expedición Norte Americana**

Cumbre: Famoso Antropólogo Johan Reinhard (American Alpine Club), miembro de la Expedición “Explorers Club of New York: Arqueología de Alta Montaña”. Logra la cumbre en solitario el 30 de Enero de 1982.

{Anotado en el libro de cumbre}

Décimo séptima Ascensión

1982 • 1° Expedición Regional, “Club de Montaña Universidad de Atacama”

Participantes: Christian Authièvre Auda (jefe de expedición), Hugo Chinchilla Bussinger (2° jefe expedición), Héctor Olivares Cañete (primeros auxilios), Luis Olivares Tello (alimentación), Eduardo Olmedo Godoy (equipo técnico), Enrique Contreras Barruel (montaje refugio), Diomedes Figueroa Martínez (montaje refugio), Juan Castro Espejo (montaje refugio).

Se instala 1° Refugio de Alta Montaña a los 5.200 msnm: Donado por la Universidad de Atacama, representada por el Rector, don Vicente Rodríguez Bull, al Club de Montaña. Este refugio fue hecho y diseñado especialmente para alta montaña, está construido con paneles aislantes, con capacidad para diez personas cómodamente y lleva el nombre de nuestro compañero y amigo “**Jorge Rojas Espinoza**”.

Cumbre: Christian Authièvre y Héctor Olivares alcanzan la cumbre un martes 13 de Abril de 1982.

{Anotados en el libro de cumbre}

Décima octava Ascensión

1983 • 2° Expedición “Club de Montaña Universidad de Atacama”

Cumbre: Héctor Olivares y Eduardo Olmedo alcanzan la cumbre 15 de Abril de 1983.

{Anotados en el libro de cumbre}

Décima novena Ascensión

1985 • Expedición “Club de Montaña Universidad de Magallanes”

Cumbre: Herminio Bernales, Guillermo González y Marcelo Arévalos alcanzan la cumbre 3 de Febrero de 1985.

{Anotados en el libro de cumbre}



La lista de fotografías sin firma

pag. 2 Montañistas en el Parque Nacional Nevado de Tres Cruces.

pag. 208 Vista parcial lado Oeste, Nevado Tres Cruces. CONAF.

pag. 227 Vicuñas (*Vicugna vicugna*) en el Parque Nacional Nevado de Tres Cruces. Héctor Olivares Cañete.